

VEIT ETZOLD

FINAL CUT

Tienes 438 amigos en Facebook
y uno de ellos es el asesino...

Lectulandia

**Tienes 438 amigos en Facebook.
Y un enemigo.**

**Los amigos son virtuales,
el enemigo es real.**

**Te buscará.
Te encontrará.
Te matará.**

**Tienes 438 amigos en Facebook.
Y ninguno se dará cuenta
de lo que está ocurriendo.**

Un asesino actúa como un virus informático: invisible y omnipresente. Se llama a sí mismo el «Sin Nombre», y sus atroces crímenes conmocionan y espantan a los habitantes de Berlín. La comisaria Clara Vidalis y su equipo investigan desde el departamento de psicopatología de la Jefatura de Investigación Criminal de la ciudad casos extremadamente difíciles y escabrosos, pero el modo de proceder de este asesino perverso y genial, que pone a los investigadores tras pistas falsas, agota sus recursos y extenua sus fuerzas. La comisaria comprende paulatinamente que el Sin Nombre no juega con la policía, sino con una sola persona: ella misma. Mientras los agentes trabajan desesperadamente para descubrir la identidad del asesino, el magnate de los medios de comunicación Albert Torino estrena un nuevo concurso de talentos. Pero hay alguien que utilizará el *show* para sus macabros fines: el Sin Nombre.

Lectulandia

Veit Etzold

Final Cut

ePub r1.0

Titivillus 11.01.15

Título original: *Final Cut*
Veit Etzold, 2012
Traducción: Alicia Valero & Beatriz Valero
Diseño de cubierta: Lola Rodríguez

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

*De haber podido elegir mi morada, lo hubiera hecho en alguna ciudad de carne en descomposición y huesos que se deshacen, pues su proximidad brinda a mi alma escalofríos de éxtasis, acelerando la estancada sangre en mis venas y forzando a latir mi lánguido corazón con júbilo delirante...
¡Porque la presencia de la muerte es vida para mí!*

H. P. Lovecraft,
Los amados muertos

PRÓLOGO

¡NÚMERO DOCE! El hombre depositó los dos bidones con el líquido rojo oscuro en el mohoso suelo del sótano, se quitó el traje negro de látex, lo arrugó y lo arrojó al fuego. Mientras las llamas consumían la goma, el tejido bullía y crepitaba produciendo pompas de plástico que se hinchaban y contraían y un penetrante olor inundó el recinto de altos techos.

Arrojó al fuego cuanto había llevado: la máscara, las gafas, los zapatos.

Doce trajes.

Doce víctimas.

Doce vidas.

Le retumbaban las sienas. Un espantoso dolor horadaba sus sesos. Su estómago no era más que un pedazo de carbón ardiendo.

Alzó la mirada para contemplar el sarcófago —y lo que se hallaba sobre él—. Lo había tenido delante miles de veces y aun así, cada vez que lo contemplaba, un latigazo de dolor recorría todo su cuerpo. También esta vez la evocación del pasado le propinó un golpe seco, como un martillazo, e hizo que hincara las rodillas en el suelo. Un sentimiento de repugnancia y desesperación le provocó abundantes vómitos de bilis verdosa.

Después se desplomó. Mientras el fuego devoraba sus ropas, yacía jadeante y tembloroso en el suelo de piedra con la mirada de sus enrojecidos ojos clavada en el ataúd que se elevaba hacia la difusa luz de la bóveda del sótano.

Ahí estaba ella.

Desde hacía años.

Desde hacía décadas.

Desaparecida, pero presente. Oculta, pero no olvidada. Muerta, pero en sueños.

Y él yacía desnudo en el húmedo piso, sacudido por convulsiones, revolcándose sobre sus propios excrementos. Algo comenzó a condensarse en su estómago y a oprimirle el pecho, igual que antes lo había hecho el vómito hasta encontrar una vía de escape. Y entonces un desgarrador grito rompió el silencio, un grito espantoso, como el que solo habría podido proferir Lucifer tras ser arrojado por Dios al abismo sin fondo. Un grito lleno de miedo animal y asfixiante desesperación.

Había hecho lo que a ningún ser humano le está permitido hacer. Algo que lo condenaba a arder eternamente en el fuego del infierno. Algo que jamás se perdonaría a sí mismo.

Había matado al único ser humano que lo había querido.

Perdió el conocimiento, y la negrura se abatió sobre él.

Primera parte

SANGRE

Y una espada te atravesará el alma.

LUCAS 2, 35

—EN EL NOMBRE DEL PADRE y del Hijo y del Espíritu Santo —susurró la mujer arrodillada en el confesionario. Cuando se le humedecieron los ojos, su voz comenzó a temblar.

—Dios, que ilumina nuestro corazón, te conceda verdadero conocimiento de tus pecados y de su misericordia —dijo el sacerdote con voz serena y cálida. A través del enrejado ventanuco de madera que separaba al pecador del redentor, la mujer solo podía distinguir vagamente los rasgos de su cara.

Desconocía el motivo por el que año tras año, cada 23 de octubre, acababa en aquel lugar. ¿Era la fe? No, eso seguro que no. Más bien el sentimiento de culpa que se apoderaba lentamente de ella y del que tenía que deshacerse antes de que la aplastara con su abrumador peso.

Cada año procuraba convencerse a sí misma de la futilidad de la confesión. ¿Qué garantía había de que proporcionara la absolución de la culpa, el perdón de los pecados? Solo la vaga promesa de Cristo de descargarla del peso del pecado en la figura de un sacerdote. Lamentablemente, el Hijo de Dios rara vez mantenía su palabra. Confesarse no le proporcionaba más que un pasajero sentimiento de paz, y ello quizás solo porque le brindaba la oportunidad de contarle su historia a alguien. Las pesadillas y los incontrolables sobresaltos no dejaban de martirizarla.

Lo había probado casi todo: terapia conversacional, tratamiento psicológico, yoga, taichi, cursos de meditación... De poco le había servido. Y para su mal la confesión era el mejor remedio que conocía.

La culpa se volvía cada vez más insoportable a medida que pasaban los años. Era algo tétrico, maligno, inasible, que cobraba forma en su interior y emergía lentamente a la superficie como un cadáver largo tiempo hundido en un charco de agua fétida y pestilente e hinchado por gases podridos. Ese algo en su interior se tornaba cada vez más grande y amenazador, hasta que no podía soportarlo más y tenía que pinchar el hinchado globo de la culpa para liberar los gases podridos.

Pero la hedionda impureza no tardaba mucho en propagarse de nuevo en su interior y asfixiarle el alma.

Por eso acababa todos los 23 de octubre arrodillada en un confesionario de la catedral de Santa Eduvigis en Berlín, por la que pasaban muchos sacerdotes. A veces se confesaba con uno que ya había oído su historia, pero nunca antes se había encontrado con el padre que en aquella ocasión le tomó la confesión.

—He venido a confesar mis pecados. Me confesé por última vez... hace un año. Lo que más me preocupa es... mi hermana... —Le titubeaba la voz. Como siempre, no sabía por dónde empezar—. Tenía ocho años cuando la secuestraron. El autor... la violó y la mató. Y todo fue por mi culpa.

—¿Cuándo ocurrió eso?

—Hace veinte años.

La última vez que había visto a su hermana fue el 23 de octubre de 1990, un miércoles, a las cuatro de la tarde exactamente.

—Tenía que recogerla de la escuela... del conservatorio de música, quiero decir. Mi hermana confiaba en mí, y yo llegué tarde. Por eso cayó en manos de aquella bestia. —Comenzó a llorar en silencio—. La mantuvo encerrada durante días y abusó de ella... una y otra vez. Y al final... —de su boca ya no salía más que un hilo de voz — la asesinó. —Sus lágrimas corrieron entonces por sus mejillas como torrentes de desesperación—. Hizo fotos... de lo que le hacía...

El sacerdote guardó silencio. Al cabo de un rato se aclaró la garganta.

—Una historia terrible. Es bueno que haya venido a contármela. —Hizo una pausa—. ¿Atraparon al asesino?

Una extraña pregunta en boca de un sacerdote.

La mujer negó con la cabeza.

—No. La policía dijo que haría todo cuanto pudiera. Pero hoy sé que no hicieron nada, nada en absoluto. Beber café en sus vasos de cartón, mirar continuamente la hora y marcharse a casa a las cuatro de la tarde. Y mientras tanto mi hermana enloqueciendo de miedo y desesperación. Sé muy bien de lo que estoy hablando.

—¿Y cómo sabe que las cosas ocurrieron así?

—Porque formo parte del club. Pero yo no soy como esos fracasados. Yo doy caza a esos monstruos, como el asesino de mi hermana. Los atrapo y los mato.

—¿Es usted policía y persigue asesinos?

—A asesinos en serie. —Tragó saliva—. Dudo a menudo que sea inteligente, porque siempre recordaré mi fracaso en el más terrible y doloroso de todos los casos. Pero creo que es mi destino. Tengo que atrapar a esos animales... tengo que encontrarlos, tengo que matarlos... —Rompió a llorar de nuevo.

A través de la celosía pudo ver cómo el sacerdote asentía con la cabeza.

—Su odio es comprensible. Pero no debe pagarse la muerte con muerte, la sangre con sangre. Jesús nos exhorta a la clemencia. Y para ser perdonado hay que perdonar.

—¿También al asesino de mi hermana?

—También a él.

La mujer hizo una larga pausa. ¿Perdón para ese violador? ¿Ese carnicero? Imposible. El odio que sentía por aquella criatura era infinito. Deseaba desangrarlo, descuartizarlo y pulverizar después sus huesos para que su cadáver se desintegrara en una rojiza niebla.

Permaneció en silencio hasta que logró sofocar su rebelión interior.

—¿Qué les ocurre a los asesinos cuando mueren? —preguntó al fin—. ¿Qué cree usted?

El sacerdote juntó las manos.

—El asesinato contraviene el quinto mandamiento. Y constituye un grave pecado

mortal. Si no se confiesan y muestran verdadero arrepentimiento y constricción, los espera la condenación eterna.

—El infierno —dijo la mujer. Tragó saliva y se secó las lágrimas con una mano—. No dormiré tranquila hasta que lo haya enviado al infierno. ¿Cuáles son las penas del infierno?

—A comienzos del siglo pasado, los niños de Fátima tuvieron una visión del infierno inspirada por la Madre de Dios. —El sacerdote refirió la visión del infierno, que, evidentemente, recitaba de memoria—: Es un mar de fuego. Sumergidos en ese fuego están los demonios y las almas. Llevados por las llamas que de ellos mismos salen, juntamente con horribles nubes de humo, flotan en ese fuego y caen para todos los lados igual que las pavesas en los grandes incendios, sin peso y sin equilibrio, entre gritos de dolor y desesperación que horrorizan y hacen estremecer de espanto.

—Eso me parece justo —dijo la joven—. Es exactamente lo que se merecen.

—No, no debe pensar así —replicó el sacerdote—. También la ira es un pecado. Y el infierno significa penar eternamente. Ningún cristiano puede desearle el infierno a otro ser humano.

—¡Yo deseo que en el infierno lo despellejen, lo castren, lo descuarticen, que lo torturen y atormenten hasta el fin de los tiempos! —exclamó apretando los dientes y los puños—. Y si eso significa que yo tengo que arder eternamente en el infierno, de acuerdo, lo acepto.

—¿Cómo se llama?

—Clara.

—Clara, lo que yo veo es que su dolor es muy grande y que el odio le oprime el corazón. —El sacerdote hizo la señal de la cruz—. Pero Dios Padre, en su infinita bondad, envió a Jesucristo para el perdón de los pecados. —Miró a Clara a los ojos. Pese a la tupida rejilla de madera que los separaba, Clara pudo apreciar la compasión que traslucía la mirada del sacerdote mientras pronunciaba la fórmula absolutoria—. Rézale un avemaría a la Madre de Dios e intenta desterrar la amargura de tu corazón. La Madre de Dios rezará por ti. —La miró fijamente a los ojos—. Y yo también lo haré.

Clara se irguió.

—¿Cree que merece la pena hacerlo en un caso como el mío?

—Nadie está perdido —repuso el sacerdote—. Y yo no puedo abandonar a un alma atormentada a su propia suerte. Te incluiré en mis oraciones. Y Cristo te perdonará.

—Está bien —dijo Clara—. Pero si alguna vez me encuentro frente a frente con el asesino, yo no lo perdonaré, se lo puedo asegurar. —Se puso en pie mientras el sacerdote la seguía atentamente con la mirada—. Lo mataré.

Clara Vidalis, inspectora de policía en la Brigada de Homicidios de la LKA de Berlín^[1], experta en ciencias forenses y psicopatología, abandonó con precipitación el confesionario antes de que las lágrimas sofocaran definitivamente su voz.

INTERNET ES UNA RED OMNIPRESENTE y omniabarcante que hace posible la comunicación de cada individuo con todos los demás, permite intercambiar información a la velocidad del pensamiento y reduce el mundo entero al tamaño de un chip de computadora. Ya no hablamos los unos con los otros, sino con páginas web, no concertamos citas, sino que nos comunicamos a través de redes sociales. Nos exponemos a estímulos que actúan en el cerebro sobre los mismos circuitos nerviosos que activan la nicotina y la cocaína, consumimos drogas electrónicas. Cada día se envían sesenta millones de correos electrónicos en todo el mundo, una cacofonía digital de comunicación que desplaza progresivamente los entornos de vida humanos en favor de un mundo artificial de bits y *bytes*.

Los antiguos terminales se manejaban por medio de rudimentarios botones. Los actuales iPhones e iPads, en cambio, requieren caricias y mimos, como celosos amantes que no toleran que nadie más ocupe su puesto.

Y al igual que todo cielo tiene su infierno, Internet proyecta su propio mundo de sombras y su propia negación de la sociedad, enteramente conectada y aparentemente ilustrada.

Porque Internet no es solo el más poderoso medio de comunicación y el mayor almacén de conocimientos que ha existido nunca. Es también el mayor escenario del crimen del mundo. Desde la pornografía infantil hasta las películas *snuff* —reales o ficticias—, desde la inducción al suicidio hasta los tutoriales para la fabricación de bombas, desde los vídeos *happy slapping* hasta la grabación de accidentes mortales y catástrofes, pasando por imágenes de adolescentes ebrios, desnudos, acurrucados sobre sus propios excrementos a la vista del mundo entero, Internet es la picota de la modernidad, un escenario repleto de obscenidades y aberraciones, un mundo de sombras en el que se expresan los más oscuros deseos, los más perversos abismos y las fantasías más atroces.

La página web Giftgiver era uno de esos portales que habitan el mundo de las sombras. En los círculos sadomasoquistas homosexuales, un *giftgiver* es un hombre que contagia el virus del SIDA practicando sexo anal sin protección. Ser portador de la enfermedad, transmitirla e infectar a otros —propiamente, un acto criminal— es considerado entre los *giftgivers* una heroicidad. Una cadena de perversión que crece por el sistema de la bola de nieve: uno transmite pero jamás se libera de la enfermedad.

Jakob era uno de los usuarios habituales de giftgiver.de. Visitaba el portal casi a diario para hacer realidad sus bizarras fantasías, establecer contactos, participar en orgías y concertar encuentros en sórdidos aparcamientos. Hacía ya tiempo que Jakob había sido «pinchado» —como se denomina en el mundillo la «desfloración» de

hombres—. Había contraído el virus del SIDA practicando sexo anal sin protección en una fiesta celebrada en un lóbrego sótano. Desde entonces, él mismo era un *giftgiver*: era no solamente portador del SIDA, sino también un mortífero agente patógeno.

Jakob era además un *sub* o *bottom*, esto es, un sumiso, alguien que disfruta siendo utilizado, maltratado y humillado. Desempeñaba el papel de «mujer» en los *gangbangs*, practicaba masturbaciones orales y permitía que lo golpearan, amordazaran y le escupieran. Incluso lo excitaba que los demás orinaran sobre él. Del otro lado estaban los dominantes, también llamados *doms* o *tops*.

Pero en algún momento aquellas aventuras sexuales dejaron de ser suficiente para él. Había recreado las más diversas fantasías sadomasoquistas y ahora quería conocer y apurar sus límites. Deseaba que lo amordazaran y le cortaran la piel con un escalpelo. Jakob ignoraba si la fantasía había acechado desde siempre en su interior el momento de aflorar, como un oculto y pérfido demonio, o si era su ininterrumpida dedicación al infierno virtual de los círculos sadomasoquistas lo que había inducido ese deseo en su imaginación.

Un día publicó en *giftgiver.de* el siguiente anuncio:

Boy cachondo, 31, 182, 78, depilado, atlético, polla 17/5, desea que lo torture dom atractivo, ¿quizás con cuchillas? Colaboro en todo, pero nada de mutilaciones, etc. Ponte en contacto conmigo.

El mismo día recibió esta respuesta:

Dom, 39, 191, 90. Te amordazo con esposas a la cama, luego te doy lo tuyo con un escalpelo. Puedes comprarlo a través de una página web (ver anexo). ¿Te gusta mi foto?

El desconocido envió a Jakob una fotografía en la que solo se veía un musculoso cuerpo. El sujeto ocultaba su rostro tras una máscara negra. Pero a Jakob le gustó su hechura atlética. Además, le había enviado un formulario que lo acreditaba como médico y cliente de un portal de artículos de cirugía, con lo que pudo comprar el escalpelo por Internet. Jakob eligió unos escalpelos de un solo uso con empuñadura de plástico verde.

Cuando tras introducir el número de su tarjeta de crédito pulsó la pestaña «hacer pedido» en la página web, lo embargó una mezcla de miedo y placer. ¿Y si el desconocido no respetaba los límites pactados? ¿No comportaba aquella aventura ponerse enteramente a merced de un extraño? Sin embargo, y por raro que pudiera parecer, aquella sospecha inflamó aún más su deseo.

Cuando al cabo de cuatro días recibió los escalpelos, Jakob escribió al

desconocido un correo:

Ya están aquí los escalpelos. ¿Y tú, cuándo vienes?

La respuesta llegó inmediatamente:

En media hora estoy en tu casa. Deja abierta la puerta para que pueda entrar. Encadénate a la cama con las esposas. Lo demás corre de mi cuenta. Hazte una foto y envíamela para que compruebe que lo has hecho todo bien.

Jakob apretó el disparador de la cámara y envió la fotografía a la dirección de correo que había recibido.

Al cabo de unos minutos todo estaba preparado y yacía en la cama con una mano esposada al cabecero. La puerta de entrada estaba abierta.

Comenzó la espera.

Por fin oyó pasos en el pasillo.

Y una mezcla de miedo, placer y excitación asaltó a Jakob.

ALBERT TORINO ACTIVÓ EL BUZÓN de su BlackBerry, embutió los documentos y el ordenador portátil en su cartera de piel de serpiente y avanzó con pasos inseguros por el pasillo del Boeing 747 que acababa de aterrizar en Múnich procedente de Sao Paulo. Cogió su maleta de ruedas del altillo para equipaje de mano y pidió al azafato que le diera su americana a rayas azul marino, a la par que se metía en la boca una aspirina, cuyas amargas migajas masticó y se tragó sin ayuda de agua. Apenas había dormido, como siempre que pasaba la noche en el asiento de un avión. Y ello pese a que en la *business class* podía convertir su asiento en una cama, e incluso pedir almohadas, mantas, bolsita-neceser y todas esas fruslerías a las que los pasajeros de la zona de transporte de ganado debían renunciar. Peor para ellos.

«Quizás se deba —reflexionaba Torino— a que cuando uno se prepara para dormir adopta una actitud expectante que impide que suceda justo lo que se quiere lograr: sumergirse en el sueño».

Por lo demás, Torino dormía bien en cualquier parte, sobre todo en las presentaciones promocionales de esos tipejos que no cejaban en el empeño de endosarle una superflua campaña de *branding* para su empresa.

Saboreó el amargo regusto de la aspirina que se extendía por su boca. El dolor de cabeza, en efecto, parecía ceder.

Albert Torino era gestor de medios. Después de trabajar algunos años en grandes cadenas privadas como director y presentador de formatos tan controvertidos como exitosos, había puesto en marcha su propia empresa, Integrated Entertainments, en la que ningún obtuso consejo administrativo podía sermonearlo ni ningún interventor impotente prohibirle nada. Él era el jefe, tenía asegurado el ochenta por ciento de la financiación de su próximo proyecto, y su idea era sencillamente brillante. En Brasil buscaban niños de la calle en las favelas de Sao Paulo, los entrenaban y los enfrentaban en jaulas en combates Ultimate Fighting. Los espectadores podían elegir a sus favoritos y decidir quién debía luchar contra quién.

Torino había tenido la idea de hacer lo mismo en formato *casting superstar*. El arma de los chicos de la calle eran los puños; el de las chicas, su cuerpo. Que las mujeres combatieran entre ellas empleando sus armas como los Ultimate Fighter de las favelas, con belleza y astucias femeninas en lugar de con puños. El público decidiría cuál estaba más buena. Y el espectador que hubiera apostado por la ganadora podía conseguir un premio totalmente extraordinario.

¿Cuál?

Hombre, ¿qué iba a ser?

La idea de Torino conmocionaría el mundo de los medios de comunicación de masas. Alemania era Nueva Orleans y él, el huracán Katrina.

La azafata inclinó la cabeza para despedirlo al tiempo que Torino la inspeccionaba de pies a cabeza. «No está mal —se dijo—, pero nada que ver con las macizas que se pasean por Brasil. En fin, vivimos en la pacata Alemania».

Recorrió el pasillo arrastrando la maleta de ruedas y la cartera de piel de serpiente mientras el sabor de la aspirina desaparecía paulatinamente de su boca. Estiró la barbilla asertivamente mientras sus inquietos ojos castaños se movían inquisitivos de un lado a otro tomando nota de cuanto ocurría a su alrededor. Daba la impresión de que Albert Torino quería estar en todas partes y que se sentía incesantemente inquieto ante la posibilidad de estar perdiéndose algo importante.

Se movía con la elegancia y facilidad, casi la gracilidad, que curiosamente caracterizan a muchos hombres canijos. Con su negro cabello engominado peinado hacia atrás y su piel bronceada, hasta habría podido pasar por un *sunnyboy*, de no ser por los kilos de más alrededor de las costillas asociados a la victoria de la buena comida y el vino sobre la dieta y el gimnasio.

El empresario revolvió con la mano izquierda el contenido de su cartera buscando el auricular de su BlackBerry y se lo colocó en el oído. Quince mensajes nuevos. Como siempre que consultaba el buzón de entrada tras un vuelo de doce horas. Al escuchar el último mensaje, se le iluminó el rostro. Ahí estaba Tom Myers.

Torino apretó el paso y alzó aún más la barbilla mientras se encaminaba a la Lufthansa Senator Lounge.

EL HOMBRE VESTÍA UN TRAJE NEGRO de látex que le cubría el cuerpo de pies a cabeza bajo un abrigo también negro. Era alto, no medía menos de un metro noventa, y tenía una figura atlética. Sus movimientos eran ágiles, precisos, casi sigilosos, como los que se observan en los deportistas que practican artes marciales —una elegancia de pantera, capaz de transmutarse en explosiva brutalidad en un abrir y cerrar de ojos—. Sobre la máscara de látex llevaba unas gafas de goma, y dos grandes bolsas negras de deporte en las manos, también enfundadas en guantes de látex.

Cerró la puerta del piso con el pie y atravesó el largo pasillo con desenvoltura.

Jakob yacía en la cama con la mano izquierda esposada al enrejado del cabecero.

En la cadena de alta fidelidad retumbaba *Sweep* de Blue Foundation.

—Voy a proporcionarte el mejor orgasmo de tu vida —dijo el desconocido. Se aproximó a la cama con rapidez de insecto y encadenó la mano libre de Jakob a la cama con la otra manilla de las esposas. Dejó vagar la mirada por el amplio dormitorio. Sus ojos se posaron primero en el ordenador portátil que había sobre el escritorio. La página Giftgiver estaba abierta, así como el perfil de Jakob. Se acercó al equipo estéreo, subió aún más la música, regresó rápidamente junto a la cama y cerró la boca de Jakob con una ancha tira de cinta aislante negra antes de que este se percatara de lo que estaba ocurriendo.

A Jakob le entró miedo. ¿Y si había contactado con el tipo equivocado? Pero la incertidumbre también lo excitaba. Olas de adrenalina corrieron arrebatadamente por sus venas. El hombre se aproximó a la mesa y sacó uno de los escalpelos de uso único del envase de plástico. Luego abrió una de las bolsas negras de deporte y extrajo una escudilla de acero, como las que usan en los hospitales, y dos pequeños cubos de plástico.

«¿Qué está pasando aquí? —se preguntó Jakob, en parte asustado, en parte extasiado—. ¿Jugamos a los hospitales? ¿Erotismo fecal? ¿Qué pretende hacer el tipo este con los cubos?».

Jakob aún no había llevado estos pensamientos hasta el final cuando el extraño le esposó también los pies a la cama con movimientos inquietantemente rutinarios.

En el equipo sonaba un nuevo CD, *Poker Face* de Lady Gaga. Escuchó la primera estrofa.

Russian Roulette is not the same without a gun.

El hombre se aproximó a Jakob con el cuchillo de cirujano en la mano derecha y la escudilla en la izquierda. Acarició el torso desnudo de Jakob con el lado sin filo del escalpelo. Jakob profirió un gemido sordo y tuvo una increíble erección. El extraño giró entonces el escalpelo y lo deslizó por la piel desnuda de Jakob ejerciendo una ligera presión y dejando a su paso un delgado camino de sangre. Jakob temblaba de

placer.

And baby when it's love, if it's no rough, it isn't fun.

—Nunca te olvidarás de mí —dijo el hombre de negro.

Antes de que Jakob pudiera preguntarse cómo debía interpretar aquellas inquietantes palabras, el desconocido hizo un corte más profundo, largo y sangriento que el anterior en el pecho de su víctima. Jakob gritó de placer. Cuando el extraño le hizo el tercer corte, acariciando simultáneamente el duro abultamiento de los pantalones de Jakob, este alcanzó un intenso orgasmo.

El hombre volvió a hablar.

—Porque soy la última persona de este mundo a la que vas a ver.

El éxtasis arrebató a Jakob, que eyaculaba violentamente al borde del desmayo, cuando escuchó las palabras con las que el extraño llevó el escalpelo hacia arriba y en una rápida estocada seccionó la yugular de su víctima. Un sentimiento de sorpresa y conmoción traspasó a Jakob, que miró con ojos desorbitados hacia su garganta. La sangre salía de la herida a borbotones, un orgasmo de muerte que un segundo después de alcanzar el primero le arrancó un grito sofocado por la cinta aislante. El gutural chillido se sumó a la atronadora canción, proporcionando a la escena una macabra música de fondo. Jakob intentó enderezarse, pero el desconocido empujó su cuerpo con inaudita fuerza contra la cama. La sangre salpicaba la alfombra y la mesilla de noche, en la que se apilaban revistas pornográficas y DVD descuajaringados. Luego retorció el cuello de su víctima con brutal energía para que la sangre corriera hacia la escudilla.

Cuando la escudilla y los cubos de plástico estuvieron llenos, la vida abandonó para siempre el tembloroso cuerpo de Jakob y sus exorbitados ojos, que hasta entonces habían reflejado terror y espanto, se apagaron definitivamente.

El extraño se dirigió al ordenador portátil, navegó por páginas web, cerró la tapa del ordenador y lo metió en una de las bolsas de deporte, junto con la batería y el módem *wireless*. Abrió la otra bolsa y extrajo dos grandes contenedores de plástico. Después volvió a coger el escalpelo y se aproximó al cadáver que yacía sobre la cama.

Aún no había terminado el trabajo.

Todo lo contrario.

Acababa de empezar.

CLARA ALZÓ LA VISTA y exhaló un profundo suspiro al ver la inmensa cúpula sobre su cabeza, en lo alto del techo. Contemplarla le proporcionó un sentimiento de libertad a la par que de seguridad. Entrecerró los ojos para verla con mayor claridad por entre las lágrimas que seguían entorpeciéndole la visión, mientras las palabras del sacerdote resonaban como un eco en su cabeza: «Hay que perdonar para ser perdonado».

¡Qué no habría escuchado aquel sacerdote en confesión! Historias que debía guardar para siempre ocultas en su corazón y que solo podía compartir con Jesús y con Dios, como exigía el secreto de confesión. Una pregunta cruzó fugazmente la mente de Clara: ¿se habría confesado el asesino de su hermana? En caso afirmativo, un sacerdote sabría qué aspecto tenía, lo que había hecho, quizás incluso dónde se encontraba. ¿Existiría una persona que lo supiera todo pero que jamás podría revelarlo?

Clara apartó de su mente aquel pensamiento como si se tratara de un molesto insecto. Un engendro como el asesino de su hermana no podía querer trato alguno con Dios.

La imagen de la Madre de Dios, ante la que ardían docenas de velas, se alzaba frente a Clara a la izquierda del altar. María llevaba al niño Jesús en brazos, bajo sus pies brillaba la luna y sobre su cabeza resplandecían los rayos del sol. El amigo de una amiga, un historiador del arte, le había explicado en una ocasión que, en el Apocalipsis de San Juan, María Inmaculada aparecía sobre una media luna:

Una gran señal apareció en el cielo: una mujer vestida del sol, con la luna bajo sus pies y una corona de doce estrellas sobre su cabeza.

Está encinta y grita con los dolores del parto y con el tormento de dar a luz. Y apareció otra señal en el cielo: un gran dragón rojo, con siete cabezas y diez cuernos, y sobre sus cabezas, siete diademas. Su cola arrastró la tercera parte de las estrellas del cielo y las precipitó sobre la tierra. El dragón se detuvo delante de la mujer, que iba a parir, para devorar a su hijo en cuanto viera la luz.

Aquellos versículos se habían grabado en su memoria, no solo porque la imagen de un voraz dragón dispuesto a devorar a un niño inocente resultaba sobrecogedora, sino porque le hacía pensar en su hermana Claudia, sobre la que también se había abalanzado un maligno dragón. En la Biblia, sin embargo, el niño era salvado por el arcángel Miguel, que derrota al dragón —a Satán—, mientras que a ella el dragón le había arrebatado todo cuanto había poseído.

«Si de veras Dios es tan bondadoso como sostiene la Iglesia, ¿por qué le interesamos tan poco los seres humanos? —se preguntó Clara—. ¿Dónde está Dios cuando realmente se lo necesita? ¿Es siempre la vida sufrimiento? Y si la vida es el tormento del cuerpo, ¿será el infierno el tormento del alma?».

Clara permaneció en silencio a los pies de la imagen de María, mientras las velas convertían la penumbra del interior de la iglesia en una flotante tela de remiendos de luz y oscuridad.

«María», pensó. El único ser humano en la historia de la creación que había vivido sin pecado, una mujer enteramente pura. Y enseguida obtuvo un ascenso: madre del hijo de Dios, Reina del Cielo.

Pero si el mundo estuviera lleno de pureza, Clara tendría que buscarse un nuevo trabajo.

Echó un euro en el depósito de latón y encendió dos velas en memoria de Claudia. «Nunca te olvidaré», se prometió mentalmente mientras las dos llamas se sumaban al parcheado de luces y sombras en la tenebrosa bóveda.

Un sonido metálico sobresaltó a Clara. Un hombre alto y fuerte también había arrojado unas monedas en el cepillo de las limosnas y ahora encendía una vela. La agilidad de sus movimientos le recordaba a Clara a los agentes de la Unidad Especial de Operaciones. Tenía el pelo rubio y muy corto y llevaba gafas de acero inoxidable mate.

—La verdadera belleza es siempre inaccesible, ¿verdad? —dijo mientras contemplaba la imagen de María. Luego miró a Clara. Su mano izquierda tembló ligeramente mientras depositaba la vela en el suelo.

Clara se limitó a asentir con la cabeza. El hombre no le resultaba antipático, pero no se sentía inclinada a hablar.

El desconocido pareció darse cuenta.

—Discúlpeme —dijo, y se apartó de ella dando un paso atrás—. Espero no haberla molestado. Adiós.

Clara permaneció frente a la imagen de María y siguió con la mirada al hombre mientras la vacilante llama de las velas proyectaba oscilantes luces y sombras en el rostro de la Virgen.

Todo me da asco. Las personas, la vida, y yo a mí mismo. En ocasiones tengo la impresión de que estoy muerto desde hace muchos años y que tan solo se han olvidado de enterrarme. Quizás habría sido mejor cometer de verdad el suicidio que simulé en el lago. Escribí una carta de despedida, me adentré en el agua, nadé hacia el interior y dejé mi chaqueta en el centro del lago. Luego regresé a la orilla y me alejé para siempre del internado. Desde entonces todos me toman por muerto, y así seguirá siendo.

Puede que de verdad esté muerto. Puede que lo que ahora me parece real no sea más que un sueño. Y si todavía estoy vivo, ¿no debería terminar con todo? Bastaría con una sobredosis de insulina o de somníferos, una viga estable y una soga colgada del techo, el corte certero de una cuchilla de afeitar.

Pero tengo una misión que cumplir. La chica se llama Jasmin. Ha proclamado a los cuatro vientos en Facebook que pasará el fin de semana en Hannover. Puedo meterme en su piso y prepararlo todo con tiempo. La he visto en la estación central. Otros muchos la han visto y han vuelto la cabeza para seguirla con la mirada llena de lascivia. Es como era Elisabeth. Hermosa, rubia y radiante.

También el treintañero con el que ha tomado café en la estación la codiciaba. Sus ojos reflejaban la urgencia de su deseo, pero la sorda tristeza que dormitaba tras la avidez de su mirada también delataba desesperanza. El tipo sabe que jamás la poseerá. Sabe que lo más probable es que para ella fuera un alivio tener que marcharse al andén, disponer de una excusa para deshacerse de él.

¿Por qué se habrá citado con ella? Tenía que saber que el encuentro inflamaría un deseo que nunca podría satisfacer y que le haría sentirse desdichado durante mucho tiempo. Quizás se dé por satisfecho con hacerse ilusiones, con tomar un café con la mujer de sus sueños, a sabiendas de que jamás le meterá la polla. O quizás no quiere quedar ante sí mismo como un fracasado que deja pasar una oportunidad pese a ser tan lamentablemente inferior a ella. Lo más probable, de todas formas, es que se cite con ella para tener en la mente una imagen viva cuando se masturbe.

¿Se convertirá ese tipo en un asesino? ¿En alguien que cambiaría a la mujer viva de la cafetería por un cadáver destripado y despedazado porque las mujeres muertas no pueden decir «no»? Nunca lo sabré, pero es una idea interesante.

Jasmin regresa el domingo por la noche. Eso no lo dice Facebook, sino su cuenta bahn.de, que he pirateado. Dejaré mi casa el domingo y esperaré a Jasmin en su piso para matarla.

EL ATARDECER CONVERTÍA EL CIELO en un baile de colores similar al proyectado por la luz de las velas en la bóveda de Santa Eduvigis. Clara se sentó al volante de su coche de servicio, un Audi ya bastante destartado, condujo por el bulevar Unter den Linden y giró a la izquierda por la Friedrichstrasse, dirección Tempelhof, hacia la central de la LKA de Berlín.

Clara trabajaba en la Brigada de Homicidios, en el departamento de psicopatología forense, recientemente ampliado. Cuanto más grande es una ciudad, tantos más perturbados deambulan por sus calles, y Berlín no era a este respecto ninguna excepción. El Senado no quería parecer inactivo en ese campo.

Trabajaría unas dos horas más en su despacho, hablaría con un colega, cerraría los expedientes de su último caso y se marcharía a casa. Salvo por el 23 de octubre, cuya llegada había acaparado sus preocupaciones en los últimos días, la semana había sido tranquila. Trabajando codo con codo con Winterfeld, su superior y jefe de la Brigada de Homicidios, había atrapado en su último caso al Hombre Lobo, un asesino psicópata que había dejado un reguero de sangre en Berlín: siete mujeres brutalmente asesinadas y violadas antes y después de la muerte. El caso había destrozado los nervios de todos los agentes, sobre todo desde que Bellmann, el jefe de la LKA, había dado orden estricta de mantener a la prensa apartada del caso, lo cual no había hecho las cosas más fáciles, precisamente.

Tras torcer por la Friedrichstrasse, Clara puso rumbo hacia el gran edificio rectangular de oficinas flanqueado por las fachadas clasicistas de las casas del vecindario.

Desde hacía tiempo, Clara colaboraba estrechamente con Winterfeld, un hombre de cincuenta y nueve años separado de su segunda mujer. Pese a ello, no podía decir que lo conociera bien. Era por una parte una persona pragmática que no toleraba tonterías, pero podía decirse que tenía dos caras. Había conquistado la cima de su carrera en Hamburgo con la captura del «asesino de la bolsa», un pederasta que cubría la cabeza de los niños con una bolsa de plástico mientras los violaba. Lo excitaba ver que la resistencia de sus víctimas cedía por falta de oxígeno hasta el desmayo y la muerte mientras él abusaba de ellas. El autor de los crímenes era un maestro de escuela, uno de esos tipos que organizan el concierto de Navidad y son los primeros en barrer cada mañana la nieve que se amontona en la puerta de casa. Un auténtico hombre de bien.

El término acuñado por Hannah Arendt para el insustancial Heinrich Himmler, «banalidad del mal», también les venía como anillo al dedo a algunos asesinos en serie: al discreto John Wayne Gacy, por ejemplo, y también a Klaus Beckmann, el asesino de la bolsa.

Winterfeld había tomado a Clara bajo su tutela, y también a Sarah Jakobs, otra inteligente y joven comisaria que, tras prestar servicio en la Jefatura de Investigación Criminal algunos años después que Clara, había sido finalmente destinada al departamento de estafas. Hacía tiempo que Clara no la veía. Corría el rumor de que Sarah había destapado algo muy gordo y vivía en paradero desconocido y tras una nueva identidad a la espera de que el asunto quedara enterrado.

Sarah era algo así como la hermana pequeña de Clara, la «hermana pequeña mayor», para ser más exactos. Su melena rubia y sus ojos castaños marcaban un claro contraste con el pelo moreno y los ojos azules de Clara, cuyo aspecto revelaba raíces en el sur de Europa. Por sus venas corría, en efecto, sangre italiana, española y alemana.

Clara echaba de menos a Sarah en aquel mundo dominado por hombres en el que trabajaba. La mayoría de los comisarios y cargos directivos eran hombres, al igual que los criminales. Muchas tardes de verano se habían sentado juntas en el balcón de su casa en la Schönhauser Allee, con una copa de vino blanco en la mano, para charlar relajadamente mientras la vida bullía abajo, en las calles de la ciudad. No había nada más veraniego que el color del vino blanco en una copa empañada por el frío a la luz del atardecer; para Clara representaba la quintaesencia del bienestar. Ningún camarero haciéndote esperar horas. Ningún turista de inmenso trasero abriéndose paso con la mochila llena por entre las mesas de la cafetería. Ninguna irritante melodía ambiental con la que el barman se siente obligado a deleitar a los clientes. Solo una mesa, dos sillas y vino blanco, mientras abajo la gente pasea por la calle, los vecinos se detienen a charlar y los ciclistas hacen sonar el timbre de las bicicletas. Hasta el balcón llega la música de los coches que circulan con las ventanas abiertas y que se apaga bruscamente tan pronto como aceleran en el semáforo. Y todo ello acompañado por el graznido de las gaviotas y el arrullo de las palomas.

Sarah y Clara hablaban sobre los casos que tenían entre manos, sobre corruptos peces gordos, bandas de contrabandistas y tráfico de personas, sobre robos con homicidio, asesinatos pasionales y asesinos en serie. Pero a menudo también departían sobre cosas enteramente normales: los libros que leían, las exposiciones que podían visitarse en la ciudad, y sobre hombres, naturalmente: los majos solían ser aburridos y los que no eran aburridos solían tener ya un pie en la cama de la siguiente mujer.

A la altura de la Choriner Strasse donde Clara vivía, el metro emergía desde el subsuelo para ascender después por las vías de un andamio metálico y recorrer unos cientos de metros convertido en tranvía antes de sumergirse de nuevo, a la altura de la Bornholmer Strasse, en su mundo subterráneo.

Clara recordaba al novio de Sarah, que en una de aquellas tardes de verano les relató una historia de terror de H. P. Lovecraft: una expedición de científicos descubre en una cueva subterránea de la Antártida un gusano gigante que se desplaza bajo el hielo a través de túneles, y cuya enormidad hace perder el juicio a varios miembros

del grupo. «La cosa que no debe ser», así llamó Lovecraft al gusano. Uno de los exploradores, que al final del relato acaba en un manicomio, solo puede oír hasta el final de sus días el silbido del metro de las estaciones neoyorkinas desde Battery Park hasta Central Park. No es el gusano lo que al final resulta inquietante, dijo Vincent, sino el metro. El mundo moderno intenta desterrar los fantasmas del pasado y al hacerlo crea nuevos monstruos, quizás incluso más aterradores.

Clara acababa de comprender lo que Vincent quería decir cuando otro tren salió disparado de su mundo subterráneo emitiendo un ensordecedor chillido, como una gigantesca anguila que salta a la superficie del agua para atrapar a un insecto. Los arquetipos, había comentado Vincent, están profundamente enraizados en nosotros. Sabemos que no existen los monstruos, pero los tememos, porque se trata de un miedo primitivo y tan antiguo como la humanidad.

Clara bordeó la Tempelhofer Ufer, condujo por la Mehringdamm, aparcó el coche en el garaje subterráneo de la LKA y entró en el ascensor. Mientras recorría el pasillo de la tercera planta escuchó el buzón de voz de su teléfono móvil. Nada importante, por fortuna.

Se metió en la cocina y se sirvió un vaso del café que preparaba la vetusta, destartalada y estrepitosa cafetera. Había perdido el hábito de echarle al café un chorrito de leche, al menos en el trabajo. Tomaba café solo sin azúcar, lo único que se dispensaba en todas partes. Así uno no tenía que entretenerse preguntando por la leche, que de todas formas solía estar agriada. Y el azúcar y la sacarina, por lo demás, eran malos, o para los dientes, o para la figura, o para ambos —lo que no quería decir que Clara no se regalara de cuando en cuando con un ultracremoso e hiperdulce *caramel-macchiato* en Starbucks.

Estaba a punto de abandonar la cocina cuando oyó enérgicos pasos en el pasillo. El director Winterfeld se acercaba a ella con el botón del cuello de la camisa desabrochado, la corbata aflojada y un paquete de puritos La Paz en las manos, que desempaquetaba lentamente mientras su prominente nariz aguileña cortaba el aire del pasillo como la proa de un barco el agua. La mirada de sus ojos azules se encontró con la de Clara.

—Ah, señora Vidalis —dijo. Se mesó su canoso pelo, que llevaba muy corto, y abrió con cuidado el ventanal de la cocina para «fumar hacia fuera», como solía decir. Había algo ceremonioso en el modo en que Winterfeld abría la ventana, casi como un sacerdote que abre el tabernáculo y saca las hostias consagradas para la eucaristía.

—Hágale compañía a este anciano —continuó, mientras abría la ventana dejando correr por el pasillo el frío aire otoñal. Winterfeld inspiró profundamente el aire de la tarde, que ya olía un poco a nieve y a invierno, para encender inmediatamente después un purito y arrojar nubes de humo en el aire del anochecer.

Durante un breve lapso de tiempo permanecieron en silencio delante de la ventana. Clara sostenía el vaso de cartón con las dos manos, recreándose en su agradable calor, a la par que se estremecía ligeramente por el aire otoñal. Por su parte,

Winterfeld exhalaba el humo hacia la tenue luz del atardecer en breves intervalos y con aire meditativo.

—Hoy es día veintitrés —dijo al fin sin mirar a Clara—. No hace falta que hable de ello si no le apetece, pero confío en que se encuentre bien, dentro de lo que cabe. —Winterfeld conocía la historia de Clara.

—En cierto modo, sí. He vuelto a confesarme —comentó Clara, y bebió café a pequeños sorbos—. No sé por qué lo hago, la verdad. Lo único que puedo decir es que me siento algo mejor después de confesarme. Al menos ayuda más que el yoga, que también practico. —Clara movió en círculo los hombros—. He avanzado mucho en yoga. Ya casi puedo dislocarme el hombro. Lo único que no consigo es tranquilizarme.

—Me imagino que eso de dislocarse el hombro servirá para algo. Pero, a bote pronto, la idea de confesarse parece mejor —sentenció Winterfeld—. En cierta manera, los sacerdotes —dijo refiriéndose a la Iglesia católica— inventaron el psicoanálisis. A los agnósticos no les gusta oír eso, pero es la verdad. Expresar lo que nos aflige, desahogarse, así funciona la confesión en el catolicismo, y así funciona la terapia freudiana. Tienes que decirlo, tienes que pronunciarlo, y haciéndolo te sientes mejor. —Miró a Clara—. ¿Y no lo comprobamos nosotros constantemente? ¿Cuántos asesinos se entregan porque no soportan cargar durante más tiempo solos con su culpa?

Clara asintió.

—¿Qué decía el colega del FBI que estuvo aquí el año pasado? *Not everyone is built for guilt.*

—Y cuando tenía razón, tenía razón —comentó Winterfeld, y le dio otra calada a su purito.

Ambos guardaron de nuevo silencio.

—Quería decirle algo... —Winterfeld volvió a pasarse la mano por el cabello y le dio otra calada al purito sin tragarse el humo—. Su trabajo en la búsqueda del Hombre Lobo ha sido excelente. Nunca me había topado con un asesino tan desordenado y bestial. No quiero ni imaginarme lo que se habrá oído en el proceso judicial. —Winterfeld se encogió de hombros—. En fin, nuestro amigo ya está en la cámara frigorífica de Moabit y la semana que viene descansará dos metros más abajo. Ahí podrá reflexionar sobre su conducta y arrepentirse de sus pecados. —Una leve sonrisa se dibujó en sus labios antes de volver de nuevo la cabeza hacia Clara—. Bellmann me ha pedido que la felicite de su parte. A menudo cuesta más dar las gracias que abroncar a los demás, y Bellmann no es en eso una excepción. Pero me parece que esta vez lo dice de corazón. Tiene muchas ganas de hablar con usted y de agradecerle personalmente su fabuloso trabajo. ¿Hasta cuándo la veremos por aquí?

—Hasta el viernes —respondió Clara. Dos días más para cerrar el caso y terminar con el papeleo, después comenzarían sus anheladas vacaciones. Dos semanas. Aún no sabía dónde quería desaparecer. Probablemente recurriría al *last minute*. Ya

encontraría algo.

—Bellmann volverá a pasarse por aquí. Estará en Wiesbaden hasta mañana al mediodía, en la BKA^[2], pero después usted ocupa el primer puesto en su lista de prioridades.

—Me alegra oír eso —dijo Clara, cuyos sentimientos hacia Bellmann, el jefe de la LKA de Berlín, eran ambiguos. Era un excelente organizador, pero cuando las cosas no se hacían como él las había dispuesto podía volverse muy desagradable, especialmente cuando se enteraba después—. ¿Y bien? —preguntó Clara, y lanzó una mirada burlona a Winterfeld—. ¿Qué le dice su sexto sentido? Pensaba que no le gustaba la tranquilidad porque solo existe «la calma antes de la tormenta». ¿O de verdad podemos relajarnos y disfrutar de la vida?

Winterfeld se encogió de hombros y dejó caer la ceniza tres pisos más abajo, donde se desparramó entre los arbustos y los tubos de la calefacción.

—A veces la calma es verdadera calma. Pero tiene razón. La mayoría de las veces no es más que el silencio con el que el puntero del láser se posa en su objetivo desde la mira telescópica antes de que se escuche el disparo. —Winterfeld suspiró sonoramente y se guardó en el bolsillo del pantalón la caja de puntos—. Pero puede que esta vez tengamos suerte. A lo mejor nos dan un verdadero respiro. A usted seguro, porque se marcha de vacaciones. Hermann y yo tendremos que terminar todo el papeleo, hablar con los psicótipos sobre el perfil criminal del Hombre Lobo y después, confío, disfrutar de un fin de semana tranquilo.

Hermann era el asistente de Winterfeld, amén de un experto en criminalidad informática, un hombre alto, silencioso, completamente calvo, que se volcaba en el trabajo cuando llegaba el momento. Y también podía inspirar miedo o ser verdaderamente temible. A Clara le recordaba a un oso grizzly: tenía que recibir suficiente miel para comportarse como un osito de peluche.

Winterfeld dio una última calada a su purito, lo aplastó contra el alféizar de la ventana y arrojó la colilla al oscuro vacío.

—A propósito de psicópatas —dijo después cerrando la ventana—. Martin Friedrich está aquí, en su despacho. Usted quería conocerlo, ¿no? Mañana viaja a Wiesbaden para pronunciar una conferencia en las jornadas de otoño de la BKA y no sé si regresará antes de que se vaya usted de vacaciones.

—Gracias, pasaré a verlo —dijo Clara, y apuró el vaso de café—. Cuarta planta, ¿no?

—¿Dónde si no?

—Suena como si no pudiera trabajar en ningún otro lugar.

Winterfeld volvió a mirarla y Clara reconoció en su rostro al experimentado y bondadoso maestro que recordaba de su etapa de formación.

—Para los chinos —dijo— el cuatro es el número de la mala suerte, porque la palabra cuatro suena igual que la palabra muerte.

Clara sonrió.

—Vaya, nunca te acostarás sin saber una cosa más. ¡Qué difícil es ser ocurrente!, ¿verdad?

—¡Fácil no es! —dijo Winterfeld riendo—. Que pase una buena tarde. —Y diciendo esto dio media vuelta y se alejó por el pasillo.

—DISCULPE —dijo la recepcionista de la Senator Lounge cuando Torino ya había dejado la ventanilla tres o cuatro pasos a sus espaldas—. ¿Me permite ver su billete? ¿Es usted cliente Senator?

—¿Qué si no? —replicó Torino malhumorado, y agitó el billete como si quisiera ahuyentar a una mosca—. ¿Encantador de serpientes?

Entró en la nueva Senator Lounge. El aire de misterio con el que Lufthansa y el aeropuerto habían echado el cierre a la sala durante casi dos años invitaba a esperar algo mejor que aquella reforma, y Torino quedó profundamente decepcionado al contemplar la nueva *lounge*. ¿Qué demonios habían hecho esos idiotas durante todo ese tiempo? Soltó jadeante la cartera y la maleta de ruedas y miró a su alrededor para inspeccionar la sala. Solo a los obreros y operarios alemanes les estaba permitido algo así, pensó. Armar jaleo desde las siete de la mañana, no hacer nada salvo cuatro chapuzas y presentar al final una factura astronómica que sería la envidia de cualquier banco.

Torino dejó vagar la mirada por la sala y por fin descubrió a su contacto. Tom Myers, director ejecutivo de Xenotech, había descendido desde el olimpo de los HON-Traveler, el círculo de mayor estatus, reservado para los mejores clientes de Lufthansa, a las áridas llanuras de la Senator Lounge; y ello, por una parte, porque Albert Torino «solo» era cliente Senator y, por otra, porque el número de vips que podían pescar fragmentos de la conversación era aquí mucho menor. Para hablar sin ser importunado, lo mejor, sin duda alguna, era trasladarse a la Business Lounge, pues en ella solo había jefes subalternos de ventas y becarios de vete tú a saber qué consejos de empresa, a los que de todas formas poco podían revelar.

Tom Myers era responsable de la estrategia global de Xenotech, el mayor portal web del mundo. Xenotube, el canal de vídeos de los gigantes de Internet, era la página de vídeos más visitada del mundo y Myers tenía la llave de acceso a ese canal, lo que lo convertía en el san Pedro de Internet.

Torino tenía en mente a Xenotube para el nuevo formato de *show* que había ideado. Ahora debía trabajarse a Myers, que no tenía en mucha estima el mercado de estrellas porno imaginado por Torino, pese a haber manifestado que la idea, en principio, no le parecía mal. Pero Myers aún no había comprendido la naturaleza del proyecto, eso al menos pensaba Torino.

Myers —un hombre pelirrojo, con los ojos azules y una prominente barbilla— hundía la cabeza en el *Financial Times* y se asomaba de cuando en cuando por el costado del periódico para espiar alternativamente la entrada del *lounge* y el panel electrónico con los horarios de salida de los vuelos.

—Albert —dijo levantándose al descubrir a Torino—. *Here you are! How was*

your flight?

—*Work and pleasure in good measure* —respondió Torino, y continuó hablando en inglés—. Ya casi he terminado con la presentación para los inversores, la comida *okay*, pero apenas he podido dormir, como siempre.

Myers señaló con una mano el sillón vecino y Torino dejó a su lado la maleta y la cartera, se sirvió un capuchino en la máquina expendedora y se acomodó en el sillón.

—Bien —dijo Myers—. Vayamos al grano, en veinte minutos tengo que coger el avión a Fráncfort. Quieres hacer un calco de *American Idol* o *Alemania busca una estrella*, ¿no es así?

—Pamplinas. —Torino echó azúcar en la taza mientras removía torpemente el café con una larga cucharilla—. Ese formato es agua pasada. Los formatos *superstar* al uso son para pequeño-burgueses a los que escandaliza el sexo antes del matrimonio.

—Eso es lo que dicen, al menos. —Myers bebió un sorbo de su vaso de agua—. No pude leer detenidamente tu correo, pero leí lo suficiente para comprender que el usuario puede elegir a su *superstar*.

—Así es —dijo Torino—. En los formatos habituales, al espectador le plantan delante de las narices a un candidato al que después un jurado le espeta que no es más que un aborto y que más le valdría acabar con todo tirándose lo antes posible por un puente. Solo a una pequeña fracción de los candidatos no les ocurre eso, y esos son las nuevas estrellas.

—Sigue funcionando —dijo Myers.

—Sí, porque los *couch-potatos* de ahí fuera en Zombilandia —señaló en dirección a la puerta de la Senator Lounge, como si tras ella comenzara otro planeta— se tragan lo que les echen. Mientras no se les sirva nada nuevo se dan por satisfechos con el mismo plato de siempre, por revenido que esté.

—¿Y?

—¿Y? —repuso Torino—. Pues que eso no tiene nada que ver con la ultraenaltecida cultura de la interacción que impera en los nuevos medios. Al espectador se le impone dictatorialmente algo que quizás no quiera ver. Que les guste a los que lo hacen no significa que le guste al espectador. ¡Y el gusano —Torino alzó el dedo índice— debe gustarle al pez, no al pescador!

—Interesante símil —dijo Myers—. Continúa.

—Responde a esta pregunta —prosiguió Torino—. ¿Qué piensas tú como espectador cuando... digamos que te gustan las modelos atléticas y la emisora te bombardea con fofas, como si reclutara a las chicas en las reuniones del Weight Watchers? ¿O cuando te gustan las rellenitas pero en la televisión solo se ven *miss Etiopías*?

Myers estiró la barbilla hacia el puesto de periódicos y se mordió el labio inferior.

—Quizás pensaría que preferiría poder elegir quién aparece en pantalla.

—Exacto —dijo Torino—. Como espectador, querrías poder elegir a tu propia

top-model, ¿verdad?

—O sea, los espectadores apuestan por las modelos, como en las carreras de caballos.

—Así es. —Torino asintió mientras removía el capuchino con la cucharilla y seguía con la mirada una cuadrilla de ejecutivos chinos en peregrinación a la salida—. Las modelos crean en la plataforma su propia página web, en la que se presentan a los espectadores, como en los foros de contactos donde la gente busca amigos, sexo o lo que le dé la gana. Los espectadores eligen a sus favoritas a través de la plataforma y adjudican puntos.

—¿Y se puja con dinero?

—¿Con qué si no? Vivimos en el mundo real. Cuando alguien apuesta mucho dinero por unas acciones, su cotización cambia; lo mismo ocurriría aquí, la cotización de la modelo subiría. A las veinte mujeres que al final cotizan más se las invita al *casting* del programa.

—¿Por eso se llama *Shebay*? ¿Porque uno puede pujar por las mujeres?

Torino asintió.

—Entre otras cosas. Después se elige a *miss Shebay*. El espectador se implica en la selección de las candidatas. Y si tenemos suerte, ni siquiera se considerará un juego de azar, con lo que podríamos gestionar el servidor, el *marketing* y todo lo demás cómodamente, quiero decir desde Alemania.

Myers volvió a beber un trago de agua y dobló su ejemplar del *Financial Times*.

—Has dicho «entre otras cosas». ¿Qué más hay?

Torino esbozó una sonrisa maliciosa.

—Acabamos de decir que los espectadores se hartan de que les metan por los ojos fulanas a las que no tocarían ni tras llevar dos años encerrados en un monasterio.

—De acuerdo —dijo Myers mientras guardaba el periódico y su ordenador portátil en la cartera—. De ahí lo de pujar en el mercado de acciones...

—Eso es —lo interrumpió Torino—. Esa es la oferta, lo que han elegido los espectadores.

—Solo que falta la demanda.

—En efecto —dijo Torino, y se inclinó hacia su interlocutor—. O mejor dicho: el deseo. —Soltó la cucharilla y juntó las manos por las puntas de los dedos—. Tom, ¿acaso no vemos en los *shows* mujeres a las que nos llevaríamos de inmediato a la cama?

—Como sabes, estoy felizmente casado, así que...

—Déjate de chorradas. A todos nos pasa lo mismo. Y ese es el problema. Ves en la televisión a unas tías cachondísimas, perfiles de mujeres electrizantes en las páginas de contactos, pero si eres un tío sin chispa y llevas a casa mil trescientos netos, no catarás a ninguna de ellas.

—Pues claro que no —dijo Myers—. Son programas de televisión, no una visita al burdel.

—¿Y por qué no? —preguntó Torino con aire inocente.

—Porque la tele es la tele y no un puticlub.

Torino aplaudió sin hacer ruido las palabras de Myers.

—Ahí precisamente es donde entramos nosotros. ¿Mujeres o mercado de acciones, tele o puticlub? ¡Con nosotros será ambas cosas!

Myers volvió a morderse el labio inferior.

—¿Quiere eso decir que los espectadores tienen la oportunidad de llevarse a esas mujeres a la cama?

—Bingo. Todos pueden ganar una noche con su favorita, se convierta en *miss Shebay* o no, y cualquiera puede ganar una noche con la ganadora.

—Y cuanto más dinero apuestas, más probabilidades tienes de ganar, ¿no es así?

—Eso es. Pero todos tienen una oportunidad, por pequeña que sea, también los que no tienen mucha pasta. —Torino sonrió—. El espectador medio de ahí fuera en Zombilandia no tiene mucho dinero. Si lo tuviera, no se pasaría las horas muertas delante de la televisión, sino matándose para conseguir más, como hacemos nosotros. Pero siempre habrá algunas personas que se preocupen de la gente sencilla. Esos somos nosotros, los verdaderos marxistas. Con nosotros, también los desgraciados que ganan dos duros podrán tirarse a una supermodelo. Igualdad de derechos para todos.

Myers apuró el vaso de agua y cerró su cartera.

—Sí, tú eres casi tan marxista como Ronald Reagan. ¿Y sabrían las damas en lo que se meten?

—¿Tú qué crees? Todo estaría perfectamente regulado. Tendrían que firmar un contrato de adhesión, para que quedaran atadas legalmente. Mis abogados ya están trabajando en ello.

—¿Y qué pasa si gana un macarra sifilítico? ¿También en ese caso tendría que acostarse con él?

—Hombre, habría unas condiciones de higiene mínimas. Pero la regla de oro es: para ser bella hay que sufrir. Y para ser famosa —la comisura de sus labios tembló apenas mientras miraba fijamente a Myers—, aún más.

Myers guardó silencio por un instante.

—Una idea bastante retorcida —dijo por fin—. Pero ajustada a la época enferma en la que vivimos. Debéis tener mucho cuidado para que el asunto no se os complique legalmente. ¿O emitís desde Holanda?

Torino miró a Myers de hito en hito.

—¿Cuántos usuarios han visitado vuestra página en Alemania el mes pasado?

—Diez millones, aproximadamente.

—Entonces es bien sencillo. —Torino apuró su capuchino de un trago y dejó caer sonoramente la taza sobre la mesa—. Primero emitimos por televisión. Y si tenemos problemas legales lo emitimos todo *livestream*, en la *landing page* de Xenotube.

—¿Queréis a *nuestros* diez millones de usuarios para esa guarrería? —Era

evidente que la idea de Torino lo fascinaba y repelía a la par.

—Una guarrería que va a causar furor —dijo Torino—. Y que conseguirá que vuestros diez millones de usuarios se conviertan de la noche a la mañana en veinte millones.

Myers se echó al hombro su cartera de cuero.

—No sé yo...

—Claro que sabes —replicó Torino—. Y ahora tienes por delante una hora de vuelo a Fráncfort para tomar una decisión.

—Pensaré en ello —dijo Myers, y estrechó la mano de Torino.

Este asintió.

—Pero no demasiado. La vida es corta, el tiempo es dinero, y un año...

—Lo sé —dijo Myers, dejando ver lo que pasaba por su mente—. En Internet, un año equivale a cinco.

EL PROFESOR MARTIN FRIEDRICH, director del departamento de análisis estratégico de casos, era una eminencia. Había estudiado medicina y psiquiatría en el Hospital Universitario Charité de Berlín y en la Universidad Johns Hopkins de Baltimore, ciencias forenses en la Universidad de Virginia y en Quantico, e impartido cursos en Harvard, Londres y Berlín sobre el «perfil criminal del asesino en serie». Friedrich era un adicto al trabajo, desconocía el significado del concepto «tiempo libre».

Además de estudiar medicina y especializarse en psiquiatría, había aprendido *profiling*, esto es, el análisis de la personalidad de los asesinos en serie, en el FBI, nada menos que de la mano de Robert Ressler, el hombre que había asistido a Thomas Harris en la elaboración de su novela *El silencio de los corderos*. Ressler no solo había perfeccionado enormemente el *profiling*, también había acuñado el término «asesino en serie». Antes de que Ressler empleara este término se los llamaba «autores de matanzas», pero este concepto no se ajustaba en absoluto a la realidad descrita: lo que desea el clásico autor de una matanza es asesinar de una sola vez a tantas personas como sea posible, mientras que el asesino en serie mata una y otra vez.

Clara había leído varios libros de Ressler, entre ellos *El que lucha con monstruos* y *Dentro del monstruo*. También había estudiado las entrevistas de Ressler a temibles asesinos en serie, entre ellos John Wayne Gacy, que negó hasta su ejecución ser el autor de la muerte de treinta y tres jóvenes. Gacy argumentaba que la jornada laboral de un empresario como él constaba de ochenta horas a la semana y que «no dejaba tiempo material» para hacer algo semejante, ante lo cual, naturalmente, se planteaba la pregunta de cómo habían llegado a su casa los más de veinte cadáveres descompuestos de adolescentes encontrados bajo el sótano de su vivienda.

Ressler también había entrevistado a Jeffrey Dahmer, el «caníbal de Milwaukee», un tipo que ligaba en bares con homosexuales a los que invitaba a su casa para después narcotizarlos, violarlos, asesinarlos y trocearlos. Al final hervía los cadáveres y usaba los huesos y cráneos para confeccionar altares y relicarios que colocaba en el salón. A algunas de sus víctimas las había torturado perforándoles sin anestésico la bóveda craneal e instilándoles ácido en el cerebro para convertirlas en una suerte de zombis sexuales. Dahmer aseguró después que se sentía solo y, barruntando que jamás encontraría a una persona que quisiera vivir con él —viva, al menos—, había decidido tener muertos en su casa o, mejor dicho, sus restos. Dahmer había muerto en la cárcel, otro recluso le había clavado un palo de escoba en el cerebro le había atravesado la cuenca del ojo.

Gacy y Dahmer, empero, constituían excepciones. Los asesinos en serie eligen a sus víctimas con arreglo a sus preferencias sexuales. Y como la mayor parte de ellos

son hombres, y la mayoría de los hombres son heterosexuales, las víctimas preferidas por los asesinos en serie son... mujeres.

«Fantástico —había pensado Clara al saberlo—, no habría podido elegir un trabajo mejor».

Clara no había tenido trato directo con Martin Friedrich. Este había proporcionado al equipo de Winterfeld un detallado perfil criminal del Hombre Lobo sin que ni Clara ni Winterfeld supieran que aquella eminencia ya estaba trabajando para ellos. Con el fin de mantener a la prensa alejada del caso, Bellmann y el jefe de policía habían levantado una muralla china en el seno del departamento, y como Martin Friedrich solo llevaba cuatro semanas trabajando para la LKA de Berlín y nadie se había preguntado si «el nuevo» ya se había incorporado a su puesto, el plan había funcionado.

Friedrich —había sabido Clara— sentía fascinación por Escocia. Allí era donde pasaba la mayor parte de sus vacaciones, por regla general solo, con una maleta llena de libros, entre ellos un ejemplar de las obras completas de Shakespeare. En el informe forense sobre el Hombre Lobo, Friedrich había exhortado a todos los miembros del equipo a leer a Shakespeare, «el mejor psicólogo de todos los tiempos». «Hallarán en la obra de Shakespeare —había escrito— toda la grandeza y toda la ruindad de la que es capaz el alma humana. La risa y la alegría, la comicidad y el absurdo, pero también lo oscuro, lo cruel e impronunciado». El personaje trágico que más impresión le había causado era Macbeth, instigado por su malévola esposa a asesinar al rey de Escocia.

Considerando su fascinación por Shakespeare, su amor por Escocia y el *whisky* escocés y la especialidad en la que Friedrich era un eminente experto, resultaban evidentes las razones que dos años atrás habían movido a sus compañeros estadounidenses a elegir el nombre con el que se lo conocía, un apodo que le venía como anillo al dedo y con el que él mismo, sin duda, se sentía satisfecho: MacDeath.

MacDeath solo llevaba una semana trabajando en su nuevo despacho. Cuando Clara asomó la cabeza por la puerta y golpeó tímidamente con los nudillos para anunciar su llegada, lo encontró sentado ante un elegante escritorio de madera de roble leyendo un correo electrónico, con las gafas de concha marrón sobre la nariz de su fino y pálido rostro. Friedrich alzó la vista. La delicadeza de sus rasgos y su corto cabello castaño le proporcionaban una belleza artística en la que a primera vista difícilmente podía adivinarse algún interés por los abismos de la naturaleza humana. Pero así eran a menudo las cosas. ¿Qué decía Foucault? La locura es la ausencia de obra. O en palabras de Winterfeld: quien escribe sobre el descuartizamiento de mujeres no suele descuartizarlas él mismo.

—¡Buenas tardes! —Friedrich se levantó de su butaca y fue al encuentro de Clara con andares etéreos. Vestía una camisa blanca y un chaleco *college* azul sobre una corbata roja, el extravagante estilo Harvard—. Usted es la dama fantasma, ¿verdad? —Entrecerró los ojos—. Hemos trabajado juntos las pasadas semanas sin saberlo. —

Friedrich estrechaba la mano con firmeza, transmitiendo seguridad, entereza y cordialidad a la par—. Murallas chinas, como dicen aquí.

—Winterfeld acaba de instruirme sobre el significado del número cuatro para los chinos. Es el número de la mala suerte, porque su pronunciación recuerda a la palabra «muerte».

—Vaya. —Friedrich se metió las manos en los bolsillos—. Parece que me han asignado a la planta adecuada.

—Eso parece —dijo Clara, y dejó vagar la mirada por el despacho. Detrás del escritorio había un gran armario de roble con las estanterías combadas por el peso de los libros, y sobre el armario, una cartera de médico viejísima, de cuero negro, junto a una calavera humana. En la pared contraria, frente al armario, se veían dos pósters cuidadosamente enmarcados: uno era una reproducción del *Juicio Final* de Miguel Ángel, el fresco de la Capilla Sixtina; el otro, un cartel de la película *Titus*, la adaptación del drama shakespeariano de Julie Taymor en la que Anthony Hopkins interpreta el papel de Tito Andrónico.

—Es una adaptación excelente de la obra de Shakespeare —dijo Friedrich al percatarse de que Clara contemplaba el póster en el que se veía a Hopkins como general romano—. Bastante sangrienta, no precisamente lo que uno esperaría de la directora que también hizo una adaptación de *El rey León*, pero ya solo la interpretación de Anthony Hopkins en el papel de Tito es una delicia. ¿Conoce usted la pieza teatral?

Clara se encogió levemente de hombros, lo que significaba «me suena, pero sería exagerado decir que la conozco».

—El general Tito Andrónico —dijo Friedrich, y se quitó las gafas— es un fiel vasallo del emperador de Roma, pero la vida le juega una mala pasada. Casi todos sus hijos varones mueren en combate y el emperador cae en manos de Tamora, la decadente reina de los godos. Los hijos que le quedan son asesinados por orden de la reina y Tito tiene que cortarse una mano para salvar la vida de uno de sus hijos, que al final muere de todas formas. Además, su hija Lavinia es violada por Quirón y Demetrio, los hijos de la reina goda. Y la cosa no acaba ahí: también le cortan las manos y le sacan la lengua.

—Encantador —dijo Clara—. Por si no tenía bastante la pobre.

Friedrich se llevó a la boca la patilla de las gafas mientras contemplaba el póster con los brazos cruzados.

—Al final, Tito invita a la reina y al emperador a un banquete en el que se sirve un pastel especial. Un pastel para la reina de los godos. Está hecho con los huesos molidos y la sangre de sus dos hijos.

—Vaya, pues no era un banquete de reconciliación —comentó Clara.

—«Aquí están los dos, picados para una masa de la que la madre ha disfrutado con fruición, masticando la sangre que procede de la propia sangre» —dijo Friedrich citando al gran poeta inglés—. Canibalismo, ¿o qué le parece a usted?

Clara asintió.

—Me recuerda a Hannibal Lecter. Solo faltan las alubias y el Chianti.

—Esa es la genialidad de esta película —añadió Friedrich—. Hopkins no interpreta el papel de Tito Andrónico como Anthony Hopkins, sino como el personaje con el que se lo asociará hasta el final de sus días, Hannibal el Caníbal. —Se sacó las manos de los bolsillos, regresó a su escritorio y señaló con la mano uno de los sillones de cuero—. Tome asiento, por favor.

Clara se sentó.

—Debe disculparme —dijo Friedrich, y se reclinó en su butaca—. Siempre quise ser profesor de inglés, y a menudo soy incorregiblemente pedagógico. Exhorto incesantemente y a todo el mundo a leer Shakespeare, porque haciéndolo conocemos al ser humano. Lo bueno y lo malo que hay en todos nosotros.

—En nuestro último caso, describió usted lo malo magistralmente —dijo Clara—. Gracias a su colaboración pudimos atrapar al Hombre Lobo, quiero decir, a Bernhard Trebcken.

—Qué hombre tan enfermo. —Friedrich torció el gesto—. Hacía tiempo que no me topaba con una persona semejante, si es que puede seguir llamándosele persona. —Miró al techo—. El perfil explosivo de violador y asesino, un tipo que actúa sin plan, desorganizado e imprevisible y por ello mismo tan peligroso. Para él lo importante es someter y humillar enteramente a su víctima, tratarla como a un mero objeto, hasta que al final pasa a ser, *realmente*, un mero objeto: un cuerpo sin vida... materia inerte. —Volvió a mirar a Clara a los ojos—. ¿Sabía que «hombre lobo» es un concepto que, por así decir, empieza la casa por el tejado?

—¿Qué quiere decir?

—Los asesinos en serie existen desde el comienzo de la historia de la humanidad, aunque no siempre ha existido este concepto, naturalmente. Hombres, en la mayoría de los casos, muy rara vez mujeres, que mataban y mutilaban a sus víctimas. La gente no podía explicarse cómo un ser humano era capaz de hacer algo así, por lo que normalmente se llegaba a la conclusión de que los crímenes habían sido cometidos por una especie de demonio, un monstruo con la figura de un hombre y la fuerza de un animal, una mezcla entre un hombre y un lobo: el hombre lobo.

Friedrich agachó la cabeza para regular la altura de su butaca, luego continuó:

—Leyendo informes del siglo XVI sobre presuntos ataques de hombres lobo, saltan a la vista múltiples semejanzas con nuestro asesino. Cruces paradójicos. En la Edad Media y el Renacimiento hay hombres lobo que en realidad eran asesinos en serie, y en el siglo XXI tenemos a un asesino en serie al que llamamos Hombre Lobo. Y con razón, ¿no le parece?

—Sí, con razón. —Clara cruzó las piernas y se reclinó en su asiento mientras contemplaba la calavera sobre el armario que había tras el despacho.

Friedrich prosiguió:

—A algunas mujeres, después de violarlas tanto en vida como post mórtem, las

despedazó con un hacha. Golpeó los cadáveres con una ira tan ciega que algunos hachazos seccionaron no solo los miembros, sino también el armazón de la cama y el parqué del suelo. Es lo que dijo el médico forense.

Clara asintió.

—Lo sé, he leído los informes. En algunos casos se entregó tan orgiásticamente a su odio que arrojó con fuerza los pedazos de los cadáveres de las víctimas contra las paredes de la vivienda. Y allí los dejaba después.

—El sueño de cualquier casero. —Friedrich frunció los labios—. Indicios de un trastorno de la personalidad altamente esquizoide combinado con fantasías patológicas de omnipotencia. —Miró a Clara—. ¿Cuál fue su relación con el asesino?

—Yo lo maté.

—Oh. —Alzó las cejas—. Lo atrapasteis en la vivienda de una de las víctimas, ¿no es así?

Clara asintió.

—Esa capacidad de destrucción animal, ligada aquí a un odio sádico que solo un ser humano puede sentir, me dio muchas pistas. —Extrajo un *dossier* del cajón de su escritorio y miró a Clara—. Lo que usted quiere saber es cómo llegué hasta él, ¿verdad?

Clara volvió a asentir.

—Hay que buscar rasgos extremos en las cosas extremas. Rasgos que inicialmente nada tienen que ver con las cosas en sí mismas. —Friedrich rebuscó entre sus papeles y extrajo un *dossier*—. Algunas de las cosas que hizo eran pronunciadamente infrecuentes y revelaban una voluntad absoluta de humillar a sus víctimas. En base a un patrón de conducta tan extremo no es tan difícil aproximarse al perfil criminal y formarse una idea de cómo el asesino actúa y se presenta a sí mismo en la vida normal. —Su mirada se deslizaba ágilmente por el documento—. Su «vida anormal» permite extraer conclusiones sobre su «vida normal», sobre cómo es probable que viva, sobre su aspecto. Y en lo que toca a su «vida anormal» —añadió—, no hace falta seguir dando detalles. Veo que conoce bien el caso.

Clara sabía perfectamente todo lo que el Hombre Lobo había hecho. A algunas mujeres les había rajado el abdomen, antes o después de matarlas, para cortar en rodajas su intestino grueso; a otras les había untado el cuerpo con sus propios excrementos. Sometimiento y humillación extremos. Ahora bien, ¿qué podía inferirse de ahí sobre su «vida normal»?

Friedrich apretó los labios como si le hubiera leído el pensamiento a Clara.

—Teniendo en cuenta la brutalidad de los asesinatos, uno pensaría que se trata de un tipo caótico e indiferente a los detalles. Pero no es así. —Friedrich mordisqueó el extremo de la patilla de sus gafas—. Esta clase de violadores le dan mucha importancia a su aspecto físico. Desean tener un aspecto imponente, de tipo duro. Cuando humillan, torturan, violan y matan a mujeres a las que odian porque le parecen inaccesibles, incrementan su autoestima.

—Pero usted lo identificó por la matrícula de su coche, ¿no es así? —lo interrumpió Clara.

Friedrich asintió.

—Un Chevrolet Corvette. En la zona en la que se buscaba al asesino solo aparecía un Corvette en el registro de matrículas. Y era el coche de Bernhard Trebcken.

—O sea, que podemos asociar coches y asesinos.

—A *Corvette makes a girl wet*, como dicen los norteamericanos —repuso Friedrich—. Disculpe la cita, es terriblemente sexista, pero ilustra muy bien lo que quiero decir. Para responder a su pregunta: en efecto, es posible hacer esas asociaciones, o al menos puede ofrecernos una buena pista. Observando cómo alguien baila el tango inferimos cómo se conduce en la cama. Y así como se elige un coche, así se trata a las mujeres.

—¿No se pliega eso demasiado a los clichés?

Friedrich levantó una ceja.

—¿Funciona o no?

Clara sonrió y dejó vagar de nuevo la mirada por el despacho de Friedrich. Cuando se detuvo a contemplar el *Juicio Final*, el recuerdo de la confesión y de la imagen de María en la catedral de Santa Eduvigis cruzó de nuevo por su mente.

—Respóndame a una pregunta más —dijo.

—Todas las que quiera —respondió Friedrich, para añadir al instante con una sonrisa pícaro—: Casi todas las que quiera.

—¿Por qué tiene a Miguel Ángel en su despacho?

—Se lo explicaré cuando tengamos un poco más de tiempo. Tomando una copa, ¿qué le parece?

«Buen intento», pensó Clara.

—Me marcho dos semanas de vacaciones, pero podemos abordar el asunto cuando regrese.

—Así lo haremos —repuso Friedrich.

Unos pasos se aproximaron por el pasillo. Luego alguien asomó la cabeza por la puerta. Era Silvia, la secretaria de Clara. Tenía la tez pálida, la voz temblorosa.

—Clara... —No consiguió decir nada más.

Clara preguntó alarmada:

—¿Qué ocurre?

—Ha llegado correo para usted. —Silvia tragó saliva—. Es preciso que lo vea. Me temo que no es nada bueno.

CLARA ENTRÓ EN SU DESPACHO acompañada por Friedrich. El director Winterfeld ya estaba esperándola. Algo le decía que sus vacaciones estaban en grave peligro.

—Ahí —dijo Silvia señalando el escritorio de Clara. Sobre la mesa había un sobre marrón tamaño DIN-A5. En la cubierta, solo un nombre escrito con letra Edding negra: CLARA VIDALIS. Junto a él, salpicaduras de un líquido marrón.

Clara clavó la mirada en el sobre y por un instante todo lo demás desapareció de su campo visual. Las cosas triviales pueden tener un aura profundamente inquietante. Uno percibe algo siniestro en ciertos objetos, o que algo terrible nos aguarda, por cotidianos que sean: un vulgar salón en el que se ha cometido un asesinato puede infundir ese desapacible sentimiento. O el martillo con el que un asesino ha aplastado el cráneo de su víctima.

O un sobre. Ese sobre.

Clara sacó del cajón unos guantes de goma.

—Lo hemos encontrado en el correo —dijo Silvia con la voz levemente temblorosa—. Ni sellos, ni franqueo. Alguien ha tenido que dejarlo en persona hace poco en el buzón.

—Esas manchas marrones... No me gusta nada —dijo Winterfeld—. Veamos lo que hay dentro, pero después lo enviamos directamente al laboratorio.

—Entonces, ¿puedo abrirlo?

—Sí —respondió Winterfeld, y se pasó una mano por la cabeza—. Ya lo han escaneado. No hay sustancias explosivas, ni despiden olor a almendra. No es una carta bomba.

—Bien, entonces... —Clara abrió el sobre. Algo cayó sobre el escritorio. Cogió aire tan bruscamente que rompió a toser.

Era un CD sobre el que habían escrito con lápiz de labios tres palabras.

QUE TE DIVIERTAS

—¿Qué narices es esto? —preguntó. Winterfeld permanecía a su lado con los brazos cruzados.

—Silvia, por favor —dijo Clara—, tráiganos uno de los ordenadores portátiles de la IT^[3] con el lector de CD al descubierto, para que no se borre el lápiz de labios. Un terminal viejo. Y que no esté conectado a la red, por si el disco está infectado.

—Vuelvo ahora mismo. —Silvia desapareció.

Todos permanecieron de pie con la vista clavada en el CD, como si se tratara de un niño que aparece de repente en el umbral de la puerta y con el que nadie sabe qué hacer.

—¿Qué será? —preguntó Clara.

Friedrich se aproximó al escritorio y observó detenidamente el CD. Winterfeld ya estaba al teléfono hablando con la policía científica.

—¿Puede subir alguien a la tercera planta? —dijo—. Tenemos aquí algo para el laboratorio. Unas manchas, habría que analizar si es sangre. —Colgó el auricular.

—O de verdad se trata de un virus —dijo Friedrich—, o es una broma de muy mal gusto, o...

—¿O qué?

—O es algo realmente malo.

Al cabo de dos minutos, Silvia regresó con el ordenador portátil.

—Tenga —dijo—. No está conectado a la red, el módem *wireless* no funciona. El lector de CD está aquí, en este lado.

Clara se dirigió a su secretaria.

—No tengo ni idea de lo que hay aquí; quizás no quiera usted verlo, Silvia.

—Este es también mi trabajo.

—Como quiera. —Clara miró a Winterfeld—. ¿Lo abro, entonces?

Winterfeld asintió, inspiró profundamente y volvió a pasarse una mano por la cabeza.

Clara introdujo el CD en el lector y clicó en «Mi ordenador». Al cabo de unos segundos, la pantalla mostró el icono de la unidad CD. Clara dio la orden de «abrir». El disco contenía un archivo de vídeo:

JASMIN.MPG

«¿Qué es esto? —se preguntó Clara—. ¿Una película porno? ¿Un chat? ¿Un vídeo *amateur* con el que alguien quiere darse importancia?».

La puerta del despacho se abrió y apareció un colega de la policía científica con una bolsa transparente para pruebas materiales en la mano.

—¿Dónde está el sobre?

Clara cogió la bolsa e introdujo en ella el sobre con la mano enguantada. Luego se la tendió al agente.

—Cortaremos un pedacito y lo examinaremos bajo el microscopio. Aquí solo podemos hacer un examen previo; si queréis saber el grupo sanguíneo y demás, tienen que analizarlo los chicos de Moabit.

Los «chicos de Moabit» eran los médicos forenses. Clara asintió.

—Está bien. De momento, basta con que nos digáis si es sangre o no.

Winterfeld hizo una honda inspiración y se ajustó la corbata.

—Bien, ¿vemos el vídeo?

Clara apretó los labios.

—Allá vamos.

Clicó dos veces sobre el archivo y se abrió el reproductor de vídeo. Luego subió

el volumen del ordenador y dio al *play*.

ERAN LAS SIETE DE LA TARDE cuando Albert Torino abandonó el despacho de Integrated Entertainments, en la Friedrichstrasse, para dirigirse en coche a los estudios de grabación en Postdam en los que iba a celebrarse el primer *casting*. Ya había hablado con sus abogados y con el director ejecutivo de Pegasus Capital. Este último había invertido varios millones en Integrated Entertainments y no paraba de preguntar a Torino cómo iban las cosas. Los inversores podían sacarle a uno de quicio. Querían asegurarse de que los negocios operativos avanzaban y producían beneficios, lo cual, sin embargo, era un estorbo para el negocio, pues lo retenían a uno todo el santo día al teléfono.

«Todo sale a pedir de boca —le había dicho Torino al inversor—. Hoy precisamente se pone en marcha el proyecto. Comenzamos a las diez. Bastante tarde, sí. El alquiler del estudio es más barato por la noche».

La versión piloto de la página web de *Shebay* ya estaba en funcionamiento y disponible en la red. Se habían registrado ciento cincuenta candidatas, entre las que los usuarios habían elegido a sus favoritas, cuarenta chicas. Las *top ten* de entre las que se elegiría *miss Shebay* serían seleccionadas en un *casting life*.

Torino se sentó al volante de su Porsche Boxster, aparcado en el garaje del edificio, activó el manos libres y llamó al estudio para hablar con Jochen, el responsable de producción.

—¿Ya están todas allí?

—Sí, y están deseando conocerte. Asegúrate de que llegas con tiempo suficiente. Todavía hay que organizar todo el vestuario, y quedan muchas más cosas por hacer. ¿Has preparado las *speaking notes*?

—Sí, casi me las sé de memoria. —Torino esbozó una sonrisilla pensando en las frases con las que pensaba animar esa noche a las candidatas. Grabarían el programa y, dependiendo de cómo fueran las cosas, pondrían en marcha la maquinaria de *marketing* o emitirían como falso evento *life*. Xenotech todavía no se había incorporado como socio cooperador al proyecto, pero los inversores ya se habían gastado unos cientos de miles para la publicidad. Anunciarían el *show* en canales privados, también en Internet, y recurriendo al boca a boca con frases más o menos sutiles del tipo: «Ahora hay un *show* con unas tías buenísimas a las que incluso puedes llevarte a la cama».

—Puedes hacerte un poco el simpático con las más guapas —dijo Jochen—, pero sé duro. *Nosotros* somos los jefes. *Nosotros* decidimos quiénes pasan y quiénes se quedan en el camino. Eso tiene que quedarles bien claro, ¿estamos?

—Vale, vale.

—*Fortune is a woman* —continuó Jochen—, *you have got to beat her*.

—¿Eso es de Shakespeare? —preguntó Torino mientras el Boxster rugía al acelerar por la avenida 17 de Julio.

—Es un hecho —repuso Jochen—. Haz exactamente lo que está en el guión, pero con un poco más de agresividad. Sé que tú puedes hacerlo. Tenemos que hacernos los duros, los malos, hay que enseñarles a las candidatas quién tiene la sartén por el mango.

Torino asintió mientras bordeaba la Columna de la Victoria. «Espero que nos traigas suerte», pensó.

—Como los marines —dijo Torino mientras aceleraba el Boxster en dirección a la Kaiserdamm—. Tengo que dejarte para hacer una llamada antes de que el tipo coja otro avión.

—*Okay* —repuso Jochen—. Nos vemos entonces en el estudio.
Torino colgó y marcó el número de Tom Myers.

LA PANTALLA DEL ORDENADOR llevaba ya un rato de color negro. Clara se preguntó si no se trataría, en efecto, de una broma pesada.

Permaneció oscura.

Diez segundos.

Treinta segundos.

Un minuto.

Winterfeld echó una ojeada a su reloj.

—¿Qué? ¿Avanzamos la película?

Friedrich negó con la cabeza.

—Es posible que sea intencionado. Podríamos pasar por alto algo importante, y cabe la posibilidad de que el archivo solo pueda visionarse una vez. —Friedrich siguió mirando absorto el oscuro monitor mientras la pequeña cámara encendida a sus espaldas grababa lo que los agentes veían en la pantalla.

De repente, apareció la imagen.

Tan inesperada, tan brutalmente que a Silvia se le escapó un grito y Winterfeld aspiró sonoramente aire por entre los dientes apretados.

No, no era una broma, sino la espantosa realidad.

En la pantalla se veía a una chica joven, rubia, con angustia de muerte en la mirada y la cara anegada en lágrimas. La máscara de pestañas negra rodaba por sus mejillas dibujando una siniestra pintura de guerra. Parecía atada a una silla y miraba alternativamente a la cámara y a los lados. A veces intentaba volver la cabeza, como si a sus espaldas acechara la respuesta a aquella macabra escenificación.

Entonces aparecieron las manos. Dos grandes manos enfundadas en guantes de goma negros que se posaron en los hombros de la muchacha. En una de ellas centelleó la hoja de un cuchillo.

Algo llenaba los carrillos de la joven y lo escupió al suelo mientras su cuerpo temblaba y las grandes manos con guantes de goma descansaban como las de una estatua en sus hombros.

Clara sintió que algo ácido y repugnante le ascendía por el esófago. La muchacha comenzó a hablar.

—Soy... Jasmin —balbució como si leyera un texto en voz alta. Los temblores de su cuerpo se transmitieron a su voz, que sonaba como un vibrato *staccatissimo*—. Yo... ya estoy muerta, pero el caos continúa.

Silvia se tapó la boca con una mano y salió precipitadamente del despacho.

—No soy la primera... —La muchacha entrecerró los ojos y miró por última vez, casi esperanzada, a la cámara, como si los espectadores de la grabación pudieran salvarla. Clara tuvo la impresión de que la chica la miraba a ella directamente a los

ojos. Sintió la acidez que subía por su esófago, notó que una especie de mano deforme le agarraba el alma y la aplastaba entre unos dedos escamosos provistos de garras.

Algo ocurrió entonces con los ojos de la joven. La esperanza desapareció de ellos y el vacío ocupó su lugar. Eran los ojos de alguien que ya estaba muerto.

—... y tampoco soy la última.

El cuchillo volvió a centellear y recorrió con glacial precisión la garganta de la chica. Jasmin abrió mucho los ojos, cuyas pupilas estaban muy dilatadas por la conmoción. Su mirada reflejaba una mezcla de sorpresa y liberación. Luego se abrió la herida que el escalpelo del asesino había producido, una abertura de solo unos milímetros que al principio parecía una irregularidad cosmética, mientras los ojos de Jasmin contemplaban absortos la eternidad a través de la cámara.

El tiempo parecía haberse detenido en el despacho. No se oía ni un ruido, salvo el crujido de la cajetilla de puritos que Winterfeld estrujaba en una mano.

Entonces apareció la sangre. Nunca brotaba inmediatamente de la herida, siempre un poco más tarde, pero brotaba. Manó sangre de la herida durante medio minuto, mientras las manos negras permanecían completamente inmóviles.

La cabeza de la muchacha cayó lentamente hacia delante.

La pantalla se quedó negra.

EL SEGUNDO MÁS LARGO es aquel en el que lo horrible, que ya ha sucedido, aún no se ha manifestado.

El segundo que transcurre después de que un hombre vea algo espantoso y antes de que lo asimile como real. El segundo que transcurrió después de que el primer avión impactara contra el World Trade Center y antes de que la inmensa bola de fuego fuera violentamente escupida por la fachada de ventanas al otro lado del edificio.

O el segundo que transcurre después de que un cuchillo corte una garganta y antes de que la sangre mane de la herida como un torrente de atrocidad.

La noche había caído. Estaban sentados en silencio en el despacho de Winterfeld. Clara, Winterfeld y Friedrich. Ya habían enviado por vía electrónica una copia del vídeo a Wiesbaden. Allí obtendrían datos a partir de la fisonomía de la muchacha con ayuda de la macrocomputadora de la BKA. Poco antes, la policía científica les había comunicado que las salpicaduras del sobre eran, en efecto, sangre. Cualquier otro resultado habría sorprendido a Clara. Ahora el sobre estaba de camino al departamento de medicina forense, al igual que el CD, del que los colegas de la IT habían sacado varias copias. Una vez que los forenses terminaran con el CD, los expertos informáticos se pondrían a trabajar de nuevo con él para rastrear archivos, direcciones IP, por ejemplo, cualquier cosa que pudiera darles una pista. Y no podían renunciar a la esperanza de encontrar huellas dactilares, o de que la barra de labios con la que el asesino había escrito su macabra dedicatoria arrojara alguna pista sobre su identidad.

Pero la mayor esperanza de todas era que se tratara de un montaje, de un truco de efectos especiales.

Clara, empero, estaba convencida de que no era así. MacDeath había localizado a un productor de películas de terror por la vía oficial más expeditiva: pidiéndole sin más ni más que se personara en la comisaría. Tras solicitar la firma del invitado para un acuerdo de confidencialidad, le había entregado una copia de la película.

«Estoy convencido de que ha visto cosas bastante horribles», le había dicho. El productor de cine, que llevaba una camiseta *heavy metal* y una larga melena lacia, había asentido.

«Pero nunca algo así. Es posible que sea real. Si se siente emocionalmente desestabilizado, déjelo. Solo queremos saber si podrían ser efectos especiales».

«Esta misma noche tendrán noticias mías», había asegurado el productor antes de desaparecer con el CD.

Clara puso fin a aquel opresivo silencio. Actuar era la única alternativa. La vida le había enseñado que siempre es mejor hacer algo, a veces incluso algo equivocado, a no hacer nada en absoluto.

—*Okay* —dijo—. Si es real, y me temo que lo es, nos enfrentamos a una nueva forma de violencia. —Se levantó de su asiento—. Y ahora nosotros podemos dejar que este maníaco nos haga picadillo y pasar la noche sin pegar ojo, o concentrarnos en lo que mejor sabemos hacer y por lo que además nos pagan: encontrar al mierda que ha sido capaz de hacer algo así.

Winterfeld asintió con la cabeza y se puso en pie.

—En casos especialmente difíciles, el reglamento de la LKA contempla el recurso a apoyos excepcionales por parte de los funcionarios investigadores. —Dicho esto, se puso de pie, abrió el armario y sacó una botella de Johnny Walker Black Label y unos vasos de plástico—. ¿Qué opináis? —preguntó mientras servía la bebida y repartía los vasos—. ¿Es real o son efectos especiales?

Friedrich se encogió de hombros.

—Si se trata de una animación por ordenador, ha debido de ser carísima. ¿Para qué gastar tanto dinero? ¿Solo para horrorizar a unos policías?

—¿Y si es una campaña de *marketing* de muy mal gusto? ¿La publicidad de una película de terror? —Clara se aferraba a la esperanza de que la cinta fuera un montaje, aunque la razón le decía lo contrario.

Winterfeld torció el gesto.

—No creo que nadie sea tan estúpido —dijo—. Todo el mundo sabe la cantidad de problemas que acarrearía algo así. Piense en lo que ocurrió en los años ochenta.

—*Holocausto caníbal* —dijo Friedrich. Al percatarse de que Clara no conocía la historia, explicó—: Un director de cine italiano, Ruggero Deodato, rodó una película de bajo presupuesto que, sin embargo, alcanzó un gran éxito y aún hoy se cuenta entre las películas de terror más impactantes. —Se quitó las gafas—. Trata de una expedición a la jungla amazónica, filmada con cámara al hombro, algo así como una versión rudimentaria de *El proyecto de la bruja de Blair*. Muchas escenas y efectos especiales son condenadamente buenos, parecen auténticos. Todos los miembros de la expedición mueren, y al final de la película la imagen simplemente se oscurece. —Friedrich apretó los labios—. Igual que en la nuestra.

—Pero nadie murió de verdad, ¿no? —preguntó Clara casi asustada, y volvió a tomar asiento.

—No, pero Deodato había llegado a un acuerdo con los actores para que tras el estreno de la película desaparecieran durante un año y todo el mundo pensara que de verdad estaban muertos. De hecho, muchos espectadores se lo creyeron. Por desgracia, también algunos espectadores con los que Deodato no había contado.

—¿La poli? —dijo Winterfeld, tamborileando sobre la mesa con el vaso de plástico vacío.

—¿Quién si no? Querían meter al director en chirona. Para librarse de la cárcel,

Deodato no solo tuvo que sacar a los actores, que seguían vivos, claro está, de su escondite; también tuvo que explicar todos los desagradables efectos especiales de la película, que eran bastantes. —Bebió un trago de *whisky* e hizo un gesto de disgusto, como si le molestara que no fuera un verdadero Highland Scotch—. En definitiva: con algo así uno puede buscarse muchos problemas.

—Muy alentador —dijo Clara, y estudió una de las fotografías que el departamento de huellas había tomado del CD—. Partamos entonces de la base de que no es un montaje. El asesino es lo suficientemente osado como para filmar el crimen y enviárselo a la policía, y obliga a la víctima a pronunciar con vida el discurso fúnebre. —Clara miró alternativamente a Friedrich y a Winterfeld—. Y nosotros aquí sentados sin saber qué hacer. —Olisqueó el *whisky* de su vaso sin beberlo. Sabía que lo que había expuesto no era más que la mitad de la verdad, pero sabía también que, inexplicablemente, no *quería* saber toda la verdad. No *ahora*, al menos. Volvió a levantarse y caminó por la habitación—. O ese loco quiere demostrarnos lo malvado que es, que es un asesino enviado por el mismo demonio...

—Eso ya lo ha conseguido —repuso Friedrich.

—... o el crimen tiene para él un significado tal que *tiene* que comunicarlo.

Friedrich la miró a los ojos mientras Winterfeld extraía un purito de la cajetilla.

—Acaba de mencionar un punto muy importante que, para mi sorpresa, todavía no ha sido aquí abordado, o quizás está siendo intencionadamente omitido.

—¿A qué se refiere? —preguntó Clara, pese a que ya sabía, y temía, lo que iba a decir MacDeath.

—El crimen *tiene* para él un significado, sin duda. Pero también lo tiene el receptor del mensaje. —Volvió a ponerse las gafas—. O, mejor dicho, la receptora. —Las miradas de los dos hombres se posaron en Clara, como antes lo había hecho la del sacerdote durante la confesión—. El asesino le ha enviado el vídeo *a usted*.

TOM MYERS DISPUSO AL FIN de unos minutos para hablar por teléfono con Torino, tras interrumpir en numerosas ocasiones la conversación para atender llamadas aparentemente más importantes. Mientras, el Boxster de Torino corría por el Avus en dirección a Postdam.

—¿No podrías haberme llamado antes? —dijo Myers—. Habría tenido más tiempo para hablar contigo.

—Me he pasado toda la mañana hablando por teléfono con los abogados —dijo Torino—. Por eso se me ha hecho tan tarde. ¿Dónde estás ahora?

—Aún estoy en Fráncfort. Cojo el último vuelo a Berlín, estaré en Tegel sobre las 22:30.

—Estupendo —dijo Torino—. Quedemos entonces para tomar una copa, así te cuento cómo ha salido el programa.

Myers guardó silencio durante un instante.

—Está bien, creo que me da tiempo —respondió—. Te aviso en cuanto baje del avión. ¿Cómo ha ido todo con los abogados?

—Buenas noticias —dijo Torino—. Es posible que el monopolio estatal de los juegos de azar en Alemania se derrumbe, una resolución de la Unión Europea o algo por el estilo. Los acartonados burócratas de Bruselas pueden resultar a veces incluso útiles. Para nosotros significaría poder gestionarlo todo desde Alemania —servidor, emisora, etc.— sin meternos en ningún lío jurídico. A fin de cuentas, en nuestra emisión se apuesta por algo, solo que no por números, sino por mujeres.

—Buenas noticias —dijo Myers.

—¿Has pensado sobre el acuerdo de la página web? —preguntó Torino.

—Sí, lo he hecho.

—¿Y? ¿Has tomado ya alguna decisión?

—No, todavía no. Tráeme luego el *feedback* de la emisora, lo que opinan del programa y cuánto estarían dispuestos a pagar por ello. ¿Qué te parece si quedamos en el Grill Royal después de medianoche?

El semblante de Torino se oscureció ligeramente. Típico de los norteamericanos, pensó. La ley de las grandes cifras. Las cosas solo cobran valor cuando otros miles de personas están dispuestas a pagar por ellas. ¿Y ese es el país de donde proceden Microsoft y Apple?

—Tengo la impresión de que sigues viendo el asunto con escepticismo.

—Y aciertas. El negocio no está exento de riesgos.

—Los únicos seres humanos que no asumen riesgos son los que están dormidos —replicó Torino—. Y aun así hay personas que se caen de la cama y se parten el cráneo.

—Por eso precisamente debemos andarnos con mucho cuidado.

—¿Por qué? Vosotros solo aportáis la *landing page*. Los contenidos corren de nuestra cuenta, no tienen nada que ver con vosotros.

—Eso es verdad —repuso Myers mientras Torino avanzaba a toda velocidad por la oscura autopista de tres carriles. Gotas de lluvia golpeaban esporádicamente el parabrisas—. Vosotros hacéis esa porquería, nosotros solo la difundimos por todo el mundo. Pero por lejos que arrojes la mierda siempre te queda algo en la mano. En fin. Hasta luego.

Myers había colgado.

Torino aceleró con furia a doscientos por hora y escuchó de nuevo el audio del *script* del programa en su reproductor de sonido. Su mal humor era exactamente lo adecuado para afrontar lo que lo esperaba.

LLOVÍA A CÁNTAROS. Con las manos en los bolsillos del impermeable que había tomado prestado de la LKA, Clara caminaba de noche por la avenida Mehringdamm. Los faros de los coches la deslumbraban. Tanto los ciclistas como los peatones apresuraban el paso para escapar de la lluvia. Pero Clara necesitaba aire libre, también sentirse libre. Tenía que poner en orden sus pensamientos, y no lograba hacerlo bien en espacios cerrados. El departamento de huellas ya estaba trabajando en el caso, la policía científica también y el ordenador de la BKA funcionaba al máximo rendimiento. Pero ella no podía hacer nada, nada en absoluto.

Frías gotas de lluvia salpicaban su rostro, arrastradas por el viento otoñal, que cada vez olía más intensamente a nieve.

«Le envía el CD a usted».

Friedrich le había espetado a la cara la cruda verdad, abriendo con su centelleante escalpelo lo que ella intentaba cerrar. Frío, inmisericorde. En cierto modo, Friedrich se asemejaba a los monstruos a los que daba caza.

Pero, maldita sea, tenía razón. Ella era la destinataria del sobre. Algo tenía que haber entre ella y el asesino.

Por eso Clara llevaba su pistola SIG Sauer en el bolso. Winterfeld insistió en que se acogiera inmediatamente a protección policial, pero Clara necesitaba estar sola para asimilar lo que había visto, reflexionar, progresar en alguna dirección. No necesitaba a nadie a su alrededor. De momento, el arma sería suficiente.

El vídeo era espeluznante, lo más siniestro que había visto jamás. Pero el miedo, el vómito, el cuchillo y la sangre no eran toda la verdad de la cinta, sino los ojos, los ojos de la chica, los que habían mirado a la cámara. Ojos en los que uno podía ahogarse. Ojos que parecían mirar a Clara casi con reproche, que de hecho la habían mirado de esa manera.

«Y cuando miras durante mucho tiempo al abismo, el abismo también mira dentro de ti».

La mirada de pánico de la chica en el CD reflejaba absoluta desesperación, infinita angustia, y al mismo tiempo una diminuta chispa de esperanza, que rebrotó ante el negro muro de lo inevitable antes de que una enorme bota la aplastara.

«¿Vienes a buscarme?».

La chica era mayor que la hermana de Clara entonces, lo que no alteraba en absoluto el resultado final.

De nuevo, una vida se había extinguido.

Y, de nuevo, Clara no había podido evitarlo.

Clara se quitó la gabardina empapada al tiempo que saludaba al portero con una inclinación de cabeza, recorrió el pasillo de la entrada de la LKA en dirección al ascensor y echó una ojeada al reloj. Las 23:20. Se dirigió a su despacho en el tercer piso para recoger sus cosas e intentar dormir un rato. Ya había sido informada por dos policías apostados delante de la LKA de que esa noche, y mientras el asunto no se esclareciera, permanecería bajo protección policial. «Por mí —había dicho Clara—. Hay cosas peores».

Colgó la gabardina para que se secase en el respaldo de la silla de la cocina donde a mediodía se había servido un café y charlado con Winterfeld frente a la ventana, cuando el mundo todavía seguía en paz y tenía ante sí dos semanas de vacaciones.

Fue a su despacho, cogió su portátil de la *docking station* y, respondiendo a una suerte de reflejo inconsciente, se guardó en el bolso una de las copias del CD. Quería apagar la luz del flexo de su despacho cuando vio iluminarse su buzón de voz. Pulsó una tecla para escuchar el mensaje.

Era la voz de Friedrich.

—Buenas noches, señora Vidalis. Desapareció de repente sin llevarse el móvil, con suerte quizás escuche este mensaje. —Carraspeó—. Tengo noticias del productor de cine. Dice que durante toda la película se mantiene el mismo enfoque, la misma perspectiva y la misma distancia entre la posición de la joven y la cámara. No hay cortes ni *zoom*, nada que permita pensar que el vídeo ha sido manipulado.

Clara sintió un nudo en la garganta.

Friedrich prosiguió.

—No hay efectos especiales. Es real.

TORINO DETUVO EL COCHE frente al gran vestíbulo, agarró su cartera y caminó con enérgicos pasos hacia la entrada. Había puesto rumbo al camerino cuando se topó con Jochen, quien, debido a su voluminoso cuerpo, sus saltones ojos verdes y el hirsuto pelo rojo de su cabeza, recibía el apodo de «el Cerdo». Torino le dio las últimas instrucciones.

El concepto era muy simple: *up* o *out*. O la dama pasaba a la siguiente etapa o se esfumaba. El programa se emitiría en directo por Internet. Torino contaba con el treinta por ciento de los votos y los usuarios con el setenta por ciento. Es decir, si los usuarios querían que una dama continuara, tenían que vencer a Torino por mayoría de votos. Si Torino votaba *out*, es decir, cero por ciento, más del setenta por ciento de los usuarios tenían que votar por la candidata para que el resultado global se saldara con el cincuenta por ciento.

Torino desfiló por delante de la hilera de chicas con la actitud de un sargento instructor de los marines norteamericanos de Paris Island.

—Hablemos claro —dijo—. Algunas de vosotras sois muy atractivas y habéis conseguido superar nuestro *casting* en la página web. Unos cuantos usuarios púberes de Internet os han elegido, y para que estéis aquí incluso han soltado pasta. ¿Podéis sentir os orgullosas de ello? Un poco, tal vez, pero no demasiado. Porque absolutamente todo tiene dos caras. Los tíos que os han elegido desean conseguir algo a cambio, a saber: a vosotras.

Ya había llegado al final de la fila, por lo que emprendió el camino de regreso.

—¿Tenéis elección? Me temo que no. No os hagáis ilusiones. Sé que la mayoría de vosotras sois estúpidas y vais a acabar muy mal. Pensáis que Waterloo es la nueva atracción acuática de Aquaworld y que la Flauta Mágica es un juguete erótico de Beate Uhse. Creéis que todas llegaréis a ser famosas y ricas, a ser posible con el mínimo esfuerzo y preferiblemente junto a un ricachón que esté de viaje toda la semana, y en cuya ausencia podáis daros la vida padre en su villa y tiraros al chico de la piscina o al entrenador personal.

Un par de chicas se rieron hacia dentro.

Torino bajó la voz.

—Todo eso es posible —dijo—, eso y mucho más. Podéis llegar a ser ricas, podéis llegar a ser famosas. Podéis llegar a ser estrellas. Pero solo si estáis dispuestas a pagar el precio. Y si estáis dispuestas a seguir las reglas del juego que os convertirá en estrellas.

Torino miró a las chicas a los ojos.

—Hay una puerta a la fama y hay una puerta a la insignificancia. Hay una puerta al cielo y otra al infierno. —Miró brevemente al equipo de producción que

acompañaba a Jochen el Cerdo, cuyos miembros, algo apartados del escenario, parecían esconderse detrás de los focos—. Y esa puerta —dijo Torino alzando un dedo— somos nosotros.

La primera candidata era realmente guapa de cara, pero tenía las caderas y el trasero tan escandalosamente prominentes que Torino se preguntó si su *show* no sería especialmente bien acogido por los espectadores con serios problemas en la vista.

Torino se inclinó hacia ella.

—¿Y bien?

—Me llamo Mandy, el nombre proviene de...

—¿Haces deporte de vez en cuando? —la interrumpió Torino sin esperar a conocer la procedencia del nombre.

La chica se ruborizó por un momento.

—Sí —dijo, y tragó saliva—. Hago *spinning*, *footing*, gimnasia-jazz y *fitness*.

—¿Cinco minutos al mes o qué? A ver, cuando vas al gimnasio, ¿qué ejercitas exactamente?

—Ayer entrené abdomen y caderas.

En el escenario las chicas se reían por lo bajo, pero eran juez y parte, porque todas tendrían que responder a las preguntas de Torino.

—De tripa y caderas vas sobrada —dijo Torino mientras las chicas seguían riéndose—. Más te valdría entrenar las tetas. Conectamos. ¿Qué opinan los internautas?

La reacción de la comunidad *online* se mostró en la pantalla. Solo un cuarenta por ciento de aprobación. No era suficiente para salvar a Mandy.

Mandy abandonó el escenario cabizbaja y arrastrando los pies, y la muchacha que se cruzó con ella vio lágrimas rodando por sus mejillas.

La siguiente tenía una figura excelente, como Torino constató rápidamente, pero la expresión de su cara era de lo más extraña. La vacía mirada de sus ojos de pez, así como el lento movimiento de sus labios al abrir y cerrar la boca asemejaban su rostro al de una criatura de las profundidades abisales.

«¡Vaya mierda! —pensó Torino—. ¿A qué clase de tarados se les ha ocurrido elegir a esta petarda?».

—Me llamo Nadine —dijo la criatura de las profundidades abisales.

—¿Tuvieron tus padres descendientes capaces de vivir y reproducirse? —preguntó Torino.

—Eeh... pues sí, claro —dijo Nadine, y miró insegura y sorprendida a su alrededor, lo que hizo que su boca se abriera y cerrara aún más lentamente. Luego posó de nuevo sus ojos de pez en los de Torino.

—Ahora que no nos oye nadie —dijo Torino con aire afable—, tu figura no está mal, pero esa cara de besugo lo echa todo a perder. Estás muy bien... para hacerte a

la plancha. Chicas, ¿qué opináis?

Las chicas gorgojeaban de placer.

—¡Hatajo de idiotas! —gritó la criatura de las profundidades abisales en dirección a las otras chicas—. Lo que os pasa es que me tenéis envidia por el cuerpazo que tengo.

—El tipo no lo es todo —gritó Mandy, a la que Torino acababa de poner de vuelta y media por su trasero.

—Pero casi, Mandy, casi, ahí tengo que darle la razón a Nadine —intervino Torino, y señaló a Mandy con el dedo para castigarla por su descarado comentario desde el *off*—. Si te peinaras el pelo sobre la frente, Mandy, habría que fijarse en tus pies para saber si estás de frente o de espaldas. Eso no pasaría con Nadine.

—¿Lo ves? —gritó Nadine, que ahora veía en Torino a una especie de aliado. Pero él cerró de golpe la trampa que Nadine acababa de pisar.

—Seamos sinceros, Nadine —dijo Torino—, dudo mucho que aquí nadie te tenga envidia. A tu figura quizás, pero a tu cara seguro que no. Es tan fea que podría ser perfectamente de Le Corbusier.

Las chicas se desternillaban de la risa, pese a que probablemente la mayoría de ellas no había escuchado ese nombre en toda su vida. Torino bajó el pulgar. La respuesta de los internautas tampoco ayudó demasiado. Y la criatura de las profundidades abisales abandonó el escenario llorando a lágrima viva.

Una muchacha rubia cobriza de unos diecinueve años fue la siguiente en subir al escenario.

—Hola, soy Eva.

—No estás nada mal, Eva —dijo Torino a modo de saludo.

La chica sonrió.

—Gracias —dijo—. Duermo siempre boca arriba, así no me salen arrugas.

—Buen consejo —dijo Torino—. Da la impresión de que algunas de tus compañeras duermen en el armario.

Se impuso un breve silencio. La muchacha miró algo incómoda a su alrededor. Torino prosiguió.

—¿Sabes hacer algo, aparte de dormir boca arriba?

—Escribo poemas —dijo la chica, bastante insegura.

—¡Oh! —exclamó Torino—. Un Goethe femenino. A ver, recita alguno.

La mujer comenzó con voz temblorosa:

—Somos un solo ser, hemos nacido el uno para el otro. Sueño con que siempre nos queramos y jamás nos separemos.

Silencio.

—Es un poema de amor —dijo entonces la muchacha, y se colocó un mechón de cabello detrás de la oreja.

—Ah, gracias por aclararlo. Había pensado que se trataba de la Declaration of Independence.

—¿De qué?

—No importa. De todas maneras, es una mierda pinchada en un palo, y seguro que ni siquiera es tuyo. Probablemente lo copió ayer por la noche tu novio acneico de Wikipedia, ¿verdad? De la entrada: candidatas eliminadas.

Las comisuras de los labios de la mujer temblaron, como las de alguien que estuviera a punto de romper a llorar.

—Ahora no tengo novio. Y el poema es mío. ¡De verdad!

—Tanto peor —dijo Torino—. Porque lo que es una mierda, es una mierda. *Out!*
—Bajó el pulgar. Pero los usuarios tenían otra opinión y salvaron a Eva quizás porque ahora no tenía novio.

Torino arqueó las cejas.

—Has tenido suerte —dijo—. ¡Ruego para que la siguiente no escriba poemas! Andando.

Eva abandonó el escenario y cruzó la tribuna sacando la barbilla. Transcurrieron un par de minutos antes de que la siguiente candidata estuviera en el escenario. Se había cubierto con un gran pañuelo que ocultaba su figura y uno de los extremos del pañuelo le cubría la cabeza, por lo que solo se veían sus ojos, como si fuera una bailarina de la danza del vientre.

—Vaya, alguien aquí quiere hacerse la interesante —dijo Torino—. ¿Es una puesta en escena o de verdad quieres ahorrar a la gente la penosa visión de tu cuerpo?

—Decídelo por ti mismo —dijo una voz clara y aguda a la par que el pañuelo negro caía al suelo.

Silencio.

Lo único que se escuchaba era el ruido que hacían los cables al deslizarse sobre el suelo cuando la cámara se movía. Ni un sonido desde la tribuna, ni una palabra de Torino, hasta Jochen el Cerdo se quedó mirando atontado a la joven con sus ojos saltones y a punto estuvo de olvidarse de dirigir el foco hacia la mujer que atraía en el escenario todas las miradas.

Su figura no tenía tacha. Como si un escultor griego o Leonardo da Vinci hubieran intentado representar el cuerpo femenino perfecto. Pero el que estaba en el escenario era auténtico, un cuerpo en tres dimensiones, estaba en el mundo real.

La chica llevaba un bikini plateado que ocultaba tan poco que casi podía decirse que enseñaba más que si no lo hubiera llevado. La mirada de Torino se deslizó por las piernas perfectamente torneadas hacia las caderas, estimulantes pero no demasiado anchas, por su vientre plano, hasta llegar a sus perfectos pechos, que exigían casi imperativamente ocupar el espacio que había delante de ellos y parecían desplazarse hacia delante. Torino sintió que algo en sus pantalones se endurecía cuando sus labios rosados comenzaron a moverse y sus ojos azules lo miraron seductoramente bajo su cabello rubio platino.

—Me llamo Pecado —dijo.

Torino abrió la boca, pero no consiguió articular palabra, porque por mucho que

se esforzaba no se le ocurría nada que objetar a aquella frase completamente acertada. Al cabo de unos segundos, por fin consiguió decir:

—Por supuesto que lo eres.

—¿Quizás te gusto? —dijo dirigiéndose a Torino. Luego habló a la tribuna—: ¿Y a vosotros?

Miró a las otras chicas a los ojos, una por una. También a ellas, palmariamente, les resultaba difícil apartar la mirada de la mujer que, con su bikini plateado, brillaba como el sol a la luz de los focos.

«Hasta las otras gatitas la encuentran maravillosa —se dijo Torino, y se recolocó los pantalones cuando supo que estaba fuera de plano—. Si van a ser lesbianas todas estas zorras... Y que ellas mismas renuncien a la competición es el mejor indicador de que este ratoncito tiene un enorme potencial».

Como si hubiera adivinado los pensamientos de Torino, Pecado se volvió hacia él y caminó despacio a su encuentro. «Mierda —pensó Torino—. Como ahora se le ocurra agarrarme la entrepierna o algo parecido, vamos a tener que cortar, grabar otro día o lo que sea».

Pero la cosa no llegó tan lejos, pues la visión rubia se detuvo a unos dos metros de él.

—Te has quedado sin palabras —afirmó Pecado en un acertadísimo diagnóstico.

Torino apartó la mirada de ella. Jochen, que estaba entre los técnicos y las cámaras, le hacía frenéticos gestos para que al fin tomara la palabra, como si le estuviera preguntando: «¿Quién es aquí el moderador?».

—Buena actuación, hasta ahora —dijo Torino, irritado por tener la boca tan seca y porque su voz sonara tan ronca—. Buena base para progresar. Definitivamente ampliable. Pero no dejes que se te suba a la cabeza. Ehhh... Al que escupe hacia el cielo, en la cara le cae.

Torino se enfureció consigo mismo. Eso era lo más inteligente que se le ocurría decir. Vio a Jochen poner los ojos en blanco, negar con la cabeza y señalar el guión dando toscos golpecitos sobre los papeles con sus gordos dedos-salchicha.

—Pero las cosas que caen —dijo Pecado mirando con aire frívolo la entrepierna de Torino— suben primero, ¿verdad? ¿O no?

Torino se aclaró la garganta.

—Sí, y para eso estamos aquí —dijo visiblemente azorado—. Esta vez mi voto es un claro *up*. ¿Qué opinan los demás?

Silencio en la tribuna. El TED apareció en el monitor.

98 por ciento.

—También un voto inequívoco por parte de los usuarios —dijo Torino tras beber un trago de agua. En aquel momento no deseaba nada con mayor ardor que quedarse solo con Pecado o como se llamara, pero no delante de la cámara y con toda aquella gente—. Te deseo suerte para la competición.

Pecado abandonó el escenario mientras las muchachas de la tribuna la seguían

embobadas con la mirada y el pañuelo negro permanecía en el suelo iluminado por los focos.

«NO HAY EFECTOS ESPECIALES».

Las palabras de MacDeath resonaban como un eco en la cabeza de Clara cuando abrió la puerta de casa, arrojó el abrigo y la cartera en el sofá del salón y encendió la lámpara de la mesita.

«Es real».

Clara movió los hombros en círculo para liberar la tensión y relajar los músculos. Tenía el pulso acelerado y le ardía el estómago. Estiró ambos brazos hacia el techo y oyó el crujido de las articulaciones y los tendones. Luego se dirigió al armario bostezando y se sirvió un *whisky* doble.

Entre semana procuraba no beber nada, menos aún bebidas fuertes, lo que no siempre funcionaba, sobre todo si ya había bebido en comisaría medio vaso de *whisky*. Sin embargo, no todos los días uno ve, pocos días antes de marcharse de vacaciones, el asesinato en vivo de una muchacha, grabado por el perverso autor del crimen en un CD que aparece en el buzón de correos de la LKA dentro de un sobre con tu nombre.

Clara abrió la puerta del balcón, salió y disfrutó de la fresca brisa que soplaba por la Schönhauser Allee y bebió de su copa a pequeños sorbos.

Snuff movies. Una de las más inquietantes leyendas urbanas creadas por la cultura del siglo xx. Bastaba el vago rumor de que existían organizaciones clandestinas que proporcionaban material con espeluznantes contenidos explícitos a «clientes» que ya no se daban por satisfechos con el porno «normal» para horrorizar a cualquiera, y en las *snuff movies*, en concreto, se torturaba y mataba a personas ante la cámara encendida para entretenimiento de un público difícilmente imaginable, pero dispuesto a pagar bien por ellas.

«Una película que muestra un asesinato real», repitió Clara mentalmente.

¿Qué es exactamente una *snuff movie*?

«No hay efectos especiales».

«Es real».

Clara intentó recordar la definición que el FBI ofrecía del término «*snuff movie*» y que había aprendido en la academia: «En las películas *snuff*, la víctima está al principio viva y al final muerta. La exhibición de un asesinato real tiene como fin estimular sexualmente al espectador, y la venta del vídeo se debe única y exclusivamente al afán de lucro».

Con arreglo a la definición del FBI, es la intención de hacer un uso comercial de la grabación de un asesinato lo que convierte a una película en un verdadero *snuff*.

Y la pregunta era: ¿existen realmente películas *snuff*? Algunos decían que el primer *snuff* había sido rodado en 1969, cuando Tex Watson y Susan Atkins, de la

familia Manson, asesinaron bestialmente a Sharon Tate y a siete personas más en Bel Air, cerca de Los Ángeles. Todo el mundo sabía que en el momento del crimen Sharon Tate estaba embarazada, pero la policía había conseguido ocultar a la opinión pública que Tex Watson le había arrancado el bebé de las entrañas cuando la madre aún estaba viva. Nunca se encontró, sin embargo, la película que presuntamente se había grabado de la matanza, por lo que la pregunta seguía abierta: ¿existían películas *snuff*? ¿O Clara acababa de ver la primera película *snuff* auténtica?

Unos decían que en el mundo existe todo por lo que alguien está dispuesto a pagar. Si había personas dispuestas a comprarlas, existían películas *snuff*.

En opinión de otros, en cambio —entre los que se encontraba el FBI—, las películas *snuff* eran como el Santo Grial: siempre buscado, a menudo cuestionado y nunca encontrado.

«Ojalá sea así», pensó Clara. Pero ¿por qué le habían enviado el vídeo a ella? ¿Qué significado tenía aquel asesinato? Y ella misma, Clara, ¿desempeñaba algún papel en él? ¿Delataba la existencia de una mafia *snuff* que operaba en la clandestinidad y filmaba espeluznantes ejecuciones para perversos? ¿Querría un miembro de la banda jugársela a los otros facilitándole el CD a la policía? ¿Querría la mafia misma demostrar lo poderosa que era, demostrar que hasta la LKA carecía de recursos contra su red mundial de venta de películas *torture porn*, como también se las llamaba?

O bien...

Clara intentó sofocar aquel pensamiento antes de que entrara en su mente, pero era demasiado tarde: su cerebro, con estoico sentido del deber, ya lo había puesto en ella:

¿O alguien quería advertirle de que sería la siguiente en ocupar el potro de torturas?

Se estremeció, y no por la fría brisa que corría en el salón y ondeaba las cortinas hacia el interior como en los relatos de fantasmas. Bebió un largo trago de *whisky* y observó con cierto alivio el coche de policía aparcado junto a la puerta del edificio.

No había alternativa. Tenía que averiguar el mensaje que se ocultaba en aquel vídeo. Si MacDeath tenía razón y la destinataria del CD era ella, en la cinta tenía que haber algún indicio de eso. Hasta entonces no habían encontrado ninguno.

Clara miró al ciclo. Nubes de lluvia cruzaban como grisáceas telas arrugadas el firmamento de una noche negra como boca de lobo. Había resuelto tomar una pastilla para dormir al menos unas horas, pero en su mente un pensamiento pugnaba por emerger, al igual que antes una repugnante bola de acidez había ascendido por su esófago; un pensamiento tan pérfido como la lejana sospecha de que ella misma sería la siguiente «protagonista» de una grabación *snuff*, un pensamiento terrorífico, completamente irracional, y por ello mismo irrefrenable. La parte racional de su cerebro, que al final optó por la vía rápida, disparó andanadas de argumentos para apartar a Clara de la idea: Ya es muy tarde... La policía científica ya está en ello...

Espera hasta mañana, ahora no puedes hacer nada, de todas formas... Si vuelves a verla no vas a poder pegar ojo en toda la noche...

Como casi siempre, ninguno de aquellos contraargumentos consiguió nada y la siniestra idea continuó abriéndose paso hasta horadar la superficie de su conciencia.

Clara anduvo hasta su bolso y sacó el ordenador portátil y el CD. Tenía que saber si había alguna pista. Y si la había, tenía que descubrirla.

Vería el vídeo una vez más.

Y si era necesario, otra vez.

Y otra.

—PERO ¿CÓMO HAS PODIDO? —Jochen el Cerdo seguía mirando a Torino con los ojos como platos desde el asiento del copiloto, mientras el propietario del Boxster conducía por el Avus desde Postdam en dirección a Berlín—. Está muy buena, de acuerdo, pero *tú* eres el moderador, no el público.

Torino permaneció en silencio algunos segundos mirando fijamente la carretera mojada. Había intentado contactar por teléfono con Tom Myers, pero desde hacía una hora cada vez que marcaba su número saltaba el buzón de voz. ¿Dónde demonios se había metido? Torino se guardó la BlackBerry en el bolsillo.

—Estoy dándole vueltas al asunto... —dijo al fin—. Míralo así: si el *showmaster*, el que tiene que poner firmes a esas zorras y enseñarles que son *así* de pequeñas — Torino hizo un gesto con el pulgar y el índice y volvió un momento la cabeza hacia Jochen—, si un tipo así de duro no sabe por dónde salir y se queda sin palabras, es imposible que el *show* no sea auténtico, ¿verdad? —Miró de soslayo a Jochen, que meditaba en silencio—. ¿Verdad? —insistió Torino.

—Tal vez.

—Tal vez —lo imitó Torino en tono de burla—. Tal vez, no. Desde luego que sí.

El coche dejó atrás Dreilinden a gran velocidad y Torino posó un instante la mirada en el oso de piedra que en mitad de la autopista daba la bienvenida a los viajeros a Berlín.

—¿Te acuerdas de cuando Verona Feldbusch se echó a llorar en el programa de Kerner^[4] porque Bohlen^[5] la había tratado como el culo? ¿Cuándo fue aquello? ¿En 2001?

—Eso estaba preparado, era un tongo —bufó Jochen.

—De acuerdo, pero el noventa y ocho por ciento de los habitantes de Zombilandia se lo creyeron. Y les pareció cojonudo. Cojonudo y auténtico.

—¿Qué quieres decir con eso? ¿Que la falta de profesionalidad resulta auténtica? Torino asintió.

—En el momento oportuno, sí.

Jochen guardó silencio.

—Es un argumento —dijo al fin—. La tía está realmente buena.

—¿Realmente buena? —Torino volvió a mirar a Jochen de soslayo mientras cambiaba la emisora de radio, que emitía lloriqueante música pop—. ¡Nunca había visto nada igual! ¿Qué crees que dirán las discográficas, los *placement agents*, los concursos de *top-models*? ¡Ese es nuestro objetivo! ¿Y quién tiene los derechos? ¡Nosotros! ¡Nosotros tenemos el contrato! —Torino metió una mano en su cartera y sacó una unidad USB—. Y esto se lo voy a enseñar a Myers, para que lo vea en cuanto llegue al Grill Royal. En calidad Blu-ray. —Era la aparición de Pecado—. Si

esto no le pone, es que es impotente.

—Quieres abrirte a todas las posibilidades, llegar a los megamedios, ¿verdad?

—Por supuesto. Y también pienso pasárselo por las narices a los buitres de Pegasus Capital. —Asintió con la cabeza mientras el Boxster corría a todo trapo por la Spanischen Allee y a lo lejos, sobre el lluvioso horizonte, aparecía la torre de televisión—. ¡Somos revolucionarios! Encontramos a las estrellas que *de verdad* quiere la gente. Porque las eligen los tíos que las desean, y ellos las eligen porque se las pueden llevar a la cama. Si eso no es un aliciente... Esto es un estudio de mercado y no esas estúpidas psicoencuestas. Esto es descubrir a una estrella y no esas ridículas actuaciones en las que cantan *hits* de los setenta. ¡Estamos haciendo historia en los medios de comunicación!

Permanecieron callados durante un rato mientras el coche seguía circulando por el Avus.

—¿Cómo se llama Pecado? —preguntó Torino.

—Andira. Lo he comprobado antes —dijo Jochen—. Para promocionarla primero tendrá que ganar la primera final.

—La ganará.

—¿Y si no la gana? —replicó Jochen.

—¡Ya nos encargaremos nosotros de que la gane! —Su BlackBerry sonó. Reconoció el número.

—Tom, *how is life?*

—Acabo de llegar. El avión de Fráncfort se ha retrasado y hemos tenido que aterrizar en Schönefeld, en Tegel está prohibido el tráfico aéreo por la noche —dijo Tom Myers al otro lado de la línea. Faltaba poco para la medianoche. Torino conocía por propia experiencia el desvío de vuelos a Schönefeld sin aviso previo—. Puedo estar en treinta minutos en el Grill Royal —explicó Myers—. ¿Te viene bien?

Torino miró a Jochen con una sonrisa burlona.

—Me viene de perlas.

—¿Nos darán algo de cenar? —preguntó Myers.

—Yo me ocupo de eso.

Torino puso fin a la conversación y el Boxster corrió por la Kaiserdamm en dirección a Mitte mientras Tom Myers cogía un taxi en Schönefeld.

ERA LA UNA DE LA MADRUGADA cuando Clara encendió el ordenador y deslizó el disco en el lector de CD.

Déjà-vu. Lo mismo que antes. El archivo con el nombre *jasmin.mpg*. El doble clic. La pantalla que permanece casi un minuto negra.

Luego el rostro de la muchacha. La máscara de pestañas rodando por sus mejillas. El anuncio de la propia muerte, las palabras que la víctima ha de pronunciar antes de su ejecución y que la declaran muerta:

«Me llamo Jasmin. Ya estoy muerta. Pero el caos continúa».

Las grandes manos con guantes negros que aparecen desde el fondo oscuro, sosteniendo un cuchillo, y se posan durante unos segundos en los hombros de Jasmin —o como fuera que se llamara la muchacha— antes de que anuncie su propia muerte.

Clara presionó el *stop* antes de que llegara la escena que tanto temía, la escena que a la par, inexplicablemente, también esperaba con impaciencia, quizás para dejarla atrás cuanto antes, para poder decirse: «Sí, la he visto dos veces, la he aguantado dos veces, y no me ha destruido, incluso puede que me haya hecho más fuerte».

Se levantó de su asiento, se sirvió otro vaso de *whisky* y salió de nuevo al balcón. Vio a sus pies el coche de policía y en el cielo oscuros nubarrones rodeando como una negra sábana mortuoria la media luna.

«Internet está lleno de películas similares», se dijo Clara. En una ocasión había hablado del tema con el director de la *Obscene Publications Squad*, la «brigada contra el vicio» de Scotland Yard. Existían películas de las que se sabía que no eran reales pese a parecerlo, y otras que aparecían siempre de nuevo en Internet, como habitantes de un espacio intermedio entre la vida y la muerte. Por eficaces que fueran las autoridades cerrando páginas web y bloqueando servidores, al cabo de un tiempo reaparecían en la red, subidas desde el disco duro de un oculto ordenador en algún olvidado rincón del mundo, o por algún pirata chiflado que reclama quince minutos de gloria para sí mismo y para lo que había pescado en las profundidades de Internet y se lo enseña al mundo entero mientras contempla con diabólica fruición cómo se disparan las estadísticas de visitantes del portal de vídeos.

De 300 a 1000.

De 1000 a 10 000.

De 10 000 a 100 000.

Junto con los comentarios.

You think this is real?

No, it's a fake:)))

Check this out, this is REAL!

Y entonces aparece un *link* que redirecciona a una página que no aparece en ningún buscador.

Clara inspiró el frío aire de la noche y se bebió el *whisky* a pequeños sorbos. Le escocían los ojos a consecuencia del cansancio, al igual que la garganta a consecuencia del *whisky*, pero sabía que no dormiría aquella noche hasta averiguar qué escondía aquel vídeo, además del asesinato.

You think this is real?

Clara conocía las películas. Las había visto en Scotland Yard y seguían circulando por Internet.

The Dark Side of Porn era un reportaje sobre *snuff movies* y sobre la pregunta de si existían o no. Se veían secuencias de películas que alguna vez se habían tomado por auténticas. *Holocausto caníbal*, *Faces of Death*, *Flowers of Flesh and Blood*. Las imágenes eran brutales, escenas que uno difícilmente podía olvidar, una macabra patada en el estómago, pero el reportaje mismo era objetivo: ninguna de las escenas era real y en ningún momento se afirmaba que lo fuesen.

Two girls one cup era auténtica y aún se podía acceder a ella en Internet. Tan pronto como era borrada de una dirección reaparecía en otra. Dos mujeres entregadas a los perversos excesos de la coprofilia, tan solo un minuto y medio de duración, pero lo más repugnante con diferencia que Clara había visto nunca. Pero, por repulsivo que pudiera resultar, ahí nadie perdía la vida.

Three guys one hammer, en cambio, era un vídeo que podía provocar serios trastornos psíquicos en personas que no veían todos los días lo que Clara veía a menudo, y también seguía en la red. Mostraba a los maníacos de Dnepropetrovsk de Rusia destrozando la cara de su víctima con un martillo y clavándole un destornillador en la cara y el estómago. Y todo ello grabado con la cámara del teléfono móvil de uno de los asesinos.

Era tortura, era asesinato y era *auténtico*.

En torno a *Two girls one cup* y *Three guys one hammer* habían aparecido un gran número de vídeos *amateur* que mostraban a personas viendo los vídeos y recogían sus reacciones. Personas apartándose repugnadas, cerrando los ojos y a menudo vomitando.

«La observación del observador», pensó Clara. Internet había elevado a una nueva dimensión la perversión del espectáculo.

—COMO NO COMA Y BEBA algo ahora mismo, me desplomo —dijo Torino mientras bajaba junto a Jochen la escalera que conducía a la vera de la Friedrichstrasse y entraba en el Grill Royal con aire marcial. Habían aparcado el coche cerca del Friedrichstadt-Palace y caminado unos metros en el frío y lluvioso aire de la noche. Dentro, sin embargo, no daba la impresión de que se dispusieran a celebrar una gran fiesta, menos aún un miércoles por la noche. Todos los clientes estaban a punto de marcharse; los comensales de las dos o tres mesas ocupadas ponían punto final a la cena con café y licores.

—¿Desean beber algo? —les preguntó el camarero cuando Torino y Jochen tomaron asiento ante una mesa libre.

—Sobre todo, queremos comer —dijo Torino—. Tengo un hambre canina. ¿Tenéis carta?

—Lo siento mucho, señor —repuso el camarero—. Pero la cocina ya está cerrada. Lo único que podría servirles son aceitunas acompañadas de pan de *baguette*.

Torino negó con la cabeza.

—¡Esto es inaudito! —despotricó—. ¿Qué lugar es este? ¿Berlín o Ghana?

—Berlín, que yo sepa. —El camarero permanecía tieso como una vela y sin mover ni un músculo de la cara.

—*Okay*, a la mierda la cena, que nos traiga entonces las aceitunas, ¿no? —Miró a Jochen, y este se encogió de hombros—. Nos comeremos luego un *döner kebab*, si esta gente insiste en perder dinero.

—¿Qué desean los señores de beber?

Torino arqueó las cejas.

—Vaya, bebidas sí que tienen, ¿no?

—Naturalmente. —El camarero parecía inmune a la ironía—. Pero este es el último pedido.

—No esperaba otra cosa de ustedes. Tráiganos entonces dos Pils grandes —dijo Torino, y se volvió a Jochen—. ¿O prefieres otra cosa?

—No, está bien. —Jochen asintió con aire bondadoso y puso sus ojos saltones en blanco—. Pero sírvala bien fría, no como el aguachirri caldoso que sirven en los antros de Prenzlberg.

—Ya le has oído —dijo Torino—. Tan fría que se le congelen los huevos.

—Enseguida. —El camarero se alejó de ellos.

Albert Torino y Jochen, ante sendos cócteles de aceitunas y queso feta acompañados de *baguette*, entrechocaban sonoramente las jarras de cerveza cuando Tom Myers

apareció en la puerta del local y examinó la sala con la barbilla estirada al frente. Enseguida descubrió a Jochen y Torino y se aproximó a ellos con andares briosos.

—Buenas noches, amigos —dijo.

—¡Tom! —Torino se levantó para saludarlo—. Por la mañana en Múnich, por la tarde en Berlín. Así es la vida de los *global players*. Conoces a Jochen, ¿verdad? Jochen, este es Tom.

—Hemos hablado por teléfono en alguna ocasión —dijo Myers estrechando la mano de Jochen. Tomó asiento a la mesa—. ¿Es buena esta cerveza? —preguntó Myers.

—Becks —dijo Torino—. Calidad superior, de Bremen. ¡Qué orgullosa ciudad hanseática! En los últimos años se ha transformado en un feudo sociata. Pero aún saben hacer cerveza.

—Ojito —dijo Jochen, que era de Bremen, y meneó el dedo índice.

—Pues entonces yo también tomaré una. —Myers asintió cordialmente—. ¿Qué habéis pedido?

—Aceitunas con queso feta y *baguette*. Es lo único que sirven. —Torino volvió a negar con la cabeza—. Esto parece la República Democrática Alemana.

—Antes de morirme de hambre, yo también pediré un cóctel de esos —dijo Myers encogiéndose de hombros, y depositó su BlackBerry en la mesa, junto al plato, como si se tratara de su ángel de la guarda.

Torino alzó la mano y exclamó:

—¡El mismo plato para nuestro amigo!

El camarero asintió.

—No se dice «el mismo plato», sino «lo mismo» —lo corrigió Jochen—. Si dices «el mismo plato» parece que vayáis a compartir la comida.

—Dudo mucho que necesitemos compartir la comida con el éxito que vamos a tener —dijo Torino volviéndose a Myers—. No te vas a creer lo que hemos visto esta noche, Tom.

Mientras llegaba la cerveza de Myers y, finalmente, también el cóctel de aceitunas y queso, Torino le relató toda la historia. Apenas le daba tiempo a probar bocado mientras Tom y Jochen lo escuchaban y masticaban sus cuadraditos de queso feta con devoción.

—¿Qué te parece? —preguntó Torino una vez que hubo terminado.

—¿Tú te quedaste sin habla? —comentó Myers—. ¿Tú no sabías qué decir? —Myers escudriñó el rostro de Torino mientras este se limpiaba la boca con la servilleta y bebía un gran trago de cerveza—. Me resulta difícil creerlo.

—Pues así fue. —Torino cogió su cartera, sacó el ordenador e introdujo la unidad de almacenamiento en el puerto USB. Abrió el archivo de vídeo y le dio al *play*—. Aquí la tienes.

Myers tenía demasiado control sobre sí mismo como para permitir que los demás adivinaran sus emociones, pero a Torino no se le escapó la creciente fascinación con

que seguía la secuencia de la aparición de Andira Pecado.

—Si este contenido no es para Xenotube —dijo Torino—, ¿qué lo es? Lo emitimos la semana que viene. Los canales privados ya están haciendo cola y ya hay discográficas dispuestas a pagar por la cesión de los derechos sobre Andira. Piénsatelo. —Torino dirigió una penetrante mirada a Myers y alzó después la vista, aparentando desinterés, al techo del local—. Pero no tardes mucho.

Myers se tiró del labio inferior y se acarició su barbilla prominente. Luego empujó su plato al centro de la mesa y bebió un gran trago de cerveza.

—Es interesante, Albert, no lo niego. Pero si nos embarcamos en este proyecto queremos tener una participación en futuros ingresos. El formato es genial, ya te lo he dicho antes, pero escabroso y muy problemático, puede salirnos el tiro por la culata. Considera la participación en los beneficios como... —se detuvo a reflexionar— una «prima de riesgo».

Torino frunció los labios. «Tendrá que ser así —pensó—. Todo tiene un precio».

—¿De qué participación en las ventas estamos hablando? —preguntó. La regla de oro en los negocios: que el otro haga la primera oferta.

—Necesitamos los índices de audiencia que prevéis alcanzar sin nosotros, los posibles ingresos por publicidad, el volumen medio del negocio con las discográficas y cazatalentos, así como el plan empresarial de expansión. —Su mirada, meditativamente vacía, se posó en el centro de la mesa—. Creo que no me he dejado nada.

—¿Cuándo podéis entregarme una propuesta inicial? —preguntó Torino.

—En cuanto vosotros nos proporcionéis esos datos.

Torino miró la hora y sospechó que esa noche tampoco iba a pegar ojo.

—Tan pronto como sea posible, ¿verdad?

Myers asintió.

—Así es. Si nos lo envías esta misma noche a mí y a mi asistente, mañana te presento el borrador de una primera declaración de intenciones, y después del *show* un precontrato redactado por nuestros abogados.

Torino volvió a fruncir los labios, medio eufórico y medio preocupado. Ahí estaba la ansiada propuesta. Jochen tendría que pasar una noche más en blanco, trabajando en las previsiones que Torino acababa de poner sobre la mesa. Por otro lado, Myers parecía haber picado por fin el anzuelo. Su primicia en la *landing page* de Xenotube, con más de diez millones de visitantes en Alemania... demasiado bueno para ser cierto.

—Tendrás lo que me has pedido —respondió Torino, y tendió la mano a Myers, que se la estrechó con firmeza—. ¿*Shebay* en la *landing page* de Xenotube? —preguntó Torino, como si quisiera firmar un precontrato oral.

—Es posible —dijo Myers, y palmeó la espalda de Torino—. Procura trabajar esta noche y envíamelo todo en cuanto puedas.

«Shebay en la *landing page* de Xenotube».

Un oído agudo también podía oír estas palabras desde unas cuatro mesas más atrás. Así lo hacía uno de los últimos clientes del local, sentado frente a un vaso de agua. Un hombre alto de formas angulosas y movimientos precisos y ágiles, capaces de transformarse en un abrir y cerrar de ojos en explosiva brutalidad. Un hombre con el pelo corto y rubio, y unas gafas de acero inoxidable mate, que observaba con atención pero discretamente a los tres hombres de negocios, y sofocaba el ligero temblor de su mano izquierda sujetándosela con la derecha.

CLARA BEBIÓ OTRO TRAGO de whisky y volvió a sentarse frente al ordenador, donde la pausa había congelado el rostro anegado en lágrimas de la muchacha y el cuchillo sostenido con demoníaco sosiego junto a su garganta.

Dio de nuevo al *play* y se sobresaltó al ver cómo el cuchillo, aparentemente sin aviso previo, degolló a la chica, cuya mirada se perdió en el vacío, y cómo después, al cabo de un segundo —que a Clara le pareció una eternidad—, comenzó a brotar la sangre de la herida de la garganta, primero despacio, como si tanteara insegura su nuevo entorno, y después más rápido, con fuerza, hasta que la cabeza de la joven cayó hacia delante, el cuchillo y los guantes negros desaparecieron del monitor y la imagen se fundió en negro.

Clara apuró su vaso de *whisky* y golpeó sonoramente el cristal al posarlo sobre la mesa.

Había visto algo.

Algo que antes no había llamado su atención.

«Si sigo viendo la cinta me volveré loca», se le pasó por la mente. Sin embargo, tenía que saber lo que había ahí.

«Es ese segundo —pensó—. El segundo que transcurre entre el crimen y el resultado. Si hay algo, está ahí».

Rebobinó la película hasta la escena en la que centelleaba el cuchillo y la avanzó a cámara lenta.

No habría sabido decir si el visionado del asesinato a cámara lenta le recordaba una macabra parodia o si la torturante lentitud hacía las cosas aún más difíciles. Pero ahí estaba otra vez. Un centelleo. En blanco. Entre dos fotogramas. Redujo aún más la velocidad de reproducción y vio cómo una imagen se transformaba en otra.

Nuevamente el blanco.

Y entonces lo reconoció.

Era un nombre. Y un número. Un nombre y un número insertados entre dos imágenes. Solo se veía un instante.

Volvió a rebobinar la película y a avanzar a cámara lenta por las secuencias. Otro visionado. Y otro más, y otro más...

Jasmin Peters 13

Se sirvió una última copa de *whisky* y fue al teléfono para hablar con el turno de noche del departamento de huellas de la LKA.

—Estáis trabajando en el caso de Jasmin, ¿verdad?, el asesinato del CD... Sí, eso

es... Ya sé que no podéis hacer milagros. En la película aparece el nombre completo de la víctima, Jasmin Peters. Y luego el número trece... No lo sé, no sé qué significa. El número de la mala suerte, eso seguro. A ver si os ayuda esta información. Eso es, Jasmin Peters, trece. Avisadme inmediatamente si averiguáis algo. Gracias. Buenas noches.

Eran las dos y media de la madrugada.

Clara colgó el teléfono, apuró su bebida y cerró la tapa del ordenador con un sentimiento de satisfacción mientras sentía que el cuarto *whisky* de la noche había convertido su garganta en un sendero de lava.

Luego se desplomó en la cama y se quedó dormida a los pocos segundos.

EL TIMBRE DEL MÓVIL despertó a Clara de su profundo sueño sin sueños. Clara aceptó la llamada y miró la hora. Eran las cinco y diez de la madrugada.

—Diga —respondió con voz soñolienta.

—Winterfeld —escuchó al otro lado de la línea.

Clara se despejó de inmediato.

—¿Qué pasa?

—Los de la policía científica me han dicho que quería que la informaran de inmediato si averiguaban algo. —Winterfeld introdujo una breve pausa, probablemente para pasarse una mano por la cabeza—. Pues bien, han encontrado algo.

Clara se incorporó y encendió la lámpara de la mesilla.

—¿Qué?

—El nombre, Jasmin Peters, y el número trece —dijo Winterfeld—. Si son auténticos, como parece, ha dado en el blanco.

—¿Podría ser más concreto? —preguntó Clara impaciente. Ahí estaba otra vez, el sabio maestro poniéndole un toque de intriga a todo. Se levantó de la cama, fue al escritorio del salón, se colocó el auricular *bluetooth* y guardó en su cartera el ordenador y la carpeta con los informes del caso.

—Han analizado la sangre del sobre y cruzado el grupo A Rh positivo con el nombre Jasmin Peters. Hay varias Jasmin Peters que han donado sangre en los últimos años. Hay que contrastar el ADN, pero quizás así vayamos más rápido.

Clara conocía el procedimiento. Cada vez que se extraía sangre en un hospital se examinaban los anticuerpos para comprobar el grupo sanguíneo. Simultáneamente se analizaba y guardaba el código de ADN. Pero como el número de grupos sanguíneos era infinitamente menor que el de códigos genéticos, la identificación por medio del grupo sanguíneo era el método más rápido —aunque también el más inexacto—. Pero Winterfeld tenía prisa. Continuó hablando.

—Con ayuda de los datos de la oficina de empadronamiento y los resultados de la clínica hemos localizado a varias personas residentes en Berlín llamadas Jasmin Peters y grupo sanguíneo A Rh positivo.

—Y... —Clara fue a la cocina con el auricular, encendió el hervidor de agua y echó un sobre de capuchino en polvo en una taza.

—En Berlín hay varias docenas de Jasmin Peters con ese grupo sanguíneo.

—Pero...

—Solo hay una que viva en el número trece de su calle.

—¿Y quién es? —Clara miró de pasada hacia la calle y vio la sucia penumbra de la mañana otoñal. Escuchó un instante el crepitar de la lluvia contra el cristal de la

ventana.

—Jasmin Peters, Sonnenallee 13, en Neukölln —dijo Winterfeld—. El MEK^[6] ya se ha puesto en marcha, nosotros salimos ahora mismo. Lo mejor es que vaya usted directamente allí con el coche de protección. ¿Cuándo puede estar abajo?

—En diez minutos.

—Bien, dígales a los colegas que pongan la sirena azul. Nos vemos allí en quince minutos.

ERAN LAS CINCO Y CUARENTA minutos de la madrugada. La lluvia caía en densas columnas de agua sobre la Sonnenallee, débilmente iluminada por la amarillenta luz de las farolas en la grisácea penumbra del amanecer. Cuando el coche de policía que llevaba a Clara se detuvo en el número 13 de la avenida, ya estaban aparcados frente a la fachada del edificio dos coches más de policía, dos ambulancias y una unidad móvil del Cuerpo de Operaciones Especiales. Clara se apeó del coche. Acababa de poner un pie en el suelo cuando vio llegar a toda velocidad el Mercedes negro. Sus neumáticos chirriaron al frenar bruscamente a su lado. El director Winterfeld bajó del vehículo, miró de soslayo y con aire malhumorado el lluvioso cielo gris y se levantó el cuello del abrigo.

—Buenos días, Clara —dijo mientras los agentes del MEK entraban corriendo en el edificio a las enérgicas órdenes de Marc, el jefe de operaciones, armados con fusiles de asalto y Rammbocks—. Es en la cuarta planta, un piso de dos habitaciones, da al patio trasero —prosiguió Winterfeld—. No parece que... —Sonó su teléfono móvil—. Winterfeld... Sí, estamos aquí... ¿En diez minutos? Estupendo. Hasta ahora. —Bajó la tapa del teléfono móvil—. Era MacDeath. Llega en diez minutos. Va a retrasar su vuelo a Wiesbaden.

Clara asintió y contempló la fachada de estilo clasicista, empapada por la lluvia y cubierta de suciedad. Dejó vagar la mirada por los grafitis que afeaban el portal del número 13 de la avenida.

—Parece una emboscada —dijo Winterfeld—. Pero cualquiera sabe.

Ocultó su SIG Sauer bajo una revista y cargó el arma. Clara y él siguieron a los agentes del MEK al interior del edificio. También Clara quitó el seguro a su pistola mientras cruzaba el sucio vestíbulo. Caminaron sobre cartones y periódicos reblandecidos y junto a bolsas de basura medio abiertas y buzones deteriorados por la herrumbre. Dos veinteañeros que, obviamente, acababan de regresar a casa tras una noche de juerga se pegaron asustados a la pared cuando el séquito encabezado por los cinco agentes del MEK, vestidos de negro y con fusiles Heckler & Koch, y por Marc, con la Rammbock en la mano, pasaron impetuosamente a su lado.

—Usted es el del sexto sentido —dijo Clara cuando subían la escalera—. ¿Qué nos espera ahí arriba?

Winterfeld se mesó el cabello.

—Nada bueno.

Las linternas de los fusiles del comando de asalto atravesaban la oscuridad del hueco de la escalera donde solo titilaba una fantasmal lámpara. Olía a colillas y a revoque desprendido de la pared por la humedad. Era una de esas viviendas que adoran los estudiantes, porque está en el meollo de la ciudad, es asequible y, de

alguna manera, es «auténtica», signifique eso lo que signifique.

Las pesadas botas de los agentes del MEK recorrieron estrepitosamente el último tramo de escalera. Después se oyó un portazo. Marc, en la vanguardia junto con Philipp, había forzado la puerta del piso.

«Nada bueno», había respondido Winterfeld a la pregunta de qué los esperaba. Clara agarró con más firmeza su pistola e intentó imaginarse lo que iban a ver. ¿El cadáver? ¿El piso vacío? ¿O sus esfuerzos eran inútiles porque la información era falsa? ¿Arrancarían del sueño a Jasmin Peters cinco oficiales armados y enmascarados que le darían el mayor susto de su vida?

Clara subió el último tramo de escalera. Cuanto más se aproximaba a la vivienda tanto más se le encogía el estómago. Volvió a sentir un flujo de corrosivo ácido gástrico ascendiendo por su esófago, como cada vez que sabía que algo terrible estaba por venir.

Ya había presenciado muchas escenas de crímenes. Todas eran diferentes y, sin embargo, semejantes: la opresiva atmósfera que flotaba en el aire, el aura del miedo que aún se percibía. La certeza de que un ser humano había rogado ahí por su vida, sufrido, llorado, gritado, muerto violentamente. Pero lo peor era el olor. Clara estaba familiarizada con el olor de los cadáveres del depósito del Instituto Forense, el olor dulzón de la muerte, que permanecía en la nariz durante días una vez que uno lo había inspirado. Pero a este se sumaba otro olor en la escena del crimen, *crime scene* o *killing scene*, como lo llamaban en el FBI: el olor a sangre y vísceras. Un olor que trastornaba el ánimo y estaba fuera de lugar por razones atroces: su lugar era el matadero, pero nunca una vivienda, un sillón, una mesa, una estantería de libros.

El olor metálico y cobrizo de la sangre mezclado con el dulzón hedor de la muerte —que a menudo se superponía al de los excrementos de la víctima, a la que el miedo hacía perder el control de los esfínteres— era lo que hacía de la escena del crimen un escenario de muerte. Y no era solo el olor de la muerte, era el olor del mal.

Clara aún no había percibido ningún olor, pero presentía algo tenebroso, inasible, atroz, que se cernía sobre ella desde el cuarto piso como una sombra negra, que la esperaba, que extendía sus garras hacia ella y le echaba a la cara su aliento a putrefacción, sangre y dolor.

Llegó a la puerta de la vivienda, descuajaringada por la voladura. Dos agentes del MEK cubrían el salón en el flanco derecho, uno el cuarto de baño a la izquierda, Marc y Philipp avanzaban por el pasillo.

Clara miró alrededor. La típica casa de una mujer joven, quizás estudiante, quizás en su primer trabajo en la gran ciudad. Un póster del perfil del cielo neoyorquino en el pasillo, al lado un chaleco salvavidas de British Airways que ella misma o un amigo había sacado a hurtadillas del avión y que ahora colgaba de la pared como un trofeo, junto al póster.

—Nada —gritó el agente del MEK desde la cocina.

—Nada —anunció el oficial del salón.

Ojeada a la izquierda. La cocina, con una pequeña mesa de comedor y botellas de vino en una estantería. Ojeada a la derecha. Sofá y mesa, hasta donde la difusa penumbra permitía distinguir. Un escritorio con una silla, al lado una estantería con libros. Una palmera cuyas hojas describían amplios arcos en la ventana. Fotos de las vacaciones en el aparador.

La rayada puerta al final del pasillo estaba cerrada, como una boca que no pronuncia la verdad hasta que se la fuerza a ello. Si en aquella vivienda había algo que no debía ser visto, era aquella puerta la que se empecinaba en ocultarlo.

Marc, que se hallaba directamente delante de la puerta, hizo una señal. Clara y Winterfeld se retiraron al salón, mientras que Philipp, que también se encontraba en el pasillo, se pegó a la pared. Cabía la posibilidad de que alguien se hallara en el dormitorio y disparara a través de la puerta; por eso el pasillo debía estar libre cuando los agentes abrieran la puerta.

Philipp miró a Marc. Este asintió y Philipp presionó el picaporte, empujó la puerta y saltó hacia atrás cuando la hoja se abrió hacia dentro. Ambos esperaron con el arma apuntando hacia el interior del dormitorio. Los instantes siguientes se les hicieron a todos eternos, pero dentro no se movió nada.

Marc miró a Philipp y señaló la habitación con un gesto de cabeza. Marc era el jefe, pero no omnisciente.

«¿Entramos?».

Philipp asintió.

«Entramos».

Ambos desaparecieron en el dormitorio. Clara volvió a sentir el reflujo ácido y corrosivo en la boca del estómago. Marc y Philipp eran profesionales, con su ayuda había dado caza al Hombre Lobo, cuya captura había sobrepasado los límites de todos los implicados. Pero también, tras quince años de servicio, era difícil soportar la incertidumbre sobre lo que se ocultaba tras una puerta que conducía a otro mundo. Un mundo de miedo y dolor, muerte y sangre.

Clara esperó.

Un segundo. Dos. Tres.

Dios mío, ¿qué había ahí dentro?

Cinco segundos. Seis.

—¡Mierda! —exclamó Marc de repente. Luego otra vez—: ¡Mierda!

—¿Qué pasa? —gritó Winterfeld.

—Tenéis que verlo vosotros.

Clara respiró hondo y entró en la habitación.

El día anterior no había sido un día cualquiera.

El día anterior había recordado a su hermana, a la que había visto por última vez exactamente veinte años atrás.

El día anterior había recibido por primera vez correo de un asesino.

El día anterior había visto por primera vez un asesinato grabado en un CD.

Pero lo que vio aquel día rebasó sus peores pronósticos.

Clara conocía el olor de la muerte, pero lo que halló en la habitación poco tenía que ver con él. Solo un penetrante olor a cuero viejo y algo podrido.

Y un ligero olor cítrico a insectos.

Entonces vio los escarabajos.

Correteaban por toda la habitación, en el suelo y sobre la cama, sobre el armario, la mesilla, la silla, la lámpara del techo.

Y sobre el cadáver que yacía en la cama.

Por la fisonomía, Clara supuso que se trataba de una mujer de entre veinte y treinta años. La piel de la cara estaba enteramente seca y se alisaba como un fino pergamino sobre los huesos de los pómulos. Los menguados labios dejaban al descubierto los dientes, lo que producía el efecto de una macabra sonrisa. Solo el cabello rubio recordaba a la persona que Clara había visto en el vídeo.

Los globos oculares, reducidos a dos grumos de albúmina, miraban desde las cuencas casi vacías de los ojos hacia el techo. La parte superior del cuerpo había sido abierta desde el cuello a la tripa, el final de las costillas irrumpía desde la caja torácica abierta como los tablones del casco de un barco hundido. Una neblinosa capa de moho algodonoso y blanquecino le cubría todo el cuerpo.

Clara contempló muda aquella mórbida y atroz transformación junto a Marc, Philipp y Winterfeld, que también se habían quedado sin habla a la vista del cadáver. Winterfeld incluso se olvidó de mesarse el cabello.

—Esperaba lo peor, pero esto... me sobrepasa completamente —dijo—. ¿Qué opina?

Clara no era médico forense, pero era evidente que el cuerpo había sido momificado de algún modo. Sin aproximarse demasiado al cadáver, examinó el interior de las cavidades torácica y abdominal abiertas y vio la columna vertebral y la parte posterior de las costillas, pero ningún órgano: ni pulmones, ni corazón, ni estómago.

—Es evidente que el asesino ha extraído las vísceras —dijo—. Y posiblemente también le ha extraído la sangre.

Miró a Winterfeld, Marc y Philipp.

—Eso explica también por qué no huele a muerte. Las momias se secan y no huelen.

—Y los muertos que se secan tampoco llaman la atención de nadie —dijo una voz en el umbral de la puerta que le resultaba familiar. Era Martin Friedrich, alias MacDeath, en su otoñal abrigo gris. Bajo su chaleco azul lucía hoy una corbata azul cielo. Parecía llevar ya un rato observando el cadáver desde el umbral de la puerta junto a la policía que lo había acompañado y que ahora contemplaba la escena boquiabierta—. Menos aún en una ciudad en la que cada cinco minutos entra y sale

gente de los edificios y nadie se pregunta cuánto tiempo hace que no ve al vecino. — MacDeath se aproximó a la cama.

Clara examinaba detenidamente la parte derecha de la cara del cadáver, donde los escarabajos se habían comido parte del pómulo, dejando al descubierto las muelas.

«Tiene razón —pensó Clara—. Nadie la había echado de menos. Porque no había olor a muerte. No había olor a sangre. No había olor a maldad». La ausencia de olores, sin embargo, no hacía la situación más llevadera. Al contrario: era aún peor.

—¿Quiere decir que el asesino tiene un interés especial en que no se encuentre rápidamente el cuerpo? —preguntó Clara.

Friedrich asintió.

—Creo que a cualquier asesino le interesa que el cadáver no se encuentre rápidamente. Por eso el asesinato perfecto es un asesinato sin cadáver.

—Es el asesino el que suele ocultar o deshacerse del cadáver —dijo Clara.

—Lo que supone un problema; para el asesino, quiero decir. O bien oculta el cadáver en un lugar en el que pueden encontrarlo, en un río, por ejemplo, en un contenedor de basuras, un bosque, un oscuro sendero...

—O lo oculta en su casa, como Gacy —añadió Clara.

—Gacy y muchos otros —dijo Friedrich—. Ninguna de las dos opciones está exenta de complicaciones. En el primer caso, los cadáveres acaban siendo encontrados, antes o después. Cuando se ocultan en escondites privados ocurre algo similar. Siempre hay un vecino que ha visto cómo alguien metió en su casa o jardín algo muy pesado en una bolsa de plástico negra o algo parecido. O que alguien entró con él en la casa pero nunca salió de ella.

Clara se apartó a un lado para que los chicos de huellas pudieran tomar fotografías del cadáver.

—Los lugares públicos son visitados, los privados con menos frecuencia —dijo Friedrich—. ¿Echaría usted abajo la puerta de la casa de una buena amiga a la que no ve desde hace tiempo?

Clara negó con la cabeza.

—Pero ¿qué mueve a ese loco a asesinar a la chica y a dejar después que el cadáver se seque en su casa? —preguntó Winterfeld—. ¿Dinero? ¿Violación? ¿Venganza? ¿Todo a la vez?

—Eso quisiera saber yo —dijo Friedrich—. Y es lo que tenemos que averiguar. —Se acercó a la cama y observó los escarabajos—. ¿Es normal que aparezcan tantos escarabajos por un cadáver? Sobre todo me pregunto de dónde habrán salido. — MacDeath se dio la vuelta—. La ventana está cerrada, y aquí... —Señaló con un dedo el suelo de la habitación—. Esto seguro que es de él.

También Clara reparó entonces en los pequeños depósitos de agua distribuidos a lo largo de la pared en los que flotaban varias docenas de escarabajos muertos. En algunos lugares, el autor del crimen había movido los muebles hacia un lado para colocar los depósitos.

—¿Son para los escarabajos?

La mirada de Friedrich siguió el objetivo de la cámara de los chicos de huellas, que fotografiaban los pequeños depósitos de agua.

—Supongo que sí. Habrá querido evitar que los escarabajos treparan por las paredes, salieran por la ventana y...

Clara terminó la frase:

—¿Y llamaran la atención de los vecinos? —Se volvió a Winterfeld—. Entonces, ¿ha sido él el que ha traído aquí los escarabajos?

Winterfeld asintió.

—Eso parece. A menudo los cadáveres están infestados de insectos, larvas de mosca y escarabajo, pero esto... supera ampliamente lo normal.

—¿Aceleración biológica de la momificación por obra de los escarabajos? —preguntó Clara.

Winterfeld asintió.

—Los antiguos egipcios hacían algo parecido. Voy a preguntar ahora mismo a los biólogos del Instituto Forense qué clase de escarabajos son estos.

Abrió su móvil y marcó un número. Mientras hablaba por teléfono, Clara miró otra vez el cuerpo de arriba abajo. Entonces lo vio, y volvió a sentir la conmoción de asco y sorpresa que la asaltaba como una emboscada cada vez que descubría algo inesperado: el asesino había abierto cuatro agujeros en el cráneo de la muchacha de los que también salían escarabajos.

—Maldito bastardo —dijo, y señaló el macabro descubrimiento que acababa de hacer. La policía que había acompañado a MacDeath al piso y seguía en la puerta se dio la vuelta—. Le ha dejado el cerebro al descubierto.

Incluso Friedrich, que hasta entonces no había alterado el gesto, tragó saliva.

—Quería tenerlo todo momificado —dijo. Y, tras hacer una pausa, añadió—: Un asesino de la peor calaña. Ayer el CD, hoy esto... Y no sabemos qué más nos tiene preparado. Debemos estar alerta. —Miró a Winterfeld y a Clara—. También por nuestra seguridad.

«También por nuestra seguridad». Sus palabras se repitieron como un eco en la mente de Clara. «Ayer el CD, hoy esto». Y el sobre con el CD había llegado a su nombre. «¿Qué quería aquel tipo? ¿Mostrarle todo lo que era capaz de hacer?».

Clara caminó despacio y pensativa alrededor de la cama mientras el resto del equipo de huellas esperaba en la puerta y los escarabajos correteaban a sus pies. Había cientos de ellos. Oyó al fondo las señales sonoras que emitían las teclas del móvil de Winterfeld, que marcaba un número y hablaba por teléfono.

—Winterfeld. Estamos en la escena del crimen del CD. Ayer por la noche. Jasmin Peters, sí, en efecto. Sí... asesinato. La víctima ha sido momificada con ayuda de alguna especie de escarabajo. Tenéis un experto en bichos en el instituto, ¿verdad?... Entomólogo, o como se diga. Avisadle, pasamos después por allí. Gracias.

«Un asesino de la peor calaña», Clara repitió mentalmente las palabras de

Friedrich. En el dormitorio todo parecía ocurrir a cámara lenta: Friedrich anotando algo en un cuaderno pasado de moda y desgastado por el uso; los agentes de la policía científica, que examinaban la escena con luz ultravioleta, inspeccionando la habitación con láser, daban golpecitos con pinceles de grafito en la puerta y los muebles y tomaban más fotografías; Winterfeld cerrando el móvil tras terminar la conversación.

Clara miró por la ventana y vio que paulatinamente avanzaba otra mañana lluviosa y grisácea de otoño. Dejó vagar la mirada por el dormitorio. Un armario junto a la cama. Una sudadera con capucha sobre una silla. Un libro de Thomas Harris y otro de autoayuda en la mesilla de noche. Polvo en el armario y las estanterías; por lo demás, el aspecto de la habitación invitaba a pensar que el día anterior la chica aún estaba con vida.

«Un asesino de la peor calaña».

Se volvió hacia la cama y el rostro de la chica atrapó de nuevo su atención, como si un maligno imán la atrajera una y otra vez hacia aquella terrorífica escena, hacia el rostro que había sido hermoso y ahora miraba sin ojos hacia el techo. Solo el cabello era como debía ser en el momento de su muerte. Como en el CD. Rubio con mechones platino.

«Le ha dejado el cerebro al descubierto».

Clara arrancó casi violentamente su atención del momificado rostro y volvió a inspeccionar el dormitorio. «La primera impresión es determinante». Porque a menudo una primera y desprejuiciada ojeada descubría cosas que exámenes posteriores y detallados pasaban por alto. Contempló las paredes. Un póster de Monet, una planta en el alféizar de la ventana, el pequeño secreter en la pared en la que estaba la puerta.

Sobre el secreter había un ordenador portátil. Y en la pared, encima del secreter, un calendario. Uno de esos calendarios del que se arrancan las hojas.

Y de nuevo un golpe en el estómago.

La fecha que señalaba el calendario era el 10 de marzo.

CLARA IBA SENTADA en la parte de atrás del Mercedes negro, Winterfeld al volante. MacDeath había tomado asiento a su lado, en el del copiloto. Clara había sacado un cuaderno de notas y garabateaba gráficos y diagramas en una hoja.

—¿Creéis que el cadáver lleva ahí desde el diez de marzo?

—Es posible —dijo Winterfeld mientras rodeaba la Hermannsplatz. Dos yonquis borrachos estuvieron a punto de echarse encima del coche—. Más valdría que nuestro asesino se hiciera cargo de *estos* —despotricó Winterfeld tras frenar bruscamente. Se volvió hacia Clara—. A primera vista, no parece inverosímil que sean incluso más de seis meses. ¿Qué opina usted? —preguntó Winterfeld a MacDeath. Este asintió—. Los chicos de los guantes de goma averiguarán los detalles —continuó Winterfeld, y limpió con una mano el parabrisas empañado—. Algunos escarabajos ya están de camino a Moabit. Y el cadáver llegará poco después, cuando los de huellas acaben con él. —Graduó la calefacción del coche mientras esperaba que el semáforo se pusiera verde.

Los «chicos de los guantes de goma» eran los médicos forenses de Moabit, que llevarían a cabo la autopsia del cadáver de Jasmin Peters. Después se sabría con certeza si de verdad se trataba de Jasmin Peters, aunque la probabilidad de que así fuera era muy alta. De ser otra persona, significaría que un cadáver desconocido había estado más de seis meses en la vivienda de Jasmin sin que esta lo hubiera sabido.

«Improbable hasta el punto de ser imposible», pensó Clara.

La policía científica se había llevado el ordenador portátil que se encontraba sobre el secreter. En comisaría piratearían primero la contraseña, harían una copia del disco duro y examinarían imágenes, correos, cartas y archivos, averiguarían con qué personas había estado en contacto Jasmin los últimos días de su vida, si utilizaba las redes sociales... Todo lo que pudiera darles alguna pista sobre la identidad del asesino, sobre si lo conocía o había irrumpido en su vida tan repentinamente como lo había hecho el CD en la vida de Clara.

—No estoy muy seguro de que se trate también de una violación —dijo Friedrich—. Y me temo que el estado del cuerpo no va a permitir averiguarlo. —Se volvió hacia Winterfeld—. ¿Qué opina usted?

—No soy médico forense —respondió Winterfeld—, pero, tratándose de un asesino que actúa de un modo tan brutal, no puede descartarse nada.

—O quizás sí —dijo Friedrich volviendo la cabeza hacia Clara—. Mi impresión es que para él el punto culminante de su crimen fue la escenificación del asesinato en la película. No me parece muy compatible con la violación, donde la culminación es otra. Y con el mensaje «Jasmin Peters trece» ha ayudado a la policía a encontrar el

cadáver, como si quisiera que fuéramos al piso tan pronto como fuera posible. ¿Qué opina usted, Clara?

—Lo ha formulado usted perfectamente —respondió Clara, que volvió a odiarlo por haber pronunciado la cristalina y desagradable verdad—. Me envió el CD *a mí*. Quizás le interesa descubrir cómo pienso... cómo reacciono a esto.

—¿Y cómo reacciona?

Clara esbozó una sonrisa irónica.

—Algunas mujeres reciben bombones y flores por Interflora. Los admiradores desconocidos de la señora Vidalis le envían CD embadurnados de lápiz de labios en los que se ven asesinatos. —Cerró su cuaderno de notas—. Y como nosotros los policías somos palmariamente un poco lerdos, el solícito asesino nos presta una ayudita indicándonos el nombre y la dirección de la víctima. No, en serio, mi reacción es de miedo, francamente. Y el hecho de que le hiciera decir a Jasmin que no es la primera ni la última revela que se trata de un asesino en serie. No va a detenerse tan rápidamente. Si ya ha matado a otras mujeres, ¿filmó los asesinatos? Y en caso afirmativo, ¿a quién ha enviado el material? Y si solo me ha enviado a mí una película —la de esta muerte—, ¿qué ha hecho con las otras mujeres? ¿Grabó también esas muertes? ¿Y para qué? ¿Para ponerse cachondo?

Friedrich asintió.

—Es improbable que el asesinato en serie de mujeres no tenga una motivación sexual. Quizás las violó antes de matarlas, o tal vez post mórtem. —Se dirigió a Clara—. Pero también es posible que no lo hiciera. Creo que para él lo importante era enseñarle a usted el asesinato. Matar a la víctima, con o sin violación, me parece algo así como una violación: la violación de usted. —Lanzó una penetrante mirada a Clara—. Estoy seguro de que ayer se pasó la tarde tratando de imaginarse cuál sería su reacción al ver el CD.

A Clara no le gustaba nada aquella idea. Y que sonara verosímil, aún menos.

—Pero ¿por qué?

—Según parece, él ve algún tipo de vínculo entre ellas y usted —respondió Friedrich—. Quizás lo descubra meditando sobre su vida. Piense en si existe algún acontecimiento de su pasado (personas, sucesos) que permita establecer una relación. Yo también reflexionaré sobre esta idea.

Clara contempló por la ventana del coche grisáceos hilos de lluvia impactando sobre los sucios charcos de la Mehringdamm mientras Winterfeld conducía hacia la central de la LKA.

«Algún acontecimiento de mi pasado», pensó. Y descubrió que todo aquel horror, el visionado nocturno del CD, el cadáver momificado, los escarabajos y los sobresaltos habían constituido un oportuno motivo para desplazar la sensación de amenaza con la que seguía sin poder confrontarse abiertamente. El asesino la había

señalado a ella, a Clara, como destinataria del CD.
«¿Por qué?».

CLARA CONTEMPLÓ A LA JOVEN que yacía en la camilla metálica de autopsias del departamento forense de Moabit: un rostro antes hermoso y ahora coriáceo, un cuerpo despedazado, antes bello y esbelto, unos ojos antes llenos de vida y ahora convertidos en una masa de gelatina. Más del setenta por ciento del cuerpo humano se compone de líquido, por eso las momias suelen pesar entre veinte y treinta kilos.

Demasiado joven para estar tendida en aquella camilla: veintiséis años, según los datos del empadronamiento. Tendría sueños, esperanzas, deseos, planes. Y todo había terminado el aciago y sangriento día en el que un monstruo se había colado en su piso con una cámara y un cuchillo.

—Todos terminamos peor de lo que comenzamos.

Era el doctor Von Weinstein, vicedirector del Instituto de Medicina Forense. Con su tez bronceada, su engominado pelo negro con mechones grises peinado hacia atrás y sus gafas metálicas de diseño se apartaba considerablemente del aspecto que, a juicio de Clara, definía el prototipo de un médico forense.

La autopsia aún no había terminado. Winterfeld se hallaba a la cabecera de la camilla, donde se encontraba la cabeza de la momia. El asistente había abierto completamente el pecho y el abdomen del cadáver. Otro médico se disponía a seccionar el cráneo de Jasmin con una sierra vibratoria para extraerle el cerebro. Clara conocía la ley, parágrafo ochenta y nueve, Ordenanza Procesal Penal: «La autopsia incluirá en cualquier caso, y siempre que el estado del cuerpo lo permita, la apertura de las cavidades craneal, torácica y abdominal».

Y allí estaba otra vez, en la sala de autopsias de Moabit, más intenso que nunca: el olor de la muerte. El maligno hedor dulzón que, una vez percibido, jamás se olvida.

—Daños típicos de quien es pasto de los insectos —dijo Von Weinstein, e iluminó con una pequeña linterna la cavidad abdominal del cadáver, donde seguían bullendo los malditos escarabajos—. Y, como ve, ha desaparecido toda la sangre de las arterias.

Clara siguió con la vista el haz de luz que salía de la linterna. Aún quedaban restos del intestino y el estómago, donde también correteaban los insectos, cuyos mordiscos habían convertido las resacas vísceras del cadáver en una grotesca gruta de estalactitas.

—Esto es extraordinariamente infrecuente —prosiguió Von Weinstein, y tamborileó con su escalpelo en el pecho de la víctima como un director de orquesta. A Clara siempre le había molestado aquella costumbre, que le parecía inmisericorde. Comprendía, empero, que para Von Weinstein era una forma de distanciarse de los horrores que veía a diario—. Muchas personas han sido olvidadas por todos y están tan solas —continuó Von Weinstein—, nadie se preocupa por ellas y pasan meses, a

veces incluso años, hasta que alguien las encuentra muertas en su domicilio. —Tuvo que elevar la voz, porque el asistente ya había comenzado a serrar la cabeza de la mujer. Antes había seccionado el cuero cabelludo y vuelto la piel de la cabeza sobre el rostro del cadáver para dejar el cráneo al descubierto. Una vez abierta la cavidad craneal, extrajo los restos del cerebro, que cabían en la palma de una mano, los depositó en una bandeja y colocó esta última en una balanza de precisión. Apenas quinientos gramos.

—Gracias —dijo Von Weinstein a su ayudante—, enseguida comenzamos con él. —Miró a Winterfeld y a Clara, que contemplaban estremecidos el desmigajado algo que en su día había dirigido la vida y los pensamientos de Jasmin Peters—. Por regla general —prosiguió Von Weinstein—, la causa es la exclusión social extrema, personas que a consecuencia del divorcio o la pérdida de seres queridos se desmoronan, se hacen adictas a las drogas o a los medicamentos y vegetan en sus casas sin perspectiva alguna de contacto social. —Guardó silencio y pasó las hojas del informe de la policía científica.

Winterfeld miró su reloj. Clara sabía que Von Weinstein tendía a entretenerlos con información accesoriosa antes de ir al grano. Pero Winterfeld se conducía frecuentemente de la misma manera; quizás por eso a él le irritaba el vicio de Von Weinstein aún más que a Clara.

—Querido colega, vaya al grano —dijo Winterfeld—. Este es un caso de asesinato, ¿no? Al menos eso parece a juzgar por el vídeo.

—En efecto, es un asesinato —dijo Von Weinstein, y movió afirmativamente la cabeza—. Este corte —añadió señalando el cuello de la víctima con el escalpelo— y el contenido del vídeo encajan por completo. Ahora bien, es extraordinariamente infrecuente —Von Weinstein rodeó la mesa— que un asesino recurra al proceso de la momificación para evitar el olor a descomposición que suele desembocar en el hallazgo de los cadáveres. —Von Weinstein arrugó la nariz para ilustrar sus palabras—. Los cadáveres huelen. Las momias, no.

—La última hoja del calendario que había en la casa indicaba el diez de marzo —dijo Clara—. ¿Es posible que el asesinato se cometiera ese día?

—Sí, es posible —dijo Von Weinstein—. Los escarabajos habrían tenido tiempo para eliminar toda la humedad del cuerpo. El asesino —señaló los sesos resecaos que seguían sobre la balanza de precisión— incluso ha perforado el cráneo de la víctima para que los escarabajos también pudieran deshidratar el cerebro.

—Comprendo adónde quiere llegar —dijo Clara—. Normalmente este proceso afecta a personas solas y enfermas cuya muerte nadie descubre porque sus cuerpos se secan por causas naturales: porque están cerca de radiadores, por ejemplo, y el cuerpo pierde toda la humedad por obra de los insectos, de modo que el cadáver no huele.

—Así es, en efecto —dijo Von Weinstein, y miró a Winterfeld—. El año pasado..., el caso de un anciano alcohólico, ¿lo recuerda usted?

Winterfeld asintió.

—La ventana que daba a su habitación —prosiguió Winterfeld— estuvo abierta durante meses, en pleno invierno, pero nadie notó nada. Incluso la radio pasó semanas encendida, hasta que la compañía le cortó la luz por falta de pago. El alquiler, en cambio, se pagaba puntualmente, porque estaba domiciliado en la cuenta bancaria donde recibía la pensión, con lo que el casero no se imaginó nada.

—El sueño de cualquier casero —dijo Winterfeld—. Un inquilino que no da problemas y nunca se retrasa en el pago.

Clara lo miró con aire de reproche.

—Y era también un amante de los animales —dijo Von Weinstein queriendo añadir otro chiste de mal gusto al de Winterfeld.

«Así son los hombres —pensó Clara—. Las mujeres se consuelan llorando junto a su mejor amiga; los hombres intentan contrarrestar el horror con chistes tontos».

—Palomas y otros pájaros entraron por la ventana abierta de la casa —continuó Von Weinstein—. El suelo estaba completamente cubierto de excrementos de ave. ¿Se acuerda?

Winterfeld asintió.

—Como para olvidarlo. No fue una escena agradable, precisamente.

Von Weinstein asintió aparentemente satisfecho con el malestar de Winterfeld.

—El cadáver de Manfred Timm estaba hundido en un mar de excrementos, suciedad e inmundicia, los pájaros se lo habían comido. Estaba medio desnudo. Las chapas de cerveza sobre las que estaba tendido se le habían metido en la carne y parecían sellos. Era casi una obra de Damien Hirst. —Frunció los labios—. ¿Lo recuerda?

—Sí, por desgracia. ¿Adónde quiere usted llegar? —preguntó Winterfeld.

—La muerte violenta rara vez antecede a un proceso de momificación —repuso Von Weinstein—. Alguien es alcohólico, está enfermo, solo. Y muere sin que intervenga violencia externa. Si los animales domésticos se lo comen y las marcas de las mordeduras se asemejan a cortaduras de cuchillo, tenemos que demostrar que no fue asesinato. —Volvió a tamborilear con el escalpelo en el pecho de la víctima—. Pero esta mujer, Jasmin Peters, era evidentemente muy guapa. Tenía amigos, fotografías de distintos destinos vacacionales, la conocían en el barrio, se movía en un ambiente. Es asesinada. Y alguien —el asesino, muy probablemente— quiere ocultar que yace muerta en su piso.

—En efecto —dijo Winterfeld—. El autor se ha tomado muchas molestias para que el asesinato no fuera descubierto. Desangró a la víctima, la destripó, echó los escarabajos sobre ella y le taladró el cráneo para que los insectos pudieran acceder a su cerebro y eliminar cualquier líquido, así el cadáver se secaría y no despediría olores sospechosos.

—Exacto. —Von Weinstein asintió.

Clara se estremeció y pensó en el informe previo de los colegas de la policía científica que habían estado en el piso inmediatamente después de que se marcharan

los investigadores. Muchos asesinos preparaban con tiempo sus crímenes, pero este había planificado con todo detalle no solamente el asesinato, sino también todo lo que venía *después*. Había sellado con masilla la puerta y la ventana y colocado en todas las paredes depósitos de agua para que los escarabajos no treparan por ellas o hallaran alguna otra vía de acceso a las casas vecinas.

—Ya sé adónde quiere llegar —dijo Clara asustada por el pensamiento que acababa de cruzar su mente—. El asesino no podía confiar en que el cadáver permaneciera en la vivienda sin emitir olores. Tuvo que pasarse de vez en cuando por la casa para comprobar que las cosas iban bien.

—Así es —dijo Von Weinstein—. Es evidente que retiraba los escarabajos muertos y rellenaba los depósitos de agua.

—Quizás sea una comparación forzada... —dijo Clara—, pero cuando uno quiere venderle algo a alguien, se prepara la entrevista, vende el producto y después hace un seguimiento del cliente para comprobar su satisfacción a largo plazo. Lo que aquí quiere el asesino es que nadie eche en falta a Jasmin Peters...

Winterfeld completó la frase:

—... y se ocupa de que su ausencia no llame la atención a largo plazo.

Por un momento, todos permanecieron callados. Luego Clara dijo:

—Normalmente, los asesinos en serie planean el asesinato hasta en sus últimos detalles, matan a la víctima, ocultan el cadáver y buscan a la siguiente. —Miró alternativamente a Von Weinstein, Winterfeld y el asistente, que permanecía junto a la balanza—. Nuestro asesino ha hecho mucho más. Se ha ocupado no solo de la preparación del crimen y del crimen mismo, sino de todo lo que ocurriría después. Los asesinos habituales suelen ser como vendedores que se olvidan del cliente tras realizar la venta. Selección de la víctima, planificación del asesinato, asesinato, ocultación del cadáver. Si son asesinos en serie, siguen matando hasta que los capturan. *Nuestro* asesino no se olvida de sus clientes, las víctimas, tras el asesinato. —Inclinó la cabeza para terminar—: Añade un servicio posventa a la cadena de abastecimiento del asesinato.

Clara bebió agradecida el café solo de la taza con el logotipo de Hertha BSC Berlín. Von Weinstein lo había preparado personalmente en la cocina del Instituto Forense. Winterfeld acababa de hablar por teléfono con la comisaría. En los últimos seis meses, nadie había denunciado la desaparición de Jasmin Peters, lo que resultaba muy extraño atendiendo al gran círculo de amigos que tenía.

«El asesino tiene que haber hecho algo más que momificar el cadáver de la víctima», pensó Clara. Y esto la reforzó en su convicción de que se enfrentaban a un asesino especialmente calculador, paciente y astuto. Que casi hubiera informado a la policía del lugar en el que se hallaba el cuerpo evidenciaba o bien que era rematadamente tonto, o bien que podía permitirse ese lujo. Clara se temía lo último.

¿Cuáles habían sido las palabras de MacDeath? «Un asesino de la peor calaña».

Se encontraban en un cuarto separado de la sala de autopsias por un gran ventanal que permitía contemplar la evolución de la autopsia. Los restos mortales de Jasmin Peters descansaban en la mesa central de las cinco mesas de la sala de autopsias de Moabit. Uno de los ayudantes acababa de extraerle algo del abdomen y lo introducía en una bolsa de plástico.

Clara le dio otro trago al café y disfrutó agradecida de su intenso aroma, que se mezclaba con el dulzón olor a muerte en su nariz. Por un lado se sentía completamente despejada, por el otro no podía negar que la noche anterior había dormido solo tres horas. Y los cuatro *whiskies* que había bebido le habían dejado como secuela una sensación plomiza en la cabeza.

—Vamos a tener que seguir trabajando durante un rato con el cadáver —dijo Von Weinstein—. Todavía no hemos asegurado la identificación.

Para ello los forenses tenían que averiguar el diagrama dental, un proceso que Clara se alegraba de no haber presenciado. Dado que cada persona tiene una dentadura diferente, es relativamente sencillo comprobar la identidad de alguien por sus dientes si se cuenta con radiografías o diagramas dentales. Para ello se seccionan los músculos de la mandíbula, se abre la articulación y se retira la mandíbula inferior. Para separar la superior es necesario serrar los huesos y los dientes de los pómulos. Clara lo había visto una vez, y con ello había tenido suficiente.

La mandíbula superior e inferior pasan después al departamento de odontología para ser contrastadas con los documentos o placas radiográficas de que se dispone.

—Y aún no tenemos ni idea de cuál es el móvil. —Von Weinstein señaló la sala de autopsias con un gesto de cabeza—. En semejante estado de descomposición no va a ser fácil constatar si ha sido o no violada. En general, va a ser difícil averiguar qué abusos sexuales o malos tratos sufrió antes de morir. —El médico apuró su taza de café.

—¿Cuánto tiempo más va a necesitar? —preguntó Winterfeld, y se mesó el cabello con la mano izquierda mientras se llevaba la taza a la boca con la derecha.

—A mediodía habremos terminado casi con toda seguridad. —De vuelta hacia la sala de operaciones lanzó una rápida mirada a Clara—: La llamo por teléfono en cuanto hayamos acabado; el informe estará listo poco después. Tal vez vaya yo mismo a la comisaría para entregárselo.

—Quedamos así entonces, muchas gracias —dijo Clara.

Sonó su teléfono. Un número de la LKA.

—Clara Vidalis.

—Clara, soy Hermann —dijo la voz al otro lado de la línea—. Estoy con los técnicos de la IT. Estamos examinando a fondo el ordenador de Jasmin Peters.

—¿Qué habéis averiguado?

—A juzgar por su cuenta de Facebook, Jasmin Peters sigue vivita y coleando.

Una descarga de adrenalina corrió por las venas de Clara, lo cual la despejó

mucho más de lo que lo había hecho la cafeína.

—¿Cómo? —preguntó alarmada.

Winterfeld y MacDeath la miraron intrigados.

—Se ha comunicado ininterrumpidamente con sus amigos desde marzo —dijo Hermann.

Clara apartó un poco el móvil de su oreja y se volvió atónita hacia la sala de autopsias, en cuyo centro vio el malparado cuerpo de la joven que presuntamente había chateado hacía poco con sus amigos por Internet.

—Pero ¿qué estás diciendo?

—Su último *post* —le anunció Hermann— data de ayer.

—Vamos para allá ahora mismo. —Clara finalizó la conversación—. Se lo explico en el coche —les dijo a Winterfeld y a MacDeath mientras agarraba precipitadamente su abrigo y su cartera y enfilaba la puerta de salida—. Tenemos que ir inmediatamente a la comisaría.

HERMANN ESTABA SENTADO en el departamento de la policía científica junto a dos técnicos ante una mesa grande y alargada repleta de destornilladores, placas, CD y DVD apresuradamente rotulados, lectores externos, discos duros, revistas de informática, *pendrives* y cables de todos los colores. Clara siempre se había preguntado cómo podían trabajar en medio de semejante caos, pero hasta entonces el rendimiento de la IT había sido intachable, con lo que o bien el caos formaba parte de su trabajo, o bien era necesario un alto grado de desenfado para desenvolverse en aquel mundo estéril de lógica pura, un mundo compuesto de ceros y unos. En el centro de la gran mesa estaba el ordenador portátil de Jasmin, un Apple MacBook Pro plateado. El departamento forense ya había constatado que la sangre del sobre procedía inequívocamente de Jasmin Peters, incluso había encontrado partículas del ADN de la joven en el lápiz de labios con el que el asesino había rotulado el CD. Este, en cambio, no contenía nada más que el archivo de vídeo; ni *rootkit* ocultos, ni troyanos, ni virus. No obstante, el hecho de que Jasmin Peters, que estaba definitivamente muerta, hubiera escrito un *post* hacía solo unas horas restaba importancia a todo lo demás.

—¿Dice que el último *post* es de ayer? —volvió a preguntar Clara. Todavía le costaba creerlo, pese a ser consciente de que no podía ser la propia Jasmin Peters la que había enviado los mensajes.

Hermann, que masticaba ositos de gominola, asintió y tendió a Clara la bolsa de golosinas, pero Clara no estaba de humor para chucherías.

—«Jasmin Peters está en Shanghái» —leyó Hermann mascullando.

El nombre del usuario aparecía en negrita, como siempre en Facebook. Después venía lo que el usuario quería contar sobre sí mismo. Continuó leyendo:

—«Hoy en la Pearl Oriental Tower. Las vistas, ¡alucinantes!».

Clara escuchaba con atención y leía simultáneamente el texto. En el muro de Facebook de Jasmin aparecían fotografías de la línea del horizonte de Shanghái. Hermann siguió leyendo:

—«... luego me enteré de que también se puede visitar el club de la planta noventa y dos del Shanghái Financial Center. Está mucho más alto y es gratis, y dicen que no hay que hacer cola».

Hermann miró a Clara y después leyó la última frase: «Pero, en fin, a toro pasado todos somos muy listos». Doce comentarios. A veinte personas les gustaba aquello.

Clara se levantó, se mordió los labios y reflexionó.

—Qué astuto es el cabrón —despotricó—. Envía a Jasmin virtualmente a China para que nadie la eche de menos en Berlín. —Miró la pantalla—. ¿Cuánto tiempo lleva en Shanghái?

—Por lo que parece, en febrero estaba en Berlín y acababa de terminar sus estudios —respondió Hermann—. Eso es lo que dice su cuenta de correo en Google, que también hemos pirateado.

—¿Qué estudiaba?

—Ciencias de la cultura y empresariales en la Humboldt —dijo Hermann, que cogió otro puñado de ositos de la bolsa.

—¿Y luego?

—Luego comunicó a sus amigos y a sus padres que iba a dar una vuelta al mundo *last minute*. —Volvió a mirar a Clara—. El once de marzo. Después hay mensajes de la India, Tailandia, Japón, Corea del Sur y China. La siguiente parada: Australia.

Clara miró al frente llena de inquietud y pesadumbre.

—¿De verdad tenía previsto dar la vuelta al mundo o ese es el plan del asesino?

Hermann se rascó su pelada cabeza.

—El fin de semana correspondiente a los días nueve y diez visitó a sus padres en Hannover, pero no les contó nada sobre un posible viaje alrededor del mundo.

Hermann continuó clicando y navegando por las páginas tras meterse en la boca otro puñado de ositos. Clara siempre se preguntaba cómo lo conseguía. No estaba precisamente esquelético, pero tampoco engordaba tanto como cabría esperar a juzgar por la ingente cantidad de comida basura que consumía.

—Aquí está —dijo—. El viernes, nueve de marzo, a las cuatro. Otro *post* en Facebook, probablemente suyo. «Jasmin Peters coge ahora el tren para pasar un fin de semana tranquilo en Hannover». —Se desplazó despacio por la pantalla—. A cinco personas les gusta esto —dijo—. Uno quería tomar un café con ella en la estación. Una amiga pregunta si el miércoles de la semana que viene estará en el Clärchens Ballhaus y, en fin, más de lo mismo.

—¿Es posible entonces que el asesino se enterara por este *post* de que Jasmin no estaría en casa el fin de semana? —preguntó Clara.

—Puede ser. En ese caso tuvo tiempo para prepararlo todo. —Hermann masticó otro puñado de gominolas—. Antes había idiotas que se paseaban por el aeropuerto con grandes etiquetas en las maletas con su nombre completo y dirección, de modo que los delincuentes potenciales sabían no solo quiénes dejaban la casa sola por algún tiempo, sino que también podían leer en un descuido dónde estaba la casa exactamente. —Masticó con devoción sus gominolas y continuó—: Hoy en día, los idiotas hacen lo mismo a través de Facebook, sin pensar en la posibilidad de que criminales potenciales puedan leerlo. Para los criminales es una verdadera fiesta. De ahí que los seguros del hogar revisen estas entradas en los robos por allanamiento de morada.

—Claro, si las compañías de seguros dan con una excusa para no pagar, eso que se ahorran —dijo Clara—. Entonces, ¿sus padres viven en Hannover?

Hermann asintió.

—Alfred e Irmgard Peters. Viven en un pueblo de mala muerte llamado Springe,

entre Hannover y Hameln.

—¿Ya han sido informados? —preguntó Clara.

—Los colegas de allí se harán cargo del asunto, pero no antes de que hayan identificado inequívocamente el cadáver. —Hermann siguió clicando por las páginas de Internet—. Los padres se comunicaban con su hija por correo electrónico. Aquí, por ejemplo. Es un correo que escribieron a Jasmin el jueves por la noche, siete de marzo.

Hermann volvió a ampliar la ventana del correo de Google. Clara leyó por encima el contenido del mensaje.

Querida Jasmin:

Acuérdate de que tenemos entradas para el concierto del sábado por la noche. El tío Wolfgang y su familia van a venir. Ya sé que te sacan de quicio sus conferencias legales, pero la familia es la familia. Como luego vas a quedar de todas formas con tus amigas para salir, ya te desfogas con ellas. Y no temas, no es la «dodecafomierda» de la última vez, como tú lo llamas, sino piezas de Beethoven, Bach y Schubert en el teatro.

¡Tenemos muchísimas ganas de verte!

Tu mami,

P. D.: Papá te envía un gran beso, está con Nikki en el veterinario.

—¿Les respondió ella?

—Sí —dijo Hermann—. Nada especial. Mira.

Querida mamá, querido papá:

Vale. Os propongo un trato. Yo os acompaño al concierto, pero luego me voy a bailar. Y de verdad que lo siento, pero el domingo por la noche tengo que estar de vuelta en Berlín. No os preocupéis, que tendremos tiempo para contárnoslo todo.

Hasta el viernes. Llego a las 17:30. ¿Me recogéis?

Besitos,

Jasmin

«¿Me recogéis?».

Aquellas palabras resonaron en la mente de Clara y los escalofríos recorrieron todo su cuerpo como si le hubieran inyectado agua helada en las venas.

Hoy: «¿Me recogéis?».

Entonces: «¿Me recoges?».

Entonces la cara de su hermana Claudia en la puerta, marchándose al conservatorio. «¿Me recoges?». Pero ella, Clara, no había ido a recogerla. Ella había

puesto a Claudia en manos de su asesino. *Él* la había recogido, para dejarla luego como un pedazo de carne ensangrentado, violado, en una bolsa de plástico negra en un claro del bosque.

«¿Me recogéis?».

Seguro que los padres de Jasmin habían ido a recogerla, con un Passat Combi o un coche similar, y la habían llevado desde la estación de Hannover a Springe. En casa la cena estaría preparada en la cocina y seguro que todos pasaron una velada tranquila y agradable al amor del fuego de la chimenea, en la casa de campo familiar. Al día siguiente, de compras a Hannover, por la tarde concierto y después a disfrutar del sábado por la noche con las amigas. El domingo se habría levantado tarde, comido, disfrutado del día, quizás dio un largo paseo junto a su familia y el perro.

Luego de vuelta a Berlín.

El 10 de marzo.

El número 13 de la Sonnenallee.

Cuarto piso.

—¿Ha colgado algún *post* desde ayer, esto es, desde China y la Tower? —preguntó Clara.

Hermann negó con la cabeza.

«Era de esperar —pensó Clara—. Ahora que hasta la policía sabe que está muerta, no tiene sentido llevar adelante la farsa».

—¿Podemos averiguar desde qué ordenador han sido escritas esas entradas?

Hermann asintió.

—Podemos averiguarlo a través de la dirección IP que normalmente está asociada a *cada post*. A no ser que el usuario sea lo suficientemente listo como para desactivar esa función. Pero hacerlo no es tan sencillo. —Bostezó—. Las direcciones IP quedan almacenadas en Internet o en el servidor y podemos contrastarlas a través de la compañía de teléfono con las de un posible usuario. Ya hemos enviado la solicitud.

—¿Y qué pasa si ha utilizado un cibercafé?

—Mala suerte —dijo Hermann—. A no ser que el local tenga una cámara. En ese caso, podemos comprobar quién estaba utilizando el ordenador en el momento en que escribieron los *post* y, con un poco de suerte, su cara aparecería en el banco de datos de la BKA.

«La aldea global», pensó Clara. Internet era por una parte un cosmos infinito. Por otra, sin embargo, los accesos y códigos adecuados permitían rastrearlo y encontrarlo casi todo. Y, sin embargo, estaba convencida de que el asesino no iba a ponérselo tan fácil.

«Hay que esperar», se dijo a sí misma, y volvió a pensar en el correo de Jasmin.

—¿Sabemos por qué tenía que estar la noche del domingo, o sea, el día diez de marzo, en Berlín?

Hermann negó con la cabeza.

—Todavía no. Estamos intentando averiguar a través de Gross-Referencing qué

otras páginas utilizaba, además de Facebook.

—¿Por ejemplo? —preguntó Clara.

—Páginas de cualquier clase. —Hermann alzó en la mano uno de los CD que había sobre la sobrecargada mesa, y miró un momento la brillante superficie—. Otras redes sociales, portales profesionales...

A Clara le vino de repente una idea a la mente.

—¿Y páginas de contactos? ¿Búsqueda de pareja *online*?

Hermann asintió, se rascó la cabeza y volvió a depositar el CD en la mesa.

—Pero ¿cree que le hacía falta? —preguntó—. Es evidente que no tenía pareja, pero con su aspecto podía conseguir a quien quisiera.

—Eso es lo que pensáis vosotros —dijo Clara—. A las chicas guapas a menudo les cuesta encontrar a la persona adecuada, porque los tipos que las consideran interesantes no se atreven a hablar con ellas. Y los que sí se atreven son unos macarras.

—Ah, ¿sí? —preguntó Hermann.

Clara sonrió y afirmó con la cabeza.

—¿Y por eso tienen que acudir a foros de contactos? —preguntó Hermann. Esa mirada experta en la psicología femenina parecía interesarle.

—Es una de las posibles razones. —Clara se sentó sobre el tablero de la mesa y miró por la ventana, donde la luz mate del sol del mediodía brilló unos instantes por entre las nubes grises—. Otra es que en ellos las ven muchas personas, muchas más que en el mundo real.

—¿Exhibicionismo digital? —preguntó Hermann.

—Otra clase de *ego-shooter* —dijo Clara—. Los chicos juegan a juegos de ordenador: *Halo*, *Medal of Honor* y toda esa basura; las mujeres guapas consiguen sus quince minutos de gloria o algo más en esos portales. Reciben múltiples mensajes de admiradores que luego pueden tirar a la papelera tranquilamente. El poder de una chica guapa potenciado por Internet. A no ser —Clara se irguió— que des con la persona equivocada.

—¿Con el loco que tiene debilidad por las *snuff movies* y los escarabajos devorahombres? —Hermann revolvió los ositos de goma en la bolsa sin coger ninguno.

Clara asintió.

—Tenemos que seguir esa pista. Las plataformas habituales. Y las exóticas.

Hermann hizo un gesto con la cabeza a los técnicos.

—Bien —dijo—. Vamos a revisar todo esto. En unas dos horas volvemos a hablar. Entonces ya deberíamos tener algo, ¿no es así? —Miró a los informáticos y arqueó las cejas.

Los hombres asintieron.

Hermann dirigió a Clara una mirada cándida; ahí estaba de nuevo el oso de peluche. Luego desplazó la mirada por el monitor. De repente se le desorbitaron los

ojos y golpeó tan enérgicamente la página de Facebook con el dedo que parecía querer romper la pantalla.

—Hostias. ¡Mirad esto!

Clara leyó un nuevo *post*. Tenía un segundo de antigüedad.

Esta vez no fue solo un desagradable sabor ácido lo que ascendió por su esófago. Esta vez tuvo que inspirar muy profundamente para no vomitar cuando leyó las palabras que habían aparecido en el muro de la cuenta de Facebook de Jasmin:

«Jasmin Peters está muerta».

CLARA ESTABA SENTADA en su despacho mientras los rigores del otoño hacían temblar los cristales de las ventanas con agresiva insistencia.

El asesino se había conectado a la red a la vez que ellos; había publicado desde la cuenta de Jasmin la cruel verdad, la verdad definitiva.

«Jasmin Peters está muerta».

En el departamento de informática trabajaban a contrarreloj para averiguar la dirección IP desde la que se había enviado el mensaje y proporcionar a la investigación un punto de apoyo.

«En un mundo en el que la comunicación se ha tornado digital, estar vivo significa estar vivo digitalmente —pensó Clara—. Aunque estés muerto en el mundo real».

Habían leído todos los mensajes del muro de Jasmin. El hombre que había gestionado la comunicación de la joven tras el asesinato había conseguido evitar todo contacto telefónico. «¿Había sido difícil? —reflexionó Clara—. No tan difícil como podía parecer». Es normal renunciar a carísimas llamadas desde un móvil europeo si uno está en China. Tampoco se dispone de tiempo suficiente para comprar un teléfono chino de prepago y familiarizarse con el uso del aparato, por lo que se recurre a Skype. Pero Skype puede no funcionar, porque en el hotel no hay WLAN, porque la conexión es demasiado lenta, porque aquello no es Europa y el estándar tecnológico es menor, etc.

Clara reflexionó sobre los mensajes que los padres de Jasmin habían enviado a la cuenta de Skype de su hija:

«Qué rabia que no podamos hablar. Tenemos muchas ganas de volver a escuchar tu voz. Estás bien, ¿verdad?».

La respuesta de Jasmin: «Sí, estoy perfectamente. Intenté llamaros ayer, pero he oído que aquí el Gobierno bloquea Skype, además de Google. Estoy bien, de verdad. A finales de octubre, como muy tarde, volvemos a vernos».

Antes la gente enviaba postales de sus destinos vacacionales. Suplantar a alguien comportaba al menos falsificar su letra. En el mundo digital, sin embargo, no es necesario falsificar. Y en lo tocante al estilo, no resulta difícil imitarlo, sobre todo si se tiene acceso a los correos que el suplantado ha escrito y guardado en su administrador de correo. Todo era igual, aunque se considerara único. Si un correo electrónico procedía de la cuenta de correo de Jasmin Peters o de su cuenta de Facebook, *era* de Jasmin Peters.

¿Sí?

No.

Clara se había quitado los zapatos y adoptado la posición de loto en el sillón de su

escritorio. Esa postura la ayudaba a pensar. Había abierto su cuaderno de notas y pergeñaba un diagrama en una página en blanco.

«Jasmin Peters 13», había escrito.

¿Qué significaba ese 13? ¿Era solo el número del portal? ¿Sonnenallee número 13? ¿O estaba relacionado de algún otro modo con la víctima?

Clara recordó las palabras de la joven: «No soy la primera. Y tampoco soy la última».

Suponiendo que se tratara de un asesino en serie, ¿hacía referencia al número de víctimas?

¿Era Jasmin la decimotercera víctima?

¿Había asesinado ya a otras doce mujeres, cuyos cuerpos momificados yacían en algún lugar?

En ese caso, ¿por qué había esperado hasta entonces para salir a la luz? ¿Tenía que ver con la misteriosa conexión entre ella, Clara, y el asesino que MacDeath no dejaba de insinuar? ¿O se debía a que, casualmente, el número de la víctima y el del edificio coincidían? ¿Podía ser esa la razón por la que el asesino había elegido ese crimen para darse a conocer?

Clara meditó sobre el metro que emergía del subsuelo en la Schönhauser Allee y avanzaba un corto trayecto por la superficie, a la luz del día. Con los horrores de todo tipo ocurría algo similar. Estaban permanentemente ahí, con independencia de si uno podía verlos. El tren circula también cuando *nadie* lo ve. Asesinatos que nunca salen a la luz, personas que desaparecen, cadáveres que nadie descubre; gritos que desgarran la noche pero nadie oye. Sucesos que no emergen a la superficie, inadvertidos, ignorados. Y un día, inesperadamente, el horror sale a la luz y oscurece el sol con su abismal maldad, para hundirse de nuevo en el tenebroso submundo del que ha salido.

«Cuando el vagón del metro emerge del mundo subterráneo es posible verlo, estudiarlo, pero solo por un breve lapso de tiempo —pensó Clara—. Uno tiene que aprovechar esa ventana en el tiempo antes de que desaparezca y se torne invisible».

Garabateó un esquema en su cuaderno de notas. Una muchacha llamada Jasmin, detrás un hombre de negro. Frente a Jasmin el ordenador, y delante el mundo exterior.

«¿Qué necesitan las personas para no tener que preocuparse por otras?».

Respuesta: «Que nada perturbe nuestra plácida despreocupación».

Dibujó dos recuadros.

En el primero escribió: «Momificación. No hay olores».

«¿Qué más?».

«La certeza de que el otro sigue ahí, porque paga el alquiler, envía correos electrónicos, participa en foros, contesta a los mensajes que recibe».

En el segundo: «Señales de vida».

«Señales de vida, aunque esté muerto».

Este era el último elemento en la cadena de abastecimiento del asesinato. El

servicio *after sales*, como lo llaman en el ámbito comercial. Encargarse de que el cliente esté satisfecho, de que no tenga nada que reclamar ni quiera cambiar el producto.

Clara enmarcó ambos recuadros, «momificación» y «señales de vida», en uno mayor con el título: «*After kill*».

¿Y qué había «*before kill*»?

Habían comparado la toma del vídeo con los nuevos datos. Jasmin estaba sentada en una silla frente al secreter de su dormitorio, delante del ordenador portátil. La *webcam* y el programa de vídeo de su Mac habían grabado la ejecución; el asesino sostenía a sus espaldas un cuchillo en la mano.

Todo había ocurrido en el piso de Jasmin.

¿Por qué no había gritado?

«La esperanza —pensó Clara. Tal vez el asesino la había amenazado con algo más espantoso si gritaba—. La esperanza nos hace creer hasta el final que todavía es posible que las cosas acaben bien. ¿Qué habría conseguido gritando? El asesino podía matarla en cuestión de segundos. Incluso aunque después lo hubiera detenido la policía, ella ya estaría muerta. Por lo tanto, mejor cooperar. Quizás así no suceda nada. Quizás se trate de un tipo perverso que quiere rodar su asquerosa película y luego desaparecer».

Clara recordó la escena grabada. La esperanza se había esfumado de los ojos de Jasmin al sentir el frío acero en su garganta, en el momento en que supo que tras la grabación solo la esperaba la muerte.

Hermann había encontrado un archivo de Word en el ordenador. En él estaban las palabras que Jasmin había pronunciado, el discurso fúnebre para su entierro. Un teleprónter como el que utilizan los locutores. El teleprónter de la muerte.

«Soy Jasmin».

«Ya estoy muerta. Pero el caos continuará».

«No soy la primera. Tampoco soy la última».

El departamento de huellas había encontrado restos de sangre en la alfombra que había a los pies del secreter. A Rh positivo. El ADN del cadáver y el de la sangre eran idénticos. La había asesinado allí, no había duda.

«¿Y después?».

El asesino había desangrado y destripado el cadáver. Quizás había utilizado bidones para llevarse la sangre y algún otro tipo de contenedor para las vísceras. Y luego probablemente lo había quemado todo.

Un pensamiento sobresaltó a Clara.

«¿O se lo había comido?».

Ahuyentó aquella espeluznante idea. Era necesario concentrarse en lo importante.

«¿Cómo había accedido el asesino al piso de Jasmin?».

«¿Llamando a la puerta?».

Un nuevo recuadro bajo el rótulo «*Before kill*».

«Asalto».

El asesino había entrado de algún modo en el piso y luego o bien había atacado a Jasmin por sorpresa, o bien ella confiaba en él.

¿Era él la persona con la que Jasmin se había citado? ¿Se había despertado Jasmin amordazada a la silla tras haber sido golpeada y narcotizada?

«Escucha, vamos a grabar un pequeño vídeo. Si gritas, estás muerta. Si colaboras, vivirás».

Los forenses habían encontrado restos de cloroformo, diminutas partículas en el reseco tejido que en su día había sido la mucosa de la joven.

Otro pensamiento cruzó la mente de Clara.

El archivo de Word con el texto de la ejecución era del día 10 de marzo y había sido guardado a las cinco y cuarto.

Pero Jasmin no había llegado a Berlín hasta las seis y cuarto.

¿Había preparado el asesino el crimen con tiempo?

¿En casa de Jasmin?

Jasmin había publicado que se marchaba a Hannover.

«Jasmin Peters coge ahora el tren para pasar un fin de semana tranquilo en Hannover».

¿Es realmente difícil conseguir la llave de un piso que no nos pertenece?

No para quien de verdad se lo propone.

Si el asesino vio el mensaje de Jasmin sabía que no regresaría hasta el domingo por la tarde.

Un inquietante pensamiento asaltó a Clara.

«No fue a su casa. La esperó en su casa».

¿Acaso no buscamos en Google el nombre de personas que nos parecen interesantes? Si uno comienza a seguir sus mensajes en Facebook, ¿no nos enfada que hablen y se escriban con este o aquel y que nunca tengan tiempo para nosotros? Erotomanía. La inclinación no correspondida hacia una persona que en algún momento comienza a adoptar rasgos patológicos.

Conocemos la dirección de alguien, buscamos la vivienda en Google Maps, quizás la casa de los padres, que viven en otro lugar, estudiamos los detalles en Google Street View y esperamos que nada esté pixelado.

Los acosadores van más lejos. Se cuelan en la casa del objeto de su deseo, curiosean en su salón, acechan desde el balcón, y cuando la mujer o el hombre idolatrados entran en el salón ellos los observan. Algunos se cuelan en el piso cuando sus ídolos no están, se tumban en su cama y se masturban antes de abandonar la casa, como si no hubiera ocurrido nada.

«¿Fue lo que hizo él? ¿Primero Facebook, luego Google Maps, después la cuenta de correo de Jasmin, hasta que lo supo todo acerca de ella, hasta *tener que* verla en persona porque era el único paso que faltaba por dar?».

Quizás había entrado en el piso de Jasmin a primera hora de la tarde y curioseado

por las habitaciones. Las fotos de las vacaciones del salón, las botellas de vino de la cocina, el póster de Nueva York, el chaleco salvavidas de British Airways. Tal vez había abierto el armario, sacado sus vestidos de noche, mirado sus zapatos y su ropa interior.

Luego se había sentado en silencio en un rincón de su dormitorio y acechado hasta oír pasos en la escalera. Los depósitos de agua, los cubos, los recipientes en los que llevaba los escarabajos, todo estaba ya colocado en el suelo del dormitorio. Y la dueña de la habitación, que subía alegre por la escalera, no podía imaginarse ni por un segundo los artefactos que iba a encontrarse en su dormitorio. No tenía la menor idea de que alguien la esperaba sentado en la silla del secreter, o acechaba tras la puerta de su dormitorio, como un depredador, hambriento, alerta, paciente.

Otro recuadro bajo el rótulo «asalto»: «Espera».

Oye el sonido de la cerradura, oye el tintineo metálico de la llave al ser depositada en el cajetín del pasillo. «¿A qué habitación irá?». Va al salón, pone música. Ahora el asesino apenas oye sus pasos, sofocados por la música. «¿Cuándo entrará en el dormitorio?». Quizás vaya antes a la cocina para prepararse un té, o al cuarto de baño.

Acecha tras la puerta del dormitorio, con una esponja empapada en cloroformo en la mano, espera, sin respirar, en completo silencio, como si estuviera muerto.

Ahora se acercan los pasos.

Viene con el bolso al hombro, atraviesa el umbral de la puerta, arroja el bolso encima de la cama.

Titubea al ver el ordenador. Está encendido, la luz de la pantalla ilumina el secreter. «¿No lo había dejado apagado? Y, en todo caso, tendría que estar en hibernación...».

No tiene tiempo para nada más.

Se sobresalta al sentir sus manos. Aprietan la esponja con cloroformo sobre su cara. Se desploma en el suelo.

«Ahora está como desea tenerla».

«Coge la cinta aislante».

«Y las esposas».

«Coloca el ordenador. Y la cámara...».

Clara sintió los latidos de su corazón. Gotas de sudor brillaban en su frente. Lo había visto todo en su mente, tan real como si, en efecto, hubiera sucedido así.

«La esperó en su casa —pensó—. No puede haber sido de otra manera. Estaba en el piso cuando llegó. Ese domingo entraron dos personas en la casa. Pero solo una la abandonó».

La puerta del despacho se abrió y Clara, hasta entonces absorta en sus pensamientos, dio un respingo. Winterfeld asomó su nariz de águila por la puerta.

—Venga a mi despacho, por favor. El doctor Von Weinstein acaba de llegar —dijo. Llevaba en la mano una caja de puritos y probablemente acababa de «fumarse

uno hacia fuera»—. Ha traído el informe del entomólogo, hay algo nuevo sobre los escarabajos. Y la IT también ha averiguado algo. —Winterfeld entrecerró los ojos—. ¡Estamos acercándonos!

EL SOL HABÍA COMENZADO A BAJAR. Las primeras sombras del atardecer extendían sus dedos hacia el grisáceo cielo encapotado.

Hermann, MacDeath y Von Weinstein estaban en torno a la gran mesa de conferencias del despacho de Winterfeld. Cuando este y Clara cruzaron la puerta, ya habían tomado asiento.

Winterfeld se acomodó en la silla situada al final de la mesa, frente al informe que Von Weinstein acababa de traer del Instituto Forense.

Von Weinstein, ahora con chaqueta y camisa, sin bata blanca, mascarilla y delantal de plástico, y por lo tanto apenas reconocible, ya había comenzado a presentar los últimos resultados de la investigación, y mientras los demás lo escuchaban atentamente, Clara tomó asiento y abrió su cuaderno intentando no hacer ruido. Hermann manipulaba el ordenador portátil de Von Weinstein para conectarlo al proyector que también estaba sobre la mesa.

—... hemos contactado con dos dentistas. El dentista de Jasmin Peters en Berlín y el que la atendía en Springe. La descripción de su dentadura coincide, dos empastes en los cincos, cuadrante superior izquierdo y derecho. En 2004 se le practicó la extracción de todas las muelas del juicio, y también le extrajeron los cuatros en los años noventa en el marco de un tratamiento de ortodoncia. —Von Weinstein asintió para reforzar sus afirmaciones—. El cadáver, pues, ha sido inequívocamente identificado. Estamos contrastando el ADN de la momia y el de las partículas de piel halladas en la ropa y demás, pero solo con el objeto de seguir el protocolo.

Hermann anotó algo en su cuaderno.

—¿Estamos completamente seguros?

Von Weinstein asintió otra vez.

—Completamente.

Hermann se volvió hacia Winterfeld.

—Avisaré a los colegas de Hannover para que informen a los padres. — Winterfeld asintió, y Clara se alegró de que los agentes de Hannover se ocuparan de eso. Dar a la gente semejantes noticias era a menudo más duro que perseguir al peor de los asesinos. Había que hacerlo con firmeza y determinación, y casi sin compasión. Algunos encajaban la noticia con serenidad y no decían nada en absoluto. Otros perdían los nervios, destrozaban su casa y era necesario ponerlos fuera de combate mediante la administración de un calmante.

«Lamentamos comunicarle que su hija ha sido asesinada». No mostrar ninguna emoción. No alentar ninguna esperanza. El agente permanece en la casa el menor tiempo posible y se marcha. Los psicólogos que lo acompañan se encargan del resto. Una conversación de cinco minutos que destruye el mundo de una persona para

siempre.

—No nos es posible determinar con exactitud el momento de la muerte —prosiguió Von Weinstein mientras Winterfeld abría la carpeta y hojeaba las distintas partes del informe—. Pero, a tenor del grado de momificación, no es improbable que tuviera lugar en marzo de este año.

Clara miró y hojeó una de las copias que Winterfeld repartía desde su asiento mientras escuchaba a Von Weinstein. En una de las fotografías se veían la mandíbula superior y la inferior, que habían extirpado al cadáver. Otra mostraba el rostro momificado sin mandíbulas. En el lugar que antes ocupaban los labios y la barbilla se abría un enorme vacío, que en aquel rostro grotesco, reseco y sin ojos parecía un grito interminable.

—¿Algo más? —preguntó Winterfeld.

—Desde luego —dijo Von Weinstein—. La sospecha de un delito sexual se ha corroborado. Hemos hallado restos de esperma en la vagina del cadáver.

«Delito sexual —pensó Clara—. Dios mío. ¿La violó y grabó después la película? ¿O primero la mató y luego...?».

La voz de Winterfeld interrumpió sus pensamientos.

—¿Coincide con el resultado de los análisis de la policía científica, Hermann?

Este apartó el ordenador portátil y el cable del proyector y se aclaró la garganta antes de hablar:

—Primero, las buenas noticias. La policía científica ha encontrado ADN masculino en el piso. También en el cadáver. Ambos coinciden.

—¿Coinciden también con el ADN del esperma?

—Así es —dijo asintiendo con la cabeza.

—Bingo —afirmó Winterfeld—. Eso significa que tenemos el ADN del elemento que estuvo en el piso de Jasmin, que la violó y muy probablemente la mató. —Miró a los presentes—. ¿Aparecen los datos de ese tipo en algún registro? ¿Tiene antecedentes? ¿O tenemos que tomar muestras de saliva a todo Berlín?

—Espero que no —dijo Hermann—. Los análisis están en marcha. Primero tenemos que ver si en los hospitales hay pruebas de sangre, tejido o algo similar con los que contrastar el ADN. Pero yo no esperaría demasiado de esta vía. ¿Qué opina usted? —Hermann se volvió hacia Von Weinstein.

—Si la extracción de sangre ha tenido lugar recientemente y el ADN aparece en algún banco de datos, puede que tengamos suerte. Pero tiene razón, por regla general solo está registrado el ADN de los criminales con antecedentes. La BKA está elaborando un banco de datos de códigos genéticos semejante al registro CODIS del FBI. El objetivo es reunir datos de todos los ciudadanos alemanes. —Von Weinstein limpiaba los cristales de sus gafas mientras hablaba—. Almacenan *peu à peu* códigos y datos personales de todos los habitantes, no solo de los que tienen antecedentes penales. Pero es un proyecto reciente, está en marcha desde hace unos meses...

—Eso significa que si el asesino ha recibido recientemente tratamiento médico en

un hospital grande... —deslizó Clara para abreviar la exposición.

—... es posible que podamos asociar el ADN que hemos encontrado con los datos de alguien —completó Weinstein la frase—. En caso contrario, no va a ser sencillo.

—Big Brother os saluda. Pero a nosotros nos viene de perlas —dijo Winterfeld—. Y ahora pasemos a los escarabajos. —Volvió a dar la palabra al doctor Von Weinstein con un gesto de la mano.

—Uno de nuestros entomólogos es especialista en procesos de putrefacción y en los daños que la acción de los insectos producen en los cadáveres —dijo Von Weinstein, e hizo una señal a Hermann, que conectó el cable que salía del ordenador en el proyector. En la pared de enfrente apareció la imagen de un escarabajo igual a los que correteaban a cientos por la habitación de Jasmin: cabeza pequeña, caparazón ovalado, dos antenas, seis patas, todo de color negro mate.

—*Blaps mortisaga* —dijo Von Weinstein con el informe del entomólogo entre las manos—. O escarabajo de cementerio, según su nombre común. En la Antigüedad lo consideraban un mal presagio, el anuncio de alguna desgracia.

«Entonces, lo peor está por llegar», pensó Clara.

—Estos escarabajos miden entre veinte y treinta milímetros y se cuentan entre los hemerófilos, esto es, animales que viven casi exclusivamente en asentamientos humanos. Suelen encontrarse en lugares oscuros y húmedos, como graneros y sótanos. Desarrollan su actividad por la noche. De día se ocultan en rincones apartados de la luz.

—¿De qué se alimentan?

—Los *Blaps mortisaga* son omnívoros —respondió Von Weinstein—. Es decir, comen toda clase de organismos, tanto vegetales como animales, vivos o muertos.

—¿Es por lo tanto el animal indicado para eliminar los líquidos de un cadáver? —preguntó Winterfeld.

—En efecto, uno de los más indicados. —Von Weinstein asintió.

—¿Pueden volar? —preguntó Clara.

—Unos sí, otros no. Los de nuestro caso no vuelan.

Clara asintió. «Habría sido contraproducente», pensó.

—¿Algo más que debemos saber?

Von Weinstein negó con la cabeza.

—De momento, esto es lo que tenemos.

—Gracias —dijo Winterfeld, y volvió a reunir en una pila los papeles del expediente—. Clara, Hermann, habréis examinado el ordenador de Jasmin de arriba abajo. ¿Qué habéis encontrado?

—El asesino suplantó a Jasmin y gestionó toda su comunicación —dijo Clara—. Publicó mensajes con su nombre en las plataformas sociales, sobre todo en Facebook, desde los lugares más variopintos para que sus amigos de Berlín y sus padres creyeran que Jasmin seguía viva.

—Un tipo astuto —dijo Winterfeld. Volvió a hojear el informe—. Dice aquí que publicó el mensaje justo cuando vosotros estabais revisando el ordenador de Jasmin... Una especie de cínica constatación de los hechos. «Jasmin Peters está muerta». —Se pasó una mano por el cabello—. ¿Pensáis que sabía que vosotros estabais *online*?

Hermann asintió.

—Podría ser. La IT sigue trabajando para obtener más datos, pero todo apunta a que instaló un *rootkit* en el ordenador de Jasmin, un programa que le avisa de inmediato si alguien se conecta al ordenador. Y solo podíamos ser nosotros.

—El cazador y la presa —dijo Winterfeld dirigiéndose a Hermann—. ¿Habéis averiguado desde qué ordenador se publicó el último *post*?

—Todas las publicaciones que hizo en nombre de Jasmin, por decirlo así, procedían de otro ordenador, no del que encontramos en el piso. Es evidente que el ordenador ha estado todo este tiempo en el dormitorio de la chica.

—¿Han encontrado huellas? —preguntó Winterfeld.

Hermann clicó en el ordenador para cerrar la presentación de los escarabajos y pasar a una nueva.

—Nos llevará tiempo rastrear la procedencia de las publicaciones antiguas. Han pasado ya varios meses —dijo—. Pero hemos localizado la dirección IP del anuncio de su necrológica, por llamarlo de algún modo. Por desgracia, no resulta de mucha ayuda. —Tecléo en el ordenador desde el que dirigía la presentación y en la pared apareció un mapa de Berlín. Una dirección cercana a la Kottbusser Tor estaba marcada en rojo.

—Se trata de un café con acceso inalámbrico a Internet en la Skalitzer Strasse, a medio kilómetro aproximadamente en línea recta desde el lugar del crimen. Ya hemos enviado una patrulla allí —dijo Hermann—. Ya sabéis cómo funcionan esos cafés, cualquiera puede llegar allí con su ordenador, sentarse a tomar algo y conectarse a la red. En este local incluso sin clave.

Apenas quedaban ya establecimientos en los que la conexión a Internet no requiriera una clave, pero seguían existiendo. La mayoría de los que ofertaban conexión inalámbrica gratuita habían cambiado al modo de acceso protegido por clave de red después de que algún pedófilo utilizara un par de veces llamativamente su línea para descargar anónimamente pornografía infantil desde un coche aparcado en las inmediaciones del local. No podía identificarse al pedófilo, pero los dueños del café o del hotel recibían la desagradable visita de hombres armados con placas de policía y poco sentido del humor.

Winterfeld manoseó notablemente malhumorado su cajetilla de puritos. Hermann prosiguió:

—O bien el asesino estaba en el café cuando publicó el anuncio de la muerte de Jasmin, o bien aparcó el coche en la puerta, se conectó a la red y se marchó.

—¿De qué nos sirve, pues, esa información? —dijo Winterfeld con aire

desabrido.

—Lo que nos ayudaría sería poder asociar la dirección IP con una conexión privada registrada —intervino Clara—. Solo sabemos que alguien utilizó esta tarde la red inalámbrica de ese café. Es como buscar una aguja en un pajar.

—¿No cabe la posibilidad de averiguar nada más?

Clara volvió a tomar la palabra.

—Lo único que podemos hacer es pedir a todos los cafés de Berlín los protocolos IP de sus redes inalámbricas para seguir la pista del asesino por la ciudad. Y esta posibilidad depende de que siempre utilice el mismo ordenador y de que esté conectado. —Clara miró a Hermann—. ¿Tengo razón?

—En efecto, así es. —Hermann miró a los presentes—. Si utiliza otro ordenador, lo que no es improbable, o se desconecta, los datos anteriores no nos sirven de nada.

Winterfeld no se daba por vencido.

—¿Y si ponemos en marcha una acción de búsqueda?

—Comprendo que no quiera perder esta pista. —La obstinación de Winterfeld arrancó una sonrisa a Clara, que en nada se correspondía con su estado de ánimo general. A veces había una rebeldía de niño pequeño en el celo policial de Winterfeld—. Pero ¿qué instrucciones de búsqueda daríamos? «Buscamos a una persona de la que suponemos que es un varón que ayer por la tarde, sobre las seis, se encontraba en el café Backfrisch, en la Skalitzer Strasse. No sabemos qué aspecto tiene, pero es posible que lleve un ordenador y que ayer se conectara a la red desde el coche, o sentado en el váter del café. Si encuentran cualquier pista, diríjense...». —Clara negó con la cabeza—. Por esa vía *no* averiguaríamos nada y nos pondríamos en ridículo.

Las comisuras de los labios de Winterfeld se hundieron aún más.

—Se trata entonces de una pista...

—... que no podemos seguir. —Hermann se encogió de hombros.

Winterfeld frunció los labios y se pasó lentamente una mano por la cabeza.

—O sea, el asesino anda suelto por ahí, se conecta cuando le da la gana a la red, ¿y nosotros no podemos hacer nada? —Clara y Hermann se encogieron de hombros. Winterfeld abrió y cerró su cajetilla de puritos. Finalmente exhaló un profundo suspiro—. En fin... Tenemos su ADN, al menos.

—Estamos haciendo un listado de todos los contactos que aparecen en el ordenador de Jasmin —dijo Hermann—. Hemos encontrado su perfil en diversos portales de citas y queremos localizar a las personas con las que se comunicó hasta marzo. Ya hemos solicitado datos a los proveedores.

Winterfeld se levantó y acompañó a Von Weinstein a la puerta.

—Bien —dijo—. Concentrémonos en el paso siguiente: o bien conseguimos identificarlo a través de su ADN, o bien estrechamos el cerco a través de los contactos de Jasmin en Internet. Lo de hacer pruebas de ADN a todo Berlín queda como plan B. Lo ideal sería atrapar al asesino utilizando sus armas: Internet. —Se metió un purito entre los labios y apretó un puño mientras abría la puerta—. Y luego

search and destroy. —Guiñó un ojo a Clara—. Me voy a fumar.

ALBERT TORINO ECHABA UNA CABEZADA cuando el timbre de su BlackBerry lo arrancó del sueño. Estaba sentado en su despacho de la Friedrichstrasse y tardó unos segundos en incorporarse al mundo.

Había pasado una noche de infierno. Jochen y él habían elaborado a toda prisa una presentación con las «*letters of intent*», las declaraciones de intenciones de las emisoras. Torino había tomado estimulantes porque la noche anterior no había pegado ojo en el avión y el *jet lag* todavía le pasaba factura. La mayor cadena privada estaba dispuesta a emitirlo todo si Xenotube lo respaldaba. Pegasus Capital aportaría otros tres millones para la macrocampaña publicitaria cuando *Shebay* apareciera en la *landing page* de Xenotube. Y dos discográficas de tamaño medio habían acordado *joint ventures* para producir discos con las candidatas favoritas. Integrated Entertainments se reservaba el derecho a filmar y posiblemente comercializar como película porno la noche que el ganador de la puja y *miss Shebay* pasaran juntos, sobre todo porque ni Xenotube ni los canales privados querían pillarse los dedos y ensuciar su imagen con películas X. Pero les bastaba con insinuarlo y participar indirectamente en el negocio para llenar la caja.

Tom Myers y sus abogados habían detectado que su presentación estaba cogida con alfileres, lo cual nada tenía de extraño tratándose de algo que uno hace muerto de cansancio, a las tres y media de la madrugada, cuando no se puede llamar a nadie por teléfono para pedir consejo. A pesar de ello, Myers había dado el visto bueno a una posible declaración de intenciones sin concretar enteramente. Sus condiciones incluían una participación del veinticinco por ciento en todos los beneficios que Integrated Entertainments obtuviera en los próximos dos años con *miss Shebay*, lo cual incluía el posible material pornográfico que grabara y su revalorización en Internet; naturalmente, sin por su parte emitir ninguno de esos contenidos. Xenotube quería evitar a toda costa que en su mano quedaran restos de la mierda que iba a arrojar, solo quería el dinero que la mierda iba a producir. Un trato muy ventajoso para ellos, opinaba Torino. En fin, quien tiene el dinero reparte el bacalao, y quien tiene a los espectadores, lo reparte aún más. Diez millones de espectadores eran diez millones de espectadores.

Torino se aclaró la garganta y aceptó la llamada, que según el prefijo procedía de alguna población a las afueras de Berlín. «Podría ser Postdam —pensó—. Quizás sea Jochen el Cerdo».

—Torino al habla.

—¡Albert! —Hasta Jochen, por lo demás un hombre imperturbable, parecía entusiasmado—. Adivina quién me acaba de llamar.

—Los Reyes Magos —gruñó Torino, al que no le gustaba que los demás se

hicieran de rogar.

—Casi has acertado —repuso Jochen, manifiestamente decidido a seguir ocultando su secreto—. Trae muchos regalos, eso seguro. —Hizo una pequeña pausa que Torino aprovechó para bajar los pies, que se le habían quedado dormidos, de la mesa—. ¿Tienes pensado hacer algo mañana? —preguntó Jochen, en lugar de revelar por fin el motivo de la llamada.

—Sí. —Torino se masajeaba los pies, a los que la vida regresaba poco a poco produciéndole la característica sensación de hormigueo—. Voy a ir a partirle la cara a unos cuantos. Sobre todo a uno que no va al grano.

—*Okay*, abrevio. —Jochen había comprendido que tenía que ir de una vez al meollo del asunto—. El viernes vas a tener que romperle de verdad la cara a alguien. Pero no a puñetazos, sino con palabras. Me refiero a la zorra de *Shebay*. —Torino se irguió y escuchó a Jochen derecho como una vela—. El director de la cadena privada acaba de llamarme. Ha visto nuestro material. A las ocho y media de la tarde tienen un *slot* libre. El presentador de *Deportes sin Fronteras* se ha puesto de repente enfermo. No tienen sustituto. Y además dos famosos acaban de anunciarles que no asistirán al programa.

Torino sujetó el auricular del teléfono con el hombro, abrió el administrador de correo en su ordenador y comenzó a elaborar mentalmente una lista de los pasos que había que dar antes del viernes. «Pero ¡el viernes es mañana! —pensó—. Joder, mañana mismo».

—¿Me estás diciendo que nos ofrecen un *slot* para *Shebay*?

—Así es. —Torino casi podía ver a través del teléfono la expresión de autocomplacencia que reflejaban los saltones ojos verdes de Jochen.

—Si la cosa funciona —continuó Jochen—, nos prometen un espacio duradero y nuestra propia campaña de *marketing* con la emisora.

—En Pegasus Capital van a dar saltos mortales de alegría —dijo Torino. Todo sonaba tan bien... Casi demasiado bien. Porque cuando algo sonaba demasiado bien para ser real, solía no serlo—. Y ahora entre nosotros. —Torino introdujo una breve pausa—. ¿Dónde está el truco?

Dos segundos de silencio, antes de que Jochen respondiera:

—Bueno, quieren que Xenotube también emita el viernes. Así llegan a los dos grupos de espectadores: a los *coach-potatos* que llevan veinte años tumbados delante del televisor y a los yonquis de Internet. —Torino agitó la pierna, por la que ya circulaba la sangre, y se rascó la cabeza. Conocía Xenotech. Querrían pájaro en mano o nada de nada. Y lo mismo le ocurría a él—. O sea, emitir el viernes, a todo trapo —resumió Jochen—. Pero la emisión también en Xenotube, y comercialización conjunta en la web con la televisión privada. Si conseguimos todo esto inmediatamente, nos asignan un espacio permanente. En caso contrario, lo emitirán solo de prueba. Tienes que explicarle esto detalladamente a Myers. Y si lo conseguimos, ¡seremos los reyes del mambo!

—Y también tendríamos que movilizar a todas las chicas para el viernes —dijo Torino—. Todavía no saben que mañana tienen que volver a cuadrarse.

—Déjame eso a mí —dijo Jochen—. Llamo a las chicas ahora mismo y les digo que reserven todo el viernes para nosotros si quieren hacer carrera. Y si no, que se busquen un trabajo de cajera en el supermercado.

—Muy bien dicho —dijo Torino—. A Andira la llamo yo, es la estrella de la noche. Y luego a Tom Myers.

—A cada uno, lo suyo —dijo Jochen.

Torino colgó el teléfono. La adrenalina corría por sus venas y sentía que le estallaba la cabeza de pensar en todo lo que tenía que hacer.

CLARA Y HERMANN estaban de nuevo sentados delante del ordenador plateado de Jasmin. Hermann navegaba por diversas interfaces de usuario en una computadora de la IT colocada a su lado. Abrió una página de color lila en la que se veían fotografías de hombres y mujeres atractivos.

—Esto es Dategate —dijo Hermann—. Una red social destinada a conocer gente y concertar encuentros sexuales. Con estos ya hemos hablado antes. Nos van a enviar todas las direcciones IP relevantes de los últimos ocho meses.

—¿Tanto tiempo guardan los datos? —Clara arqueó las cejas.

—La ley los obliga a conservarlos durante al menos seis meses, pero suelen guardarlos durante más tiempo, porque luego venden los datos —dijo Hermann—. De entrada lo han negado. Pero les hemos preguntado si querían que les hiciéramos una visita con las sirenas de los coches aullando, y ha funcionado al instante. —Metió una mano en la bolsa de ositos de gominola que estaba en la mesa sobre un caos de destornilladores, placas, CD y cables—. ¿Quieres gominolas? —preguntó.

—Por qué no, no va a empeorar las cosas —dijo Clara, y cogió tres ositos de la bolsa.

Hermann abrió una ventana en el portal de contactos en la que se veía la foto de una chica joven y guapa. El nombre que rotulaba la imagen era Lady J., pero la mujer que aparecía en la pantalla era claramente Jasmin Peters, con su rubia melena al viento y un pequeño top en alguna costa.

—Es ella —dijo Hermann, mientras Clara leía los datos consignados en aficiones, intereses personales y orientación sexual que en las páginas de contactos siempre aparecen asociados a los perfiles.

Aficiones: lectura, deportes, ballet, viajar, yoga, montar (y no solo a los caballos) ;-)

«El típico *smiley* —pensó Clara— que desde que existe Internet se ha incorporado no solo al lenguaje de teclado, sino incluso también a la letra de muchas personas».

Su mirada continuó recorriendo el texto.

Busco a un hombre que no se limite a pensar siempre en lo mismo, sino, sobre todo, que lo haga BIEN.

—Oh —dijo Clara—. Qué excelente diplomática se ha perdido. Es exactamente

lo que buscan la mayoría de los hombres en estas plataformas.

—O sea, nada de visitas al museo ni cursos de baile, ¿no? —preguntó Hermann hablando despacio, mientras masticaba con devoto recogimiento sus ositos de gominola.

—Pocas, más bien pocas —dijo Clara—. ¿Recibió muchas respuestas?

—Un montón. —Hermann abrió una nueva ventana. Mostraba más de cien correos electrónicos de hombres interesados—. Son archivos recuperados que ella borró.

«Recuperados», pensó Clara. Una de las palabras favoritas de los técnicos de la IT. Y era terriblemente inquietante. Porque en el mundo digital no era posible borrar realmente nada. Siempre había algún medio de recuperar la información y restablecer prácticamente cualquier cosa. Nada caía en el vacío ni podía deshacerse lo hecho. Los ordenadores siempre preguntaban con espíritu contestatario si el usuario estaba seguro de que quería borrar algo definitivamente. Pero no es verdad que desaparezca lo que creemos eliminado. Hasta los datos que nadie necesita reaparecen como fantasmas; el volumen de datos crecía y crecía, y el sistema se hinchaba, como un diabólico embarazo de información.

Hermann examinó el perfil de Jasmin.

—Parece que Lady J. era una de las estrellas de Dategate. —Se desplazó por las entradas de los correos electrónicos. Junto al ordenador zumbó la impresora láser. Hermann se inclinó y cogió un par de hojas—. Mira —dijo—. Para muestra, un botón.

Clara leyó el texto. Una tropa de interesados había bombardeado a Jasmin con mensajes variopintos para contactar con ella.

DREAMBOY: ¿Por qué no te conectas más a menudo? Podría invitarte hoy a comer, ¿qué te parece?

STALLION: Tienes unos ojos bonitos bonitos.

GÜNTHER: Soy un poco más mayor, pero ¿qué te parece si concertamos una cita?

TRIPLE X: ¿Quieres que sea tu esclavo?

DREAMBOY: ¿Qué? ¿No dices nada?

SPORTY: Hola, Lady J., mira, he compuesto un poema para ti. Mira ahí abajo...

STALLION: Pero también tienes bonito todo lo demás.

GÜNTHER: ¿Quiere eso decir que soy demasiado mayor para ti?

SPORTY: Acabo de enviarte una foto. ¿Qué te parece?

SPORTY: Pero ¡dime algo sobre la foto! ¿Tienes una foto en *topless*?

PRINCESS: ¿Te gustan también las tías?

SPORTY: OK, con sujetador también vale. *Sorry*. Dime algo.

MR. BOND: Bonito top. ¿Cuándo te apetece que quedemos?

TRIPLE X: ¿Qué pasa? ¿No te gusto? Quiero ser tu esclavo, ama mía.

MR. BOND: Cocinaré para ti.

PRINCESS: OK, pues nada, qué se le va a hacer.

SPORTY: Acabo de enviarte una invitación para el chat. Me gustaría mucho.

GÜNTHER: No tenemos por qué acostarnos inmediatamente.

SPORTY: Estaré *online* hasta las once. Escríbeme cuando te venga bien.

GÜNTHER: Soy un tipo sensible.

SPORTY: ¿Cómo es que estás *online* y no me dices nada?

TRIPLE X: Ahora tengo que irme a trabajar. Escríbeme.

STALLION: Me recuerdas a Cameron Díaz.

SPORTY: ¡Que te den!

—Madre mía —dijo Clara—. Esto no acaba nunca.

—¿Les gustan a las mujeres esta clase de mensajes? —preguntó Hermann—. Todos me parecen bastante toscos.

—Se lleva lo chabacano —dijo Clara, y esbozó una sonrisa algo forzada—. Pero en una época en que los espectadores de cualquier edad acceden en Internet por infinidad de canales a contenidos pornográficos, tantos como quieran, también cambian mucho los modales. —Clara se encogió de hombros—. Quieren ir directos al grano.

Clara pensó fugazmente en su última pareja, al que había tenido que poner en la puerta el año anterior. La había engañado. Con una mujer a la que había conocido por Internet. Apartó rápidamente el recuerdo de su mente.

—No parece que a Jasmin Peters le entusiasmaran demasiado —dijo Hermann.

—¿A quién puede entusiasmarle algo así? Tampoco es que la civilización se derrumbe de un día para otro. —Clara metió sin pensar una mano en la bolsa de gominolas—. En cualquier caso, aquí lo importante es la popularidad de la que antes hablábamos, ¿te acuerdas?

Hermann asintió.

—Estar en el candelero y poder rechazar a alguien sin engorros.

—Es como una adicción. Recibir más y más correos. Todos te dicen que eres deseable, que quieren estar contigo. —Hojeó las copias que Hermann le había dado—. Pero no los tienes encima. No hace falta buscar las palabras adecuadas para que te dejen tranquila, como en la discoteca, ni fórmulas educadas para unirte a otro grupito donde haya menos tocapelotas. Envías el mensaje a la papelera, y ya está.

—Con alguna que otra excepción —repuso Hermann, y abrió un nuevo perfil—. Este, por ejemplo. Jaques. Con este tipo habló bastante tiempo. Es el único.

Era un hombre moreno de unos treinta años, con la tez levemente bronceada, los ojos vivarachos y una mirada picara.

—Un chico guapo —dijo Clara.

—¿Tú crees? —preguntó Hermann con un deje de envidia en la voz—. A mí me da que es homosexual.

—Metrosexual —lo corrigió Clara—. Las mujeres quieren estar con hombres masculinos, claro, pero que también las comprendan. Y como lo último no suele guardar una relación equilibrada con lo primero, a muchas les gusta relacionarse con homosexuales, porque son más comprensivos y empáticos. Con que lo ideal es un hombre que se comporte como un homosexual pero que no sea homosexual.

—¿Y eso es un metrosexual? —Hermann seguía masticando ositos de gominola.

—Exacto. *Just gay enough to get the girl.* —Clara dobló las hojas—. A ver, ¿qué ha escrito ahí?

—Sí, es un poco más sutil. —Hermann pasó a Clara otra copia impresa.

Estimada Lady J., disculpa que te escriba así, sin más, pero quería preguntarte: la playa en la que estás, ¿no es Puerto del Rosario, en Fuerteventura? Te escribo porque he estado a menudo en esa playa y un amigo mío acaba de montar allí una agencia de publicidad. Quizás te interese.

Un saludo cordial, Jaques.

Clara arqueó las cejas en señal de reconocimiento.

—Este es un negociante. Toma un camino indirecto. Ya no es «buah, qué tetas tienes, ¿te vienes conmigo a la cama?». Busca puntos en común, temas compartidos.

—Miró a Hermann—. ¿Y bien? ¿Le respondió?

Hermann asintió.

—Sí, y bastante rápido. Mira, aquí.

Hola, Jaques, vaya, qué alegría. Eres el primero en reconocer la playa de Fuerteventura. Pues sí, es Puerto del Rosario, una playa estupenda.

Cuéntame, lo de la agencia suena interesante.

Un saludo, Lady J.

Hermann clicó varias veces y la impresora comenzó a zumbar. La mirada de Clara, un poco ausente, se deslizó por las líneas y finalmente se detuvo en la fotografía de Jasmin que aparecía en la página web. Una playa blanca, un pueblecito costero al fondo, dos barcas sobre la arena de la playa, algunas palmeras.

—Pongamos por caso —dijo Clara mirando a Hermann— que el individuo que ha escrito esto no es un simpático chico llamado Jaques sino el asesino. ¿Cómo sabe que eso es Fuerteventura? Podría ser cualquier otra playa en otra región meridional.

Hermann se encogió de hombros.

—Es posible que de verdad haya estado ahí.

Clara hizo un gesto de incredulidad. Existía esa posibilidad, pero la probabilidad era ridículamente pequeña.

—De acuerdo. Pero supongamos que nunca ha estado ahí, que además se le ha

metido entre ceja y ceja matar exactamente a esta mujer, y que quiere ganarse a toda costa su confianza. En ese caso, ¿cómo podría saber que es Fuerteventura si *nunca* ha estado allí?

Hermann movió la cabeza de un lado a otro.

—Quizás se trate de un tipo realmente simpático, y nosotros nos empeñamos en que sea el asesino.

—Yo tengo que establecer primero una hipótesis de investigación, y en esa hipótesis, este tipo es el asesino. —Clara se percató de que su tono había sido algo rudo, pero eso no cambiaba las cosas: tenía que adoptar el modo de pensar del asesino, ponerse en su lugar.

Y desde el punto de vista del asesino, ¿qué era lo más importante? El primer contacto con Jasmin tenía que funcionar. El primer disparo. Como en las entrevistas de trabajo. De ahí aquella astuta entrada, la búsqueda de puntos en común apoyándose en la foto. No decirle lo mismo que le han dicho los otros, esos salidos. Y tampoco preguntar tontamente: «¿Qué playa es esa en la que estás?». No, *saber* dónde está. Puntos en común. Y si uno no lo sabe, tendrá que averiguarlo. Y la siguiente pregunta: ¿por qué precisamente *esa* mujer? Porque ha visto su foto. ¿Por qué se había detenido en ella? ¿Porque le recordaba a alguien? ¿Por qué tenía que ser esa mujer y no otra?

En determinados momentos, Clara podía mirar en el interior del asesino. Podía ver sus deseos, descifrar las claves de su lógica, sentir sus anhelos. Eran aquellos momentos en los que el metro ascendía fugazmente a la superficie y se dejaba ver, como el horrible gusano en la cueva subterránea de la Antártida de H. P. Lovecraft, antes de desaparecer de nuevo en la oscuridad del inframundo y causar estragos.

Hermann se entrelazó las manos e hizo crujir los nudillos.

—¿Quieres una respuesta exacta?

—Quiero entender su método.

—Cómo lo ha hecho. —Hermann exhaló un suspiro—. Dependiendo de su dominio de Internet, es posible que haya bajado la foto de Jasmin con esa playa de fondo y la haya introducido en una base de datos de imágenes para intentar contrastarla. Es posible, pero el número de imágenes de las bases de datos es muy limitado.

Abrió una nueva ventana en el explorador web.

—La otra posibilidad es Google.

—¿Google? ¿A qué te refieres?

—Puede buscar en Google todas las fotos de playas que aparezcan y compararlas con esta foto. Contando con millones de imágenes de millones de turistas colgadas en millones de servidores, la probabilidad de que alguna de ellas se parezca a la suya es incluso alta. Una foto casualmente etiquetada con el rótulo: «Fuerteventura, Puerto del Rosario». Con suerte, puede hasta encontrar tres fotos con esa etiqueta y estar completamente seguro.

—¿Podemos nosotros hacer lo mismo?

Hermann negó con la cabeza.

—A toda prisa, no.

—Déjame adivinar —insistió Clara—. ¿Porque para eso necesitamos un ordenador de alto rendimiento e incluso a un ordenador así le llevaría su tiempo?

—Exacto —asintió Hermann—. Tardaríamos como mínimo un día entero, si no más.

—¿Podría ser que el asesino tuviera un ordenador así, y la paciencia y el tiempo suficientes para intentarlo?

La mirada de Hermann se oscureció, y afirmó de nuevo.

—Sí, puede ser.

—Hay algo que no me gusta nada —dijo Clara—. Lo extremadamente paciente, metódico y astuto que parece ser.

—Sí, a mí tampoco me parece la clase de tío que asalta una gasolinera con una escopeta de perdigones.

—Ahora en serio. —Clara quitó los pies de encima de la silla y se levantó—. Necesitamos un punto de partida. Si el contraste del ADN no arroja ningún resultado, no tenemos absolutamente nada. ¿Cómo continúa la conversación? —Cogió las copias del intercambio de correos entre Lady J. y Jaques y leyó en voz alta—: «¿Y qué hace tu amigo en la agencia... modelos, campañas de publicidad...? ¿Y tú, a qué te dedicas?». Me lo imaginaba. —Miró a Hermann—. El tipo asegura trabajar en una filial de la agencia especializada en descubrir talentos.

—Y ella fue lo suficientemente estúpida como para creérselo.

Clara se encogió de hombros.

—Tanto los hombres como las mujeres son siempre lo bastante estúpidos como para creer lo que quieren oír.

Siguió leyendo en voz alta.

—«A lo mejor podríamos vernos... okay». —Continuó pasando páginas—. Más adelante ella quiere ver fotos tuyas. ¿Se las envía?

Hermann navegó por la cuenta de correo de Jasmin.

—Sí, algunas con traje, otras en la playa. Después añadió también un par de fotos medio desnudo.

—No podían faltar... —dijo Clara—. ¿Ella le envió algo a él?

—Más o menos lo mismo, pero no se mostró tan liberal. —Siguió navegando por la cuenta de correo—. Aquí el tipo le envía su número de móvil.

Los pensamientos de Clara se dispararon como una catapulta.

—¿Tenemos su número de móvil?

Hermann sonrió amargamente.

—Por desgracia, es solo un número de prepago, y la tarjeta está agotada. Se compró en febrero de este año, en la Alexanderplatz. Conocemos la tienda. El cliente pagó en efectivo. La cámara del local no tiene registrada ninguna imagen de ese

momento.

—Mierda. —Clara apretó los labios—. En fin, me habría extrañado que actuara de forma tan descuidada. —Reflexionó un momento—. ¿Existe la posibilidad de averiguar por Internet o por algún otro medio si ese número de teléfono está asociado a otros datos, si aparece en otros chats, blogs o lo que sea?

—Ya lo hemos intentado —dijo Hermann—, pero no hay nada. —Miró el perfil de Jasmin—. En el caso de ella, por desgracia, el resultado sí fue positivo.

—¿Sí pueden averiguarse otros datos en el caso de Jasmin? —preguntó Clara.

—Mira.

Hermann pasó algunas páginas y señaló una frase con un dedo. Clara leyó en alto:

—«Vale, nos llamamos un día de estos. Estoy en Berlín hasta el lunes al mediodía». Este es el asesino. Y ella: «¿Quedamos el domingo por la noche a tomar una copa? A las nueve ya tendría que estar de vuelta, pero mándame antes un SMS».

Clara miró a Hermann. ¡Ahí estaba la cita! El tipo era un vendedor perfecto. No había concretado nada, ni forzado la cita, sino que había esperado a que fuera ella quien la propusiera. Y ella se lo había tragado.

La noche del domingo, el 10 de marzo. Para tomar una copa por ahí. Pero no hubo vino blanco, ni té, ni cócteles.

Hubo sangre.

Mucha sangre.

Clara continuó leyendo.

—«Este es mi número de móvil».

¿Selló ahí Jasmin su destino? Se volvió hacia Hermann.

—¿Cómo actúa una vez que tiene el número de teléfono?

—Ese es uno de los números de teléfono de Jasmin Peters. Tenía dos: el primero, un iPhone T-Mobile de contrato. —Hermann sacó una hoja que los técnicos de la IT habían imprimido antes—. En todos los contratos se registra el nombre, la fecha de nacimiento, los datos bancarios, informe de morosidad y firma del titular. Con ese número se puede averiguar todo.

—Pero Jasmin no le dio el número del iPhone, sino el otro.

Hermann asintió.

—Es bastante habitual. Muchas personas que chatean tienen dos números de teléfono. Uno para la vida real y seria, y otro... —se encogió de hombros— para este tipo de cosas.

—¿Es también de contrato?

—No, de prepago. Compró la última tarjeta en febrero, en el Media Markt de Neukölln Arcaden.

—¿Pudo averiguar el asesino quién era Lady J. y dónde vivía a través de ese número de prepago?

—Me temo que sí. —Hermann clicó en otra página web del ordenador de Jasmin. La página se llamaba copyscape.com. Una máscara de entrada de páginas web.

—¿Qué clase de portal es ese?

—Copyscape examina contenidos de Internet que aparecen en distintos sitios, un número de teléfono, por ejemplo. —Se rascó la cabeza y cogió de nuevo la bolsa de ositos de gominola—. Ese número de móvil puede estar asociado en otro lugar a un nombre. Si ese sitio existe, lo encuentra.

—¿Y Google no hace también eso?

—Sí, en principio también Google puede hacerlo, pero Copyscape está especializado en ese tipo de repeticiones. La página fue creada para que los diseñadores web comprobaran si sus contenidos habían sido copiados, lo que supone una violación de la ley de propiedad intelectual.

Clara extendió los brazos hacia atrás para descargar la tensión de la nuca.

—¿Y encontró algo el asesino?

—En cualquier caso, *nosotros* sí hemos encontrado algo —dijo Hermann—. Había una wikipágina. —Miró fugazmente a Clara—. Esas páginas son documentos en los que pueden trabajar simultáneamente distintas personas. Jasmin y sus compañeros de la universidad habían creado una wiki para preparar una ponencia que tenían que presentar en equipo. De eso hace ya tiempo, fue en el tercer semestre. Pero todavía sigue *online*. Internet tiene buena memoria. Todo lo que no se destruye, permanece.

Accedió a la wiki. La ponencia versaba sobre estrategias de *marketing* para una empresa de bebidas. Algo del departamento de ciencias empresariales. El nombre de Jasmin Peters aparecía allí, junto con el de dos compañeras y dos compañeros de estudios.

—La información está protegida —dijo Hermann—, pero el encriptado no supera los cien bits, con lo que puede piratearse con relativa facilidad. Y si uno no lo consigue, Google sí puede hacerlo.

—¿Google se cuela sin más en espacios protegidos?

—Tienes que imaginarte esto como un viaje a Roma —dijo Hermann—. Muchos caminos conducen a la meta. Lo más normal es viajar en avión o ir en coche por la autopista. Si hay atasco, coges una carretera nacional. Si también está atascada, coges una comarcal. Aunque las principales vías de acceso estén bloqueadas, de una forma u otra se llega a Roma. Exactamente así es como actúa Google. El robot de Google rastrea en microsegundos todos los sitios web en busca de las claves más importantes. Antes o después conoce todos los caminos. Y Google tiene solo una meta: reunir información. Cuando los caminos principales están atascados, el robot de Google también encuentra antes o después las carreteras comarcales.

Clara dibujó con un bolígrafo diferentes caminos en las páginas que tenía delante.

—Es decir, la autopista significa pagar peaje. Quien no tiene dinero no puede pasar. Pero siempre puedes coger una carretera comarcal.

Hermann asintió.

—Exacto. La autopista es el camino más directo, pero se necesita una contraseña.

La carretera comarcal rodea esa dificultad.

—¿Tuvo el asesino que reprogramar Google para eso?

—Solo tiene que conocer bien la semántica de Google, los criterios a utilizar para que el robot de Google encuentre la información, elegir y sopesar lo que merece la pena guardar.

—¿Y esa información es pública?

—La encuentras en casi todos los libros de *marketing* sobre optimización de los buscadores —dijo Hermann—. La mayoría de las empresas tienen páginas en la red y quieren que Google las encuentre. Y a poder ser, aparecer en las primeras posiciones.

«El maravilloso nuevo mundo de la web», pensó Clara. Los secretos del *marketing* por Internet también son útiles para los asesinos en serie. Señaló las copias con el lápiz.

—Veamos lo de la wiki. ¿Cómo lo hace?

Hermann navegó a través de las páginas.

—Descubrió la página a través de Copyscape, introduciendo el nombre de usuario «Lady J.» y el número de móvil. Quizás mencionó también sus aficiones, como montar a caballo, etc. Y entonces, o pirateó la página, si es lo suficientemente astuto...

—De lo que lo creo muy capaz —comentó Clara.

—Yo también —asintió Hermann—. O consiguió que Google encontrara la carretera comarcal formulando la pregunta adecuada. Así se coló en el wikidocumento, que en realidad estaba protegido.

Clara asintió lentamente y con aire circunspecto.

—Entiendo. ¿Y cómo asocia el número de teléfono a otros datos?

Hermann se dirigió a otra página con el ratón.

—Muy sencillo. En la wiki aparece un listado de los miembros del grupo de trabajo —dijo—. Aquí figuran los nombres, los correos electrónicos y los números de móvil. Por si quieren contactar rápidamente.

Clara siguió con la mirada el puntero del ratón de Hermann.

«Jasmin Peters, tercer semestre, Ciencias de la Cultura y Empresariales, correo electrónico: jpeters@gmx.de».

A continuación, el número de móvil. Clara negó con la cabeza. Maldita sea. Jasmin había dado el número de móvil de prepago y no el de contrato. Pero no le había servido de nada. Todo estaba ahí, como en un libro abierto.

—Así consigue otra dirección de correo electrónico, el número de teléfono de prepago y su verdadero nombre.

Hermann esbozó una sonrisa amarga.

—Estrecha el cerco.

—Y luego continúa —dijo Clara—. Encadena información, introduce el nombre y el número de móvil en algún sitio, piratea otras páginas... ¿Puede averiguar así también su nombre de usuario en Facebook y su dirección real?

Hermann asintió.

—Si nuestro asesino domina tanto la informática como nosotros pensamos... —dijo Clara.

—... también averigua eso. Y al final, sabe quién es. —La voz de Hermann se debilitó—. Y dónde vive.

—Mierda. Así firmó su sentencia de muerte. El tipo tenía el número, podía comprobar en Facebook si de verdad iba a estar fuera el fin de semana y hasta cuándo, tenía una cita con ella para «tomar una copa» por ahí y quizás vio en su cuenta de bahn.de cuándo regresaba. De ese modo pudo prepararlo todo.

—En caso de que él sea el asesino. —Hermann examinó la foto de la pantalla—. No me imagino a un tipo que asesina a mujeres, graba el asesinato y lo envía en un CD con el aspecto del tío que tengo delante.

—Te lo imaginas con cuernos, garras y escupiendo fuego por la boca, ¿no?

Clara se rio involuntariamente.

—Los asesinos cuentan siempre con la ventaja de que nadie piensa que son asesinos.

Ambos se quedaron mirando la pantalla como hipnotizados, a ese afable y llamativo rostro de ojos azules y pelo negro. Clara miró los correos electrónicos de Jasmin Peters, los datos de Dategate y los protocolos IP. «Tantos datos —pensó Clara—, y ni la más mínima pista». Notó cómo el cansancio se apoderaba de ella. Le pesaban los párpados. Las imágenes del monitor y la letra del texto se empañaron. Se vio a sí misma en una playa, y un simpático chico que se acercaba a ella. «Trabajo en una agencia en la playa. Vendemos móviles y sabemos dónde vives...».

En el pasillo sonaron pasos. El sueño de Clara en la playa se desvaneció como un banco de niebla.

La puerta se abrió de golpe y la cara del director Winterfeld asomó por la puerta.

—¡Cargad y quitad el seguro! —exclamó, y se golpeó con el puño la palma de la mano. Lo tenemos.

Clara se despejó en un abrir y cerrar de ojos.

—Si todo sale bien, cogemos a ese fetichista de escarabajos esta misma noche. —Winterfeld se quedó de pie en el marco de la puerta, y apoyó orgullosamente las manos en las caderas.

—¿Hay pistas nuevas? —preguntó Clara.

—Eso estoy diciendo. —Winterfeld puso cara de pillo—. ¡Hemos identificado el ADN!

WINTERFELD ESTABA EN SU DESPACHO como Julio César a punto de iniciar su entrada triunfal en Roma. Un último rayo de sol del atardecer, que se filtraba trabajosamente por entre las nubes bajas, caía sobre el documento que estaba encima de la mesa otorgándole un matiz casi profético. No era más que un fax de la delegación de sanidad, como reconoció Clara por el sello, pero contenía información vital.

—Enviamos las pruebas de ADN al BKA con la esperanza de que las muestras de sangre no fueran demasiado antiguas, e introdujimos la información en la base de datos de ADN de la BKA. Fue idea de Von Weinstein.

—¿Y?

—El hombre se llama Jakob Kürten, treinta y ocho años, reside en Kreuzberg, en la Oranienstrasse número veinte. Mire.

Le enseñó otro documento, esta vez de la oficina de empadronamiento. Mostraba una foto de Jakob Kürten.

—¡Jaques y Jakob! —exclamó Clara excitada—. ¡Teníamos razón!

La foto de Kürten facilitada por la oficina de empadronamiento era más sobria, pero estaba claro que Jakob Kürten era el «Jaques» de Dategate. Desde la foto la miraba un hombre joven y de aspecto agradable. Pero, por lo que habían averiguado, tras su simpática fachada se abría uno de los más profundos abismos que puedan abrirse en la psique humana.

Clara recorrió el fax con la mirada.

—La Charité —murmuró.

—En diciembre del año pasado le extrajeron sangre en la Charité —dijo Winterfeld—. Un asistente almacenó muestras de sangre y de ADN en la base de datos del hospital.

—¿Por qué? ¿Tenía antecedentes?

—No, pero tiene algo que puede hacer de él un asesino. Un motivo suficiente para guardar información de sus datos.

—¿Qué, exactamente?

—Jakob Kürten es VIH positivo.

¿VIH positivo? La mirada de Clara se deslizó de Winterfeld a Hermann, que parecía algo aturdido.

—¿Puede eso considerarse un motivo? —preguntó—. ¿Se ha contagiado y quiere vengarse?

—Es posible. —Winterfeld tendió el fax a Clara y a Hermann y se pasó una mano por la cabeza—. Quizás haya contagiado antes a muchas mujeres y en algún momento dejara de bastarle con eso...

Clara terminó la frase.

—... y deseara matarlas directamente y no indirectamente a través del virus. *En el acto*, y no después de cinco años.

—Interesante perfil homicida —dijo Winterfeld.

—¿Sabe MacDeath algo de esto? —preguntó Clara.

Winterfeld negó con la cabeza.

—Parece que ha discutido con Bellmann. Quiere quedarse en Berlín por el caso, y Bellmann contaba con su respaldo para la presentación de la BKA en Wiesbaden.

Sonó el teléfono. Winterfeld cogió el auricular.

—¿Sí? ¿Ya estáis preparados? Fantástico. Nos vemos fuera dentro de cinco minutos.

Colgó.

—El MEK. —Sonrió—. Ya han observado el piso de la Oranienstrasse veinte. Ahora mismo hay luz en la cocina. —Se ciñó la cartuchera del arma y cogió su abrigo, que todavía estaba encima de una silla—. Nuestro amigo está en casa, ¡y va a recibir visita!

—A esto lo llamo yo un auténtico despliegue operativo —dijo Clara—. Voy a recoger mis cosas. ¿Vamos juntos?

Winterfeld sonrió con su sonrisa de profesor bondadoso.

—¿Quién podría negarse?

—Probablemente no haya ningún expediente de Kürten, ¿no? —preguntó Clara al salir.

—No. —Winterfeld negó con la cabeza—. Nada. Ni siquiera una multa de tráfico. A excepción de su enfermedad, absolutamente nada. Discreción absoluta.

—Ese es nuestro hombre —dijo Clara.

TODO ERA IGUAL QUE POR LA MAÑANA y, sin embargo, todo era diferente. El oscuro y sucio cielo gris, los agentes del comando de operaciones especiales con uniforme negro y pasamontañas subiendo al tercer piso armados con Rammbock y fusiles Heckler & Koch, las pisadas de sus botas retumbando en el hueco de la escalera. Winterfeld y Hermann seguidos de Clara empuñando sus armas sin seguro. Dos vecinos mirando recelosos desde sus casas al hueco de la escalera y otro asustado, pegándose a la pared para dejar paso.

Clara sentía los latidos de su corazón. En esta ocasión tenían que contar con armas, en esta ocasión había alguien en el piso. Alguien que había matado a una mujer, quizás a más de una. Un tipo frío y sin escrúpulos, que posiblemente no dudaría en matar a alguien más.

Lo habían conseguido. Habían descubierto en el cuerpo momificado de Jasmin Peters el ADN de Jakob Kürten. Habían averiguado con quién se comunicó Jasmin por última vez y dónde. Sabían cómo Jakob había conseguido ganarse la confianza de la chica. Y por último, gracias al ADN, habían averiguado la identidad del asesino y sabían que aquel hombre de aspecto simpático había violado y matado a Jasmin Peters. Todo parecía demasiado bueno para ser verdad.

«¿Y si de verdad todo fuera demasiado bueno para ser verdad?», se preguntó Clara asustada.

La puerta se abrió de golpe con un estallido. Los agentes del MEK asaltaron el pasillo y cubrieron primero la cocina, donde habían visto luz.

Pero no había nadie.

Después el cuarto de estar.

Nadie.

El cuarto de baño.

Nadie.

En las paredes del pasillo colgaban algunas láminas modernas de Picasso y Van Gogh. En la cocina había vajilla en el fregadero. En el cuarto de estar, una estantería con libros. Un tresillo. Un televisor. Ningún ordenador.

Al fondo del pasillo, a la derecha, había una puerta, también cerrada. Desde fuera no se oía nada. ¿Kürten estaba dormido? ¿Escuchaba música con auriculares? ¿O esperaba detrás de la puerta con un arma, preparado para disparar en cuanto oyera pasos acercándose a la puerta?

Marc y Philipp abrieron la puerta y saltaron dentro.

Luego silencio.

Al cabo de unos segundos, Philipp salió caminando de espaldas de la habitación, como si una fuerza demoníaca e invisible lo empujara lenta pero firmemente hacia atrás. Miró a Clara, Winterfeld y Hermann, que empuñaban sus armas preparados para disparar. Pero no parecía que Philipp huyera de ningún peligro. Más bien era un infinito asombro lo que se leía en su mirada. Negó con la cabeza y señaló con la mano izquierda la habitación.

—Vedlo vosotros mismos.

Fue como un *déjà-vu*. De nuevo impregnaba el aire un olor a cuero mezclado con un olor cítrico a insectos. Y de nuevo el dormitorio estaba plagado de escarabajos.

Sin embargo, era evidente que en este caso el momento de la muerte se remontaba más atrás. El cadáver que yacía en la cama estaba tan reseco que a primera vista no podía saberse si se trataba de un hombre o de una mujer. Piel marrón y de textura de liga cubría las costillas, que salían como garras del cuerpo, y las manos y pies estaban encadenados con esposas a la cama, por lo que la escena recordaba a la representación de un martirio medieval. La parte superior del cuerpo había sido seccionada para extraer las vísceras. En la cara de aspecto coriáceo, la boca abierta y las cuencas de los ojos vacías, que miraban al techo, aún se adivinaba una mueca de espanto. Salpicaduras marrón oscuro de sangre reseca ensuciaban la alfombra y la mesilla de noche.

Clara miró a su alrededor. Las paredes estaban pintadas de rojo. Las persianas bajadas. De la pared sin ventana colgaba una cruz para atar a los participantes de estrafalarias sesiones de sadomasoquismo. A su lado colgaban un traje de cuero, un látigo, cadenas y esposas. En el suelo, botas de cuero altas; cerca de ellas, una máscara antigás.

«Sadomasoquismo —pensó Clara—, igual que en el porno *hardcore* para homosexuales. —Paseó la mirada por el mobiliario—. Los asesinos matan normalmente conforme a sus preferencias sexuales. ¿Había matado Kürten a una mujer y a un hombre? ¿Era bisexual?».

—Este es su domicilio, ¿no? —preguntó Clara.

Winterfeld asintió, mientras Philipp y Marc daban instrucciones a los otros tres miembros del MEK para que volvieran a registrar minuciosamente las habitaciones de atrás para no caer en una trampa. Clara conocía el procedimiento. El agente de la puerta montaba guardia y avisaba a la policía de seguridad para que acordonase la escena del crimen. Se informaba al departamento forense y un coche fúnebre salía de Moabit.

—Jakob Kürten, Oranienstrasse, número veinte —repetía Winterfeld. Quería asegurarse de la dirección.

Clara asintió y dio una vuelta alrededor de la cama.

—Ha escondido el cadáver en su propia casa. Así llama menos la atención.

—Eso significa que tiene que tener otro piso. Y a lo mejor está allí. —Winterfeld deslizó la mirada por los objetos de la pared—. Es evidente que aquí organizaba sesiones de sadomasoquismo con víctimas desprevenidas —añadió—. Está claro que mató aquí mismo a uno de ellos y que lo momificó del mismo modo que hizo con Jasmin Peters.

Clara se colocó junto al cabecero de la cama y señaló la reseca herida en el cuello del cadáver.

—Profunda herida incisa en la aorta derecha.

—Murió desangrado —dijo Winterfeld—. Kürten le sacó la sangre y se la llevó. El mismo procedimiento que con Jasmin Peters. Es evidente que es nuestro nombre.

Clara se encogió de hombros.

—Pero, por desgracia, no está aquí.

Winterfeld se mesó el cabello.

—A pesar de todo, lo tenemos. Conocemos uno de sus pisos, tenemos su ADN, conocemos sus métodos. Y cuando nuestra gente haya puesto esto patas arriba, sabremos aún mucho más de él.

—Primero el departamento forense debe averiguar si este es el cadáver de un hombre o de una mujer —dijo Clara—. Que Kürten sienta inclinación por los dos sexos y asesine tanto a hombres como a mujeres sería francamente extraño.

—Hay muchas cosas extrañas en ese tipo —replicó Winterfeld.

SE HABÍA HECHO DE NOCHE. Clara miraba las fotografías que la policía científica había hecho de la escena del crimen. De los órganos sexuales del cadáver solo quedaba un reseo colgajo, pero los forenses, antes de disponer del análisis del ADN, habían localizado la próstata, prueba inequívoca de que se trataba de un hombre.

Los asesinos en serie mataban conforme a sus preferencias sexuales, y Jakob Kürten no era una excepción. «Menudo monstruo», pensó Clara. Un asesino en serie bisexual, que mata tanto a hombres como a mujeres, era francamente excepcional.

La policía científica había puesto todo el piso patas arriba y se había presentado de nuevo en la oficina de empadronamiento. No constaba ningún otro piso a nombre de Jakob Kürten. Sus padres vivían en Duisburg, pero de momento querían mantenerlos apartados del caso: los padres siempre pueden compincharse con sus hijos, por muy asesinos que sean.

Además, Clara había encontrado un justificante de entrega de escalpelos quirúrgicos, escalpelos con los que evidentemente Kürten había cortado la carótida a sus víctimas. Había encargado los escalpelos con su nombre. El embalaje y el justificante de entrega estaban todavía en el piso. Kürten se había hecho pasar por médico en la tienda *online*. La empresa había enviado el fax con el comprobante a la LKA.

La víctima todavía no había sido identificada. Pero la mente de Clara barajaba varias posibilidades. ¿Había invitado Kürten al hombre a uno de sus juegos? ¿Lo había atado a la cama para matarlo? En el pantalón de cuero que cubría las reseca piernas del cadáver se habían encontrado restos de esperma. La víctima había tenido un orgasmo antes de morir.

«Kürten mantuvo relaciones sexuales con la víctima. Luego la mató».

Clara miró su rostro tostado por el sol, el pelo oscuro, su mirada algo socarrona.

Jakob Kürten.

Aunque en la profesión de Clara no fuera ninguna sorpresa que el mal pudiera aparecer en un rostro tan agradable, en esta ocasión había algo que la escandalizaba de manera especial. El vagón del metro había emergido otra vez a la luz desde el subsuelo y se había dejado ver durante unos instantes antes de sumergirse en los abismos de la oscuridad.

Clara volvió a mirar las fotos, una tras otra, mientras los médicos forenses practicaban la autopsia. Lo único que podía hacer era esperar hasta que le comunicaran qué vida había destrozado Jakob Kürten.

«De pequeños sabemos que el hombre del saco existe —se le pasó a Clara por la cabeza—. Nos despertamos por las noches y hay algo ahí. No es el armario ropero que está en la esquina, no es la cometa que hemos hecho volar con papá el domingo y

que ahora cuelga de la puerta del balcón. En la oscuridad de la noche hay criaturas que los niños conocemos, que se aproximan a nuestra cama cuando dormimos y que se detienen en cuanto nos despertamos. Sabemos que acechan en la habitación de los niños, detrás de la puerta, en el balcón, debajo de la cama».

Vio la cara de su hermana Claudia delante de ella. Clara siempre le contaba historias bonitas por las noches. Cuentos de príncipes y dragones.

—¿Los dragones existen de verdad? —le preguntaba a veces Claudia.

—No, no existen —contestaba Clara.

—Pero aquí sí existen —decía Claudia mientras se tocaba la cabecita.

—En eso tienes razón —le decía Clara.

—Pero si aquí existen —decía Claudia tocándose de nuevo la cabeza con una mano—, también tienen que existir en la realidad.

Clara tuvo que contener las lágrimas, como le ocurría siempre que pensaba en su hermana pequeña muerta. «¿Por qué podemos imaginarnos cosas? ¿Por qué podemos crear cosas de la nada? No, todo lo que existe en nuestra imaginación existe también en la realidad».

Clara lo había visto. *Snuff movies*, CD en los que se mostraba un asesinato, seres humanos que estaban muertos desde hacía meses y a los que todos daban por vivos.

De pequeña estaba en lo cierto, la cometa en la puerta del balcón no era una cometa, la que habían construido en la clase de manualidades del colegio. Por la noche era un reptil malvado que salía de la oscuridad y alargaba su cuello dentro de la habitación.

«De pequeños sabemos que el hombre del saco está debajo de la cama y espera para salir, aunque nuestros padres nos repitan una y otra vez que no existe, que es un cuento y que nunca vendrá por nosotros. Y después, en algún momento, llegamos a creerlo. Pero ¿es cierto?».

El brutal asesinato del CD, la momificada Jasmin Peters, el anónimo cadáver encadenado a la cama en la Oranienstrasse. Clara sabía que los niños tienen razón, el hombre del saco existe realmente. Da igual lo que nos dijeran los padres, él estaba acechándonos debajo de la cama. Siempre había estado allí acechando, y seguía acechando en el mismo lugar. Un día salió, se irguió y se abalanzó sobre nosotros.

La letra de la estrofa de una canción de Metallica le cruzó por la mente.

*Hush little baby, don't say a word,
and never mind that noise you heard.
It's just the beast under your bed,
in your closet, in your head.*

El hombre del saco.

El teléfono arrancó a Clara de sus pensamientos. Era el Instituto Forense.

—¿Señora Vidalis? —dijo Von Weinstein.

Notó algo en su voz que no le gustaba, pero no supo decir qué.

—¿Qué pasa?

—Depende. —Von Weinstein hizo una significativa pausa—. Tengo una buena noticia y una mala.

Clara suspiró.

—Necesito oír algo bueno.

—Hemos identificado el cuerpo —dijo Von Weinstein.

—Fantástico. —Clara se despejó al instante—. Cuénteme.

—Siguiendo el procedimiento rutinario, hemos comparado el ADN de Jakob Kürten que encontramos en la escena del crimen de Jasmin Peters con el ADN del cadáver hallado en la cama de la vivienda de Kürten. —Von Weinstein se detuvo brevemente, como intentando encontrar las palabras—. Del resultado se sigue un estado de cosas enteramente nuevo.

Clara se impacientaba.

—Lo escucho.

Von Weinstein inspiró profundamente.

—El muerto no es ninguna víctima de Jakob Kürten.

«¡Ve al grano, maldita sea!». Clara arrugó el ceño.

—¿Entonces?

—El muerto —dijo Von Weinstein— es Jakob Kürten.

«EL MUERTO ES JAKOB KÜRTEEN».

Aquel al que habían tomado por el asesino era en realidad una víctima. Y el asesino, invisible, intangible, andaba por ahí suelto y probablemente planeaba su próximo movimiento.

Clara había conocido a muchos monstruos con forma de ser humano, pero este asesino era algo nuevo. ¿Qué cálculo, qué excéntrico intelecto eran necesarios para arrancarle la piel a trozos a Jakob Kürten y llevarla a la habitación de Jasmin Peters para conseguir que la prueba del ADN los condujera a un autor falso?

Qué perverso perfeccionismo provocar un orgasmo a Kürten y colocar después el esperma de uno de los asesinados en la vagina de otra de las víctimas para simular una violación y así desviarlos del camino correcto.

¿Por qué no había rastros del auténtico asesino? ¿Ni ADN? ¿Ni huellas dactilares? ¿Nada?

Él formaba parte de la noche, como el hombre del saco que acecha debajo de la cama. Oscuro, informe, intangible y malvado.

Clara maldijo, se levantó y recogió sus cosas. Ya no se podía hacer más por hoy. La policía la llevaría a casa, se serviría otro *whisky* y dormiría hasta la mañana siguiente. ¿Qué había conseguido? Nada. ¿A quién había capturado? A nadie. ¿A quién había protegido? A nadie.

Tenía la intención de coger su portátil de la Docking Station cuando vio que había recibido un correo en los últimos cinco minutos. Eran las 22:00 horas. ¿Sería algo importante? Quizás fuera Bellmann desde Wiesbaden para comunicarle que aplazaba su conferencia, ya que él seguiría en Wiesbaden toda la semana, y la semana siguiente comenzaban sus vacaciones.

Clara clicó en su Outlook y abrió el correo.

Asunto: A Clara Vidalis, LKA.

Cuando vio el remitente, casi le dio un infarto.

Jakob.kuerten@gmx.net

Un correo sin texto.

Como datos adjuntos: un archivo de vídeo llamado «léemeprimero» y un documento PDF, «léemedespués».

Un escalofrío le recorrió la espalda.

De nuevo, un mensaje de alguien que llevaba muerto mucho tiempo.

¿Sería otra película? ¿Otra monstruosidad innombrable capturada en vídeo?

Se olvidó del reglamento, del escáner de virus, de informar a sus superiores. Tenía que enterarse de lo que ocultaban esos archivos en ese crítico instante; de lo contrario perdería el juicio.

Con las manos empapadas en sudor, movió el puntero del ratón al primer archivo de vídeo.

Léemeprimero.mpg

Hizo doble clic. El reproductor de vídeo se abrió.

Una imagen en negro.

Tres segundos. Cuatro. Cinco.

Entonces empezó la grabación.

Pero no se veía ningún asesinato. Ya no.

Vio la habitación con la cama donde yacía el cuerpo momificado de Jasmin Peters. Entonces la puerta se abrió de golpe. Dos hombres vestidos de negro asaltaron la habitación arma en mano. Poco después aparecieron otros dos hombres. Luego una mujer.

Clara ya sabía quiénes eran esas personas, pero la idea era demasiado retorcida, demasiado espantosa como para que pudiera asimilarla.

Los hombres eran Philipp y Marc del MEK, después llegaron Hermann y Winterfeld, finalmente ella, Clara Vidalis.

Esta mañana.

06:00 horas.

La imagen se volvió negra.

Ahora apareció otra habitación.

En la pared una cruz, al lado unas esposas, una máscara de gas, botas.

La habitación de Jakob Kürten.

Otra vez los dos hombres del MEK vestidos de negro.

Después Hermann y Winterfeld.

A continuación, Clara.

Esta tarde.

20:00 horas.

Clara notó que el ácido gástrico ascendía por su esófago como acero líquido; el miedo le cortaba la respiración.

El asesino los había grabado. Los había llevado hasta allí, hasta donde él quería que estuvieran. Y en todo momento sabía dónde estaban y cuándo.

Clara agarraba el ratón con sus sudorosas manos como si fuera un talismán cuando su entendimiento aceptó lo que sus sentidos ya habían visto y su cerebro reprimido compasivamente: no era solo un correo, era el segundo mensaje del asesino.

A ella.

No podía detenerse ahora. Colocó el puntero del ratón con la mano temblorosa

sobre el archivo PDF. Doble clic.

Y leyó el texto.

Clara Vidalis:

No hay bienaventuranza sin dolor, ni vida sin muerte.

Seguro que estaba convencida de que me había atrapado. Y, sin embargo, tiene tan poco éxito en su investigación como el reseo Jakob Kürten sangre en las venas.

¿Cuántos más cadáveres cree que hay? ¿No se está preguntando acaso cuántas personas más llevan meses, incluso años, muertas en su casa? Gente a la que nadie echa de menos porque los cadáveres momificados no despiden olor. Que nadie echa de menos porque nadie tiene que echarlos de menos. Porque no son más que un inútil despilfarro de células, criaturas prescindibles cuya muerte no representa más que un sacrificio sagrado.

Seguro que a partir de ahora se fijará en las luces de Navidad que, curiosamente, siguen centelleando en algunas ventanas en pleno verano. Seguro que deja vagar la mirada por la ciudad de Berlín, por sus miles y miles de casas, preguntándose si en alguna de ellas yacerá alguna de mis víctimas. Una víctima que aún no ha encontrado y que tampoco descubrirá jamás.

Tal vez se consuele pensando que, aunque ya no puede hacer nada por las víctimas, todavía puede capturarme a mí. Al autor, al culpable de todo esto.

Pero se equivoca, no puede atraparme. Porque no existo. Soy lo inaprensible y lo impronunciable. Soy la nada. Y soy el todo.

Los criminales que usted busca son mis víctimas y los asesinos que captura son mis muertos.

Jasmin no ha sido la primera; tampoco será la última.

Queríais seguir mis pasos y yo he seguido los vuestros.

Queríais cazarme, pero el único que aquí ha dado caza a alguien he sido yo: yo soy el que os da caza a vosotros. Y si queréis matarme, vosotros moriréis. Porque soy el virus que se multiplica y está en todas partes. Soy una realidad virtual y, por lo tanto, insible.

Soy la única y verdadera Killer Application.

Soy mayor que cualquiera de esos estúpidos y despreciables criminales que estáis acostumbrados a perseguir y a los que tarde o temprano atrapáis. Esos infantiles asesinos compulsivos piensan con la polla. Y acaban cayendo en vuestras burdas trampas, porque no son más que convulsas y descerebradas masas de protoplasma. Pero yo soy mucho más, mucho mayor, y estoy en todas partes. Soy yo el que tiende trampas, os las tiendo a vosotros.

Pues donde los otros solo son sombras, yo soy la noche.

Donde los otros solo son asesinos, yo soy la muerte.

Soy el esqueleto que porta la guadaña.

Soy el ocaso.
Soy el Sin Nombre.

Segunda parte

FUEGO

Mille piacer' non vaglion un tormento.
Mil placeres no valen un tormento.

PETRARCA

NÚMERO 13; ASUNTO ZANJADO.

Jasmin no solo estaba muerta, sino que también habían encontrado su cadáver. Primero había enviado a Clara el CD, después el correo electrónico. La cosa se ponía interesante. ¿Cuál sería su reacción? ¿Miedo? ¿Respeto? ¿Conmoción? ¿Comprendería al fin por qué la había elegido a ella, o iba a tener que explicárselo mejor?

Había enviado el correo electrónico desde la entrada de una cafetería en el aeropuerto Schönefeld. Solo se había conectado un instante a la red inalámbrica del local, luego había cerrado el ordenador portátil y se había alejado a toda velocidad. Sabía muy bien cuán rápidamente podía rastrear la policía una dirección IP cuando deseaba hacerlo; por eso era siempre arriesgado enviar mensajes por correo electrónico. Podían localizar la cafetería en cuestión de segundos, identificar el vehículo que se marchaba a toda velocidad. Pero para perseguir eficazmente a un coche tenía que intervenir un helicóptero, y los helicópteros no pueden volar cerca de los aeropuertos, pues las vías de aproximación deben estar siempre libres.

El tacómetro marcaba cien kilómetros por hora. Lo bastante rápido para alejarse del aeropuerto, lo bastante despacio para que no detuvieran el coche por exceso de velocidad. Veía desaparecer la carretera bajo los rugientes neumáticos, como si el coche devorara la calzada. Llevaba puestos los guantes negros de látex. El ordenador portátil estaba a su lado, en el asiento del copiloto.

El ordenador de Jakob Kürten.

Diez minutos después se encontraba en casa, en el gran sótano abovedado donde estaba el ataúd en el que *ella* descansaba. Desde hacía años. Desde hacía décadas.

Las llamas palpitaban y refulgían en torno a la carcasa del ordenador portátil de Jakob Kürten y dejaban al descubierto placas, resistencias y cables que se retorcían y fundían entre chisporroteos. Había rociado el ordenador con gasolina y lo había arrojado a la gran chimenea. No era posible incinerar en una hoguera normal el cuerpo de una persona hasta el punto de eliminar toda partícula rastreable de ADN; solo un crematorio a ochocientos grados Celsius podía lograr en el plazo de dos horas algo semejante. Pero el fuego de cualquier chimenea lograba convertir un ordenador en un montoncito de cenizas azuladas con el que ni el mejor experto de la IT podría rescatar información. Después pulverizaría los restos carbonizados del ordenador con un martillo y los arrojaría fuera, al viento de la noche. Jakob Kürten había vivido en aquel ordenador, satisfecho con su ayuda sus perversas fantasías, concertado sus citas, enviado las obscenas fotos que se tomaba a sí mismo.

Hasta que había dado con la mayor emoción de su vida.

Con él.

El Sin Nombre.

El que lo había asesinado y destripado; el que le había sacado la sangre y pulverizado el alma, escondida en aquel ordenador.

Jakob Kürten tampoco había sido el primero, ni sería el último.

Él, el Sin Nombre, era el devorador de almas de la era digital. Al igual que los demonios, capaces de apoderarse del alma de las personas y empujar a los poseídos a obrar contra sus deseos, el Sin Nombre se adueñaba de la identidad de otras personas para someterlas a su voluntad. Devolvía la vida a los muertos y ellos realizaban en su nombre su gran plan.

Miró el ataúd en el que *ella* descansaba.

Luego abrió la maleta que estaba en la gran mesa situada enfrente de la chimenea, al otro lado del sótano, más allá del gran terminal que presidía la estancia. En la maleta se encontraba el equipamiento que necesitaba para la próxima cacería. El traje de látex, la máscara, las gafas, los guantes y el resto de los escalpelos que Jakob Kürten había pedido. Junto a ella, los bidones para la sangre y las bolsas conectables para las vísceras.

Ojeó algunas fotografías de hombres jóvenes y atractivos. Junto a cada una había un ordenador portátil y un carné del individuo en cuestión. También tarjetas de débito, de crédito, las llaves de casa, las del coche y algunas cosas más. Eran las nuevas identidades mediante las que contactaría con su próxima víctima femenina.

En sus labios se dibujó una sonrisa fría y burlona.

—¿Quién quiero ser hoy? —murmuró para sí, y movió en círculos el dedo índice sobre las fotografías.

Tres minutos después ya había tomado la decisión. Se volvió de nuevo hacia el ataúd, luego hacia la chimenea, donde el ordenador de Jakob Kürten había quedado reducido a una masa amorfa de escoria grisácea. Después se dirigió al gran terminal que presidía el sótano y abrió una página de Internet.

Dategate.

Y su voz resonó como una oración en la bóveda del sótano:

—Llegó tu turno, número catorce.

LA CENIZA DEL CIGARRILLO ya tenía la longitud de un dedo y, sin embargo, no se desprendía de la colilla. Con arreglo a todas las leyes físicas tenía que caer, pero no lo hacía. El fenómeno recordaba a Clara un incidente acaecido pocos años atrás, un hombre que se había quemado en su coche sin perder el conocimiento. No se había desmayado, no se había asfixiado con el monóxido de carbono. Se había quemado vivo, literalmente. Los bomberos habían llegado demasiado tarde y no habían conseguido abrir las puertas del vehículo. El hombre tenía que haber estado muerto, pero no lo estaba. Había incumplido, al igual que la ceniza, el dictado de todas las leyes físicas.

Era medianoche. Clara estaba sentada en el sofá de su salón con un vaso de *whisky* frente a ella, un cigarrillo en la mano izquierda y la mirada clavada en un punto fijo de la habitación, pero sin percibir nada en absoluto.

Llevaba dos años sin fumar. ¿Seguiría fumando después de aquel cigarro? ¿Por qué había recibido el correo del asesino? ¿Por qué de alguna manera aquel temible y despiadado criminal sin identidad había puesto su mira en ella? ¿Qué quería de ella? ¿Impresionarla? ¿Darse a conocer? ¿Calentarse? ¿Perseguía quizás el elogio, experimentar lo importante y peligroso que era? ¿O quería advertirla de algo? ¿De que sería la siguiente? ¿De que podía atraparla en cualquier momento, burlar la protección policial?

Mañana hablaría con MacDeath, que se había quedado en Berlín. Tenía que averiguar el móvil de aquel psicópata. Pero para eso tenía que comprender primero lo que ella misma sentía. Y lo cierto es que no lo sabía. Solo sabía que estaba allí sentada bebiendo *whisky*, fumando, con la mirada perdida en el vacío, mientras él quizás ya estaba acechando a su próxima víctima.

Era un asesino inteligente, peligroso y paciente. Sabía más de los policías que los policías de él. Había instalado en casa de Jasmin y Jakob *webcams* que en ambos casos habían filmado la entrada de los agentes en la escena del crimen. Y los tomaba por tontos. Había conectado un temporizador en la luz de la cocina de Jakob Kürten para que la lámpara se encendiera y apagara a intervalos regulares y todos pensarán que el joven Jakob utilizaba su casa y seguía vivo y coleando.

Aquel asesino era como un virus. Adoptaba la identidad de un hombre atractivo que ya estaba muerto, se ganaba la confianza de mujeres jóvenes y guapas y las asesinaba. Pero ¿por qué? ¿Era Jasmin la «sagrada víctima»? ¿Se trataba de asesinatos rituales cometidos por una motivación religiosa? ¿Pretendía darse aires de grandeza utilizando giros religiosos? ¿O no era más que un chiflado, por peligroso que fuera?

El correo había sido nuevamente enviado desde un local público, el Coffee Inn

del aeropuerto Schönefeld, tal como habían averiguado los agentes de la IT. Pero ¿cómo dar con un tipo del que ni siquiera sabían cuál era su aspecto? Tampoco era posible localizar, vigilar o interrogar a todos los hombres que utilizaban las plataformas de citas. Eran miles y miles. Y en cierta manera, el asesino se movía entre ellos como «el hombre de la multitud» de Edgar Allan Poe.

El hombre de la multitud que está solo, pero no quiere estarlo. Que no puede estar solo, porque la multitud es su tapadera. Porque emerge del anonimato de la multitud para golpear brutalmente y desaparecer en ella al instante siguiente.

Clara se sobresaltó cuando la ceniza cayó en el parqué y levantó una nubecilla de polvo gris. Cogió el paquete de Lucky Strike que había comprado en un quiosco nocturno de la Schönhauser Allee, encendió el segundo cigarrillo, inhaló el humo y lo expulsó hacia el techo, donde, reflejando la difuminada luz eléctrica de la lámpara del techo y la de las dos velas encendidas en la mesa del salón, trazó extrañas figuras, simétricas y caóticas a la par.

«Pronto fumaré con Winterfeld “hacia fuera” —pensó Clara—. Otra mala costumbre, como la bebida».

Clara se arrellanó en el sofá. ¿Qué era mejor, fumar o beber? Tras reflexionar un par de minutos llegó a la conclusión de que fumar era de algún modo más auténtico y que simbolizaba mejor las miserias de la existencia humana. «Fumar es lo único que se puede hacer en este mundo enfermo», pensó Clara. Un poco como en los sacrificios, en los que el humo se lleva las preocupaciones y los miedos, y lo dejan a uno solo. Los cigarrillos se consumían y de ellos no quedaban más que las colillas que se aplastaban y pisaban. Las botellas de cerveza, en cambio, se colocaban en cajas, se devolvían a la tienda, eran transportadas, limpiadas, reutilizadas.

Bebió un trago de *whisky* y disfrutó de cómo se mezclaba en su boca el ahumado sabor del *whisky* escocés con el aroma del cigarro. «Los seres humanos son como cigarrillos —pensó Clara—. Las emociones los encienden, las promesas y esperanzas los mantienen en incandescencia. Y si se consumen, se los aplasta y se los tira. El mundo no es más que un inmenso cenicero apestoso».

El símil le arrancó una risotada, pero enmudeció de inmediato. Porque la risa parece cosa de locos cuando uno se ríe solo.

UN COLPE ENSORDECEDOR. Luego solamente negrura.

Eran exactamente las dos y diecisiete minutos de la tarde cuando ocurrió. El padre delante, conduciendo el coche, la madre sentada detrás de él, Vladimir en el asiento del copiloto, su hermana pequeña, Elisabeth, detrás, junto a la madre.

El semitráiler circulaba delante de ellos y transportaba troncos. De repente, uno de los troncos se soltó, salió despedido y atravesó con incontestable contundencia el parabrisas del coche por el lado del conductor. El tronco penetró como un disparo en el vehículo y las cabezas de sus padres quedaron reducidas a sangrientos pedazos, mientras que el coche corrió hacia la cuneta y dio varias vueltas de campana.

Los niños, milagrosamente, sobrevivieron. Aún no habían comprendido la muerte de sus padres, menos aún asimilado la pérdida, cuando apareció la policía y los agentes del departamento de menores. Los niños podían regresar a su lejana patria o permanecer en Alemania. Pero en Alemania no tenían parientes, nadie que pudiera acogerlos.

No quedaba más remedio, pues, que llevarlos a un hogar infantil a las afueras de Berlín. Las ventanas de la fachada de aquel edificio de hormigón lavado, aseguradas con rejas negras, parecían una hilera de funestas calaveras. Las instalaciones estaban tan necesitadas de arreglos como sus habitantes. Pero lo más probable era que en ninguno de los dos casos se emprendieran los trabajos de reparación.

«Polvo eres y en polvo te convertirás, hasta que el Señor te resucite el día del Juicio Final». Eran las palabras que había pronunciado el sacerdote en el entierro de sus padres, mientras los ataúdes desaparecían en las tumbas y Vladimir y Elisabeth, con el gesto aún paralizado por la conmoción, los seguían con la mirada.

La directora del hogar infantil había mantenido una breve conversación con los niños en la que les había informado de que le quedaban pocos días para jubilarse. Presuntamente se trataba de una residencia tranquila y agradable en la que todo funcionaba a las mil maravillas. Aquella misma tarde, sin embargo, Vladimir comprobó que la realidad era bien distinta: el internado era como una ciudad sin ley en la que imperaban los más fuertes. Y si uno se enemistaba con la persona equivocada, no era posible sobrevivir.

Vladimir y Elisabeth se habían quedado solos en el mundo, solos en aquella jaula de fieras, separados por metros y metros de pasillos. Estaban sentados en la terraza, anegados en lágrimas, y la lluvia no cesaba de caer desde un interminable manto de nubes grises. Los hermanos se sentían tan diminutos e indefensos como lágrimas en el cielo lluvioso.

Contemplaron los bosques de abetos al otro lado de la calle, se cogieron de la mano y se sintieron completa, irremediable, desoladoramente solos, como si hubieran

sido apartados del mundo, transportados a un universo helado, inhóspito, a años luz de los bosques de abetos, de la tumba de sus padres y de la Tierra.

SEGUÍA LLOVIENDO A CÁNTAROS cuando, a las ocho y media de la mañana, Clara apareció en su despacho. El informe del Instituto Forense estaba sobre su mesa, además de fotografías de Jakob Kürten, tanto de Jakob vivo como del cadáver del Instituto Forense y de la escena del crimen, que lo mostraban en su actual estado.

Mientras leía el informe, Clara se detuvo en el párrafo que versaba sobre los escarabajos. Los entomólogos habían examinado sus estómagos y encontrado en ellos restos de ADN de Jasmin Peters y Jakob Kürten. Clara se puso de inmediato en contacto con el científico que había redactado el informe y preguntó por qué era posible encontrar restos de ADN en los estómagos de los escarabajos después de tanto tiempo.

—Debido a la estructura exoesqueletal de estos insectos, la asimilación de algunas combinaciones proteínicas no es inmediata —explicó el entomólogo—, sino que se almacenan en un depósito de quinina debajo del caparazón. La quinina consiste en compuestos de carbono, al igual que el ADN. Eso significa que una parte de los compuestos de carbono que entran en los estómagos de los escarabajos no son enteramente digeridos, sino que se utilizan como material de construcción, por decirlo así, para el caparazón de quinina. —Clara, fascinada por la explicación, se aproximó a la ventana con el auricular en la mano—. Con un poco de suerte —continuó el experto—, si el estado del ADN es bueno, sería posible identificar al portador del ADN.

«Increíble —pensó Clara—. Escarabajos de cementerio como depósito móvil de ADN». Reflexionó un instante sobre si aquel curioso hecho ofrecía una oportunidad para atrapar al asesino. Un pensamiento rondaba su mente, pero no conseguía atraparlo, con lo que se concentró de nuevo en el informe.

La IT había averiguado que Kürten era usuario habitual de diversas plataformas sadomasoquistas, que había intervenido como parte activa y pasiva en varias películas porno homosexuales de bajo presupuesto y que en una ocasión se había jactado en un chat, bajo el seudónimo «Plaguebearer», de haber infectado ya a doce hombres con el virus del SIDA.

«A fin de cuentas —pensó Clara—, también él era una especie de asesino en serie. Un asesino atrapado por otro peor que él».

«A todo cerdo le llega su San Martín», solía decir Winterfeld.

Olía a Earl Grey.

Martin Friedrich, apodado MacDeath, había colocado en su escritorio un termo de té junto a una taza con plato y escribía con aire malhumorado un correo electrónico

en su ordenador cuando Clara golpeó con los nudillos el marco de la puerta entreabierta de su despacho, en la cuarta planta.

—Tome asiento, enseguida estoy con usted. —Y señaló una de las sillas. Hoy llevaba una corbata color borgoña bajo el chaleco azul. Al cabo de unos instantes, MacDeath apretó con el dedo índice la tecla Intro con la agresividad de un ave rapaz que descende en picado sobre un ratoncillo de campo.

Clara oyó el zumbido que emitió el ordenador al enviar el correo electrónico mientras MacDeath se estiraba y reclinaba en la butaca.

—Así son las cosas —dijo, y juntó las manos—; en el combate que libran el bien y el mal, el mal siempre se divierte más. —Se inclinó sobre la copia del expediente de investigación que tenía delante, en su escritorio—. No obstante, y aunque me contaría entre los buenos, no puedo negar que de este lado no todo es aburrimiento. —Se quitó las gafas, plegó las patillas y tocó varias veces con ellas la superficie de la mesa—. Pensaba que el Hombre Lobo era algo especial, difícilmente superable. ¡Y solo llevo aquí una semana!

Clara constató espantada que MacDeath tenía razón. La captura de aquel pirado había tenido lugar solo siete días atrás, el viernes de la semana anterior. Lo habían sorprendido en un mar de sangre y huesos, junto a un cadáver despedazado y un rehén vivo y completamente traumatizado. Clara había mirado a los ojos a aquella personificación del mal y después había apretado el gatillo. El disparo amortiguado por el silenciador había enviado a Bernhard Trebcken, apodado el Hombre Lobo, directamente al infierno.

—Y ahora, esto —MacDeath interrumpió sus pensamientos. Sus ojos recorrieron una copia del correo electrónico que Clara había recibido la noche anterior—. El Sin Nombre. —Arqueó las cejas y bebió muy despacio de su humeante taza de té—. Siempre me preparo yo mismo el té —dijo—. Earl Grey, cocinado como Dios manda. El té que vosotros tenéis —y señaló el suelo con el dedo índice, hacia la cocina del tercer piso— es deplorable. Así debía de saber el té de la secta Aum. Ya sabe, los locos que perpetraron el atentado terrorista con gas en el metro de Tokio, allá por el año noventa y cinco. Obligaban a las novicias a preparar el té con el agua en la que se bañaba el jefazo de la secta. —Alzó la taza—. Así que yo, solo Earl Grey. ¿Quiere una taza? —Clara sonrió y negó con la cabeza. Acababa de tomarse su infusión de cafeína en compañía de Winterfeld junto a la ventana abierta de la cocina. Y el café no se contaba precisamente entre los consejos que su médico le había dado para sus problemas de estómago (el *whisky* y los cigarrillos, menos aún).

—Gracias —dijo—. De momento, no.

—El Sin Nombre —repitió MacDeath, manifiestamente satisfecho de haber despachado con rapidez y sin dispendios el tema administrativo «té»—. Está en todas partes y en ninguna. Siempre y nunca presente. Y solo es visible cuando asesina.

—Como el vagón del metro que emerge a la superficie en la Choriner Strasse —añadió Clara—. Siempre está ahí, pero solo lo vemos cuando sale de la oscuridad.

—Un buen símil —dijo MacDeath, y contempló alternativamente las dos imágenes de la pared a espaldas de Clara. El póster de *Titus* con Anthony Hopkins y el *Juicio Final* de Miguel Ángel. Luego continuó—: Robert Ressler dijo en una ocasión que las personas normales, incluidos los *profiler*, jamás consiguen pensar como un asesino en serie, pues, de poder hacerlo, serían uno de ellos. Lo que una persona normal sí puede hacer, en cambio, es calzarse los sangrientos zapatos de uno de estos monstruos y caminar un rato con ellos.

—Y cuando usted camina con esos zapatos —preguntó Clara cruzando las piernas—, ¿qué ve?

—Lo primero que veo es diversas clases de asesinos en serie. Unos intentan satisfacer con ciego frenesí algún tipo de instinto, y hacen lo que hacen para sí mismos. Nuestro Hombre Lobo se contaba entre estos. Creo que ninguna mujer tuvo jamás relaciones sexuales consentidas con él. O bien las violaba, o bien las compraba. Y maltrató y asesinó a la mayoría.

—Nuestro actual asesino no es de esa clase, diría yo. —A ojos de Clara, el Sin Nombre era una persona extremadamente disciplinada, que se conducía metódicamente, con una serenidad fría, sádica, más inquietante incluso que el delirio criminal del Hombre Lobo.

—En efecto, no lo es —corroboró MacDeath, y mordisqueó el extremo de la patilla de sus gafas de concha—. Y aunque a primera vista todo parece apuntar a un móvil sexual, no es más que eso: la primera impresión. Aunque mata a mujeres e introduce en su vagina esperma de otras víctimas (para tomar el pelo a la policía y simular una violación), la elección de sus víctimas (sodomasoquistas y fetichistas homosexuales y mujeres atractivas) tiene un contenido moralizante, acusador y sancionador. Por eso su modus operandi, su forma de comunicarse y su sorprendente paciencia se hallan en claro contraste con la fijación impulsiva y la desorganización del delincuente sexual. —Hizo una breve pausa, como si buscara la palabra adecuada—. Pese a la connotación sexual del ambiente en el que encuentra a sus víctimas, por ejemplo portales de citas y páginas sadomasoquistas, su conducta tiene algo profundamente...

Clara terminó la frase:

—¿Asexual?

MacDeath asintió.

—Bingo. Y eso es muy infrecuente entre los asesinos en serie. Es muy posible que la sexualidad sea para él algo enfermizo, sucio y doloroso, probablemente a consecuencia de experiencias traumáticas durante su infancia. —Recolocó los documentos de su mesa—. Esto nos lleva al segundo grupo de asesinos en serie, a los que podríamos llamar asesinos pedagógicos, los que interpretan sus carnicerías como una epopeya vengadora, o hasta como una obra de arte integral vinculada a la crítica de la cultura. Quieren señalar algo que para ellos tiene un inmenso valor y no pueden transmitir directamente su mensaje, sino que tienen que envolverlo en actos para no

verse a sí mismos como unos perdedores.

—Una curiosa técnica pedagógica —comentó Clara. Con la mente volvió a visualizar la película del CD, el cuchillo y la milimétrica herida del cuello de la que un segundo después brotó la sangre, primero despacio y tentativamente, después rápido y escandalosamente.

MacDeath asintió y reguló la altura de su sillón giratorio.

—Suenan a extravagancia, en efecto, y lo es. Pero existen tipos así, no muchos, pero los hay. ¿Conoce la historia de Charles Manson y su banda Heiter Skelter, de 1969?

Clara asintió.

—La intención de Manson era que todos pensaran que los asesinos de Sharon Tate y de las otras personas que estaban en la casa no eran él y los que llamaba su familia, sino negros que querían vengarse de los *rich pigs*. Los blancos pensarían que habían sido los negros, y todo desembocaría en una guerra civil entre blancos y negros. Como Charles Manson estaba convencido de que los negros eran demasiado tontos para luchar por sí mismos, se convenció de que buscarían a un líder. Una especie de Führer que pondría fin a la anarquía de la guerra civil e instauraría un nuevo orden mundial. Y ese hombre era él mismo, Charles Manson. ¿Quién si no?

—Suenan al Tercer Reich.

—No solo suena así. —MacDeath se acarició la barbilla con la mano izquierda—. Manson era un gran admirador de Adolf Hitler. «Helter Skelter» es como ellos llamaban a la batalla final entre blancos y negros, en la que los negros, acaudillados por Charles Manson, saldrían vencedores. Una especie de Juicio Final.

Clara volvió la cabeza un segundo para mirar el *Juicio Final* de Miguel Ángel. El Apocalipsis no decía nada de Charles Manson. Tampoco, por cierto, el informe de investigación del caso.

—¿Y qué tiene que ver Charles Manson con nuestro asesino?

—Más de lo que parece —contestó MacDeath—. En ambos casos el móvil es el poder, no el sexo.

—Cuando el móvil es el sexo, también suele serlo el poder —dijo Clara—. Dominación, sometimiento. Algunos incluso desean ser sometidos.

—En efecto —dijo MacDeath—, pero entonces el sexo es un medio para alcanzar el poder, un instrumento. Lo que Manson y nuestro asesino desean es otra cosa, algo mucho más importante que la satisfacción inmediata de algún impulso.

MacDeath volvió a ponerse las gafas y miró a Clara directamente a los ojos. Ella se sorprendió a sí misma removiéndose inquieta en la silla. MacDeath prosiguió:

—Manson utilizó los asesinatos Heiter Skelter como una especie de medio de comunicación en el que dirigía a los blancos el siguiente mensaje: «Mirad lo que han hecho los malvados negros». Nuestro asesino —se reclinó en la butaca— hace dos cosas. Da incesantemente cuenta de lo que ha hecho, de modo similar a los gatos que enseñan a sus amos los ratones que han cazado dejándoselos en la terraza, por muy en

contra de ello que estén los amos.

—¿Incesantemente? —preguntó Clara—. ¿Piensa entonces que habrá más víctimas?

—Con toda certeza —dijo MacDeath—, por triste que suene. Más y más ratones muertos. Como si esperara de nosotros un elogio.

—¿Un elogio?

MacDeath asintió.

—El asesino sabe que usted ya ha visto muchas cosas. Quizás conozca la historia del Hombre Lobo, aunque no se haya hecho pública. Nuestro hombre no parece un tipo tonto, desde luego. Sabe que a alguien como usted tiene que ofrecerle algo especial. —Miró brevemente por la ventana antes de continuar—. Si uno quiere salir con Nicole Kidman, tiene que ofrecerle algo más que hamburguesas con queso y latas de cerveza. Él quiere ofrecerle algo más. —Le guiñó un ojo.

«Una comparación estupenda», pensó Clara.

—Y lo consigue —continuó MacDeath—. La ha conmocionado con esa horripilante película del asesinato. Y tras esta, otra conmoción: el asesinato se cometió hace ya seis meses. Usted y la policía llevan medio año sin hacer nada. Y seamos francos: si el asesino no hubiera movido ficha, habrían pasado otros seis meses sin que supiéramos nada del asesinato. Luego intenta reparar el agravio. Le proporciona el sentimiento de que sabe más de lo que sabe y de estar un paso por delante de él. El sentimiento de triunfo que le hace gritar: «¡Hurra, ya lo tenemos! Se llama Jakob Kürten, sabemos dónde vive y vamos a cogerlo». Con ello quiere reforzar su firmeza, desea estimularla, quiere que no vea en él fundamentalmente a un enemigo, sino sobre todo a un compañero con el que se ejercita.

Clara se estremeció.

—Entonces, ¿quiere convertirme en algo así como en un cómplice?

MacDeath asintió impasible.

—Así es. Paralelamente, desea conservar la autoridad. Y con esto llegamos al poder. Puro poder, que no necesita dar un rodeo por la sexualidad. —MacDeath se encogió de hombros mientras Clara lo escuchaba en tensión, con los codos apoyados en el tercio delantero de los reposabrazos—. Porque, antes de que usted pueda sentir que controla la situación y comience a infravalorarlo, le hace ver con la fulgurante claridad de un escalpelo que estaba equivocada y que durante todo este tiempo era él el que tenía la sartén por el mango. Que el que usted consideraba el asesino era en realidad una de sus víctimas.

Clara suspiró. Aquel intercambio de ideas suscitaba su interés, pero también le resultaba arduo. Sobre todo porque siempre tenía la impresión de que MacDeath, además de al asesino, la radiografiaba a ella.

—¿Por qué hace eso?

MacDeath volvió a tomar un sorbo de té con los labios redondeados, pese a que la bebida ya no podía estar tan caliente como para requerir esa precaución, y pasó las

hojas del informe.

—Recuerde —dijo—. La víctima tenía que pronunciar un discurso. «No soy la primera, y tampoco soy la última». Y: «Yo ya estoy muerta, pero el caos continúa». Estas frases entrañan algo semejante a una profecía y, por decirlo de alguna manera, tienen el carácter de un anuncio, un comunicado. Y... —MacDeath introdujo una pausa muy significativa.

—¿Y? —preguntó Clara.

—Y el hecho de que destripara y momificara a la víctima... ¿qué opina usted? —MacDeath la miró a los ojos—. ¿Por qué lo hace?

—Ya hemos hablado de eso —respondió Clara—. Lo hace para que los cadáveres se sequen deprisa, para eliminar la humedad y que no despidan olor a putrefacción. —De nuevo, un pensamiento le rondó repentinamente por la cabeza, como antes en el despacho; algo que sabía que podía ser importante pero que no lograba concretar.

—Para que los cadáveres no huelan, en efecto —dijo MacDeath, que se reclinó en la butaca y juntó las manos en el regazo—. Pero el procedimiento tiene un efecto colateral posiblemente deseado.

—¿En qué está pensando?

—El asesino destripó los cadáveres, como hemos comprobado. —MacDeath se levantó de la butaca y miró el *Juicio Final* de Miguel Ángel. Clara siguió la dirección de su mirada y vio a san Bartolomé, que había sido desollado, llevando su propia piel al Reino de los Cielos como prueba de su martirio.

MacDeath asintió.

—Así es. Recuerda a san Bartolomé, que en el fresco de Miguel Ángel lleva consigo la piel que le han arrancado, de la que aún pende su rostro. Por cierto, es el rostro de Miguel Ángel. El pintor creyó poder allanar a través de Bartolomé su propio camino hacia el Reino de los Cielos sin ser mártir. —Señaló la escena que también Clara estaba contemplando—. Al igual que Bartolomé se lleva su piel, el asesino se llevó la sangre y las entrañas de sus víctimas. —MacDeath se apostó en un rincón del despacho, junto al armario sobre el que estaba el maletín de médico y la calavera, y cruzó los brazos—. Es un ritual común en los sacrificios. Desde tiempos inmemoriales, se ofrecía a los dioses la sangre y las vísceras de las víctimas. Ciertos órganos, como el hígado, el estómago y sobre todo el corazón, tenían un significado especial. La sangre humana que se quemaba en el altar, la sangre de una persona asesinada con ese fin, era supuestamente capaz de conjurar a las almas perdidas.

—¿Asesinatos relacionados con el ocultismo? —preguntó Clara—. ¿Un asesino espiritista o satanista? —No acababa de ver cómo encajaba esa imagen con el método paciente, frío y racional que caracterizaba al asesino.

—No necesariamente —dijo MacDeath—, pero existe la posibilidad de que cometa los asesinatos para honrar a alguien. La filmación del asesinato, la despedida litúrgica de la víctima, la sangre y las vísceras que se lleva... Quizás desee ofrecérselas a Dios, o a Satán, o a otra persona.

Clara perseguía febrilmente el pensamiento que antes había surgido sin concretarse y que ahora se resistía a volver, a la par que escuchaba a MacDeath con un oído.

—¿Y qué pinto yo en todo esto? —preguntó—. ¿Por qué yo?

MacDeath regresó a su escritorio y dejó resbalar los dedos por la carpetilla roja que contenía el *dossier* de la investigación.

—Conozco su historia —dijo—. Sé aproximadamente lo que le sucedió a su hermana. Y estoy convencido de que, entre las muchas cosas que ha vivido a lo largo de su carrera como criminalista, la muerte de su hermana pequeña a manos de ese violador de niños es su mayor trauma. —Dio unos golpecitos en el expediente con el dedo índice—. Y usted nunca ha dejado de sentirse culpable, ¿no es así?

Clara notó que se le aceleraba el corazón y apretó los puños.

—Culpable, al igual que él se siente culpable, ¿es eso lo que quiere decir? ¿Por eso los sacrificios? ¿Por eso la sangre y las vísceras? Y si fuera así, ¿*de qué* se siente culpable?

—Probablemente todo esto no sean más que especulaciones —dijo MacDeath—. Por desgracia, carecemos de información sobre el asesino. No sabemos nada de él, no tenemos ni la menor idea de dónde ha salido, de qué aspecto tiene, su vida y su pasado. Pero tal vez asesine, desangre y destripe mujeres por una razón similar a la que la movió a usted a perseguir asesinos en serie tras perder a su hermana.

—¿Está comparándome con ese criminal? —preguntó Clara indignada, y se puso en pie. Tenía las manos húmedas y temblorosas.

—Indirectamente, sí, la comparo. —MacDeath esbozó la más amable de sus sonrisas. Viendo su inocente sonrisa, nadie creería las abismales profundidades que sus oscuros ojos habían explorado—. Él mata a mujeres para reparar algo. Usted mata asesinos por la misma razón.

Clara se cruzó de brazos como si quisiera defenderse de esa chocante afirmación.

—Con lo que, según usted, se puede comparar al asesino conmigo.

MacDeath se encogió de hombros.

—No es que podamos hacerlo, es que tenemos que hacerlo.

Clara se disponía a abandonar airada la habitación cuando el pensamiento que no había dejado de perseguir durante todo ese tiempo adoptó repentinamente forma. Se ofreció a su mente desnudo, cristalino, y ella lo agarró con ambas manos.

—¡Los escarabajos! —exclamó.

—¿Perdón? —MacDeath parecía irritado.

El enfado de Clara se había esfumado.

—Usted dice que el asesino desea reparar algo, al igual que yo. Y nuestro problema es que no tenemos ni el más mínimo punto de partida para rastrear la identidad del asesino. ¿No es así?

MacDeath asintió.

—Así es, en efecto.

—Y él hizo decir algo a la víctima. —Clara comenzó a andar por la habitación a la par que intentaba articular excitada su pensamiento—. Hizo decir a Jasmin que no era la primera y que no sería la última. —Perforó a MacDeath con la mirada—. La primera. *¡La primera!*

MacDeath parecía haber comenzado a comprender.

—Quiere decir que a la primera víctima...

—Exacto. Quizás también a ella la haya momificado. —La mirada de Clara vagaba intranquila por la habitación—. Y tal vez lo haya hecho con los mismos escarabajos, todo depende de cuándo cometió el asesinato.

MacDeath se terminó su té de un solo trago y negó con la cabeza.

—¡Querida colega, tal vez tenga razón! Y entonces tendríamos una pista.

Clara continuó:

—El Instituto Forense debe emprender de inmediato el examen de todos los escarabajos. Si en alguno de ellos encontramos restos de ADN que no coincidan con el de Jasmin Peters ni con el de Jakob Kürten, puede ponernos sobre la pista de las anteriores víctimas, tal vez incluso de la primera.

MacDeath frunció el ceño pensativo.

—Admitamos que la probabilidad es bastante pequeña. Pero, como no contamos con nada que pueda conducirnos a las otras víctimas, es lo mejor que tenemos. —Agarró el teléfono—. Y la primera víctima es importante. El primer asesinato es como la primera relación sexual. —Marcó el número del Instituto Forense—. Nadie la olvida. Y todos los asesinos regresan una y otra vez al lugar de su primer asesinato. O de su primer cadáver.

INGO M. ERA UNO DE LOS CELADORES del internado, un tipo al que más de una vez se le iba la mano. Tenía poco más de treinta años, el torso como un barril y las extremidades largas, con manos grandes y carnosas con las que «llamaba al orden», como él lo llamaba, a los internos rebeldes.

Sin embargo, por Vladimir parecía sentir simpatía, aunque aparentemente no había motivo para ello. El chico no infringía las reglas y era tan silencioso y reservado que a menudo se pasaba enteramente por alto su existencia.

—¿Quieres ver una película de ninjas? —le preguntó Ingo.

—¿Por qué no? —había respondido Vladimir.

Se acomodaron en el cuartito de Ingo, donde estaban instalados los monitores de las cámaras que vigilaban los pasillos, y vieron la película.

«Para combatir la oscuridad, tenemos que convertirnos en parte de la noche», decía el protagonista en el papel de ninja.

El argumento de la película, que se desarrollaba en Estados Unidos en los años ochenta, tenía a ojos de Vladimir una inquietante semejanza con su propia historia. Un agente de élite que trabajaba en el departamento de estupefacientes del FBI caía en manos de una peligrosa mafia dedicada a la venta de drogas. Los mafiosos aniquilaban a toda su familia. Luego los malos lo drogaban y se hacía adicto a lo que había combatido, pero conseguía escapar. Al final conocía a un maestro ninja que lo sometía a una severa cura de desintoxicación y lo instruía para hacerse ninja.

Y el ninja se vengaba, asesinaba a todos los integrantes de la banda de narcotraficantes y al final se veía las caras con el cerebro de la banda, el jefe, y ganaba a sus guardaespaldas y a él mismo en un impactante duelo. Al final el jefe de los bajos fondos, gravemente herido, suplicaba en el suelo que lo matara. El ninja desenvainaba su espada y la alzaba, y en los ojos del malo brillaba la esperanza de redención, pero la clavaba en el suelo. Con las palabras «el haraquiri no solo está reservado a los samuráis», abandonaba al jefe a su suerte.

Cuando la película se acabó, Vladimir, excitado, se quedó mirando la pantalla. Seguía viendo en su mente al ninja negro, cómo aniquilaba a todos sus enemigos y cómo abandonaba victorioso la escena final.

Pero la tele no era la realidad. La realidad estaba ahí. La realidad era el internado, el cuartucho de Ingo en el que seguían sentados y donde brillaban los monitores, los ceniceros naranja y la ventana enrejada, como las del resto de la residencia.

Y la realidad era también que Vladimir había seguido tan absorto la película que no se había dado cuenta de la lascivia con la que Ingo lo miraba, y de que cada vez estaba más cerca de él.

JUNTO A LA VENTANA, con un purito en la mano, Winterfeld expulsaba otra vez el humo con aire meditativo hacia el aire frío y húmedo del otoño. Clara tiritaba a su lado.

—Explíquemelo otra vez, por favor —dijo—. ¿Ha hablado con los entomólogos y dicen que los escarabajos almacenan ADN?

—Eso es —repuso Clara, y hundió aún más las manos en los bolsillos, asombrada de la aparente inmunidad de Winterfeld al frío—. Las moléculas de ADN son estructuras proteínicas. Se descomponen en el proceso normal de la digestión, y cuando esto ocurre ya no se pueden identificar. Pero hay excepciones.

—¿Cuáles? —preguntó Winterfeld tras darle una calada a su purito.

—Los insectos, sobre todo los escarabajos, tienen un exoesqueleto compuesto de quinina. Los entomólogos del instituto dicen que el revestimiento de quinina necesita compuestos de carbono, y también el ADN, como casi todos los elementos de la química orgánica, consta de compuestos de carbono. —Meditó un instante para refrescar la memoria—. Cuando el organismo del escarabajo necesita moléculas de carbono para reforzar su coraza de quinina, puede ocurrir que esos compuestos de carbono se almacenen en su exoesqueleto sin ser enteramente digeridos. Y si cuando esto ocurre el proceso de la digestión no está muy avanzado, cabe la posibilidad de identificar el ADN almacenado en el exoesqueleto.

—¿Quiere eso decir que los escarabajos son una especie de contenedores móviles de ADN? —Winterfeld miró a lo lejos por la ventana con los ojos entrecerrados. Luego miró a Clara—. ¿Incluso mucho después de estar muertos?

—Exacto. —Clara hundió la cabeza entre los hombros cuando una ráfaga de viento helado se coló en el pasillo por la ventana—. El compuesto de quinina en el que se integran las moléculas de carbono es un conservante natural. Se asemeja a la resina de los árboles. Si un insecto de la Edad de Piedra se queda atrapado en ella, es posible descubrirlo y estudiarlo en el ámbar al cabo de millones de años. —Inclinó la cabeza para saludar a los dos colegas que cruzaban el pasillo de la tercera planta—. Los escarabajos están muertos, la víctima está muerta, pero el ADN se conserva.

Winterfeld guardó silencio.

—¿Sabrá el asesino todo eso? —preguntó al cabo de un rato—. ¿Conocerá el metabolismo de los escarabajos?

—¡Espero que no! —repuso Clara.

—Y me imagino que los escarabajos que se comieron a la primera víctima estarán ya muertos. Todo depende de cuánto tiempo hace que cometió el primer asesinato.

Clara asintió.

—¿El éxito de esta búsqueda depende entonces de que entre los escarabajos que encontramos en la casa de Jasmin Peters haya uno o varios muertos que el asesino

llevó allí por descuido junto a los vivos? —Winterfeld suspiró—. La probabilidad no es muy alta, ¿no le parece?

Clara se encogió de hombros.

—Tampoco es probable que avancemos en la investigación si no seguimos esta pista.

Winterfeld se pasó una mano por la cabeza y miró la hora.

—En fin, nuestros amigos del Instituto Forense tendrán que trabajar a destajo para examinar cientos de escarabajos, ¿no?

—Así es —dijo Clara—. Por eso necesito su apoyo. Tiene que quedar claro que la Brigada de Homicidios respalda esa inversión. No quiero que los del Instituto Forense acudan directamente a Bellmann para quejarse de mí y que al final me la cargue yo.

—¿Usted? —Winterfeld esbozó una sonrisa entre irónica y picara—. Si llegado el caso alguien se la carga sería yo. Bellmann acudiría a mí para pedir cuentas, lo sabe usted muy bien. —Winterfeld siguió sonriendo y expulsó el humo al aire otoñal. A menudo sus gestos recordaban a los de un niño travieso.

Clara también sonrió.

—Los barcos grandes resisten mejor las tormentas que los pequeños. Siendo de Hamburgo debería saberlo. Fíjese lo bien que aguanta usted el frío otoñal. —Clara señaló con la cabeza hacia la ventana.

—Bonita comparación. Qué excelente diplomática ha perdido el mundo.

—¿Y bien? —insistió Clara—. ¿Estamos de acuerdo?

—En el peor de los casos, se echarían a perder algunos cientos de escarabajos y unas cincuenta horas de trabajo en Moabit, ¿no es así?

—En el peor de los casos. —Clara asintió.

Winterfeld suspiró, arrojó la colilla por la ventana y hundió las manos en los bolsillos. Clara se preguntó cuántas colillas habría ya allí abajo y si alguien las recogería.

—Está bien, manos a la obra. —Winterfeld se mesó el cabello una vez más.

—Sí, señor —Clara se despidió llevándose la mano derecha a la sien, y se fue a su despacho para llamar a MacDeath.

Clara y el doctor Martin Friedrich, alias MacDeath, se encontraban en el departamento de entomología del Instituto Forense de la Charité. En las paredes se veían múltiples hileras de frascos con escarabajos, mariposas, gusanos, ciempiés y arañas disecadas. Von Weinstein se quitó las gafas de diseño y se frotó los ojos, en los que de nuevo (o todavía) se podía apreciar el cansancio.

—Tenemos aquí no menos de trescientos escarabajos muertos que los chicos de huellas hallaron tanto en la habitación como en el cuerpo de Jasmin Peters —dijo. Se podía apreciar su disgusto en el tono de su voz—. Tenemos además unos quinientos

escarabajos vivos repartidos en dos terrarios. El terrario de Jasmin Peters y el terrario de Jakob Kürten. —Exhaló un profundo y elocuente suspiro, volvió a ponerse las gafas y se recolocó la bata blanca—. ¿Y ustedes quieren que hagamos una autopsia a los escarabajos muertos y atontemos con gas a los vivos para hacerles también una autopsia?

Clara asintió.

—Por el amor de Dios, ¡son casi mil miniautopsias! Eso supone seccionar a cada uno de esos bichos, examinar con el microscopio el caparazón de quinina, hacer el test químico y luego contrastar el ADN, en caso de que encontremos alguno.

—Eso es. —Clara se volvió hacia MacDeath, que también asentía con la cabeza—. Habría que examinar esos escarabajos, quizás al menos encontremos en algunos ADN que no coincida ni con el de Jasmin Peters ni con el de Jakob Kürten.

—Es una locura —dijo Von Weinstein—. Vamos a tardar una eternidad. Y nada nos garantiza que al terminar el trabajo podamos identificar el ADN.

Señaló con una mano los recipientes de cristal de la pared.

—¿Sabían ustedes que esos escarabajos son carroñeros? Tal vez se hayan alimentado antes de cadáveres que llevan años enterrados. Y eso no haría más que confundir la investigación.

—Admito que la probabilidad no es alta —dijo Clara asintiendo—. Depende del tiempo que haya transcurrido desde el primer asesinato. Pero es posible que haya un escarabajo que tenga varios años y lleve muerto también varios años. Naturalmente, si la víctima lleva muchos años muerta, la probabilidad de que ese escarabajo se encuentre entre los escarabajos vivos que hallamos en los dormitorios de Jasmin Peters y Jakob Kürten es muy pequeña. —Miró a Von Weinstein con franqueza a los ojos—. Pero ¿acaso tenemos algún otro punto de partida?

Von Weinstein asintió, aunque lo que realmente deseaba era negar enérgicamente con la cabeza.

—Puede que sea lo único que tenemos. Pero el riesgo de que todo el trabajo no sea más que una enorme pérdida de tiempo es inmenso.

—Tenemos que correr el riesgo. —Clara se encogió de hombros.

—Doctor Von Weinstein —dijo MacDeath—, la Brigada de Homicidios ha encargado explícitamente al Instituto Forense llevar a cabo esta investigación. La prensa todavía no se ha hecho eco del caso y existe la posibilidad de que sea el propio asesino el que intente hacer públicos sus próximos asesinatos.

MacDeath dirigió a Von Weinstein una mirada penetrante, como antes lo había hecho Clara.

—Sería a todas luces indeseable que la prensa averiguara que la policía no hizo todo cuanto estaba en su mano para encontrar al asesino, ¿no le parece?

Von Weinstein volvió a frotarse los ojos y se guardó las gafas en el bolsillo interior de la bata.

—Es cierto, no tenemos ningún otro punto de partida. Y pese a ello, esto es como

pelear contra ruedas de molino.

—Quien lucha puede perder —dijo Clara, y se encaminó a la puerta de salida. Pero, antes de marcharse, se volvió para decir—: Pero quien no lucha ya ha perdido.

UNA INEXPLICABLE NEGRURA cobró forma, una negrura inmensa, terriblemente amenazadora, que cerraba el horizonte y oscurecía el cielo. Y la negrura asaltó a Vladimir. De repente. Desde la nada.

Ingo lo había instado a hacer cosas repugnantes con su cuerpo. Pero Vladimir se lo debía, porque lo había tratado especialmente bien: lo había invitado a ver películas y procurado que sus compañeros del internado no le pegaran. Eso le había dicho Ingo. «A cambio podrías ser amable conmigo, ¿no?». Luego se había abierto la cremallera de los pantalones y colocado a Vladimir boca abajo sobre el sofá. Cuando Ingo se tumbó sobre él, el muchacho había podido oler su aliento, que apestaba a tabaco y a chili con carne. Vladimir había sentido la erección de Ingo, primero *sobre* su cuerpo, después *en* su cuerpo; algo que lo penetraba produciéndole mucho dolor, que no cabía ahí. Como esas avispas que ponen huevos en otro insecto por medio de un largo agujijón, para que después las larvas se alimenten de la carne del huésped.

Algo similar se hospedaba ahora en el cuerpo de Vladimir. Algo que lo devoraba por dentro, que lo ensuciaba y consumía. Incesantemente. También cuando Ingo no estaba allí.

Vladimir yacía en su cama y gemía por los dolores en su bajo vientre. «Hay algo dentro de mí que no debe estar ahí». Tenía que sacárselo, pero ¿cómo? ¿Abriéndose el abdomen, arrancándose las vísceras contaminadas para morir, para vivir como un espíritu puro, apartado de la suciedad y la inmundicia? ¿O una parte de él había quedado destruida, de modo que jamás volvería a ser una persona? ¿Había perdido irremediabilmente lo que hacía de él un ser humano como los demás?

Tenía que decírselo al director del internado. Algo así no podía suceder, no *debía* haber sucedido.

Pasó mucho tiempo hasta que se le secaron las lágrimas.

ESTABA ANOCHECIENDO cuando Julia se sentó delante del ordenador y entró en Dategate para revisar los mensajes que había recibido. Quedaría seguramente después con unos amigos para salir de marcha, pero no antes de medianoche. De fondo sonaba la televisión, el *show* nuevo, *Shebay*. Julia apenas le prestaba atención, pero aguzó el oído cuando el presentador comenzó a humillar a unas candidatas. De momento solo era un programa grabado, más adelante emitirían la final en directo.

Julia se preguntó de pasada si sería buena idea enviar una candidatura a *Shebay* mientras ojeaba los mensajes. Los correos de siempre: macarras, salidos, varios impostores utilizando la foto de Christian Bale con la esperanza de que alguna ingenua cayera en la trampa. Hasta había un par de viejos verdes convencidos de que en esas plataformas podían comerse un rosco y divertirse un rato después de pasarse la tarde en el parque dándoles de comer a los patos.

Hacía dos semanas que Julia había cortado con su novio, un tipo que hablaba sin parar de su «empresa» y le cantaba las alabanzas de su Bentley. Pero, qué casualidad, el Bentley nunca estaba ahí cuando Julia quería verlo. «El espacio aéreo es limitado —le había dicho con aire de listillo—, y los perdedores tienen que ir a pie». Él se contaba a sí mismo entre los ganadores que surcan los cielos, por descontado, pero al final resultó que también él iba andando a todas partes, como los demás mortales. Y al final su «empresa» no era más que un restaurante diminuto al que la inspección de alimentos acababa de echar el cierre. Menudo idiota.

Julia cerró Dategate y abrió su cuenta en Facebook. Algunos de sus amigos estaban conectados.

«Mi gato anda por ahí en la calle, pobrecito, a ver si vuelve pronto», escribió Julia. Dos contactos respondieron.

«Miau», escribió uno.

«Besitos a tu gato», escribió otro.

Ambos conocían a Princess, el gato *beige* atigrado de Julia. Tenía tres años y siempre dormía a sus pies. Además, parecía gustarle que le hicieran fotos. Su dueña había colgado varias fotos suyas en Facebook.

Julia era consciente de su valor en el mercado. Sabía que no tenía por qué dormir con el gato, por ventajoso que resultara comparado con lo que solían ofrecerle los hombres. Sabía que con su aspecto podía llevarse a la cama a cualquiera. El problema estaba en que los tíos que de verdad molaban —o sea, los que tenían dinero— o bien ya estaban comprometidos, o bien eran inaccesibles, porque no había manera de introducirse en los círculos o clubes que frecuentaban.

¿Era Dategate la plataforma adecuada para ello? No, seguro que no. Y, sin embargo, Julia pasaba horas conectada al portal. Ni ella misma sabía explicar la

razón. Tal vez porque la hacía sentirse en primera plana, amada, deseada, y a distancia suficiente como para no tener que tratar con todos aquellos tipos cara a cara, en la vida real.

Volvió a revisar su bandeja de entrada. Cuatro correos nuevos. Uno llamó de inmediato su atención:

«Hay algo muy especial en tu mirada. Me pregunto si los demás usuarios se han dado cuenta».

Julia se sorprendió. Nunca antes se habían dirigido a ella en esos términos, no en ese chat. Un mensaje breve y bastante directo, pero de algún modo educado, diferente, nada que ver con el correo siguiente, el del payaso de Charlottenburg que ya le había enviado varios mensajes de extensión DIN-A4: «No se trata de forzar nada, claro que no. No estoy seguro de que hayas entendido bien el mensaje anterior. A ti también debe de apetecerte, y, no sé, quizás podamos quedar y hablar de ello. Si no te va ese rollo, nos lo montamos de otra manera. Yo hago lo que tú quieras. Lo mejor es que quedemos y hablemos de todo esto cara a cara, es más fácil, ¿no te parece?»

»Hum, no me contestas. ¿He hecho algo mal? ¿He sido demasiado directo? Podemos hablar tranquilamente de todo, como te he dicho antes. ¿Has recibido mi foto? No me has dicho qué te ha parecido. Es una foto de carné, por desgracia no tengo ahora ninguna otra a mano, pero espero...».

Julia negó con la cabeza. «Y lo que yo espero es que no sigas perdiendo el tiempo escribiéndome gilipolleces», pensó Julia, y envió el mensaje a la papelera sin más dilación. Tampoco era mejor el que le había enviado un macarra de Marzahn. «Uf, qué tetas más guapas. ¿Echamos un polvo esta noche? Aquí va mi número».

Y otro más.

«HOla soy Ronnie puedo parar en tu casa y foyamos en mi coche te ace?».

Julia torció el gesto. «Haz antes un curso de ortografía, palurdo», pensó, y envió también su mensaje a la papelera. El cuarto correo, en el que saltaba a la vista la palabra «follar», ni siquiera lo abrió. Volvió la cabeza hacia la puerta y aguzó el oído con la esperanza de oír los familiares arañazos y maullidos de su gato, pero todo seguía en silencio.

Entonces volvió a abrir el primer correo.

ALBERT TORINO SE METIÓ un Provigil en la boca, lo masticó, se lo tragó sin ayuda de agua y echó un vistazo al estudio que Jochen, lleno de satisfacción, estaba enseñándole.

—¿Llega Andira a tiempo? —preguntó antes de nada.

—Ya está aquí —dijo Jochen—. Ha cancelado un fin de semana en Londres para estar con nosotros. Ya he metido a las demás en vereda. La regordeta del pato-tigre ha renunciado, pero ya ves, menuda pérdida. Todas las que importan han venido.

—Excelente. —Torino se frotó las manos mientras intentaba tragarse las últimas migajas del excitante que acababa de tomarse.

—Veamos —prosiguió Jochen—, la parte técnica e informática ya está a punto. A ti te corresponde el treinta por ciento del voto final, a los espectadores del estudio les corresponde también el treinta por ciento y los votos de la gente que apueste desde su casa por Internet sumarán el cuarenta por ciento restante. Para votar *online* tienen que meterse en el portal, estar registrados y haber pagado los diez euros con tarjeta de crédito. —Jochen esbozó una sonrisa burlona—. Ya hemos hecho una buena caja con la cuota para votar. Tenemos unos cincuenta mil fans, y según nuestros cálculos esta noche alcanzaremos los setenta mil.

—¿Arte verdadero? ¡Solo si da dinero! —sentenció Torino.

—Y ahora el *setup* del estudio —dijo Jochen, y jugueteó con los cordones de la capucha de su sudadera negra—. Lo hemos organizado como si se tratara de un examen, con castigo incluido para las perdedoras. Los chicos de la televisión privada lo llaman *Cielo e infierno*, pero vamos por partes.

Jochen señaló la tribuna que presidía el estudio.

—Esa es la pasarela donde las chicas se exhiben. Se contonean hacia la cámara, mueven el trasero, responden a las preguntas y promueven su candidatura.

—Con los porcentajes que acabas de decirme, ¿no? Treinta, treinta y cuarenta —preguntó Torino.

—Eso es. —Jochen asintió—. Acompáñame por aquí.

Los hombres se aproximaron a la pasarela, que se alzaba sobre un gran depósito ocultado por unas cortinas.

—¿Y eso? ¿Qué hay ahí debajo?

—No nos precipitemos —dijo Jochen, y la emoción hizo brillar sus ojos saltones—. Mira ahí —Jochen se detuvo y extendió un brazo para señalar la pasarela—, verás que dos marcas para los pies señalan un punto de la pasarela. Las gatitas tienen que estar ahí cuando se tome la decisión. —Hizo una elocuente pausa y volvió a tironear de los cordones de su capucha—. Si el dictamen es *up*, baja de ahí arriba una especie de columpio sujetado por hilos transparentes y decorado con alas de ángel en el que

la fulana se sienta para que la eleven a los cielos, al Shebayolimpo, por así decirlo. — Jochen hizo una señal al técnico—. Oye, ¿podéis soltar ahora el columpio? Gracias.

El trono alado descendió del techo del estudio produciendo un leve zumbido. Su aparición iba acompañada por acordes épico-sacrales.

—Qué monada —dijo Torino—. Esto habrá pasado controles de seguridad y esas cosas, ¿no?

—Piénsalo bien —repuso Jochen—, son tres metros de nada. Y si preguntas te expones a recibir respuestas. Es mejor no preguntar. Si de todas maneras no va a pasar nada.

Torino alzó la vista con aire escéptico para examinar la cúpula del estudio a la que ahora regresaba el columpio olímpico.

—Y ahora viene lo mejor —prosiguió Jochen—. Porque el veredicto también puede ser *out*. Y si dicen *out*, no le va tan bien a la fulana.

Jochen se separó unos pasos de la pasarela.

—Si el resultado es *up*, asciende al cielo del estudio en el columpio alado, como acabas de ver. Pero si es *out* —Jochen bajó la voz— se abre la trampilla que ves ahí y la gatita aterriza en el piso de abajo, en ese barro iluminado por focos rojos: el infierno.

Hizo otra señal al técnico.

—Por favor, poned la música y encended los focos.

Sonó una música dramático-diabólica, como si el Rey Brujo de Angmar saliera galopando de Minas Morgul seguido por su ejército de espectros. Torino miró hacia abajo y, en efecto, vio una piscina de lodo bañada por una intensa luz roja.

—La piscina de barro es de dos metros de profundidad, completamente segura, nadie puede romperse nada —apuntó rápidamente Jochen—. Esa es la razón por la que la pasarela está tan alta. Luego descurremos la cortina que tapa el contenedor, claro está —dijo señalando hacia abajo—, y así todos los espectadores podrán ver a las fulanas a través del cristal gimiendo y rebozándose en la mugre.

—Va a ser la bomba —dijo Torino dando a Jochen palmaditas en la espalda—. Y todo en un día y medio. Buen trabajo. ¿Cuándo comenzamos?

—Dentro de dos horas —respondió Jochen—. ¡Y aún nos quedan muchas cosas que hacer!

EL DIRECTOR DEL INTERNADO escuchó la historia de Vladimir, pero hizo caso omiso de su denuncia. No era inusual que los niños presentaran quejas, también sobre abusos sexuales por parte de los celadores. En lo esencial, el director no le daba importancia a esos asuntos. Pero lo poco que le quedaba de conciencia lo obligó a preguntarse si debía tolerar algo así.

Conocía a Ingo M. Al fin y al cabo, lo había contratado él porque parecía un tipo capaz de mantener a los internos a raya. También había constatado que, lamentablemente, disfrutaba de lo lindo pegando a los niños. Y eso ya no le hacía gracia. Pero siempre era necesario hacer concesiones. Con la santurrón que antes dirigía el internado, un tipo como él jamás habría conseguido el trabajo; aquella mujer tendía hacia la pedagogía blanda. Con él, en cambio, imperaban de nuevo el orden y la disciplina, no la anarquía como antes.

La historia que el pálido y aterrado Vladimir le había contado era probablemente cierta. El director resolvió hablar con el celador, pero no estaba dispuesto a despedirlo. Suponía mucho papeleo. E Ingo M. dirigiría seguramente contra él toda su artillería: abogados, magistratura laboral y todo lo demás. Y después tendría que emplear a otro que quizás se revelara como un blandengue sin la dureza necesaria para soltar la mano de vez en cuando, como hacía Ingo M.; lo cual contravenía las normas, cierto, pero era imprescindible en un lugar como aquel. En la jaula de las fieras no sirven de nada las buenas palabras, y el único lenguaje que entendían aquellos golfos era el de la violencia. Eran gentuza, y la mayoría acabaría de todas formas en la delincuencia. Habría sido mejor que no existieran. Pero entonces tampoco sería necesario su trabajo como director. Mala idea.

Vladimir abandonó el despacho del director.

«Hablaré con el celador», le había dicho el hombre. Luego le había señalado la puerta. «Si no te encuentras bien, acude a la enfermería».

Así que el director hablaría con Ingo. ¿De qué iba a servir? ¿Iba a dejarlo Ingo tranquilo por eso? ¿Era el director lo suficientemente poderoso?

Algo le decía que aquello no iba a servir de nada.

Algo le decía que solo sería diferente.

«¿El ninja?».

Una idea comenzó a cobrar forma en su cabeza. Un pensamiento negro, poderoso, malo. Algo en su interior resolvió hacer algo grande.

Iba a matar a Ingo.

—¿Qué te has creído, mocososo chupapollas?

Vladimir recibió un puñetazo en la cara. Paladeó la sangre que brotaba de su boca. El sabor se mezcló con el fricasé de gallina que acababan de cenar. Ingo se sentó a horcajadas sobre el niño, aplastándole con las rodillas los brazos contra el suelo de hormigón. Estaban en la lavandería, donde ese día, un sábado, nadie trabajaba.

—Corres al director para hablarle mal de mí, ¿eh? ¿Así es como me agradeces todo lo que he hecho por ti, hijo de perra? ¿Así me agradeces que te invite a ver películas?

Otro puñetazo. Un dolor punzante, un espantoso crujido. La garganta se le llenó de sangre. Le había roto la nariz.

Ingo M. no tenía miedo. Luego diría que Vladimir se había peleado con otro chico. Antes golpearía también al otro muchacho para que todo pareciera una pelea entre internos.

Vladimir entreabrió los párpados y contempló con los ojos empañados en lágrimas el abultado rostro de Ingo, que miraba hacia abajo con el gesto desfigurado por la ira.

«La violencia es contagiosa. Damos lo que hemos recibido».

—Hazlo otra vez y sabrás de verdad lo que es bueno —dijo Ingo inclinándose sobre él. Vladimir volvió a oler su apestoso aliento—. Lo de hoy te parecerá el paraíso en comparación con lo que voy a hacerte si te vas otra vez de la lengua.

Ingo abrió la boca de Vladimir apretándole violentamente la mandíbula y dejó caer despacio un repugnante y pegajoso hilo de saliva y flema en la garganta del chico.

Vladimir sintió arcadas cuando la baba rodó por su garganta, pero Ingo le cerró brutalmente la boca.

—Esto es para ti —dijo—, un regalito que te hago.

«La violencia es contagiosa».

Vladimir apenas podía respirar. Las arcadas convulsionaron su cuerpo al percibir la saliva de Ingo en su boca, el sabor del fricasé de gallina, la sangre y la putrefacción. Y la mano que le cerraba brutalmente la boca le producía un dolor atroz.

Y entonces algo se despertó en Vladimir. Algo grande, negro, incontrolable. ¿*El ninja*? Algo en él, algo en su favor.

Vladimir levantó rápida e inesperadamente la cabeza. Su frente golpeó la nariz de su torturador. La cabeza de Ingo salió despedida hacia atrás y el celador lanzó un grito sofocado de dolor. Luego recuperó el control sobre sí mismo y miró a Vladimir con una mezcla de odio y sorpresa, mientras la sangre le brotaba del labio. Su desconcierto era tal que retiró la mano de la boca del chico.

Vladimir escupió la saliva. Tenía miedo de la reacción de su oponente, que sin duda llegaría de un momento a otro; tenía miedo del puñetazo, del dolor. Pero algo

más fuerte que él lo dominaba.

Algo negro, grande.

El otro.

El extraño.

El *mal*.

—Voy a matarte, maricón de mierda —dijo Ingo, y alzó de nuevo la mano.

Vladimir le sostuvo fríamente la mirada.

—No puedes matar a quien ya está muerto.

Ingo titubeó un instante; luego el chico sintió el golpe, el segundo puñetazo sobre su nariz rota. Gritó de dolor cuando se le desplazaron los huesos. Vio centellear estrellas ante sus ojos.

Ingo se limpió la sangre de la cara y miró con odio a su víctima.

—Más te valdría no haberme conocido.

Medio inconsciente, a través de una cortina de lágrimas y sangre, Vladimir miró el abultado rostro de Ingo, que seguía sentado a horcajadas sobre él.

—Sí —consiguió decir—. Para ti, sin embargo, habría sido *aún* mejor.

Con el último golpe, Vladimir perdió el conocimiento.

JULIA VOLVIÓ A MIRAR EL CORREO que antes había aparecido en su bandeja de entrada. El mensaje diferente.

«Hay algo muy especial en tu mirada. Me pregunto si los demás usuarios se han dado cuenta».

Julia observó un instante sus ojos en el retrato que había subido a su cuenta en Dategate. Luego echó una ojeada a la información asociada al perfil del remitente. Tommy, treinta y dos años, rubio, atlético; tenía buen aspecto. Al lado, una foto suya en la piscina. «Qué buen tipo. Espero que no sea un impostor». Siguió leyendo. Domicilio: Berlín, Prenzlauer Berg. Profesión: empresario.

«Ya, empresario —pensó Julia—. Ya he tenido a uno de estos. O bien nunca está en casa porque se pasa el día trabajando o (lo que es más probable) está en paro. Pero, en fin, démosle una oportunidad».

Tecléo una respuesta.

«Y ¿qué es exactamente lo que ves en mi mirada?».

Transcurrieron dos minutos.

«Veo en ella un extraño silencio».

Sus palabras avivaron aún más la curiosidad de Julia.

«¿Qué clase de silencio?».

Esta vez la respuesta llegó enseguida.

«Como si hubieras roto con algo que en tu fuero interno, sin embargo, aún no ha acabado. Y también aprecio una fuerza que, de alguna manera, intenta ocultar tu vulnerabilidad».

¿La conocía de algo? ¿Sabía lo de su último novio? Julia restauró la pantalla de Facebook y buscó a un tal Tommy en Prenzlauer Berg. Enseguida apareció su perfil. Incluso tenían cuatro amigos en común, pero nunca antes habían estado conectados. Luego introdujo su nombre completo en Xing. Allí encontró otra fotografía suya, vestido con un traje negro, delante de un rascacielos. «Propietario», decía. Y debajo, la empresa: Corvinus Capital. Julia clicó en la pestaña «busco», como era habitual en Xing.

«Busco: socios, coinversores, proyectos interesantes en el campo de las energías renovables, la biotécnica y la tecnología».

Arqueó las cejas. El chico parecía tener la cabeza bien amueblada.

Julia se preguntó de qué clase de vulnerabilidades estaba hablando.

«¿A qué te refieres cuando hablas de vulnerabilidad?».

Esta vez la respuesta tardó un minuto en llegar.

«Te han hecho daño. Alguien, un hombre que era importante para ti. Porque el amor, ¿qué es? Pues encontrar a tu media naranja, la que has perdido, para volver a

ser enteramente tú mismo. Lo has intentado. Y sigues intentándolo. ¿Tengo razón?».

El imbécil del Bentley imaginario tampoco había sido tan importante para Julia, pero sí que la había decepcionado, desde luego. ¿Y lo de la media naranja? ¿Acaso no la buscaba todo el mundo?

Respondió:

«Sí. Continúa».

Al poco, la respuesta.

«Has dado a esa persona acceso a tu más íntimo yo, a tu interioridad, y ella te ha hecho daño ahí, precisamente, por dentro. Desde entonces ocultas y proteges tu verdadera interioridad, para que nadie vuelva a hacerte daño. Y eso te hace fuerte, pero también inaccesible, ¿no te parece?».

La joven tecleó: «Probablemente tengas razón».

Transcurrió medio minuto. Luego leyó:

«Espero que encuentres a alguien a quien puedas abrirte enteramente, sin miedo. No solo para que te comprenda, sino para que compartáis la vida. Solo entonces encontrarás a tu media naranja, la que incesantemente buscas. Y en eso consiste la felicidad verdadera. Eso es el amor».

Era un hombre realmente especial. Y todavía no había mencionado ni una sola vez la posibilidad de concertar una cita. Había conseguido despertar su interés. Julia escribió:

«Me conoces, a pesar de que nunca nos hemos visto».

Él: «Te digo sencillamente lo que siento al contemplar tu cara».

Ella: «Tal vez podamos hablar algún día por teléfono».

La respuesta fue: «Claro que podemos. Este es mi número de teléfono».

EL SHOW LLEVABA VEINTE MINUTOS en antena. Algunas de las candidatas ya habían aterrizado en el barro, dos habían ascendido al Shebayolimpo.

Albert Torino recorría las filas de espectadores masculinos para mantener breves conversaciones con ellos.

—¿Tienes novia? —preguntó a un joven con la cara llena de granos y el pelo engominado hacia atrás.

—Qué va —respondió—. ¿Para qué?

Torino se quedó algo perplejo con la pregunta del espectador.

—¿Y por qué no ibas a tenerla?

—Para engañar a alguien, ya me tengo a mí mismo —dijo el joven de las espinillas—. Pero, cuando quiero una mujer, voy al puticlub.

Torino arqueó las cejas.

—¡Ajá! —exclamó—. Un tipo pragmático. —Miró expectante al chaval lleno de granos—. Pues esta noche puede que nuestro pragmático amigo no tenga que pagar nada por la compañía. ¿Qué te parece esta?

El presentador caminó hacia el escenario, donde la siguiente candidata ya había ocupado su puesto y esperaba nerviosa a Torino. Tenía mucho contorno de pecho y llevaba un vestido manifiestamente estrecho que parecía a punto de explotar.

—No es mi tipo —dijo el muchacho con acné negando con la cabeza—. Está gorda. Y de cara es más bien fea.

—Pues, en efecto, no parece *miss* Huelga de Hambre —sentenció Torino, y mientras subía a la tribuna leyó su tarjeta—. Tú eres Susi, ¿verdad?

La mujer asintió y, dirigiéndose al muchacho, gritó:

—¡Y no estoy gorda, cara de cráter!

Cara de Cráter le respondió vociferando, pero hacía tiempo que no tenía micrófono.

—Tranqui, Susi, tranqui —dijo Torino—. ¿Qué tal andan las gemelas?

—¿Qué gemelas? —repuso Susi, despistada. Sin embargo, en cuanto siguió la dirección de su mirada, comprendió a qué se refería—. ¡Ah! Las gemelas —dijo con una sonrisa insegura—. Los tíos no les quitan la vista de encima.

—Salvo el putero de la segunda fila —repuso Torino—. Y el vestidito que llevas... —Examinó con aire de reproche el escaso pedazo de tela que hacía las veces de vestido, e hizo el ademán de arrojarse al suelo para ponerse a cubierto—. ¿Para qué sirve eso en realidad? ¿Es un vestido o mide la tensión arterial?

Sonoras risotadas. Había llegado el turno de los espectadores, que podían hacerle preguntas. Antes de que Susi pudiera responder, Torino se aproximó con un micrófono en la mano a la fila que también ocupaba Cara de Cráter, el cual, ya sin

micrófono, berreaba obscenidades en el estudio. Torino se detuvo junto a un joven con el pelo negro y corto.

—¿Cómo te llamas? ¿De dónde eres?

—Ronny, me llamo Ronny. Soy de Märkischen Viertel. —Y puso una sonrisa burlona.

—¿Y qué te parece nuestra Susi?

—Está muy bien. Sobre todo la pechuga. Yo le cogía una de esas te... —Jochen le hizo a Torino una señal desde la zona de dirección, mientras se oía un pitido chirriante. «Ah, la censura —asintió Torino—. Una intervención más que tengamos que cortar en directo y nadie podrá sacarnos de la programación de noche».

—¡Desgraciao! —le gritó Susi desde la tribuna, que había oído perfectamente sus palabras pese al pitido—. Yo hago lo que quiero, con quien quiero y cuando quiero.

—¡Léete las condiciones, zorra! —exclamó Ronny—. Tú harás lo que yo te mande.

—No nos precipitemos —intervino Torino—. Antes de ponerle una mano encima, ella tiene que ganar. ¡Y tú también!

—Ah, ¿sí? Pues esa es para mí —repuso Ronny con obstinación, y vociferó hacia Susi—: Cuando acabe contigo, vas a salir andando al estilo John Wayne. —Se acercó a la tribuna y dio unos pasos con las piernas separadas junto a la pasarela.

Torino se quedó atónito.

—Jamás habría pensado que un tipo como tú conociera a John Wayne —dijo con aire meditativo.

Ronny hizo amago de responder, pero ya le habían desconectado el micrófono.

—¿*Up* o *out*? —preguntó Torino dirigiéndose a todos los espectadores. La mayoría votó *up*. Torino también—. Has tenido suerte, *miss* Morcilla —dijo en dirección a Susi—. Pero ponte luego otra cosa. No creo que estemos asegurados contra impactos de pedazos de tela que salen disparados a la velocidad del sonido.

—¡Qué idiotas son los hombres!

Mientras el columpio alado la ascendía a los cielos del estudio, en el rostro de Susi se apreciaba un extraño rictus, mezcla de enfado por las chanzas y de alivio por haber pasado la prueba.

La siguiente candidata hizo su aparición, Sonja: rubia, elegante y frágil. Y un gordo de Lichtenberg que dijo llamarse «Bolita» y que pesaba no menos de ciento veinte kilos dio a entender a Torino que Sonja era la mujer de sus sueños y que tras su primera noche juntos se casaría con ella. A Sonja no parecía entusiasmarle la idea.

—Estoy enamorado —dijo Bolita.

—Tú no estás enamorado —intervino Torino—. Estás como una regadera. Y como una foca, todo hay que decirlo.

Torino había comprobado que darles caña también a los espectadores masculinos tenía muy buena acogida. «A fin de cuentas, los perdedores se odian tanto entre sí que disfrutan de lo lindo cuando dejan en evidencia a uno de ellos». Y los gladiadores

romanos también arrojaban a veces sus espadas al público, y en más de una ocasión la diñaba uno de los espectadores. «¿Y qué? A la gente le gusta. Y nosotros tenemos que darles lo que quieren».

—¡No, estoy enamorado de Sonja! —insistió Bolita—. Lo que siento no se me va a pasar en una noche, ¡es mucho más serio!

Torino asintió.

—No lo dudo. Que con tus ciento cuarenta kilos quieras cabalgar sobre una mujer es algo muy serio. Para la chica, vamos, porque lo más probable es que no salga viva.

Bolita quiso responder, pero ya le habían quitado el micrófono de las manos.

—*Out!* —exclamó Torino, y bajó el pulgar en dirección a Sonja como un Nerón del siglo XXI para fastidiar a Bolita. También fue *out* el veredicto del TED. La trampilla sobre la que se erguía la chica se abrió y Sonja aterrizó gritando en la fosa de lodo.

JULIA MARCÓ EL TELÉFONO DE TOMMY y sintió que se le aceleraba el corazón.

—Tommy al habla —dijo la voz—. Estoy conduciendo, no te extrañes por los ruidos de fondo, es el tráfico. —Una voz pausada, profunda, sonora; muy agradable. La mayoría de los chicos con los que se había citado estaban nerviosos, hablaban demasiado alto o precipitadamente porque querían hacer gala de sus méritos en tres frases, o disculparse por algo: «Oye, perdona, voy a llegar cuatro minutos tarde, acabo de salir del metro, los cristales de las ventanas estaban llenos de grafitis, así que no he reconocido la estación y me he bajado en la siguiente. He tenido que dar la vuelta y, claro, llego un poco tarde, pero...».

Esta conversación había sido breve. «Tommy al habla». Claro y conciso. Y luego la mención del tráfico. Iba conduciendo. ¿Por motivos de trabajo?

—Hola, Tommy, soy Julia. —Titubeó unos segundos, buscando algo inteligente que decir para introducir la conversación. Como no se le ocurría nada, se limitó a decir—: ¿Qué tal?

—Tenía razón —dijo él en lugar de responder—. En tu voz también se aprecian las facetas que te hacen tan interesante.

Aquellas palabras agradaron a Julia. Resolvió decir solo lo imprescindible y escucharlo.

—¿Qué facetas?

—Eres versátil, inteligente y extraordinaria. También muy cordial, y cuando alguien se gana tu confianza, te muestras como la persona maravillosa que eres. Y además eres muy atractiva. Una mujer a la que admirar y desear. —Introdujo una pausa—. Y todas esas facetas tuyas se perciben en tu voz.

—Eres un encanto —dijo Julia—. ¿Cuándo te vendría bien que nos viéramos?

—¿A finales de la semana que viene? Antes me va a ser imposible.

—Entonces, ¿hablamos más adelante?

—Claro. Lo lamento, ahora tengo que colgar, estoy recibiendo por la otra línea una llamada que tengo que aceptar.

—¿Siempre al pie del cañón?

—De momento, es todo algo estresante. Debo cerrar varios acuerdos a la vez. Pero la semana que viene no tengo tanto trabajo, ya hablaremos de ello cuando nos veamos, si quieres, claro.

—Desde luego —dijo Julia—. Ha sido agradable hablar contigo. Tengo ganas de verte.

—Y yo a ti. Que te vaya bien.

Julia colgó el teléfono, volvió a mirar la foto de Tommy en Dategate y Xing, y sonrió.

También el hombre colgó el teléfono. La sonrisa que había tenido que forzar para dotar a su voz de calidez desapareció bruscamente. Un instante después de presionar la tecla del teléfono móvil y poner fin a la conversación, el rictus de su boca cayó en picado, como si dos pesas arrastraran hacia abajo la comisura de sus labios.

Tras las gafas de acero inoxidable mate, su rostro volvió a ser el de siempre, una máscara fría e impenetrable que no revelaba nada y todo lo escondía, mientras los faros de su coche cortaban la oscuridad bañada por la lluvia.

ATARDECÍA, Y EL CIELO SEGUÍA TAN GRIS y encapotado como el fondo del monitor en el que Clara iba a redactar el informe de la investigación. Sonó el teléfono. Poco antes la había llamado Bellmann, el jefe de la LKA de Berlín, por el teléfono móvil desde las jornadas en Wiesbaden. Le había agradecido escuetamente su diligencia en el caso del Hombre Lobo y había pasado rápidamente a asuntos más actuales.

—¿Cómo es posible que un cadáver pase seis meses en un piso sin que nadie se dé cuenta? —había preguntado.

—Porque la mayoría de la gente se comunica hoy en día por Internet. Es decir: quien está vivo en la red, también lo está en la vida real, aunque lleve meses muerto —había respondido Clara.

Bellmann había suspirado y guardado silencio durante unos segundos.

—¿En qué clase de mundo enfermo vivimos? —había murmurado después, como si no supiera qué decir, lo que en su caso era muy infrecuente.

—En uno enfermo, muy muy enfermo —había respondido Clara.

—Atrape a ese chiflado —había dicho para despedirse—. En el mundo *real*.

Ahora el teléfono volvía a sonar.

—Vidalis al habla.

—Weinstein. Hay novedades.

Clara cogió un bolígrafo y sacó un folio del cajón.

—Soy toda oídos.

—Hemos examinado hasta ahora unos treinta escarabajos. En casi todos solo hemos encontrado el ADN de Jasmin Peters o Jakob Kürten.

—¿En *casi* todos? ¿Qué quiere decir? —preguntó Clara, y comenzó a irritarse una vez más por la inclinación de su colega a la prolijidad en las explicaciones.

—En uno de ellos hemos encontrado el ADN de una persona hasta ahora no identificada. Es posible que ese escarabajo ya estuviera muerto y que el ADN sea mucho más antiguo. Pero para saberlo tenemos que examinar el estado de descomposición del caparazón de quinina, y aún no hemos llevado a cabo el análisis.

—¿La prueba del carbono catorce? —preguntó Clara.

—La datación por radiocarbono es en este caso inadecuada, solo funciona a partir de trescientos años; para esto es necesario llevar a cabo un análisis bioquímico.

Clara inspiró profundamente. «¿La primera víctima? ¿La número uno? ¿Podría ser tan sencillo?».

—¿Podemos identificar el ADN?

—Depende del tiempo que haya transcurrido —respondió Von Weinstein—. Podemos recorrer los hospitales, como con Kürten, pero esta vez tendríamos que trabajar con mucha más exhaustividad. Y tampoco podríamos esperar nada del banco

de datos de la BKA. No lleva funcionando más que unos meses.

—¿Concretando? —preguntó Clara.

—Las clínicas almacenan datos de ADN en cada donación y análisis de sangre. Eso es lo que nos serviría de contraste.

—¿Cuánto tiempo nos llevaría?

—De nuevo, depende. Depende de lo buenos que sean los bancos de datos y de lo antigua que sea la prueba de ADN —dijo Von Weinstein—. Es probable que tardáramos semanas en identificarlo. Mire, aquí lo importante es pensar si esta pista merece semejante despliegue de medios. Cuanto más nos remonte este ADN al pasado, más se parece todo a encontrar una aguja en un pajar.

—Genial —dijo Clara desilusionada—. Pero al menos tenemos algo. Muchas gracias por todo. ¿Puede enviarnos un informe?

—Ya está en camino —dijo Von Weinstein.

EL PRIMER FRAGMENTO del mundo de Vladimir había quedado destruido con la muerte de sus padres. Entonces tenía diez años.

El segundo se derrumbó cuando Ingo M. lo ensució y maltrató sexualmente. A los doce años de edad.

El tercero se vino abajo con la desaparición de su hermana Elisabeth; Elisabeth, la única persona con la que aún podía contar y en la que confiaba enteramente. Tenía entonces trece años.

Elisabeth desapareció porque hacía lo que la mayoría de las chicas al cumplir los quince o los dieciséis años.

Porque tenía un novio, su primer novio.

Se llamaba Tobias. Era rubio, como Vladimir, y casi de la misma altura. Lisa — como llamaban a Elisabeth en el internado— lo veía a menudo. Paseaban juntos por el patio, pero a veces también se iban a pasear al bosque.

«¿Y qué hacían allí?».

Vladimir lo sospechaba. Lo temía.

Porque no solamente iba a perder a su hermana por culpa de Tobias. Era mucho, mucho peor. El tal Tobias haría con su hermana las mismas cosas sucias que Ingo había hecho con él. Le clavaría a Elisabeth su *cosa*, la poseería, la ensuciaría, la destruiría.

Debía impedirlo.

Vladimir intentó hablar con su hermana, pero ella no quiso escucharlo.

—Vlad, basta ya de sacar las cosas de quicio —le había dicho—. ¿Qué te pasa?

—Lo que haces no está bien, ¡no está bien!

—Pero ¿de qué estás hablando? ¿Te has vuelto loco? Cuando llegas a cierta edad, a los chicos dejan de parecerles tontas las chicas, y al revés. Es normal.

—Pero no está bien que vayas con él al bosque.

—¿Qué eres ahora, el guardián de la moral? Pero ¡si es lo más natural del mundo!

—Pero ¡yo soy tu hermano!

—Y Tobias mi novio. ¡Y tú no eres mi marido! ¡Madura un poco!

Era inútil. Tendría que solucionar el problema por otra vía.

«¿El ninja?».

Vladimir conocía la lavandería del sótano desde antes de su encuentro con Ingo. Y sabía que la cocina y las cámaras frigoríficas estaban casi al lado. También había un taller en el internado donde siempre veía un martillo muy grande. Vladimir sabía además que Tobias bajaba a menudo a la lavandería para fumar a escondidas en los

servicios del sótano.

«Le clavaré su cosa a mi hermana, como una de esas avispas que ponen los huevos. Y entonces ya no será mi hermana. Si ella no lo impide, tengo que hacerlo yo».

Su vida era incesantemente asaltada y penetrada por cosas terribles.

El tronco en el coche.

Ingo en él.

¿Y ahora Tobias en Elisabeth?

¡No!

Cuando esta vez Tobias apagó el cigarrillo y tiró de la cadena del váter en el que había arrojado la colilla, oyó la respiración de alguien y pasos sofocados. Antes de que pudiera volverse, vio por el rabillo del ojo que alguien se acercaba, ágil y rápido como una sombra.

Luego sintió un dolor atroz.

Y todo se oscureció.

Para siempre.

Vladimir envolvió el cadáver de Tobias con un plástico negro y lo escondió en el fondo de uno de los grandes arcones frigoríficos de la cocina del internado.

También había robado una sierra del taller. Y ahora bajaba todas las noches al sótano y cortaba con ella pedazos del cadáver congelado de Tobias, que luego hacía desaparecer por el váter. Había varios váteres seguidos en los servicios del sótano. Siempre un pedazo por váter. Tardó mucho tiempo en deshacerse del cadáver. Era difícil de creer la cantidad de materia que tenía un ser humano, y lo complicado que era serrar carne y huesos congelados. Pero el frío era algo limpio. Apenas dejaba restos de sangre o huellas.

«Se le ha helado la sangre en las venas —pensó Vladimir—. Es lo que le ocurre a quien quiere hacerle cosas sucias a mi hermana».

No había sangre. No había cadáver. No había delito.

Los fragmentos de Tobias se derretirían poco a poco por las alcantarillas.

Pero sería imposible reunir las piezas del cadáver. Estarían demasiado lejos las unas de las otras.

Y para cuando se descubriera todo, también Vladimir estaría lejos.

EL INFORME DE LOS FORENSES había llegado. El ADN encontrado en el escarabajo que llevaba ya algún tiempo muerto era de una mujer, pero el primer análisis no había arrojado ninguna identificación.

—Con estos datos apenas podemos hacer nada —dijo Clara decepcionada.

—Depende de cómo se mire —repuso Winterfeld—. La idea de examinar los escarabajos ha dado un resultado; un resultado pequeño, cierto, pero resultado al fin y al cabo. Lamentablemente, no tenemos la certeza de que este ADN pertenezca a alguien relacionado con el asesino. ¿Qué sugieren ustedes que hagamos con esto?

Clara mordisqueaba el extremo del lápiz.

—Me temo que no nos queda más remedio que dar ese gran rodeo —dijo Clara. Estaba en el despacho de Winterfeld comentando los resultados de su informe. Hermann y MacDeath también habían asistido a la reunión. Todos estaban sentados a la mesa de conferencias—. Quiero decir: tenemos que ir a todos los hospitales, primero a los locales, después a los de fuera de Berlín, y rezar para que ese ADN haya sido almacenado en alguna parte.

Winterfeld se mesó muy lentamente el cabello, como si estuviera esforzándose por asimilar el pozo sin fondo en el que comenzaba a convertirse el caso.

—¿Durante cuánto tiempo guardan los hospitales el ADN? —preguntó.

—Treinta años —repuso Clara.

—Pero muchos datos, me imagino, no estarán almacenados *digitalmente* —dijo Winterfeld—, y para contrastarlos con nuestro ADN no bastará con apretar un botón, sino que todo será probablemente muy engorroso: acudir a carpetas archivadas y cosas semejantes, ¿no?

—Me temo que sí. —Clara hojeó una de las copias del informe forense—. Contamos también con la iniciativa de la BKA y el Ministerio de Salud, inspirada en la base de datos CODIS del FBI, consistente en reunir todos esos datos y hacerlos accesibles a la tecnología informática. Identificamos el ADN de Kürten por esa vía. Pero me temo que en este caso no será tan fácil. Vamos a tener que proceder analógica y no digitalmente.

—Estupendo —dijo Winterfeld—. El asesino es un *crack* en tecnología informática y aquí en la LKA tenemos que hundir la cabeza en pilas y pilas de archivadores con hojas amarillentas.

—Así se han hecho siempre las cosas hasta hace bien poco —intervino Hermann.

—Cuando quiera conocer tu opinión, Hermann, ya te la pediré —bufó Winterfeld. Este se había llevado a Hermann de Hamburgo para que trabajara con él. Y aunque a primera vista no tenían nada en común, eran inseparables. Y, naturalmente, Hermann tenía razón.

—Seamos serios —dijo Winterfeld, y miró a Clara—. Tenemos un ADN que posiblemente no está almacenado digitalmente en ninguna parte. ¿Y ese es el único punto de partida que tenemos en esta investigación?

—Me temo que así es —respondió Clara—. No existe ningún círculo de sospechosos, ningún rasgo o característica que nos sirva de guía, conductores de un Golf negro, por ejemplo, o cualquier otra cosa. Si tuviéramos algo así, podríamos definir un círculo de sospechosos y apoyarnos en ese dato para hacer pruebas de saliva. Pero no lo tenemos.

—De acuerdo —dijo Winterfeld—. Comprobaremos por la vía oficial rápida si en las clínicas berlinesas encontramos algo, pero ampliar la búsqueda a toda Alemania queda descartado, a menos que hallemos algún otro indicio que justifique semejante acción. —Miró a Clara a los ojos—. Sabe muy bien que no soy un burócrata, pero la probabilidad de averiguar algo por este camino es casi nula. Y emprender semejante búsqueda a nivel nacional llevaría meses.

—¿Por las clínicas de Berlín, entonces? —preguntó Clara.

—Sí —dijo Winterfeld—. La idea era buena, pero si este ADN es demasiado antiguo, dudo mucho que encontremos algo.

Clara se sentía decepcionada, pero sabía que Winterfeld tenía razón. ¿Un ADN entre millones de cadenas genéticas posibles, y todo sin registros informáticos? Era más difícil ganar en la lotería. Pero Clara no perdía la esperanza de que el asesinato, en el caso de que se tratara del ADN de una víctima, no hubiera sido cometido demasiado tiempo atrás.

Winterfeld apartó el informe forense y prosiguió.

—Siguen trabajando en Internet, ¿verdad?

Clara asintió.

—A toda máquina.

—Bien. ¿Qué más tenemos?

—He reflexionado sobre los motivos del asesino —dijo Clara—. Y sobre su tendencia a compartir y comunicar sus asesinatos.

—¿Y a qué conclusiones ha llegado? —preguntó Winterfeld. También Hermann se inclinó hacia delante, interesado en la respuesta.

—Sospecho que vamos a ver más puestas en escena de sus asesinatos. Y quizás no solo grabaciones destinadas a nosotros y guardadas en un CD —miró a MacDeath—, sino en plataformas con mayor difusión.

—¿Se refiere a Internet?

—Es muy posible. Por lo visto, le gustan las películas, y parece tener un gran dominio de la tecnología informática. En el caso de Jasmin Peters, averiguó que la foto de su perfil había sido tomada en Fuerteventura comparándola con miles de fotos de playas en Internet.

—En efecto —corroboró Hermann—. Tonto no es, desde luego.

Clara prosiguió.

—No sería raro que ya haya colgado en la red cosas de las que nosotros nada sabemos. Si consiguiéramos acceder a ellas, no solamente podríamos seguirle la pista, sino que incluso puede que impidiéramos su próximo asesinato. —Se volvió hacia Hermann—. ¿Qué tal va vuestro trabajo?

—Hemos peinado las páginas usuales de sadomasoquismo, chats, portales de contactos (convencionales y exóticos) y varias plataformas de vídeos apoyándonos en diversos términos de búsqueda.

—¿Y?

—Nada, hasta ahora.

MacDeath pareció despabilarse.

—Nuestro hombre solo ha enviado dos mensajes hasta la fecha. Ambos dirigidos a la inspectora Clara Vidalis. —«Gracias por recordármelo», pensó Clara—. Parece preferir las manifestaciones en el ámbito personal a... —MacDeath se tomó tiempo para encontrar las palabras adecuadas— a «predicar a las masas», digamos.

Winterfeld hojeó el informe de la investigación.

—Puede que eso sea verdad, pero lo que nosotros necesitamos para llevar adelante la investigación es un punto de partida, y no lo tenemos. Este tipo se llama a sí mismo el Sin Nombre, y lo es, en efecto. Quizás Clara tenga razón. Si se mueve en la red, es posible que anuncie en algún círculo lo que va a hacer, que se pavonee de lo que ha hecho en algún foro o que se delate a sí mismo de algún otro modo. Como ese carnicero de mujeres que atraparon hace poco: hablaba en Facebook de cada uno de sus asesinatos.

—¿Se refiere a ese loco de Bodenfeld que se pavoneaba entre sus amigos sin falta, tras cada asesinato, preferiblemente a través de la aplicación de Facebook del móvil, para que la policía supiera en el acto dónde se encontraba? —intervino Clara—. Me temo que nuestro asesino no es tan tonto. Solo deja mensajes en las cuentas de sus víctimas y desde sus ordenadores. Y, en efecto, de momento *no tiene nombre*. —Clara miró a Hermann—. ¿Y la posibilidad de que se mueva en redes y foros a los que no accede cualquiera? ¿Es decir, mucho más exóticos que Dategate?

—Estoy en ello —dijo Hermann—. Pero no he encontrado nada. Hasta ahora, al menos. Hemos creado alertas en Google y otros buscadores con los términos que suele utilizar. «No soy la primera. No soy la última. Ya estoy muerta. El caos continúa. El Sin Nombre, el extraño, la noche, la muerte...», todo eso. Pero hasta ahora no hemos encontrado nada prometedor. Salvo la correspondencia con las víctimas que ya conocemos.

—¿Y si quisiéramos buscar en círculos más selectos? ¿Al margen de los buscadores al uso?

—Habría que hacerlo, pero llevará bastante tiempo —respondió Hermann.

—¿Por qué?

—Hay páginas que no aparecen en ningún buscador, desde luego. Los clubes de pedófilos, *girllovers* o como se llamen, se mueven en redes muy complejas y sus

materiales circulan por vías inaccesibles para Google; esa gente programa páginas webs que se apartan completamente de los patrones convencionales. A veces las direcciones son tan largas que ni siquiera caben en una página DIN-A4, o emplean versiones mutiladas del hiper-código, «htp» en lugar de «http», por ejemplo. —Hermann hizo el ademán de meter la mano en la bolsa de ositos de gominola, pero las chuches estaban en su despacho de la IT y no allí. Pese al chasco, continuó—. Google escanea sobre todo la semántica y los fragmentos textuales de la *landing page* de los portales. Las redes de pedófilos sellan la *landing page* con símbolos crípticos y cifras que Google no puede insertar en ningún contexto y que, de hecho, aparecen (cuando aparecen) en la entrada número ochocientos mil de la lista de resultados. Y eso precisamente es lo que pretende esa gente.

—¿De qué datos fiables disponemos sobre esos círculos?

—Los chicos de la brigada contra el vicio podrían escribir novelas sobre esto. El universo de las páginas web con *landing pages* cifradas que trabajan con *frameworks http* abreviados es inmenso. Y lo que se oculta en esas páginas... Aberraciones, un horror. —Hermann miró a Winterfeld—. Walter, tú conoces bien el caso de Hamburgo, ¿no? El de los *freaks* que secuestraron a un bebé de seis meses al que violaron tres hombres, uno detrás de otro, y que luego asesinaron. —Hermann miró a los presentes como si el recuerdo aún lo conmocionara—. Es una historia real.

También Clara recordaba el hecho, que se remontaba a su etapa de servicio en Hamburgo. Tras ver las escenas del crimen, Hermann se había dado a la bebida y había sido alcohólico durante dos años. Afortunadamente, había conseguido reaccionar a tiempo. Ahora no solo estaba limpio, sino que podía permitirse beber de vez en cuando un par de cervezas sin recaer en el alcohol. Quizás era necesario pasar por semejante trago para renacer como policía, un policía mejor, más fuerte, más duro.

«Las cosas que vemos —pensó Clara—. Internet, especialmente. A primera vista, una piedra más en la hermosa calzada del saber. Y, sin embargo, cuando damos la vuelta a una de esas piedras, descubrimos un repugnante caos de excrementos y putrefacción, bichos, gusanos y arañas que se arrastran y corren desordenadamente para volver a ocultarse en cualquier otro lugar». Su trabajo, por desgracia, consistía precisamente en levantar esas piedras.

—¿Procede nuestro asesino de círculos pedófilos? —preguntó Clara dirigiéndose a MacDeath.

Este negó con la cabeza.

—Su *modus operandi* es completamente distinto. Los asesinatos no responden a un motivo primariamente sexual, y las víctimas tenían entre veinte y treinta años. Un grupo que nada tiene que ver con la pedofilia.

—Pero ¿podría utilizar redes informáticas semejantes? —insistió Clara.

Hermann volvió a tomar la palabra.

—Existe la posibilidad de que comparta sus obsesiones en páginas cifradas, como

hacen los círculos de pedófilos.

—Pero ¿para qué iba a hacer eso? —preguntó Winterfeld—. No hay indicios de que pertenezca a ninguna comunidad o club o lo que sea.

—¿Estamos seguros de eso? —preguntó Clara.

—No, no lo sabemos —terció MacDeath—. Pero, en mi opinión, no encaja con su perfil. Más del noventa por ciento de los asesinos en serie trabajan solos. Y a mí este tipo me parece el caso extremo de lobo solitario. —Mordisqueó la patilla de sus gafas—. Y además sigue un código binario.

—Traduzca, por favor —dijo Winterfeld.

—O lo hace para sí mismo y para nosotros —MacDeath miró a Clara—, o salta a lo grande a la luz pública.

—¿Cree usted? —Winterfeld se levantó malhumorado y cogió su paquete de puritos de la mesa—. Bellmann me ha llamado hace apenas media hora. Quiere evitar a toda costa que la prensa se inmiscuya en el caso o que haya filtraciones. Un asesino que opera en Internet y mata mujeres al azar, y la policía no tiene ni la menor idea de quién puede ser: menudo bocado para la prensa. —Winterfeld se pasaba la cajetilla de puritos de una mano a la otra—. «El asesino *online*», o algo similar, lo que nos faltaba... —Suspiró sonoramente—. Si el asesino anuncia alguno de sus planes, tenemos que ser los primeros en enterarnos.

Clara inclinó lentamente la cabeza.

—Seguimos sin saber si se siente inclinado a involucrar a la opinión pública —dijo—. Hasta ahora, solo parece interesado en comunicarse con la LKA, o, mejor dicho, conmigo.

—Ya —dijo Hermann—, pero eso no significa que no se comuniquen con otras personas.

—En el caso de que involucre a mucha gente en este juego, el riesgo que corre es enorme —dijo Clara—. Siempre puede haber filtraciones, y él puede cometer errores. Cuanto más se abra, más puede estrecharse el cerco sobre él. Y, realmente, eso no encaja con su perfil precavido y prudente.

—¡Exacto! —MacDeath se sumó enérgicamente a esta opinión—. Lo que no debe hacernos nunca olvidar lo obvio: que algunas facetas de su personalidad van a representar siempre un obstáculo para su racionalidad y prudencia.

—¿Cuáles en concreto? —preguntó Clara.

—Pues que está loco —dijo MacDeath encogiéndose de hombros—. Y no olvide lo que le he contado esta mañana sobre el ritual del sacrificio y el mensaje que entraña, ¿lo recuerda usted?

A Clara le irritaba el tono didáctico que MacDeath empleaba con ella, sobre todo en presencia de Winterfeld, pero formaba parte de su carácter y no lo hacía de mala fe. Además, por fin caía en la cuenta de lo que MacDeath había querido decirle: aquella mañana le había hablado del aspecto «pedagógico» de los crímenes. El asesino quería aleccionar al mundo, o evidenciar sus imperfecciones, como Charles

Manson con la masacre de Bel Air. A Clara seguía resultándole desafortunada la palabra «pedagógico», pues no veía el lado pedagógico de un asesino que mataba a jóvenes y filmaba los asesinatos, pero quizás se trataba de un concepto de moda entre los forenses.

—Usted ha hablado de su «celo pedagógico» —dijo al fin mirando a MacDeath—. Contempla sus obras en clave épica, la épica de la venganza, o como una obra de arte integral, y quiere llamar nuestra atención sobre algo, o corregirlo, o ambas cosas a la vez.

—Exacto —dijo MacDeath—. De ahí que o bien permanezca callado, o bien quiera causar un gran impacto. —Volvió a ponerse las gafas—. Y ahora se plantea la pregunta de qué clase de pedagogo es: de los que prefieren impartir clases particulares o de los que se ponen las pilas hablando en el auditorio.

—Lo cual para nosotros se traduce, si le he entendido correctamente, en que o bien no vamos a enterarnos de nada, o bien vamos a saberlo todo de una vez, ¿no? —preguntó Winterfeld.

—Así es —respondió Clara adelantándose a MacDeath—. Dependiendo del modo de transmisión por el que opte, dará su siguiente paso o bien discretamente y solo para nosotros, o bien a lo grande y con mucho impacto mediático.

—¿Y eso significa...? —preguntó Winterfeld, pese a que ya adivinaba la respuesta.

—Que en el segundo caso la prensa se enteraría, claro. Y que lo mejor es que vaya preparando a Bellmann para esta segunda posibilidad.

—Siempre me toca a mí —refunfuñó Winterfeld—. Si las cosas salen bien, la responsable es la señora Vidalis, y si salen mal, Winterfeld tiene la culpa. —Cerró un ojo y escrutó con el otro el rostro de Clara—. En fin. Con esto, naturalmente, tampoco podemos hacer nada.

Clara se encogió de hombros y se dirigió a Hermann.

—Has dicho que hacer pesquisas en páginas con http mutilado del estilo de las de los círculos de pedofilia llevará mucho tiempo, ¿no?

—No tanto como vuestro análisis de ADN, eso seguro. —Hermann se reclinó en el asiento—. Pero tardaremos bastante, no cabe duda.

—Aun así, trabajad en ello —dijo Clara—. Ya solo podemos esperar que cometa algún error que nos dé alguna ventaja. Quizás averigüemos algo sobre él que nos permita atraparlo o evitar el próximo asesinato. Y no podemos descartar la posibilidad de que identifiquemos el ADN rápidamente. Puede que así obtengamos información sobre su pasado.

—Ya veo —dijo Winterfeld, y caminó hacia la puerta de salida con el tabaco en la mano—. Estamos a viernes, ya casi es de noche. Me da en la nariz que este fin de semana no vamos a descansar. Me voy a fumar.

—¿QUÉ HAS HECHO CON ÉL? —le gritó Elisabeth—. Ha desaparecido. Tú tienes algo que ver con todo esto, ¿no es así? ¡Querías deshacerte de él! ¡Habla!

Vladimir miró fijamente a su hermana, que se revolvía contra él como una diosa vengadora.

—No tengo nada que ver con la desaparición de Tobias —dijo. Por otra parte, se preguntaba por qué debía mentir a su hermana. Aquel tipo había *tenido* que morir; no había quedado más remedio que hacerlo. ¿Por qué tenía que ocultarse, entonces?

Elisabeth se acercó aún más a él.

—Vlad, sé franco conmigo. Dime la verdad. ¿Tienes algo que ver con esto? ¿Le has hecho algo a Tobias? ¿Acaso lo has...?

—No quiero perderte —le dijo a su hermana.

Los ojos de Elisabeth se llenaron de lágrimas.

—¿Qué significa que no quieres perderme? ¿Quiere eso decir que harás desaparecer a cualquiera que se acerque a mí? ¿Es eso? —Su voz se volvió aún más estridente—. ¿Has sido tú?

—Te he protegido.

—¿Que me has protegido? —gritó soltando un gallo—. ¿Me quitas a la persona a la que quiero, a la que me quiere a mí, y llamas a eso «protección»? —Sus ojos reflejaban una mezcla de resignación y aversión—. ¡Te odio!

—Yo solo quiero tu bien —dijo una vez más—. ¡No quiero perderte a manos de esos miserables! —Bajó el tono de voz—. Antes preferiría matarte a ti también.

A Elisabeth se le heló la sangre en las venas al escuchar aquellas palabras.

—¿*También* a mí? ¡Luego has sido tú! —gritó—. ¡Tú lo has asesinado! —Su voz era cada vez más gritona y estridente—. ¡Lo has asesinado! ¡Lo has matado! —comenzó a chillar—. ¡Asesino!

—No grites.

Elisabeth rompió a llorar.

—¿Tú matas a mi novio y yo no debo gritar?

Elisabeth comenzó a golpearlo con los puños.

—¡Asesino! ¡Asesino! ¡Asesino!

Tenía que hacer algo. Si alertaba a todo el internado con sus gritos y el director reclamaba su presencia, tendría que responder a demasiadas preguntas. No podía permitirlo.

—¡Ya no eres mi hermano! —gritó ella—. ¡Eres... —De nuevo se arrojó sobre él para golpearlo, con las mejillas empapadas y los ojos llenos de perplejidad y odio—. ¡Eres un monstruo!

—¡Entonces, lárgate, vete! —le increpó, y la empujó violentamente.

Elisabeth perdió el equilibrio e intentó agarrarse a algo sin éxito. Al caer se golpeó la cabeza contra el cabecero de hierro de la cama produciendo un feo ruido. Tras el sonoro crujido, su cabeza se torció en un grotesco ángulo. Se convulsionó en el suelo durante algunos segundos, con la cabeza antinaturalmente torcida. Luego se quedó inmóvil, con la mirada de sus ojos abiertos clavada en el techo.

—No, no, no, no —decía Vladimir mientras alzaba el torso de Elisabeth entre sus brazos. Intentó reanimarla, despertarla, pero la expresión de sus ojos seguía vacía.

¿Estaba muerta?

¿Se había roto el cuello?

—¡Nooooo! —gritó, y sintió que ni los abismos del infierno eran lo suficientemente grandes para abarcar su dolor.

¿Qué había hecho? ¡Había matado al único ser humano que lo había querido!

Con sus últimas fuerzas, Vladimir ocultó el cadáver de su hermana debajo de la cama, se arrastró al servicio y vomitó, asaltado por un insoportable asco hacia sí mismo, para desmayarse después junto al váter en el que flotaba su vómito y perder el conocimiento.

JULIA CONTINUÓ NAVEGANDO por las páginas de Dategate y se detuvo a contemplar de nuevo la fotografía del guapo joven con el que acababa de hablar, Tommy, que en realidad se llamaba Thomas Zöllner, según su perfil de Xing. ¿Dónde viviría? ¿Seguiría residiendo en Prenzlauer Berg, en un elegante dúplex, o ya habría dado el salto a un bungalow de Zehlendorf? En Xing no había registrado ninguna dirección particular. Y en lo tocante a su empresa, solo aparecía un apartado de correos. Bueno, qué más daba. Era un contacto muy prometedor, de todas formas.

Julia volvía a ratos la cabeza hacia el televisor, donde seguían emitiendo el concurso de talentos *Shebay*. Todas bastante mediocres, salvo una tal Andira. Había que reconocer que aquella candidata tenía un aspecto imponente. Se concentró de nuevo en el monitor de su ordenador. Clic. Abrió Facebook.

«¿Ha vuelto ya tu gato?», preguntaba una amiga.

«No, todavía no», escribió Julia.

«Los gatos hacen lo que les da la gana», comentó la amiga.

«En eso se parecen a los hombres», respondió Julia.

En ese preciso instante oyó unos arañazos en la puerta, seguidos de un maullido.

«¡Ya está aquí!», tecleó Julia rápidamente antes de correr hacia la puerta.

CLARA OBSERVÓ CÓMO MACDEATH se servía una taza del negro brebaje que preparaba la destartalada cafetera del tercer piso y cómo examinaba el contenido con escepticismo a través de sus gafas de concha.

—No es Earl Grey —dijo Clara guiñándole un ojo mientras bebía un sorbo de su café.

MacDeath bebió también del suyo e hizo una mueca de asco.

—Desde luego que no es Earl Grey —dijo—. Pero me da pereza hacerme ahora un té, y necesito algo que me espabile. —Se sentó en la pequeña mesa que había junto a la máquina de café, en la que había un ejemplar del *Berliner Kurier*, así como boletines de la LKA—. Desea usted saber cómo encajan en este caso el ritual del sacrificio, el pasado y la relación con usted, ¿verdad?

—No estaría mal.

—Bien, todo esto nos retrotrae a la cuestión de la motivación del asesino —dijo MacDeath.

—Me gustaría saber cuál es, cómo no —dijo Clara, al tiempo que sostenía la taza de café contra su pecho y disfrutaba del calor que le transmitía.

—Estoy trabajando en la confección del perfil psicológico del asesino. Casi he terminado el informe. —MacDeath bebió otro trago de café solo con gesto de asco—. Hasta donde es posible, claro está. Tampoco tenemos mucho en lo que basarnos.

—Bien, entonces vayamos al grano —dijo Clara, que comenzaba a dudar de que quedara en el mundo algún ser humano capaz de responder clara y concisamente a lo que se le preguntaba. Winterfeld necesitaba siempre «fumar hacia fuera» cinco minutos antes de ofrecer una respuesta, Von Weinstein tendía a impartir cursos introductorios de medicina a sus interlocutores y Hermann pronunciaba una conferencia sobre informática antes de revelarle a uno lo que esa vez volvía a *no* ser fácil de encontrar. Y ahora MacDeath, que parecía pertenecer desde siempre a ese ilustre círculo—. ¿Cuál es entonces su motivación? —preguntó Clara.

—¿Me permite que le responda con una pregunta?

En su fuero interno, Clara puso los ojos en blanco. «Por supuesto, nada de respuestas concisas.»

MacDeath le dirigió una penetrante mirada.

—¿Cuál es la emoción más fuerte que siente el ser humano? Y, por favor, no me conteste «el amor», porque usted sabe que no es cierto.

—El miedo —dijo Clara.

—¡Pleno al quince! —MacDeath asintió—. El miedo es la emoción más fuerte que experimentamos, porque casi siempre se le impone al hombre desde fuera. El estado de miedo nunca es voluntario ni deseado por sí mismo, al contrario que el

amor, que siempre es buscado por sí mismo y parte de nosotros. El miedo, en cambio, nos lo impone por regla general un poder mucho mayor que nosotros, un poder ante el que tenemos que reaccionar para salvar nuestra vida, o nuestro bienestar al menos. Y nosotros reaccionamos como corresponde. Cuando uno ama a alguien, no le da compulsivamente la lata. Pero si se nos acerca un tío con una sierra mecánica encendida, salimos pitando despavoridos.

—Winterfeld asegura que el miedo es algo arcaico.

—Y cuando tiene razón, tiene razón —dijo MacDeath—. Desde el punto de vista de la historia de la evolución, el sistema cerebral responsable del miedo es tan antiguo y arcaico como, por ejemplo, el sentido del olfato, lo que también implica que a menudo se equivoca y resulta fácil engañarlo. Por eso nos asustamos en el cine cuando vemos una película de miedo, por mucho que la inteligencia nos diga que solo se trata de una película.

—También nosotros tenemos aquí películas de miedo —intervino Clara—. Pero las nuestras son reales.

—En el sistema límbico del cerebro se encuentra la amígdala. Es ahí donde se activa el miedo —la instruyó MacDeath—. Una estructura primitiva, antiquísima, que apenas se ha modificado en el transcurso de la evolución.

Clara se dio cuenta de que, sin quererlo, lo escuchaba con atención. Aunque casi siempre se preguntaba qué tenía que ver todo aquello con el asesino, resultaba en cierto modo agradable escuchar la sosegada voz de MacDeath entre el ajetreo diario de la LKA, la inquietante persecución del Sin Nombre y el desorden que imperaba en su vida y, sobre todo, en su pasado. MacDeath prosiguió:

—Las impresiones o, mejor dicho, los estímulos que provocan miedo son transmitidos directamente desde los órganos sensoriales a la amígdala cerebral a través del tálamo. No hay rodeos, ni atajos, ni ramificaciones. En la saliva aumenta el índice de Cortisol, la hormona del estrés, se incrementa la presión sanguínea, sube la frecuencia cardiaca, la glándula suprarrenal secreta hormonas del estrés, el hígado libera azúcar, las pupilas se dilatan.

—Y como la amígdala es arcaica, también lo son las reacciones que desencadena —dijo Clara—. Salimos corriendo, sin detenernos a reflexionar. Reaccionamos instintivamente, como presas a la huida, dirigidas por fuerzas de miles de años de antigüedad.

—Exacto. Hay dos estructuras cerebrales que procesan la información. La corteza cerebral y la amígdala. La amígdala desempeña un papel clave a la hora de catalogar rápidamente los nuevos estímulos en buenos o malos, peligrosos o deseables. El organismo se prepara para la defensa a la velocidad del rayo. La respiración se acelera, el estómago se contrae, los músculos se tensan. Es así como el cuerpo se prepara para la huida o la lucha. Y cuando el peligro ha pasado, a modo de premio, se liberan hormonas de la felicidad.

—¿Y la corteza cerebral?

—En la corteza cerebral se procesa, sopesa y valora la información entrante —respondió MacDeath—. Ahí lo que llamamos racionalidad se siente a sus anchas. Lo que desean los seres humanos ilustrados del siglo XXI.

—Pero... —lo ayudó Clara.

—El problema es que la mayoría de las conexiones van de la amígdala a la corteza cerebral y no a la inversa. Lo arcaico controla lo racional. Esto es: el miedo primitivo, irracional...

Clara concluyó la frase:

—... es más fuerte.

—Bingo. Puede que a los racionalistas les fastidie —dijo MacDeath—, pero así ha sido desde tiempos inmemoriales, y así seguirá siendo durante miles de años, a no ser que la ingeniería genética elabore entretanto un nuevo modelo de ser humano, más aburrido que nosotros.

—No me parece que el asesino esté demasiado asustado.

MacDeath asintió.

—No a juzgar por su racionalidad, su precisión y sus fríos correos. Pero sí desde el punto de vista del componente arcaico de sus acciones. —Tomó otro sorbo de café y se estremeció ligeramente—. Y con esto llegamos a la segunda pregunta. —Posó la taza de café en la mesa—. ¿Qué significado tiene para usted el término «siniestro»?

Clara reflexionó unos instantes.

—Para mí es siniestro, sobre todo, lo que es invisible, y también amenazador, precisamente porque *está* ahí.

—Interesante definición. ¿Representa lo siniestro un peligro directo?

Clara negó con la cabeza.

—No, es más sutil.

—Muy acertado. Si consideramos su origen etimológico, encontramos los términos «secreto» y «familiar»^[7]. El término «siniestro» no es unívoco. Está ligado a dos campos de ideas: al de lo conocido, cómodo y *familiar*, y al de lo *secreto*, furtivo y oculto. —Cerró los ojos para continuar—. Tenemos, pues, una ambivalencia, dos campos semánticos aparentemente opuestos que se unen en el término «siniestro».

—¿Lo siniestro es siempre una forma de lo oculto? —preguntó Clara.

—Exacto. Sigmund Freud escribió sobre ello —añadió MacDeath—. Lo siniestro apunta a dos significados que, por otro lado, parten de un mismo núcleo. Lo siniestro es lo que en su momento estaba oculto y ahora se muestra a la luz del día.

—Y eso no nos gusta —dijo Clara—. Como una antigua herida que vuelve a abrirse.

—No nos gusta nada de nada —dijo MacDeath—, porque lo habíamos reprimido con éxito. El reconocimiento de lo reprimido nos llena de malestar. Es algo que debería haber seguido oculto y ahora ha salido a la luz. Y lo reprimido se nos vuelve extraño. Ya no es *familiar*, sino extraño, ya no es *secreto*, sino manifiesto. En

resumen: siniestro.

—¿Como los muertos que salen de sus tumbas?

MacDeath asintió.

—Todo lo que tiene que ver con cadáveres, muertos, zombis, fantasmas y resucitados es, *per definitionem*, siniestro. Y nuestro asesino, eso al menos me dice mi instinto, esconde en el sótano los cadáveres no solamente de sus víctimas, sino también el de alguien a quien conoce y teme a la par.

—¿El primer cadáver, su primera víctima, cuyo ADN podrían haber conservado los escarabajos? —preguntó Clara.

—Muy probablemente.

—¿Y es ese cadáver, sea el de quien sea, el que lo mueve a cometer más crímenes? —preguntó Clara—. ¿Es el origen y el motor de los asesinatos?

MacDeath apuró su café y colocó la taza en el lavaplatos.

—Solo es una idea, en realidad —dijo—. Pero en ella se basa el perfil psicológico del asesino que hasta ahora he elaborado. —Caminó hasta la puerta de la cocina—. Si me acompaña a mi despacho, se lo enseño.

JULIA OYÓ EL FAMILIAR MAULLIDO de su gato.

Abrió la puerta y miró a su gato a los ojos.

Lo cual era ciertamente insólito, pues su gato no solía hallarse a la altura de sus ojos. Aún más insólitas eran las botas negras que había visto antes de alzar instintivamente la vista y encontrarse con la acusadora mirada de su gato, que volvió a maullar. Una mano enguantada en negro sostenía y atenazaba al animal por el cuello. El hombre que lo llevaba en volandas ocultaba su cara tras una máscara negra y unas gafas de soldador. Su rostro sin ojos miraba inexpresivo a Julia.

Pero lo peor eran las tijeras de jardinero entre las que el hombre de negro había colocado las patas delanteras del gato.

—Una palabra —dijo— y se queda sin patas.

«Princess», pensó Julia, y se estremeció ante la imagen que se dibujó en su fantasía: dos muñones ensangrentados en lugar de patas. «¡No!». El grito se quedó atascado en la garganta de Julia, entre la faringe y la laringe, como una piedra que no es posible tragar ni regurgitar. Sintió que las lágrimas afluían a sus ojos y que el estómago se le encogía tan violentamente que una explosión de dolor recorrió todo su cuerpo. El amargo sabor de la bilis inundó su boca.

—Déjame pasar —dijo el hombre sin rostro.

Julia retrocedió, no emitió ningún sonido y clavó la mirada en las tijeras, los guantes negros y las patas delanteras de su gato.

El desconocido cerró la puerta tras de sí y soltó al animal. Julia se acuclilló instintivamente para cogerlo y el codo del desconocido golpeó entonces con descomunal fuerza la sien de la chica, que se desplomó inconsciente.

El hombre agarró al gato y le clavó una jeringuilla en el lomo.

Un quejumbroso maullido. Luego todo se quedó en silencio.

Pero Julia ya no oía nada.

El hombre observó brevemente el cuerpo exánime de la joven que yacía a sus pies. Luego miró en el salón, hacia el ordenador. Cogió un *post-it*, lo pegó sobre la *webcam* del portátil y extrajo los cables que parecían conectar el micrófono. Cualquiera sabía quién estaba *online* y por qué vía. Y no quería que nada lo molestara. Ya filmaría en el momento oportuno.

La página de Facebook que Julia había dejado abierta captó unos instantes toda su atención. El último *post* de Julia. «¡Ya está aquí!».

Se volvió hacia el pasillo.

«Oh, sí».

Luego descubrió las llaves sobre la cómoda. Tenía que actuar rápidamente. Salir, coger del coche las cosas que necesitaba y volver a entrar. Y todo sin que nadie lo

viera.

Puso también una inyección a la mujer y desapareció como una sombra en la noche. Tres minutos después estaba de nuevo en el piso con dos grandes bolsas negras de deporte.

Contempló una vez más a la muchacha inconsciente.

Luego comenzó con los preparativos.

MACDEATH SEÑALÓ LA SILLA frente al aparatoso escritorio de roble que Clara ya había ocupado en su primera conversación, se sentó con un ágil movimiento en su butaca y escribió algo en su ordenador. La impresora comenzó a zumbar y escupió varias hojas.

—Lo que no le gusta a nuestra arcaica amígdala tampoco nos gusta a nosotros, y cualquier apelación a la tolerancia y la razón desaparece como un dibujo hecho en la arena —dijo MacDeath, acompañado por el zumbido de la impresora, mientras observaba a Clara a través de sus gafas de pasta como el psiquiatra que de hecho era—. Lo *exterior* es aquello de lo que huimos o lo que queremos matar. —Bajó la voz—. El otro. El desconocido. El mal. —Diciendo esto sacó unas diez hojas de la impresora, las juntó y empujó el informe pericial por la superficie de su escritorio hacia Clara.

—¿Qué hace este hombre?

—Mata mujeres.

—¿Y cuántas ha matado hasta ahora?

—Hasta ahora solo conocemos a una. Pero él asegura que ha habido más.

—Y me temo que dice la verdad —dijo MacDeath—. ¿Por qué mata mujeres, precisamente?

—Los asesinos en serie eligen a sus víctimas con arreglo a sus preferencias sexuales.

MacDeath asintió.

—¿Ha violado a esas mujeres?

—Según parece, no.

MacDeath se reclinó en la butaca.

—Tal como le dije, y puede leer bajo el segundo epígrafe, en el caso de los asesinos en serie los crímenes no motivados sexualmente constituyen un fenómeno psicopatológico poco frecuente. La satisfacción que obtiene el asesino matando no es primariamente sexual.

Clara leía el texto mientras lo escuchaba.

—Habla usted aquí de ofrendas —dijo—. Y también de catarsis. ¿A qué se refiere?

—Hablemos primero de las ofrendas. —MacDeath se inclinó hacia delante—. Y con ello de lo siniestro. Supongamos que el asesino guarda en efecto un cadáver en el sótano. Supongamos también que cometió el asesinato en un arrebató pasional. Y supongamos por fin que desea reparar de algún modo ese crimen.

—¿Cómo podría reparar un asesinato?

—¿Recuerda lo que decía sobre el *sacrificio sagrado*? —MacDeath pasó para

Clara las hojas del informe hasta la sección final, donde estaban reunidos en un apéndice todos los correos que el Sin Nombre había escrito.

¿Cuántos más cadáveres cree que hay? ¿No se está preguntando acaso cuántas personas más llevan meses, incluso años, muertas en su casa? Gente a la que nadie echa de menos porque los cadáveres momificados no despiden olor. Que nadie echa de menos porque nadie tiene que echarlos de menos. Porque no son más que un inútil despilfarro de células, criaturas prescindibles cuya muerte no representa más que un sacrificio sagrado.

—Aquí se torna de nuevo arcaico —dijo MacDeath, y se reclinó en la butaca—. La idea del sacrificio, del asesinato de un ser vivo, para reparar una mala acción (llamémosla pecado) es un impulso ancestral. Nuestro asesino se lleva la sangre y las vísceras de sus víctimas, probablemente para realizar con ellas un particular y extraño ritual donde desempeñan el papel de ofrendas. —Introdujo una pausa antes de continuar—. Los incas sacrificaron a miles de personas para apaciguar a sus dioses, sedientos de sangre. En la antigua Jerusalén se sacrificaba a los dioses Baal, Moloch y Astaré innumerables recién nacidos, pues pensaban que solo la inocencia de un bebé podía hacerles ganar el favor y la benevolencia de los dioses, decepcionados por las faltas e imperfecciones de la humanidad.

Clara alzó la vista hacia la calavera que a espaldas de MacDeath le sonreía macabramente desde el armario.

—El valle de Hinón, en Jerusalén, Gehinnom en hebreo antiguo, era un lugar en el que la sangre corría a raudales y el humo de la carne inmolada ascendía al cielo en espesas columnas. El escenario debía de ser terrorífico, tanto es así que del nombre de ese valle deriva la palabra árabe que traducimos por infierno, «gehena».

—Suenan plausible —lo interrumpió Clara—. Pero hoy en día...

—Hoy en día —dijo MacDeath, y el brillo de sus ojos delató la fruición con la que enfilaba uno de los puntos culminantes de su explicación—. Hoy en día hay casi un billón y medio de personas que se beben la sangre de un hombre y se comen su cuerpo. La de un ser humano que en realidad es Dios pero se convirtió en hombre. Todos los domingos. En todas las santas misas.

—¿Se refiere a la eucaristía? —Clara pensó en su confesión del pasado miércoles en la catedral de Santa Eduvigis, y en el pasaje correspondiente del Nuevo Testamento. «Este es mi cuerpo. Esta es mi sangre. Será derramada por vosotros para el perdón de los pecados».

—Jesucristo —dijo MacDeath—. Según el catecismo católico, es el último sacrificio humano que se ofrece al Dios único y verdadero para el perdón de los pecados, para la redención de la humanidad, a la que sin ese sacrificio solo le esperaría el fuego del infierno. Es el cordero de Dios sobre el que recae la culpa y la muerte para librar a los demás de la muerte eterna. —Apretó los labios—. En algún

momento, hasta la Iglesia encontró todo eso un poco fuerte y cruento, y el antiguo concepto de «Jesucristo sacrificado» fue sustituido por los de «eucaristía», «acción de gracias», etc. Los protestantes, siempre algo más moderados que sus colegas católicos, lo concibieron como un acto simbólico y lo llamaron «Abendmahl», «la cena del Señor», etc. —Se encogió de hombros—. Todo lo cual no cambia un ápice el origen del ritual y del dogma.

—¿A qué dogma se refiere?

—Al dogma de que en la misa católica los fieles comen en verdad la carne y beben en verdad la sangre de Cristo. —Señaló un párrafo de su informe en el que aparecía una breve cita del catecismo de la Iglesia católica: «Y puesto que en este divino sacrificio que se realiza en la misa se contiene e inmola incruentamente el mismo Cristo, que en el altar de la cruz se ofreció a sí mismo una vez de modo cruento, este sacrificio es verdaderamente propiciatorio»—. El prefecto de la congregación de fieles en Roma podrá confirmárselo.

Clara cerró los ojos mientras reflexionaba y después preguntó:

—¿Y para este asesino las mujeres a las que mata son el sacrificio que ha de reparar su pecado?

—Posiblemente —dijo MacDeath—. Por desgracia, solo conocemos a una de las víctimas, si conociéramos a más podríamos basarnos en la fisonomía y el pasado de estas para hacer inferencias sobre el perfil del asesino.

Clara garabateó un par de palabras en su copia del informe.

—Resumamos: mata a mujeres, y no por motivos sexuales, sino porque representan un sacrificio destinado a reparar un crimen. —Levantó la vista del texto—. Eso explicaría por qué mata, pero, como en los crímenes no opera el componente sexual, sigue abierta la pregunta de por qué *mujeres* precisamente. —MacDeath miraba con atención a Clara mientras esta hablaba—. Y, de hecho, tampoco estamos seguros de que el asesino sea un hombre.

—Excelente observación, querida colega —dijo MacDeath, y se levantó de su asiento—. Y con esto llegamos al segundo punto: la catarsis, la purificación.

LA TRANSICIÓN DEL SUEÑO A LA VIGILIA adopta múltiples formas. Ocurre con frecuencia que nos hallamos sumidos en un sueño cuya difusa estructura onírica comienzan a desmontar los rayos de luz de la realidad que caen sobre ella. A veces, pese a haberse despertado, está uno tan dormido que, aunque la conciencia diurna ya ha comenzado a funcionar, el mundo del sueño es lo suficientemente poderoso para metamorfosear sus impresiones en la realidad imaginada. El durmiente tiene entonces la impresión de estar creando su propia realidad, como si se tratara de un dios creador, hasta que un inflexible despertador comienza a gritar, sin pausa ni concesiones, y uno reúne la energía suficiente para levantarse.

A menudo despertarse es una transición suave y progresiva. A veces sabemos de inmediato que es sábado y que podemos dormir cuanto queramos, con lo que disfrutamos enormemente del estado de duermevela. Otras sabemos que es lunes o martes y que nuestra primera tarea al comenzar a trabajar es una discusión desagradable, un encargo engorroso, una conversación delicada, para enfrentarnos a lo cual no nos sentimos realmente preparados. Y entonces uno se descubre irremediabilmente despierto, incapaz de seguir durmiendo ante la perspectiva de lo desagradable, incluso aunque dispongamos de una hora más para dormir antes de levantarnos.

En otras ocasiones, salimos a la luz desde un sueño muy profundo, negro, que todo lo oculta, un sueño clemente que nos permite olvidarlo todo, similar a la muerte, hermana del sueño. Un sueño que oculta también los espantos del recuerdo y la realidad tras el oscuro velo del olvido. La noche anterior recibimos la noticia de que nos han despedido, o de que un buen amigo o pariente ha fallecido inesperadamente. Y en algún momento del tránsito a la vigilia reaparece de repente el recuerdo, con la agudeza de un escalpelo y la claridad de la fisión nuclear. Y el espanto que el sueño nos había permitido alejar y esconder bajo el manto del olvido revive y se yergue triunfal y diabólico desde su tumba, como un vampiro solo provisionalmente reducido por la efímera gracia del sueño.

La joven llamada Julia distinguió las siluetas fantasmales de los objetos de su dormitorio y percibió a alguien moviéndose en él. Comprendió que no estaba tumbada, sino sentada, pero eso no la tranquilizó. Aún no. Un indefinible dolor palpitaba en su sien izquierda y se extendía por todo su cuerpo.

Pero el dolor no era lo peor. Había un enorme peso en su conciencia, como un inmenso y amenazador peñasco sujeto a un fino cordón. Un instante después, el peso de la inmensa mole rompió el cordón y la piedra lo aplastó todo.

Abrió los ojos.

Lo había recordado todo de golpe. El maullido, los arañazos en la puerta. Princess. Sus patitas. Las tijeras. El hombre de la máscara negra...

La asaltó un sentimiento de horror que no conseguía abrirse una vía de salida. No podía derramarlo en un grito, pues un pedazo de cinta aislante le tapaba la boca. Y el grito permaneció en ella y siguió haciendo estragos en su interior sin encontrar una válvula de escape.

Entonces se dio cuenta de que llevaba puestos unos auriculares y de que no podía mover ni las manos ni los pies. Estaba amordazada con cinta aislante a la silla de la que se había levantado antes para ir a la puerta. Después había sucedido todo aquel espanto. Y ahora estaba sentada y amordazada en la silla.

Deslizó la mirada por el dormitorio.

Entonces lo vio.

«El hombre de negro».

Llevaba un traje de látex negro, guantes y unas gafas similares a las de los soldados, por lo que Julia no podía verle los ojos. Esta circunstancia, paradójicamente, le infundió un poco de esperanza: iba enmascarado porque no quería que lo reconocieran. Y eso solo podía significar que pensaba dejarla con vida. Pese a ello, sintió la necesidad de vomitar y miedo ante la posibilidad de hacerlo con la boca tapada por la cinta. ¿Se ahogaría en su propio vómito? ¿Qué haría el desconocido? ¿Sentarse a mirar divertido cómo se ahogaba?

Oyó una voz directamente en su cabeza. Profunda, artificial, quizás distorsionada.

—Hagamos un trato —dijo el hombre, y se levantó. Julia comprendió por qué la voz le resultaba a la par distorsionada y clara, y por qué era lo único que oía, como si fuera la voz de un dios celoso que no permite ningún otro sonido junto a él: el desconocido le hablaba por un micrófono que distorsionaba su voz y ella lo escuchaba por unos auriculares.

—Mira esto —dijo.

Sobre la mesa, junto a su ordenador portátil, había una botella de cristal transparente. La mirada de Julia siguió con atención las manos del hombre cuando este cogió un pañuelo y lo metió en la botella. A los pocos segundos, el pañuelo quedó despedazado en diminutos fragmentos hasta que al final desapareció por completo.

—Ácido sulfúrico ultraconcentrado —dijo el desconocido.

Julia tuvo la sensación de que el hombre escudriñaba su rostro, pese a que no podía ver sus ojos tras aquellas estrambóticas gafas. Un rostro sin ojos, una voz sin alma.

—Te preguntarás por qué te he enseñado esto. —El hombre continuó hablando sin utilizar gestos ni revelar ninguna emoción—. Bien, quiero dejar claro un punto. Tienes dos posibilidades. —Volvió la cara hacia la botella—. Posibilidad uno: te quito la mordaza de la boca, tú no gritas y haces lo que te digo. Si es así, tú y yo

vamos a entendernos sin problemas. —Volvió a mirarla fijamente—. ¿Me has comprendido?

Julia movió afirmativamente la cabeza mientras los temblores recorrían su cuerpo y el sudor corría hacia sus ojos.

El desconocido prosiguió:

—Posibilidad dos: te retiro la mordaza de la boca y tú gritas. Entonces yo cojo este líquido —dijo dando golpecitos con el dedo índice en la botella de ácido sulfúrico— y lo arrojó sobre tu cara, lo que convertiría tu cabeza en una especie de chisporroteante bola sangrienta, entre roja y blanquecina. —Volvió de nuevo la cabeza hacia la muchacha—. Así pues, ¿tenemos un nato?

Julia asintió aterida por el pánico.

—Tenemos un trato —dijo el hombre en su lugar, y despegó la cinta de su boca.

ESTABA EN UN CLARO DEL GRAN BOSQUE. Las bajas nubes grises cubrían el cielo como una sábana mortuoria y algunos jirones de nube corrían por el firmamento empujados por la tormenta.

La luna creciente solo se asomaba de cuando en cuando por entre las nubes. Llovía ininterrumpidamente, y las gotas de lluvia rodaban por su cara. Estaba allí de pie entre los árboles, inmóvil, casi paralizado, como si fuera uno de ellos.

Con el ojo de su mente veía el rostro de Elisabeth. Lo veía como el de una muchacha maravillosa, llena de vida, y también como el de un cadáver frío con la cabeza grotescamente doblada y los ojos abiertos y sin vida. A veces veía ambas caras en una. Ambas aparecían también en sus pesadillas. Sabía que perdería el juicio si no hacía nada. ¿O ya estaba loco?

Solo tenía dos posibilidades.

Morir, para encontrar sosiego.

O vivir para reparar lo que había hecho.

Cuando una hora después entró en la residencia helado de frío y con la ropa empapada, ya había decidido lo que iba a hacer.

A Vladimir aún le quedaba un poco del plástico negro, el que en su momento había empleado para envolver el cadáver de Tobias. Ya no lo necesitaba, pues Tobias se pudría, despedazado en cientos de fragmentos, en el alcantarillado.

Vladimir envolvió con él el cuerpo sin vida de Elisabeth y depositó su cadáver en el fondo de uno de los arcones frigoríficos. Por fortuna, era más pequeño y ligero que el de Tobias.

Esa misma noche, Vladimir comenzó a hacer los preparativos. Robó una de las llaves de repuesto del internado del despacho del portero. Luego se montó en una bicicleta y fue a casa de la antigua directora, que ya estaba jubilada y pasaba la mayor parte del tiempo en Mallorca, con lo que solo residía en Alemania breves temporadas. La casa estaba a unos cinco kilómetros de la residencia e iba a estar un par de semanas vacía. La necesitaría. Durante algún tiempo. Y luego desaparecería. Y regresaría cuando lo necesitara, pues aquella casa le venía como anillo al dedo para llevar a cabo su misión.

Su *sagrada* misión.

Acababan de dar las tres de la madrugada cuando regresó al internado. Cogió un chubasquero rojo y dos bicicletas y lo dejó todo preparado junto a la puerta de salida.

Para terminar, escribió una breve carta de despedida.

He perdido todo lo que tenía. A mis padres, a mi hermana, mi vida. Y ahora mi vida me perderá a mí.

Vladimir Schwarz

Introdujo la carta en el buzón que había junto a la puerta del despacho del director.

Se puso el impermeable rojo, fue al lago montado en una de las bicicletas y empujó la otra a su lado hasta que pudo esconderla tras un arbusto en la orilla este del lago. La otra la dejó caer en la orilla.

Era primavera y el agua no estaba demasiado fría. Vladimir nadó casi hasta el centro del lago, se quitó allí el impermeable rojo y regresó nadando a la orilla sin chaqueta, al lugar en el que había escondido la segunda bicicleta. Montado en ella, puso rumbo a la casa de la exdirectora.

A la mañana siguiente, cuando el director leyó la carta e informó a la policía y el portero halló una de las bicicletas en la orilla del lago, Vladimir ya se encontraba en el sótano abovedado de su nuevo domicilio y meditaba sobre los pasos a seguir.

Tenía que llevarse consigo el cuerpo sin vida de Elisabeth y conservarlo para siempre. Aquella casa ofrecía múltiples posibilidades para lograrlo; esa era una de las razones por las que había elegido ese domicilio como residencia provisional.

Y tenía que reparar su pecado, el asesinato de su hermana, haciendo que otros murieran para ella.

EL PROGRAMA YA HABÍA CRUZADO su ecuador cuando apareció ella: Andira, *el pecado*.

Vestida de nuevo con el chal negro que dejaba caer al suelo, luciendo de nuevo su perfecta figura en el bikini de brillantina plateada, caminando de nuevo en una sala en la que reinaba un devoto silencio, de modo que en el estudio podía oírse hasta el leve zumbido que producían las cámaras al moverse.

En esta ocasión, la imagen de Andira estaba en las pantallas grandes, sus ojos, su boca, su sonrisa. Esta vez, la gente del estudio sabía con lo que se iba a encontrar. Ninguno se quedó mirándola boquiabierto y olvidó dirigir el foco hacia la persona correcta.

Ahí estaba de nuevo, la figura perfecta, la mujer perfecta, el sueño de Leonardo da Vinci y de Miguel Ángel, solo que en carne y hueso.

Y Albert Torino también la contempló de nuevo extasiado: sus piernas largas y perfectamente torneadas bajo las redondas pero no demasiado anchas caderas, su vientre plano, su intachable pecho, la belleza clásica de su rostro, el pelo rubio platino y su hipnótica mirada. Se había pintado también las uñas de las manos de color plateado, y brillaban, al igual que el *piercing* de su ombligo. Se humedeció lascivamente los labios con la lengua, en la que también centelleó el metal plateado.

«Eva y la serpiente —pensó Torino—, en una y la misma mujer».

Apenas podía apartar la mirada de ella. Cielo santo, la de cosas que apetecía hacer con ella en la cama. Paralelamente, desfilaron por su cabeza las numerosas posibilidades comerciales que se le ofrecían: Cross Promotion y Multi Channel Marketing, contratos de moda, discográficas y tantas cosas más. Y Andira era suya. Los derechos de comercialización le pertenecían durante tres años; él la había descubierto.

«Al diablo con las otras —se dijo—, tiene que ganar, tiene que ser *miss Shebay*». Un pensamiento nubló su rostro: «¿Y si no quiere irse a la cama con el tipo que gane una noche con ella? ¿Y si este asunto complica las cosas?». Pero la respuesta llegó al instante: «¡A tomar por culo! Conozco a gente de sobra en el mundo del porno como para satisfacer todos sus deseos. Y para que cierre el pico le damos diez mil euros en mano y arreglado. Para cualquiera de estos obreros macarras eso es una pasta gansa. No voy a permitir que estropeen a mi gallinita de los huevos de oro solo para que algún idiota pueda cabalgar durante cinco minutos en una supermodelo».

El público no cabía en sí de gozo, y sucedió lo que tenía, lo que debía suceder.

Andira se convirtió en *miss Shebay*.

«NÚMERO CATORCE».

El televisor seguía encendido y ahora también se oía el sonido.

Había cumplido su cometido, y limpió la sangre de sus guantes negros en la bañera de Julia. No dejaba nada en la escena del crimen —huellas dactilares, escamas, pelos o cualquier otro rastro— que pudiera delatarlo y hacer de él algo distinto al Sin Nombre.

Estaba tranquilo, no experimentaba ninguna clase de emoción. La frecuencia de sus pulsaciones se mantenía constante incluso cuando asesinaba. No obstante, asesinar siempre conllevaba cierto estrés, y el estrés provocaba la caída de las pestañas. Por eso llevaba gafas de soldador: no para evitar que lo reconocieran — poco le importaba que la víctima le viera la cara, iba a morir de todas formas—, sino para no dejar rastro alguno en la escena del crimen.

Selló con esmero las dos bolsas de plástico negras que había llenado con las vísceras aún calientes y humeantes y guardó el gran bidón con seis litros de sangre en una de las bolsas negras.

Luego cerró el ordenador portátil de Julia, cogió los carnés, las llaves, las tarjetas de crédito y una carpeta clasificadora con el contrato de alquiler y otros documentos, y lo metió todo en la bolsa de deporte.

El cadáver yacía en la cama, como el de Jasmin, solo que esta vez había ideado una pequeña sorpresa para los inspectores.

Todo discurría según lo planeado.

Cogió el mando a distancia del televisor para apagarlo. Emitían los últimos minutos de un concurso de talentos. Un tipo rechoncho y casoso con el pelo engominado y peinado hacia atrás hablaba junto a una mujer bellísima.

—¡Andira es *miss* Shebay! —exclamó, y el público rugió.

Se disponía a irse, pero algo lo detuvo. Permaneció unos segundos más delante del televisor. En su rostro apareció una fría sonrisa.

—Andira —susurró, como si pronunciara el nombre de una santa en una extravagante oración. Luego apuntó con el mando a distancia al televisor y, como si quisiera confirmar la decisión que acababa tomar, dijo—: La número quince.

Apretó el botón rojo que apagaba el aparato y la pantalla se quedó negra.

Un minuto después, en el piso de Julia reinaba un silencio sepulcral.

Y, de hecho, la casa de Julia se había convertido en un sepulcro.

—HOY VAMOS A LIARLA —dijo Torino palmoteando.

Albert Torino, Jochen y Tom Myers bajaron con pasos rápidos y briosos la escalera de la Friedrichstrasse que conducía a la entrada del Grill Royal. Solo Tom Myers seguía con el teléfono móvil pegado a la oreja. No paraba de hablar en inglés con los colegas de su empresa en California.

Torino se sentía como Dios. El programa había cosechado un éxito sin precedentes. Otras emisoras se habían puesto en contacto con él, las grandes discográficas también habían mordido el anzuelo y algunos consorcios de moda y cosmética le habían propuesto contratos publicitarios.

«Tenlos unos días en ascuas», se dijo Torino mientras abría la puerta del local. Los tres hombres entraron en el restaurante como vaqueros en una cantina.

Aunque era viernes por la noche, daba la impresión de que estaban a punto de cerrar. Los atendió el mismo camarero que lo había hecho la vez anterior.

—Una mesa para tres —dijo Torino—. Y para entrar en calor, sírvanos una botella de Veuve Clicquot.

El camarero asintió.

—Ahora mismo. —Se volvió hacia una de las ventanas—. ¿Les agrada a los señores esa mesa?

Torino asintió.

—Pues sí. Y tráiganos la carta de comida, por favor.

—Lo lamento —dijo el camarero—, pero la cocina ya está cerrada. Puedo sugerirles...

—Dígale al chef que venga —lo interrumpió bruscamente Torino, y le dirigió una mirada que descartaba la posibilidad de réplica. El hombre se marchó de inmediato—. En este tenderete nunca hay nada de comer —refunfuñó Torino—. Que esto no es Haití, joder.

Unos instantes después se acercó a la mesa un señor regordete con perilla gris.

—Acabo de dar a entender a su joven colega que queremos comer —dijo Torino cruzándose de brazos, y miró fijamente al jefe de cocina.

—Lo lamento muchísimo, caballero, pero la cocina ya está cerrada.

Torino sacó la cartera, extrajo dos billetes de quinientos euros y se los puso al chef en la mano.

—Ahora está otra vez abierta.

El jefe de cocina asintió.

—Como deseen los señores —dijo, y se marchó a la cocina.

Los tres hombres tomaron asiento a su mesa. Cuando les sirvieron el champán, brindaron.

—Veamos —dijo Torino, bebió un sorbo de champán y se volvió hacia Tom Myers—. Si después de lo que ha ocurrido esta noche seguís titubeando con lo de la *landing page*, tenéis menos sentido para los negocios que un sindicalista muerto.

Myers acababa de terminar una de sus muchas conversaciones telefónicas, bebió un diminuto trago de champán, como si tuviera otros planes para esa noche, y expresó en un gesto sus reservas.

—Ha sido impresionante, no hay duda —comenzó—. Todo parece muy prometedor, y por mi parte he hecho cuanto he podido, pero...

—Pero ¿qué?

—No puedo tomar yo solo la decisión.

Torino nunca perdía el control. En su opinión, sentimientos y pasiones no eran más que un estorbo cuando uno se fijaba como meta el éxito empresarial. Y salvo por las típicas fiestas libertinas que se organizaban en el sector, había experimentado pocas emociones fuertes desde que comenzó su aventura empresarial con Integrated Entertainments. No tenía tiempo para eso. Por lo demás, Torino se contaba entre los empresarios que se sentían más estimulados por los riesgos comerciales y las ganancias que por cualquier juego sentimental. Los sentimientos eran para soñadores e idiotas. No obstante, en aquel momento sintió que se le agotaba la paciencia.

—¿Me estás diciendo que dependes de lo que digan una reata de abogados pedorros?

—Para nosotros la situación no es fácil —replicó Myers—. ¿Qué dijo ese rey prusiano vuestro? ¿El viejo Fritz?

Torino y Jochen el Cerdo se miraron y se encogieron de hombros.

—Hombre, dijo muchas cosas —respondió Jochen.

—Quien se acuesta con niños, meado se levanta, o algo por el estilo —dijo Myers. La comparación ensombreció aún más el gesto de Torino—. El *show* es una bomba y atrae a muchísima gente, pero también, como es evidente, a muchos enfermos mentales. Sigue entrañando un gran riesgo para nuestra reputación.

—¿Quieres entonces acostarte con niños sin ensuciarte? —dijo Torino mientras Jochen hacía girar el champán en su copa y miraba fijamente a Myers con sus ojos saltones.

—Siempre corre uno el riesgo de ensuciarse —repuso Myers, y volvió a humedecerse los labios con la copa de champán—. Solo queremos asegurarnos de tener a mano una toalla si ocurre. —Hizo el ademán de levantarse—. Y para eso necesitamos a los abogados.

—¿Te marchas ya? —preguntó Torino—. Pero ¡si acabamos de empezar la noche! Myers se levantó de su asiento.

—Tengo que hablar con el departamento legal en Cupertino.

—Pues llámalos por teléfono y sigamos con la fiesta —dijo Jochen el Cerdo.

Myers sonrió por primera vez.

—Muchas gracias, pero tengo que hablar con ellos con más tranquilidad. Hablo

más a gusto desde la habitación del hotel. —Se guardó la BlackBerry en el bolsillo del traje—. Pero, en cuanto termine, regreso. De aquí al Hilton de la Gendarmenmarkt no hay más que seis minutos.

Torino asintió. Su mirada revelaba comprensión, pero también decepción ante la noticia de que el asunto seguía en el aire.

—Está bien. Pero diles a los abogados que por una vez consideren las posibles ganancias en lugar de correrse leyendo no sé qué parágrafos.

—Lo haré —dijo Myers—. Hablamos luego. —Inclinó la cabeza para despedirse y caminó hacia la salida.

—A tomar por culo —dijo Torino a Jochen, y cogió su teléfono móvil—. No permitiremos que nos agüe la fiesta. Vamos a llamar a las chicas.

Torino y Jochen siguieron con la mirada a Myers, que acababa de salir del local.

También el hombre rubio de pelo corto que ocupaba una de las mesas junto a la puerta siguió a Myers con la mirada.

Un hombre con gafas de montura de acero mate.

—CATARSIS —DIJO MACDEATH con aire aleccionador mientras iba y venía por el despacho—. Purificación. La conciencia se airea, por así decirlo, y se libera de lo que la oprime. —Se detuvo junto a la reproducción del *Juicio Final* de Miguel Ángel—. Cuanto más traumática es la experiencia que tiene que ser asimilada, tanto más radical ha de ser la catarsis. —Guardó silencio un instante y luego prosiguió—: Nuestro asesino mata mujeres, pero su móvil, palmariamente, no es sexual. Ha escenificado una violación solo para confundir a los inspectores y autopresentarse como un asesino inteligente y victorioso al que nunca podrán capturar. ¿Estoy en lo cierto?

—Está en lo cierto.

—Mata mujeres para ofrecérselas en sacrificio a alguien. Lo que nos permite extraer dos conclusiones. —MacDeath miró expectante a Clara—. ¿Cuál es la primera?

Clara respondió:

—La primera sería que la persona que asesinó y cuyo perdón espera (la receptora de los «sacrificios sagrados») era también una mujer.

—Muy bien. —MacDeath asintió—. Si ahora extraemos la segunda conclusión, conoceremos mejor a nuestro asesino.

—¿Y es?

—Necesita la catarsis para purificarse a sí mismo. —MacDeath regresó a su asiento, pero antes se detuvo justo debajo de la calavera sonriente.

—¿Cree que abusaron sexualmente de él? —preguntó Clara—. ¿Que lo humillaron? ¿Su madre, quizás? ¿Como una especie de Norman Bates de la era digital que se venga así de las mujeres?

—No —dijo MacDeath—, me parece improbable esa versión. La inmensa mayoría de los violadores son hombres, al igual que los asesinos en serie. Supongo que nuestro hombre fue maltratado por otro hombre.

—Los extremos parecen formar parte de la naturaleza masculina —suspiró Clara. MacDeath asintió.

—La razón por la que no hay un Miguel Ángel femenino ni un Mozart femenino es la misma por la que no hay ningún Jack el Destripador femenino.

—¿Es eso un cumplido o una presunta prueba de incapacidad para el género femenino?

—Tómelo como quiera, pero es un hecho —dijo MacDeath, y se sentó.

—Un argumento jamás es un hecho —replicó Clara.

—Prosigamos. —MacDeath toqueteó de nuevo la palanca reguladora de la altura de su butaca—. Aceptemos las estadísticas y partamos de la base de que el que violó

a nuestro asesino era un hombre. Supongamos también que abusó de nuestro hombre cuando era un niño.

—¿Un pedófilo? ¿Y un homosexual?

Clara arqueó las cejas.

—Algunos datos apuntan a ello —dijo MacDeath—. Considere el placer que procuró a nuestro asesino utilizar al homosexual Jakob Kürten de marioneta. Teníamos que creer que *él* era el asesino. —En la mente de Clara se alzó el recuerdo del cadáver de Kürten amordazado a la cama, tan momificado y reseco que apenas era posible reconocer su sexo—. Y piense también en el tono sarcástico con el que se ríe de Kürten en el correo electrónico.

MacDeath se inclinó y señaló un pasaje del informe.

Seguro que estaba convencida de que me había atrapado. Y, sin embargo, tiene tan poco éxito en su investigación como el reseco Jakob Kürten sangre en las venas.

—El asesinato de Kürten y posiblemente de otros hombres tras los que oculta su identidad para contactar y matar mujeres es por una parte un medio, un instrumento para hacerse invisible, para ser un verdadero «sin nombre», al que ningún indicio apunta, y poner en peligro a la ciudad como un verdadero hombre de la multitud de Edgar Allan Poe. —Introdujo una pausa para poner en orden sus pensamientos—. Por otra parte, se trata también posiblemente de una callada venganza contra la homosexualidad en sí; indirectamente, contra la persona que abusó de él cuando era un niño o un adolescente.

—¿Por qué entonces no asesina hombres directamente?

—Vayamos por partes —dijo MacDeath—. No hay que confundir aquí la obligación con la devoción. Jakob Kürten (y cualquier hombre que ahora yazca muerto y reseco en su cama) es la devoción que le permite engañarnos. Pero realmente no lo necesitaba. Su obligación son las *mujeres*.

Clara cerró los ojos para meditar. Cuando volvió a abrirlos, dijo:

—¿Necesitaba la identidad de otros hombres para matar mujeres y permanecer oculto el tiempo necesario para cumplir su cometido, cualquiera que este sea?

—Exacto.

—Mientras que los hombres son solo instrumentos, las mujeres son las víctimas que probablemente ofrece a una víctima anterior, con la esperanza de obtener su perdón, ¿no es así?

MacDeath apretó los labios y asintió con la cabeza.

—Probablemente, al menos con arreglo al estado actual de nuestros conocimientos.

—¿Y la catarsis? —preguntó Clara—. ¿La purificación? ¿Las mujeres desempeñan un papel en eso?

MacDeath esbozó una sonrisa picara.

—¿Qué cree usted?

Clara no pudo contener una sonrisa en respuesta a la suya.

—Si me lo pregunta con esa cara, entonces la respuesta es sí, claro. Pero ¿por qué?

—Bien, ¿qué es lo que probablemente hizo en su momento el violador pedófilo, homosexual, o como quiera que sea, con nuestro asesino?

Clara se encogió de hombros.

—Meterle mano, humillarlo, obligarlo a practicar sexo oral o anal.

—¿Y nuestro asesino era en esa relación la parte activa o pasiva? —preguntó MacDeath.

—Si en efecto era un chico joven, la pasiva, seguro.

MacDeath asintió.

—Nuestro asesino tuvo posiblemente que satisfacer oralmente al violador y el violador abusaría analmente de él. ¿Suena plausible?

A Clara le sorprendió un poco que su colega entrara en tantos detalles, pero parecía tratarse de un punto importante para él.

—Sí, es plausible.

MacDeath se reclinó en el asiento.

—Es decir, el Sin Nombre tuvo que *hacer de mujer*, como se dice en los círculos homosexuales.

Clara lo miró con los ojos como platos.

—¿Y matar mujeres sin pestañear tiene sobre él un efecto purificador?

—Es muy posible. Mata lo que odia de sí mismo, lo que siente ensuciado, lo que generalmente se asocia a las mujeres (debilidad, ternura, el hecho de que el hombre penetra a la mujer); esas son las cosas que el asesino teme, que desatan repugnancia y vergüenza en él, porque son los aspectos que quedaron grabados traumáticamente en él en la vivencia de la más honda humillación. —Unió las manos como si fuera un sacerdote—. Él se sentía como una mujer cuando lo maltrataban y violaban. Y para purificar su psique y superar su vergüenza intenta matar lo femenino en él...

—... asesinando en su lugar a mujeres atractivas —Clara concluyó la frase.

—Sí. Jasmin Peters era muy atractiva —dijo MacDeath—. La encarnación de la feminidad. Y en el caso de que haya más víctimas, y me temo que las hay, no creo que se trate en ningún caso de mujeres feas. No *deben* serlo, porque la belleza femenina que él mata equivale a la debilidad que desea destruir en él.

Clara bajó la vista al informe que tenía en las manos y luego miró a MacDeath.

—Una pregunta más —dijo.

A su boca asomó de nuevo una sonrisa de pillo.

—Todas las que desee —dijo—. O, mejor dicho, casi todas.

Clara lo miró fijamente.

—¿Por qué yo?

MacDeath mantuvo la sonrisa.

—¿Me permite que le responda de nuevo con otra pregunta?

Clara se encogió de hombros.

—No me queda más remedio.

—¿Qué es usted? —preguntó MacDeath.

—Una mujer, como las víctimas.

—¿Y es usted una víctima?

A Clara se le encogió el estómago.

—Si está pensando en el asesinato de mi hermana... sí, en ese sentido soy una víctima. Pero él, ¿cómo lo sabe?

—Partamos de la base de que lo sabe —repuso MacDeath—. Si es así, entonces ve en usted tres cosas: primero, una víctima, en el sentido de una cómplice en el sufrimiento, alguien que, no directa pero sí indirectamente, ha padecido algo similar a lo que él vivió.

—¿Segundo?

—Usted es en segundo lugar una víctima por razón de su sexo. Igualmente atractiva, si me permite la apreciación, aunque no rubia —MacDeath le guiñó un ojo—, y también de modo indirecto, pues no puede usted negar que a él le divierte conmocionarla con sus atrocidades.

Clara recordó lo que MacDeath le había dicho en otra ocasión: «Como los gatos, que enseñan a sus amos los ratones que han cazado dejándoselos en la terraza».

—¿Y en tercer lugar?

—Pregunta en lugar de respuesta —dijo MacDeath—. ¿Qué es usted? ¿Aquí y ahora?

—¿Aquí y ahora? ¿Inspectora de la LKA?

—En efecto. —MacDeath se reclinó—. ¿Recuerda lo que le dije del componente pedagógico de sus acciones? Quiere enseñarle algo, y quizás también al mundo. Desea hacerla partícipe (quizás en parte también a la opinión pública) de sus sacrificios rituales y de su catarsis, pues cuanta más gente lo vea, tanto más seguro puede estar de que ha cumplido sobresalientemente su misión. —Se inclinó sobre la mesa—. ¿Quién podría evaluar la pericia de un asesino en serie mejor que alguien que, primero, es indirectamente una de sus víctimas porque ha sufrido algo similar, segundo, es una víctima porque es mujer, y tercero, está especialmente capacitado para enjuiciar su obra porque es un especialista?

Clara se cruzó de brazos.

—¿Estoy en peligro?

MacDeath inclinó la cabeza a un lado.

—Es difícil de decir, pero creo que no. No inmediatamente, al menos. Usted tiene que estar ahí hasta el final, y para eso debe seguir viva. —Señaló un párrafo del informe—. He escrito algo al respecto en el último párrafo. Pero —dijo alzando el dedo índice—, si no actuamos con rapidez, van a aparecer más ratones muertos en la

terrazza. Continuará haciéndole daño, torturándola psicológicamente.

Clara apretó los puños.

—No lo comprendo —dijo, y reparó impotente en la agresividad que traslucía su voz—. ¿Por qué precisamente yo? Y en lo referente a mi hermana, sucedió hace más de veinte años. ¿Cómo puede saberlo?

El mismo MacDeath parecía ahora un poco perplejo.

—Reconozco que nos falta esa pieza —dijo—. Pero pronto lo averiguaremos, tan pronto como sea posible.

Llamaron a la puerta e inmediatamente después esta se abrió. Hermann asomó la cabeza en el despacho.

—Malas noticias —dijo—. Es mejor que bajéis.

—¿Malas noticias? —repitió Clara.

Hermann asintió.

—Muy malas.

HERMANN HABÍA ABIERTO la página de Xenotube. Uno de los archivos de vídeo del portal se llamaba «Julia» y había sido subido por una tal Julia Schmidt.

—¿Cómo habéis encontrado esto? —preguntó Clara.

—Por nuestro sistema de alertas —respondió Hermann—. Acabamos de recibir una, el vídeo no lleva ni diez minutos colgado en la red. —Hermann señaló el archivo—. Mira.

Clara leyó el nombre del vídeo.

directorsCUT

Clara pensó que «cut» bien podía tener ahí cualquier otro significado.

Winterfeld estaba detrás de Hermann, junto a Clara y MacDeath, y se mesaba intranquilo el cabello.

—Así que nuestro amigo ya ha saltado al ámbito público —dijo—. Auditorio en lugar de clases particulares.

—Sí —dijo Hermann—. Me imagino que otra vez desde el ordenador de la víctima. Y con el nombre de «Julia Schmidt».

Colocó el puntero del ratón sobre el *play*.

—¿Reproduzco? —preguntó Hermann.

Winterfeld asintió.

La pantalla permaneció negra durante algunos segundos. Luego apareció la imagen, casi como la primera vez. Una muchacha rubia, guapa, con la cara anegada en lágrimas. Aquí también pánico en sus ojos, como si una enorme piedra arrastrara su alma a las profundidades del mar. Aquí también dos manos ocultas en guantes negros apoyadas en los hombros de la joven.

—Hola, Clara —dijo.

Clara se sobresaltó al escuchar su nombre en boca de la víctima.

—Soy Julia —continuó la joven con la voz entrecortada por temblores y toses—. Soy famosa... Todo el mundo me conoce. Y todos... pueden verme... —Hizo una pausa, escupió algo y luego miró directamente a la cámara, como si leyera el texto de un teleprónter—. Soy una estrella... Soy... mucho más guapa que Jasmin. Mi piel no parece un antiguo pergamino... y mis ojos... mis ojos siguen estando en sus cuencas.

Julia escupió algo al suelo.

—Yo ya estoy muerta, pero el caos... el caos continúa. Ven a visitarme... a mi piso. Hoy, viernes... veinticinco de octubre. Pero no soy la primera... Y tampoco soy la última.

Luego el centelleo del cuchillo en su garganta.

Clara sintió que se le paraba el corazón mientras esperaba el rápido movimiento del escalpelo, que recorrería la garganta de Julia como un mortífero viento y dejaría

una fina y profunda herida de la que, tras el *segundo más largo que cabía imaginar*, manaría la sangre, primero despacio y tentativamente, luego rápido y escandalosamente. El cuchillo se separó de la garganta de la chica, como si el asesino tomara impulso.

Y entonces la pantalla se quedó negra.

Clara soltó el aire.

—Cerdo sádico —susurró, a la par que se preguntaba qué era más sádico: si mostrar un asesinato que nadie esperaba o *no* mostrar un asesinato que todos esperaban.

Miró alternativamente a Winterfeld y MacDeath, que seguían contemplando embobados el monitor con la tez blanca como la cal.

—¿Seguirá viva? —preguntó Clara—. ¿Puede el vídeo ser en efecto de hoy?

Hermann escribió febrilmente en el teclado, llamó a uno de los técnicos y señaló el monitor.

—Comprobad esta dirección IP y amonestad a Xenotube. Y contrastad esto con los datos de la oficina de empadronamiento. Seguro que hay un montón de Julias Schmidt en Berlín, pero creo que con este vídeo podemos restringir la búsqueda.

—Ha dicho: «Soy mucho más guapa que Jasmin» —dijo Winterfeld—. ¿Querrá eso decir que está viva?

—Puede que solo signifique que todavía no está momificada —dijo Clara—. Puede que lo único que quiera ese demente es infundirnos la esperanza de que no la ha matado, para que nos dejemos la piel y disfrutar más del juego del ratón y el gato. —Se volvió hacia Hermann—. ¿Cuándo crees que tendremos la dirección?

—En media hora, si nos damos prisa —dijo.

—¿Cuántas personas han visto el vídeo?

Hermann miró la estadística de Xenotube.

—Hasta ahora solo quinientas. —Hermann balanceó la cabeza—. Pero por otro lado son muchas, si tenemos en cuenta que en pocos segundos se cuelgan miles de vídeos y que este solo lleva quince minutos *online*. —Miró a Clara—. Puede que se deba a la crueldad del contenido, porque se nota que es real, al menos más real que los efectos especiales de las películas de miedo. Pero también cabe la posibilidad de que lo haya publicitado en algún lugar de la red. En un portal de terror, en una página *snuff*, en un servidor de porno *hardcore* hospedado en algún lugar de Rusia...

—¿Podéis averiguar dónde y cómo?

—Estamos en ello. —Hermann llamó haciendo una señal con la mano a otro de los técnicos.

Winterfeld puso los brazos en jarras y miró a Clara.

—¿Han comprobado el correo? Quiero decir, ¿algún envío postal para usted?

Clara negó con la cabeza.

—¿Alguna novedad con relación al ADN de los escarabajos?

—Tampoco.

—¿Y ahora qué? ¿Qué hacemos nosotros?

Clara suspiró e inspiró profundamente.

—Primero tenemos que averiguar el domicilio de la tal Julia Schmidt. Tan pronto como lo sepamos, enviamos a la unidad de operaciones especiales para acordonar la zona con la mayor discreción posible. Lo último que necesitamos ahora son *nerds* ávidos de sensacionalismo buscando la entrada «Julia Schmidt» en la guía de teléfonos y peregrinando por la ciudad.

—Pero podrían ayudarnos —intervino MacDeath—. ¿No podríamos utilizar a esos *nerds* para que nos ayudaran a buscar a Julia Schmidt?

—No es mala idea —dijo Hermann, que acababa de introducir algunos datos en su ordenador—, pero hay más de cuatrocientas Julias Schmidt en Berlín y alrededores. Lo han visto algo más de quinientos usuarios, de lo que resultaría a lo sumo dos personas por edificio. Y dos tipos plantados delante de un edificio no llaman precisamente la atención.

—Olvidemos eso —dijo Clara—. Vamos a esperar a tener la dirección correcta. En cuanto la sepamos, vamos allí. Voy a avisar ahora mismo al departamento forense para que se preparen y hagan la autopsia al cadáver (en el caso de que haya uno) con la mayor brevedad posible.

MacDeath se quitó las gafas y miró alternativamente el monitor, a Clara y a Winterfeld.

—¿Se dan cuenta de lo que significaría que de verdad haya grabado hoy el vídeo?

—Sí —respondió Clara—. Que nos toma el pelo y quiere hacer una exhibición de fuerza. Y además que ni siquiera necesita seguir momificando a las víctimas, porque de todas formas no vamos a atraparlo.

MacDeath asintió.

—Así es. Pero también significaría que puede permitirse negligencias. Y posiblemente no porque nos infravalore.

—¿Entonces?

MacDeath se cambió las gafas de mano antes de responder.

—Porque ya casi ha completado su obra.

MYERS BAJABA EN EL ASCENSOR del aparcamiento subterráneo. Intentó consultar la bandeja de entrada de su BlackBerry y constató irritado que no tenía cobertura.

Las puertas de la segunda planta del subterráneo se abrieron y un hombre del servicio de limpieza entró en el ascensor. Llevaba una escoba en una mano y empujaba con la otra un carro con numerosos productos de limpieza que casi ocupaba la totalidad de la cabina. El hombre llevaba la cabeza oculta tras la capucha de la chaqueta y olía a chicle.

—Disculpe —murmuró.

—No pasa nada. —Myers asintió con la cabeza.

El hombre del servicio de limpieza maniobró con el voluminoso carro enfilándolo hacia la puerta para dejar algo más de espacio atrás, se colocó junto a Myers en el hueco que había dejado libre y pulsó la palanca del freno.

—¿A casa a descansar? —preguntó.

Myers no se sentía inclinado a mantener conversaciones intrascendentes, pero el viaje duraría apenas unos segundos, por lo que respondió:

—Ya me gustaría a mí. Por desgracia, en mi campo uno nunca deja de trabajar. — Metió una mano en el bolsillo de los pantalones para coger las llaves de su Audi TT de Sixt.

Al principio pensó que algunos pelos del muslo se le habían quedado enganchados a la tela del pantalón. No podía explicarse de otro modo el repentino y ligero pinchazo que sintió. Solo después vio la inyección clavada en su muslo y la mano del empleado de la limpieza presionando la cánula hacia abajo.

A los pocos instantes, se sumió en una agradable y espesa oscuridad.

Las llaves del Audi se le resbalaron de la mano y cayeron al suelo produciendo un tintineo.

Una mano recogió las llaves.

Pero no era la de Myers.

La puerta del ascensor se abrió en la cuarta planta del subterráneo. El empleado empujó el carro fuera de la cabina. Caminó hasta su furgoneta Transit, abrió la puerta corredera, introdujo el carro con gran esfuerzo en la furgoneta y cerró la puerta.

Luego se acomodó en el asiento del conductor y arrancó el motor.

Tan pronto como los faros del vehículo cortaron la oscura luz del garaje subterráneo, se puso las gafas.

Unas gafas de acero inoxidable mate.

HERMANN Y EL EQUIPO DE LA IT averiguaron la dirección de Julia Schmidt en un tiempo récord. Kreuzberg, Bergmannstrasse 30. Solo había una Julia Schmidt con ese número de IP y esa cuenta en Xenotube, y también el resultado de comparar la fotografía del perfil con la mujer del vídeo había sido positivo.

Clara y Winterfeld habían celebrado una reunión telefónica con Bellmann, que continuaba en Wiesbaden pero hablaba desde la limusina que lo llevaba al aeropuerto de Fráncfort para coger el último vuelo a Berlín.

—¿Cómo es posible que la prensa se haya enterado tan deprisa? —había preguntado Bellmann—. Pero ¡si es un vídeo entre millones!

—Sí —repuso Clara—, pero uno muy macabro. Además, ignoramos qué más cosas ha hecho el asesino para llamar su atención.

Y, en efecto, la prensa ya estaba encima del caso. En las ediciones *online* de numerosos periódicos se informaba de la existencia del vídeo. El periódico sensacionalista más importante se expresaba con especial concisión, y el *link* se propagaba por la red como un reguero de pólvora.

El asesino de Internet. ¿Quién detendrá al Destripador de Facebook?

Basta con que algo reciba un nombre para que se haga autónomo, se multiplique y propague como un virus. «El destripador de Facebook». Ya habían llamado ocho reporteros al departamento de prensa de la LKA. Muchos medios de comunicación habían dado la orden a sus colaboradores estrella de cancelar sus planes de fin de semana. Winterfeld y Bellmann habían acordado una estrategia de comunicación unívoca. Se facilitaría a los medios la siguiente información:

Todavía no se ha confirmado si se trata de un delito real o de una broma de extremado mal gusto. El nombre pronunciado en el vídeo (Clara) también puede tratarse de una elección arbitraria. No habrá más comentarios hasta que la investigación arroje resultados sólidos. De lo contrario, se corre el riesgo de entorpecer la investigación.

En caso de que la prensa argumentara convincentemente, en base a filtraciones o a la información que les facilitaran, que ya había otro asesinato, la réplica debía rezar:

Seguimos la pista del autor del crimen, pero no nos es posible hacer declaraciones sobre el estado actual de la investigación para no entorpecer

nuestro trabajo ni poner en peligro a víctimas potenciales. Por lo demás, no puede descartarse la posibilidad de que Julia Schmidt esté viva. Tan pronto como la Jefatura de Policía sepa lo que ha ocurrido, lo pondrá en conocimiento de los familiares, en primer lugar, y después de la opinión pública.

Y si alguien sostenía que se trataba de un asesino en serie:

El rumor de que el asesino ya ha matado a docenas de mujeres es una mera especulación sin fundamento alguno. Nuestros mejores agentes están ocupándose del caso y pronto pondrán en conocimiento de la opinión pública los resultados de su trabajo.

La Unidad Móvil de Operaciones Especiales ya había llegado a la casa de Julia Schmidt, en la Bergmannstrasse 30, y acordonado el escenario del crimen. Los coches de policía con luces azules y varios agentes ocupaban sus puestos e impedían el acceso de extraños al piso. Para entonces, ya nadie creía en la posibilidad de la broma de mal gusto.

El piso de Julia estaba oscuro como una tumba.

Alguien había inutilizado la caja de fusibles, probablemente el propio asesino, con lo que no llegaba corriente a la vivienda. No era razonable esperar a los electricistas o intentar reparar los fusibles. Cada segundo era vital.

Con todo, la oscuridad entrañaba un grave riesgo. Ignoraban si el asesino había tendido hilos de acero finísimo, afilados como cuchillos, que podían cortar la cabeza a un hombre si caminaba demasiado rápido en la dirección equivocada. Ignoraban si había colocado en algún lugar una carga explosiva fotosensible. Ignoraban si el asesino los acecharía en la vivienda provisto de un visor nocturno para disparar sobre ellos con un arma automática al menor ruido. Solo las Maglites de la Unidad Especial de Operaciones y las linternas del vehículo de operaciones cortaban con sus fríos rayos la densa oscuridad.

Las luces avanzaron lentamente.

Por lo que los conos de luz que se deslizaban por las paredes permitían distinguir, el dormitorio de Julia era similar al de Jasmin. Pósters, una reproducción enmarcada de la *Noche estrellada* de Van Gogh, un tresillo, una gran palmera. A la luz de las Maglites, las hojas de la planta proyectaron contoneantes sombras en las paredes, como serpientes que se retiran y agazapan antes de morder para abalanzarse sobre su presa al instante siguiente. Después más oscuridad y siluetas que, a la luz de las linternas, emergían súbitamente desde lo invisible y transitaban de la oscuridad a la luz, para retroceder de nuevo hacia la negrura de la noche. Al lado de la palmera había una cómoda con docenas de fotografías de las vacaciones. Bajo el ondulante manto de retazos de luz y sombra, los rostros de las personas que aparecían en las

fotografías se deformaban en flameantes muecas.

La luz siguió adentrándose lentamente en la casa.

La cama. La colcha, un cojín. Luego dos pies descalzos. Un vestido blanco.

—¡Aquí! —gritó Marc. Dos conos de luz se sumaron al suyo.

Alguien estaba tendido en la cama. La silueta permitía adivinar a una mujer con un camisón blanco y las manos cruzadas sobre el pecho. El blanco de la tela decorada con encajes refulgía en contraste con la oleosa oscuridad. Pero ahí había algo más, algo en agudo contraste con el radiante blanco de las luces, algo que bajo la fría luz de las Maglites parecía casi tan oscuro como las tinieblas que rodeaban los conos de luz. Se distinguían manchas oscuras y salpicaduras en el vestido.

¿Sangre, tal vez?

—Julia Schmidt, le habla la policía. Queremos ayudarla. Si puede oírme, denos una señal.

Era Clara la que había pronunciado estas palabras.

Silencio.

Y enseguida se hizo evidente por qué no recibían ninguna respuesta.

Los conos de luz cortaron la oscuridad, se desplazaron hacia arriba, por el plexo solar, las manos entrelazadas, el pecho, la garganta...

Winterfeld aspiró sonoramente el aire cuando la luz se detuvo allí. Cuando se evidenció que la persona que estaba en la cama no estaba dormida ni drogada, que no comenzaba a distinguir luces ni podía ser recuperada de la inconsciencia con amoníaco.

Cuando quedó patente que Julia Schmidt estaba muerta.

Pues a la luz de las linternas se podía ver que donde había estado el esbelto cuello de la joven había un escabroso cráter, más negro aún que la noche más negra.

Y donde tendría que haber estado la cabeza, no había más que un sangriento muñón que asomaba por el camisón blanco, rodeado de fragmentos de huesos y tendones rasgados.

Clara inspiró profundamente.

—La ha decapitado —susurró, y el rayo de luz de su linterna se movió rápidamente de un lado a otro.

—¡Necesitamos un foco! —gritó Winterfeld—. ¡Rápido!

Agitados pasos por el pasillo que enseguida enmudecieron.

El cono de luz de la linterna de Clara se deslizó hacia abajo, volvió a iluminar el sangriento cráter, el cuello de encaje del vestido, las manos cruzadas, los esbeltos pies, juntos y rectos como si se tratara de la estatua de una mártir.

Luego la luz se desplazó hacia arriba.

Cuando el cono de luz siguió ascendiendo, el cerebro de Clara le hizo saber con un margen de medio segundo lo que un pestañeo antes ya había percibido, pero no asimilado.

«Un metro a la izquierda».

Clara movió la linterna hacia la izquierda.

Hacia la estantería que había sobre la cama en la que antes había visto una copia en escayola de la Venus de Milo.

Y junto a la Venus de Milo se hallaba lo que el cerebro de Clara había registrado.

La cabeza de Julia, enmarcada por rubios cabellos que bajo la fría luz de la Maglite centelleaban como rayos, estaba en la estantería y miraba a Clara con los ojos y la boca abiertos. La comisura de los labios había sido levantada para forzar una macabra sonrisa, como si estuviera diciendo: «¡Bienvenidos, extranjeros, a mi reino!».

El poema del espíritu del pantano que la abuela de Clara le había contado cuando era niña asaltó de improviso su mente mientras la luz de su linterna seguía posada en la cabeza de la muchacha, para explorar después las paredes que rodeaban el atroz escenario.

Vosotros que venís, marchaos.

Como vosotros sois, así éramos nosotros.

Encima de la cabeza, a diez centímetros de distancia de los últimos mechones del pelo rubio platino de Julia, que refulgía a la fría luz de las linternas, vio sobre la pared pintada de amarillo claro una palabra y un número en color rojo oscuro, casi tan oscuro como la noche.

«Número 14».

CREO EN LO QUE ESTÁ SUCEDIENDO ahora mismo. No creo en nada de lo que suceda después de ahora. Os hablo a vosotros.

¡Ahora!

El sueño continúa.

Despertar es recordar. Pero esto es rabiosa presencia, atemporalidad.

Vivamos el sueño.

Basta con despertar poco antes de morir.

Las imágenes se suceden en mi cabeza como las secuencias de una película. Antes de emprender el camino, contrasté los datos de Facebook y Dategate y localicé dos posibles direcciones. Su primer error.

Después, durante la conversación telefónica, averigüé con el rastreador del GPS la ubicación del teléfono móvil de Julia. Su segundo error.

Publicó además en Facebook que estaba en casa y que esperaba a su gato. Y además había colgado en Facebook fotos de su gato en las que se veía cómo era. Su «Princess». Su tercer error.

Al igual que las otras, no pudo cometer el cuarto.

Porque para entonces ya estaba muerta.

Igual que las otras.

Siempre funciona. Y siempre seguirá funcionando.

Primero obtengo su teléfono.

Después averiguo su dirección.

Y luego consigo su cabeza.

TOM MYERS TENÍA UNA PESADILLA. Su mandíbula estaba dislocada. Tenía, además, la boca completamente abierta y le era imposible cerrarla. También vio en el sueño a sus compañeros de colegio y a antiguas novias que se burlaban de él porque tenía que ir a todas partes con la boca abierta.

Le dolía la mandíbula y le ardían los músculos de las articulaciones. Muy borrosamente, con los ojos apenas abiertos, percibió una oscura cúpula. Alguien se movía despacio delante de él. Tom Myers tenía la impresión de haber dormido durante años. Un palpitante dolor vibraba en su muslo.

«Pero algo ha pasado, ¿qué ha pasado? El aparcamiento... el ascensor... ¿y luego?».

Tenía la boca seca porque no podía respirar por la nariz. Y la nariz le dolía, pero a la par estaba como entumecida. Una pinza de metal le aplastaba las aletas de la nariz, de modo que solo podía respirar por la boca.

Fue entonces cuando sintió el sabor del metal en la boca y el paladar. Tenía en la lengua pequeñas galletitas con sabor a óxido. Myers se sobresaltó. Las galletitas de metal parecían afiladas como cuchillas, pues acababa de cortarse la lengua y percibía ahora el cobrizo sabor de la sangre. Cobre y herrumbre en su boca. Deseaba escupir las galletitas de metal. Pero ¿cómo? Su boca estaba *de verdad* completamente abierta; no era un sueño. No podía cerrarla.

Tampoco lograba moverse. Estaba amordazado. Una cadena le sujetaba también la cabeza, obligándolo a mantenerla doblada hacia atrás, y estaba sentado sobre una especie de silla de metal, como un paciente enseñándole la dentadura al dentista.

Lo asaltó el pánico. Comenzó a dar bruscos tirones para liberarse, y a emitir sonidos guturales, puesto que no podía articular palabras.

—Tenga cuidado, podría cortarse.

Esa era la figura que antes se movía como una sombra frente a él.

Ahora Tom Myers podía verlo. Un hombre alto y fuerte, vestido de negro, que se movía ágilmente y hacía algo sobre una mesa situada cerca de su silla. Tenía el pelo rubio y muy corto y llevaba gafas con montura de acero inoxidable mate.

Extraño, se parecía al hombre que empujaba el carro de limpieza en el ascensor.

Cuando el desconocido le habló, recobró enteramente sus facultades.

—Usted es el señor Myers, copropietario de Xenotube, ¿no es así? —dijo el hombre.

Myers se quedó helado. «¿Por qué sabe este individuo quién soy? ¿Qué está pasando aquí? ¿Secuestro? ¿Extorsión?».

—Señor Myers —prosiguió el extraño—. He roto en pedazos la hoja de un cúter y colocado los fragmentos de cuchilla en su boca. También le mantengo la boca

abierta con tensores similares a los que se emplean en la cirugía maxilar para que los pacientes anestesiados no puedan cerrar la boca durante la operación.

El desconocido miraba fijamente a Tom Myers con gesto serio e impasible, mientras este sentía que el terror recorría su cuerpo, como una repugnante araña negra caminando lentamente por su espalda.

«Oh, Dios mío. ¿Qué es esto? ¿Quién es este demente?».

Los ojos del hombre no reflejaban ninguna emoción. Solo frialdad y cálculo. Y un ansia irrefrenable por alcanzar su meta.

—Aquí —dijo el hombre de negro— tengo un cubo de agua. —Meció ante los ojos de Myers un cubo de diez litros de agua, y, al hacerlo, parte del agua se derramó salpicando los pantalones de Myers—. Se preguntará qué tiene que ver este cubo de agua con las cuchillas de su boca.

El cerebro de Myers trabajaba a toda máquina. Y en lo más profundo de su ser una voz que no quería escuchar le anunciaba ya el pérfido plan del hombre sombra.

El desconocido esbozó una sonrisa más fría aún que la corriente de aire otoñal que corría por el sótano.

—Quizás no haga falta recurrir al cubo. —Apartó ostensivamente el cubo a un lado antes de continuar—: Yo quiero algo de usted. —El hombre de las gafas con montura de acero mate se inclinó sobre él, su cara se detuvo a pocos centímetros de la suya—. Quiero el código de acceso a la *landing page* de Xenotube. Sé que escanean el iris a través de una *webcam*. Sé que el ordenador central tiene almacenados los datos sobre la estructura del iris de los directivos de la empresa. Y sé que el director general de Xenotube ha de guiñar tres veces a la *webcam* para conseguir acceso. —Guardó silencio. Durante un breve lapso de tiempo, perforó a Myers con la mirada—. Sé incluso que el escaneo del iris mide los movimientos y la presión sanguínea del iris. Para que a nadie se le ocurra —añadió mirando a Myers con fingida indignación— sacarle un ojo a un ejecutivo con el fin de piratear el código.

Myers retrocedió instintivamente y se golpeó la cabeza contra la pared de piedra.

El hombre de las gafas de acero levantó del suelo una *webcam* dotada de un dispositivo inalámbrico.

—Guiñar tres veces, señor Myers —dijo, y añadió susurrando—: Porque quiero el código de acceso a Xenotube.

«La *landing page* de Xenotube», pensó Myers. Cuatrocientos mil clics al mes en todo el mundo. Para que ese demente pudiera emitir sus perversas películas o lo que fuera que quería enseñar. En un mes, la empresa estaría en quiebra, cerrada por el Ministerio de Justicia, sería objeto de aborrecimiento y burlas, perdería para siempre su reputación. Y las acciones de Myers valdrían poco más o menos lo mismo que aquella tétrica y mohosa mazmorra.

Myers negó con la cabeza. *No podía suceder.*

—Imposible —consiguió articular Myers sin cortarse la lengua ni la mucosa pese a las cuchillas en su boca.

El desconocido arqueó casi imperceptiblemente una ceja, cogió el cubo y lo alzó a un lado.

—¿No quiere ayudarme? —dijo—. Entonces yo tampoco puedo ayudarlo a usted. —Permaneció unos instantes en esa postura. Con su rostro impassible y su atlética figura se asemejaba a los aguadores que aparecen en las fuentes romanas, solo que este era un aguador psicópata. El hombre volvió a tomar la palabra—. A lo que viene ahora lo llamo «el baño de acero». ¿Qué quiere esto decir?, se preguntará. Bien, usted tiene en la boca fragmentos de metal afilados como cuchillas de afeitar. Y yo verteré agua en su boca, mucha agua. —Mientras hablaba, posó el borde del cubo en la mandíbula inferior de Myers—. Puede intentar defenderse tanto como desee, pero antes o después su boca y su garganta estarán tan llenas de agua que no podrá respirar. Y como no podrá inspirar aire por la nariz, se enfrentará al dilema de o bien ahogarse, o bien tragarse el agua junto a las cuchillas para volver a respirar. —Myers sintió caer las primeras gotas de agua en sus labios—. Y usted, naturalmente, se *tragará el agua* —prosiguió el desconocido—. Venga, ¡comenzamos!

Myers, paralizado de terror, sabía lo que eso significaba. Las afiladas cuchillas, que con la presión del agua y la fuerza del reflejo de tragar se abrirían un sangriento camino por la garganta, le destrozarían el esófago y el estómago. Un camino de carne desgarrada y sangre, dolor y muerte.

«¡No!». Con sus últimas fuerzas negó con la cabeza. Luego asintió. «¡Sí, lo haré, lo haré!».

—Acérqueme...

El desconocido levantó una ceja y apartó ligeramente el cubo a un lado.

—¿Sí? ¿Qué desea?

—Acérqueme la *webcam* —acertó a decir Myers entre las cuchillas—. Haré lo que me pide.

El hombre de negro asintió.

—Un ejecutivo ejemplar —dijo.

Posó el cubo en el suelo y alzó la cámara.

«NÚMERO 14».

Si era verdad, el asesino había matado a catorce personas.

Y la policía solo sabía de tres.

Y si solo contaban las mujeres como «sacrificio sagrado» y los hombres no eran más que víctimas auxiliares, la cifra de asesinatos podía ser aún mayor.

Se encontraban de nuevo en el departamento forense de Moabit. En la camilla de autopsias descansaba el cuerpo de la mujer de veintiocho años vestida con un camisón blanco. La cabeza seccionada estaba posada a los pies de la camilla.

Clara no podía dejar de pensar en historias de vampiros. En Lucy, de *Drácula* de Bram Stoker, tumbada en su ataúd con un traje blanco, y en Abraham Van Helsing, el cazador de vampiros, atravesando su pecho con una estaca y cortándole la cabeza.

Los agentes habían colocado varios focos de gran tamaño en el piso de Julia para hacer fotografías y tomar muestras de la alfombra, los muebles y los objetos que rodeaban el lugar del crimen. A la chillona luz de los focos, la escena había sido aún más terrorífica que bajo la difusa luz de las linternas. El cadáver decapitado de una muchacha, cuya cabeza se encontraba en una estantería a cuarenta centímetros del mutilado cuerpo y sonreía diabólicamente hacia la puerta del dormitorio.

Clara había percibido el olor a miedo y sangre, pero no el olor a muerte, porque aún no había comenzado el proceso de descomposición. El asesinato había tenido lugar solo tres horas antes. En el mutilado cuello que salía del camisón habían hallado rastros de mordeduras. Al principio, Clara pensó de verdad en vampirismo, pero las mordeduras procedían de un gato que había huido debajo de la cama cuando la unidad de operaciones especiales asaltó el dormitorio. El animal llevaba un collar en el que ponía «Princess» en letras doradas.

«Casi ha completado su obra», había asegurado MacDeath. Y de nuevo, ella no había podido evitarlo.

—Otra mujer joven y atractiva —dijo Von Weinstein, y se recolocó las gafas—. El asesino le ha cortado la garganta y la ha decapitado, como se puede apreciar a primera vista. —Se enfundó las manos en guantes quirúrgicos y señaló con una varilla de metal un sangriento y cartilaginoso punto en la laringe del cadáver—. Miren aquí, vemos que la víctima aspiró sangre en la tráquea. Esto revela que estaba viva cuando el asesino le causó una de las dos heridas por corte en el cuello. La pregunta es ahora cuál de las dos se produjo primero.

Averiguar y verificar la secuencia de las heridas y qué lesiones habían provocado la muerte eran algunas de las tareas más importantes del Instituto Forense. Clara sabía de multitud de casos en los que las víctimas habían sido estranguladas y posteriormente colgadas de una soga con la intención de simular un suicidio, de

personas que habían sido golpeadas hasta la muerte y arrojadas después a la carretera, donde un camión atropellaba su cadáver para que la policía creyera que se trataba de un accidente de tráfico y no de un asesinato.

En la mayoría de los casos, los forenses descubrían el ardid, pues en base a los labios de las heridas podían determinar con precisión lo que había ocurrido.

Von Weinstein señaló con su varilla metálica el corte a la altura de la laringe.

—En la sección de la arteria carótida, los labios de la herida revelan signos de vitalidad —dijo—, al contrario que los de las heridas del tronco y la cabeza causadas por la decapitación. —Miró a Clara y a MacDeath—. Lo cual significa que la decapitación tuvo lugar post mórtem.

Clara soltó sonoramente el aire. Gracias a Dios, el psicópata había cortado la cabeza a la chica después de matarla. La sangre aspirada que había llegado a los bronquios por la tráquea seccionada podía proceder de ambas heridas. Pero los bordes de la herida de la garganta estaban recubiertos por una costra, y había brotado gran cantidad de sangre de ella, una prueba de que la víctima aún vivía cuando se la causaron. En los labios de las heridas causadas por la decapitación en el tronco y la cabeza no se veían semejantes «signos de vitalidad», porque en el momento en que se produjo la chica ya estaba muerta. En estos y otros signos de vitalidad se basaban los forenses para determinar no solo qué lesiones habían sido la causa de la muerte, sino también qué arma la había causado, lo que era especialmente importante en los casos en que estaban implicados varios autores y varias armas.

Von Weinstein describió con su varilla una larga línea desde el cuello hasta la cadera de la muerta.

—El asesino también ha seccionado el tronco de la víctima, desde la garganta hasta el pubis, para extraerle las vísceras —dijo—. A continuación, puso al cadáver el camión blanco, y con ello ocultó (si bien por poco tiempo) el resultado de sus acciones.

Bastante espantoso le parecía ya a Clara el actual aspecto del cadáver. La cabeza seccionada, con los ojos y la boca abiertos, que le había sonreído de repente a la luz de las linternas pertenecía a la clase de escenas traumáticas que a uno le cuesta apartar de su mente.

—Opino que esa era precisamente su intención, ocultar su obra —dijo MacDeath.

—Es posible —dijo Von Weinstein—. La muerte le acaeció no hace mucho. —El forense dio unos golpecitos con la varilla sobre el torso del cadáver. Y Clara deseó intensamente que esa costumbre de Weinstein desapareciera en un futuro no muy lejano.

—¿Hora de la muerte? —preguntó.

—Esta misma tarde —dijo Von Weinstein, y consultó el informe de la policía científica que se hallaba en la mesa junto a la camilla—. Veamos. La policía científica midió la temperatura rectal inmediatamente después de su entrada. En ese momento todavía era de treinta y siete grados Celsius. —Volvió a dejar el informe en

la mesa—. Partiendo de la base de que, si la temperatura ambiente es normal, la temperatura corporal de un cadáver se mantiene constante durante tres horas, para después descender progresivamente al ritmo de un grado por hora, la muerte acaeció tres horas antes del hallazgo del cuerpo, quizás incluso después.

—Se está envalentonando —dijo Clara—. Mata a alguien e informa a la policía dos o tres horas más tarde.

—Puede permitírsele, evidentemente —dijo Von Weinstein—, porque, por desgracia, aún no sabemos nada de él. —Se recolocó de nuevo las gafas—. Pero volvamos a la hora de la muerte: apenas se ven manchas lívidas, ni acumulaciones de sangre en la zona de la espalda, como cabría esperar en un cadáver que yace algún tiempo sobre una cama. Con todo, estos datos no nos ayudan demasiado, porque...

—¿... el asesino le ha extraído la sangre? —preguntó Clara—. ¿Igual que a Jasmin Peters?

—En cualquier caso, la palidez del cuerpo y del rostro es antinatural, incluso para un cadáver. Extraigo de ello la conclusión de que apenas hay sangre en su cuerpo.

Von Weinstein se ajustó los guantes, seccionó con un escalpelo la arteria del muslo y recorrió, apretando con la mano, el recorrido del vaso sanguíneo. De la herida no manaron más que un par de gotas de sangre, y ello a consecuencia de la presión.

—La arteria femoral es junto a la arteria abdominal la mayor vía de suministro de sangre en el cuerpo humano. —Limpió la sangre del escalpelo con un pañuelo de papel—. Y aquí prácticamente no hay sangre.

—Lo cual refuerza nuestra teoría del sacrificio ritual —intervino MacDeath, apostado con los brazos cruzados frente al cadáver—. Y tampoco creo que la elección del camión blanco sea casual.

—¿Por qué no? —preguntó Clara.

—Según el informe de la policía científica, no había restos de ADN en el camión. Solo algunas células muertas de la piel de la víctima. —Von Weinstein tomó de nuevo el informe—. Eso podría significar que el asesino llevó la prenda a casa de Julia Schmidt para arreglar el cadáver.

—En la ciencia forense eso se llama «*undoing*» —dijo MacDeath—. Arreglando a la víctima, vistiéndola de blanco y posando el cadáver en la cama con las manos cruzadas sobre el pecho intenta pedirle perdón. Desea reparar lo que ha hecho.

—La tesis del gran sacrificio ritual que pronto habrá concluido, ¿no? —preguntó Clara.

—Cuanto más próximo ve el final, mayor es la identificación de las víctimas que sacrifica con la persona a la que se las ofrece.

MacDeath se quitó las gafas y se frotó los ojos.

—Y hay algo más —dijo Clara, y no dijo más hasta que sus colegas la miraron expectantes—. O mejor, no hay nada más.

—¿Nada más? —preguntó Von Weinstein.

—Falta algo.

—Sí. —Von Weinstein señaló con la varilla el cuello mutilado del cadáver—. La cabeza.

—La cabeza. —Clara asintió—. Y los escarabajos.

—Maldita sea, es verdad —dijo MacDeath—. No había escarabajos.

Von Weinstein asintió.

—Posiblemente ya no los necesita. Empleaba los escarabajos para acelerar la momificación y eliminar el olor a putrefacción. —Von Weinstein recorrió el cadáver con la mirada—. Si informa a la policía poco después de cometer el asesinato, no necesita evitar nada, salvo su pronta captura.

Clara se mordió el labio.

—Ya nos gustaría capturarlo —dijo Clara—. Pero lamentablemente puede permitirse el lujo de tratarnos como a niños pequeños sin que lo atrapemos. Un hombre frío y calculador, pero a veces también imprudente. —Miró a MacDeath y este asintió con la cabeza—. Este demente está lleno de contradicciones.

—¿Y la cabeza cortada? —preguntó Von Weinstein—. Eso no cuadra con el *undoing*.

MacDeath se encogió de hombros.

—No olvidemos que se trata de un psicópata. No podemos esperar demasiada racionalidad de él.

Clara recordó la conversación con MacDeath sobre su papel como evaluadora, y la idea de que ella debía seguir la serie de asesinatos del Sin Nombre en calidad de experta y víctima.

—Quizás la cabeza misma tenga algún significado —dijo al fin.

—Es posible —repuso Von Weinstein—. Pero ¿cuál? ¿Espanto? ¿Conmoción?

—¿Un mensaje? —preguntó Clara. De alguna manera, la sangrienta carnicería que el asesino había llevado a cabo con la decapitación no encajaba con el esmero con que había arreglado a la víctima: le había puesto a Julia el camisón blanco, le había cruzado las manos y había ocultado las heridas.

Clara estaba convencida de que el asesino quería llamar su atención. *Tenía* que haber algo ahí, como el número 13 en el vídeo de Jasmin Peters.

—¿Pueden examinar la cabeza en primer lugar? —preguntó Clara.

—Siempre lo hacemos. Seccionar la cavidad craneal es obligatorio, según la Ley de Enjuiciamiento Criminal —repuso Von Weinstein subrayando sus palabras con pequeños toques de varilla en el camisón—. Usted lo sabe.

—Por favor, radiografíen antes la cabeza —dijo Clara.

Von Weinstein la miró sorprendido.

—Está bien, lo haremos, pero debe decirme por qué.

—Porque podríamos encontrar algo —repuso Clara—. Esperaremos fuera. Por favor, avísenos si encuentran algo.

EL MARIDO YA FALLECIDO de la antigua directora del internado, en cuya casa vacía se había colado Vladimir, había sido profesor de zoología y disecaba animales para su estudio científico. Esa era también una de las razones por las que Vladimir había elegido la casa de la exdirectora como domicilio provisional. Se ajustaba perfectamente a sus planes.

En el amplio sótano abovedado había un laboratorio con productos químicos y libros sobre la conservación y momificación de animales y cadáveres. Vladimir se enteró por ellos de la existencia del escarabajo de cementerio, *Blaps mortisaga*, que podía extraer toda la humedad de un cadáver. Tenía que criar aquellos escarabajos, construir un terrario para ellos.

Había rescatado el cadáver de su hermana de la nevera del internado en una temeraria operación relámpago. Luego la había momificado y disecado siguiendo las instrucciones de los libros, ayudándose de preparados, escalpelos y agujas. Así la conservaba para siempre, la convertía en un monumento conmemorativo destinado a recordarle la misión que debía cumplir. Su cuerpo yacía en un rincón del gran sótano, junto con los escarabajos que debían terminar el trabajo. Para finalizar, había emparedado el cadáver disecado en uno de los nichos del sótano. Y allí permanecería hasta su regreso.

Otros tenían que morir por ella, y él debía reparar su culpa; una oblación para él y para ella.

La última noche en casa de la directora recorrió el despacho de su difunto marido. En la nutrida biblioteca del zoólogo había libros sobre ocultismo y magia negra. Vladimir conoció por ellos el significado de la sangre en el mundo antiguo y medieval y en los círculos de ocultismo. La muerte era la vida. Cuando la sangre se quemaba, los espíritus del infierno se reunían en torno a las llamas. Leyó sobre la raíz de mandrágora, que podía adoptar forma humana. Estudió los rituales que allí se describían. Había que atar a un perro a una mandrágora y luego matarlo a golpes. Las convulsiones del animal moribundo arrancaban la planta de la tierra, y a partir de entonces —se creía— la raíz tenía la capacidad de adoptar forma humana.

Supo también por los libros de la existencia del Gran Grimorio, un libro de magia francés del siglo XVI que describía cómo devolver la vida a un muerto y qué sacrificios rituales era preciso hacer. Vladimir comprendió que la gran verdad que ligaba como un hilo conductor a todos aquellos libros rezaba: Siempre tiene que morir un ser vivo para devolver la vida a otro.

Hernach müssen sie daß geiße hals abschneiden und tzieen daß haut ab und dien daß fleisch ihm feyer nein und lassens bis es ganß zu aschen sey, leyó en alemán antiguo en las amarillentas páginas: «Después hay que cortar el cuello de la cabra,

desollarla y arrojar la carne al fuego hasta que se convierta en cenizas».

Leyó los nombres de los demonios que ayudaban a resucitar a los muertos: Belial, Lilith, Astarté, Lucifer y Adramelech. Oscuros conceptos de una razón que se extinguía y rezaba desesperadamente al demonio por el final de su agonía.

Leyó la historia de la condesa húngara Elisabeth Báthory, que había vivido en el siglo XVI.

«Elisabeth».

La habían casado a la edad de quince años.

«Elisabeth también conoció a su primer novio a los quince años. Y ha muerto a los quince años».

Báthory contrajo matrimonio con el conde Ferencz Nádasdy, un descendiente de Vlad Dracul, el conde Drácula.

«Vlad Dracul - Vladimir».

Drácula, el señor de las ratas y los lobos.

Vladimir, el señor de los escarabajos negros.

«Le ofreceré la sangre de las víctimas».

Leyó las historias de terror protagonizadas por la condesa Elisabeth Báthory, que hacía asesinar a mujeres vírgenes para bañarse en su sangre y alcanzar la eterna juventud. Los investigadores hablaban de más de seiscientas víctimas hasta que se puso fin a aquella maquinaria de muerte.

«A mí nadie me atraparé —se prometió Vladimir—. Ofreceré a Elisabeth la sangre y las vísceras de los muertos, y los quemaré para ella aquí, en este altar».

Contempló en su mente el cadáver disecado de su hermana, emparedado en el nicho del sótano, el cuerpo seco y momificado, los ojos muertos dirigidos fijamente al techo. Volvería a buscarla cuando llegara el momento.

«Tenía quince años cuando murió.

»Sacrificaré a quince mujeres para ella.

»Su sangre, su carne, su vida.

»Y nadie me atraparé.

»Porque no soy Vladimir.

»Ya no.

»Soy el Invisible.

»Soy la Noche.

»El Otro.

»El Extraño.

»El Mal.

»Soy el Sin Nombre».

Por la noche cruzó el umbral de la casa y desapareció. De la ciudad. Del país.

Y se convirtió en parte de la noche.

Pero regresaría para completar su obra.

—¡LO TENEMOS!

Habían transcurrido diez minutos.

El asombro estaba escrito en el rostro de Von Weinstein.

Clara y MacDeath se precipitaron hacia la sala de autopsias. Habían seccionado la bóveda craneal de Julia Schmidt, su cerebro reposaba en una escudilla de metal. Von Weinstein extrajo de él con unas pinzas quirúrgicas algo lleno de sangre y moco, algo que no podía estar ahí, que formaba parte de un mundo enteramente ajeno, que nunca habría debido hallarse en un cráneo seccionado, entre el tejido cerebral y la base del cráneo.

—La bóveda craneal estaba intacta, se ve también en la radiografía —dijo excitado Von Weinstein—. Tras cortarle la cabeza, se lo metió por la nariz. Luego empleó probablemente una barra de metal para empujarlo hasta el cerebro con varios golpes de martillo. —Negó con la cabeza y tragó saliva—. Por fuera no se ve nada. Y como previamente le había extraído la sangre, no salió ni una gota de la nariz.

Clara pestañeó varias veces, intentó poner en orden sus pensamientos, escudriñó el objeto e hizo un esfuerzo por ignorar la costra de sangre y moco en el que estaba envuelto. Miró a Von Weinstein, luego a MacDeath, después otra vez aquel objeto.

—¿Acaso no es eso...?

Von Weinstein asintió con aire de resignación.

—Sí —dijo el forense—. Es un *pendrive*.

VLADIMIR HABÍA REGRESADO al cabo de más de veinte años a la casa de la antigua directora del internado, entonces ya fallecida. A la casa en la que Elisabeth estaba emparedada. La casa que para entonces ya solo se utilizaba como almacén del internado. Apenas la visitaba nadie, pero ofrecía las inapreciables ventajas de disponer de corriente y conexión telefónica.

Su primer empeño tras su llegada consistió en reformar el sótano con arreglo a sus fines. Lo transformó en un atroz purgatorio digital. Ahora tenía el dinero que necesitaba. Ahora tenía conocimientos. Conocimientos sobre un nuevo mundo. El mundo de los ordenadores. Era un mundo puro, que iluminaba la oscura bóveda del sótano desde monitores que emitían una luz verdosa, un mundo de unos y ceros, claro y selectivo, como trazado por un escalpelo. Sin impureza, sin vida, sin carne.

El nacimiento de Internet había ofrecido a Vladimir la oportunidad que tanto había esperado. Cuando con el correr de los años aparecieron los primeros portales de citas, logró por fin encontrar a las mujeres que más se parecían a Elisabeth. En ellos había fotos y descripciones, se ofrecían datos personales, se indicaba la ciudad en la que vivían las mujeres. Podía seleccionar a la víctima, contactar con ella y averiguar más de su vida. Mucho más, hasta saberlo casi todo sobre ella.

Vladimir averiguó qué hombres tenían más éxito en los portales de citas. Para conseguirlo, pirateaba la red de las plataformas de *dating* y elaboraba el perfil del hombre perfecto. Pero luego se dio cuenta de que la mejor forma de adoptar la identidad de alguien era apoderarse de *todo* lo que le pertenecía, de su vida entera; lo cual solo era posible si lo mataba.

Había aprendido mucho en su anterior vida. Primero se adueñaba de las cuentas bancarias de los muertos, hasta dejarlos sin blanca. Luego diseñó un programa que abastecía siempre de dinero en metálico: transfería desde las cuentas de los muertos sumas de centavos a números de cuenta desconocidos. Si la transferencia se realizaba correctamente, la cuenta existía. Luego ordenaba un cargo desde la cuenta de uno de los muertos y sacaba de la cuenta desconocida tanto dinero como podía. A continuación, iba con la tarjeta de débito del muerto a un cajero automático, para lo cual se disfrazaba, pues sabía que los cajeros tenían cámaras. Sacaba dinero de diversos cajeros, cantidades de mil euros en breves intervalos de tiempo. Cuando reunía diez mil euros o más, desaparecía en la oscuridad y quemaba el ordenador de la víctima.

Para llevar a efecto su plan de asesinar a quince mujeres que se parecieran a Elisabeth necesitaba también tiempo. Nadie podía percibir lo que estaba ocurriendo, nadie debía echar de menos a las víctimas.

La sociedad tenía también un lado oscuro. No en este caso el lado oscuro de la

acción —asesinato y homicidio, maltrato y violación—, sino el lado oscuro de la inacción, del desapego y el anonimato.

Vladimir había pirateado bancos de datos forenses y criminológicos. Conocía por ellos el caso de personas que habían permanecido muertas en sus casas hasta cinco años sin que nadie se diera cuenta. Personas que habían fallecido solas en pisos llenos de basura y excrementos, y habían sido devoradas por animales domésticos, que después también se morían de hambre y eran encontrados junto a sus amos.

Primero el cadáver se pudría, luego se secaba. «Momificación secundaria», así lo llamaban las actas forenses. Vladimir había visto imágenes.

Aquellas personas no interesaban a nadie. Vivían y morían solas. Pero las mujeres que Vladimir quería asesinar no estaban solas. Y de nuevo, la tecnología le ofreció una solución: las redes sociales, que ponían en contacto a millones de personas en el planeta. Vladimir se convirtió en un especialista en el mundo de las redes de amplio alcance y las plataformas de citas, «corrientes» y extravagantes. Usaba las plataformas gays para contactar con los hombres a los que deseaba utilizar como marioneta, y las peores de todas, las *special-interest-seiten*, donde había personas que querían ser martirizadas y hasta asesinadas, que deseaban torturar, matar y hasta devorar a otros seres humanos.

En una de esas páginas Vladimir descubrió una cara que le resultaba familiar. Lo conocía del internado. Del cuartito en el que veía con él una película de ninjas. De la lavandería.

Entró en contacto con él.

Concertaría una cita.

Y lo mataría.

EL SADISMO COMIENZA con el maltrato de animales. El sádico los atormenta, pero los deja con vida. En el siguiente estadio, los tortura hasta la muerte. Luego martiriza a seres humanos, que sobreviven. Y, en la fase final, también la tortura de personas culmina en el asesinato.

De niño, Ingo M. capturaba ranas y las hinchaba con una pajita hasta que explotaban: no porque salieran despedidas en pedazos, sino porque reventaban por dentro y tenían una muerte lenta y dolorosa. A Ingo, de alguna manera, le resultaba estimulante.

Pero llegó un momento en que semejantes prácticas ya no lo satisfacían. Buscó animales más grandes. Y después personas. Niñas y niños, sobre todo, pues resultaba más fácil persuadirlos. Conseguir que un niño se sintiera preferido era sencillo, y también obligarlo a hacer cosas sin que pareciera una relación forzada. Al principio, Ingo dejaba marchar a los niños tras «jugar» con ellos, pero después le pareció demasiado arriesgado. Podían contárselo a alguien, al fin y al cabo. Muertos ya no podían irse de la lengua.

El miedo en los ojos de sus víctimas se convirtió para Ingo en un elixir de vida.

Sus gritos y llantos alimentaban su alma.

Y calmaba su sed con las lágrimas de los niños a los que asesinaba.

No era fácil, sin embargo, acceder a los que más lo excitaban. A menudo tenía que conformarse con vulgares chaperos. No podía matarlos, eran demasiado listos para eso, pero por poco dinero hacían prácticamente todo lo que se les pidiera.

El año acababa de comenzar, todo estaba cubierto de nieve. Ingo contactó por Internet con un chico joven que se ajustaba perfectamente a sus gustos e inclinaciones. Se llamaba Chill, era alto, rubio, tenía un cuerpo atlético. Y era sumiso. Haría cuanto le pidiera, satisfacería las sucias fantasías de Ingo y no insistiría en el uso de condón ni pondría condiciones. Cooperaría en todo. La información que proporcionaba Internet era clara e inequívoca. Ingo podía verlo. No, casi podía *olerlo*.

Se citaron en el sótano del club conocido en Berlín por ser el primer punto de encuentro para fiestas en general, sobre todo homosexuales. Allí donde a veces el suelo se volvía resbaladizo cuando en las sesiones sadomasoquistas corría la sangre. La música *techno-hardcore* retumbaba en los altavoces, las parejas desaparecían en los cuartos oscuros e Ingo se encontró con el chapero que se llamaba a sí mismo Chill, lo manoseó, le palpó los pantalones.

—¿Doscientos por toda la noche? —gritó superponiéndose al rugido del *techno-beat*—. Toda la noche. No hay límites.

Chill asintió.

—Y todo sin goma.

Chill asintió de nuevo.

Condujeron hasta el búnker que Ingo M. había alquilado, donde normalmente ensayaban grupos musicales, pero no a las dos de la madrugada. La sala estaba insonorizada, tres plantas por debajo del suelo, y la puerta podía cerrarse con llave. Ingo había estrangulado en aquel búnker a tres niños tras satisfacer con ellos sus perversos deseos. Los había mirado fijamente a los ojos para ver lo que reflejaban en el exacto momento de la muerte. Pero solo había descubierto en su mirada el mismo pánico y la misma súplica que en las horas anteriores, y al final hasta se había sentido decepcionado e irritado por ello.

En el sótano tenía cuanto necesitaba: cadenas, mordazas, esposas, una silla de armazón metálico fijada al suelo de cemento. En un rincón había una cámara, pues a Ingo le gustaba filmar lo que hacía. También había llevado su ordenador portátil. Era el ordenador en el que guardaba el material pornográfico *más fuerte* que poseía. No había *wireless* ni acceso a Internet en el sótano, y a Ingo le parecía bien. Las imágenes eran solo para él. Cualquier filtración supondría el final de sus correrías.

Era perverso, pero no idiota.

Chill, que se había desnudado, se inclinó y abrió la cremallera de los pantalones de Ingo. *Excelente*. Luego lo amordazaría y humillaría. Chill era un chico alto y fuerte, pero Ingo no tenía miedo. El tipo era un chapero. Él pagaba. Y en el peor de los casos, siempre podía recurrir a la pequeña cuarenta y cinco que escondía detrás del armario.

Ingo sintió crecer su erección mientras Chill le abría los pantalones. Babeaba de excitación, inclinaba la cabeza hacia delante con los ojos muy abiertos y llenos de lascivia y estiraba un poco la barbilla para contemplar mejor el «trabajo» de Chill.

Estaba a punto de metérsela en la boca, iba a tomarse su tiempo, las cosas irían despacio, muy despacio, hasta que...

Algo lo embistió brutalmente. Todo se tornó súbitamente rojo, dolor y conmoción. Un ruido atronador retumbó en su cabeza y apareció en su boca sabor a cobre. Lo que hasta hacía un instante eran sus incisivos y sus labios se había convertido en una sangrienta mezcla de carne picada y añicos de dientes.

Sintió un abrasador líquido en la nariz y en los labios desgarrados y vio borrosamente a Chill, que ya no lo miraba con sumisión, sino con una mezcla de alegría sádica y gélido desprecio.

Luego Ingo percibió un penetrante olor, que conocía de su época como enfermero.

Cloroformo.

HAY ALGUIEN AHÍ FUERA.

Quiere algo de mí.

Y formo parte de su plan.

Un *pendrive* con un mensaje escondido en la cabeza de un cadáver decapitado, introducido en la víctima por la nariz.

Otro mensaje de él.

Las palabras de MacDeath:

«El Otro».

«El Extraño».

«El Mal».

Habían encendido el ordenador. MacDeath había llamado a Winterfeld y lo había puesto al corriente del macabro hallazgo.

En el *pendrive* solo había un archivo de texto.

Con mano temblorosa, Clara clicó dos veces sobre el archivo.

El programa se abrió.

Luego apareció el texto:

Para Clara Vidalis, LKA.

No sería sincero si le expresara mi sorpresa porque haya encontrado este mensaje, pues sé que tiene muy buenas cualidades, cualidades que comparte con las otras mujeres.

Usted tiene algo en la cabeza, exactamente igual que mi última víctima.

Y como si no fuera bastante, hoy acaba de enterarse de que ya he matado a catorce mujeres. Claro que también he necesitado unos cuantos títeres masculinos, de modo que Jakob Kürten no es la única víctima masculina.

Es decir, 14 más X.

Impresionante, ¿verdad? Quizás para usted: inquietante.

Sé que comienza el fin de semana, y usted quería irse de vacaciones, si no me equivoco. Pero aún no hemos terminado.

Esta noche se trata de dos cosas:

Enseñarle lo que tenemos en común y mostrarle a la par lo que usted ha dejado de hacer.

Y si en lo sucesivo es lo bastante fuerte —porque no va a gustarle nada lo que le voy a mostrar—, le concedo permiso y le otorgo el honor de seguir persiguiéndome.

Perseguirme, entiéndase bien.

Porque no puede capturarme.

*Porque no existo.
Despierte antes de morir.
Desde la nada.
El Sin Nombre.*

DE REPENTE, INGO VIO LA LUZ.

Los tubos de neón que iluminaban el techo de su refugio subterráneo.

Quiso humedecerse los labios, pero la lengua se retiró, pues lo que sintió no eran el labio superior, el labio inferior y los incisivos, sino un doloroso pastiche de carne desgarrada y dientes rotos. Los añicos de dientes flotaban en la cavidad bucal como barcos a la deriva en un costroso pantano de saliva mezclada con sangre. Cuando intentaba mover la boca, sentía un dolor espantoso, acompañado por el desagradable sonido de huesos entrechocando. Posiblemente le habían roto la mandíbula.

«Maldito hijo de puta», gritó en su interior. Iba a ser toda la noche su esclavo sexual a cambio de doscientos pavos, iba a chuparle la polla para comenzar la sesión. En lugar de eso, se había levantado súbitamente, le había embestido la boca con la cabeza, le había partido los dientes, destrozado los labios y roto la mandíbula.

Ingo estaba sentado en la silla metálica fijada al suelo de cemento. La silla que tan bien conocía. La silla en la que había amordazado y abusado de muchos, y ahora eran *sus* manos y pies los que estaban encadenados con esposas a la silla.

El cerebro de Ingo, venciendo el dolor y el miedo, comenzó a funcionar a toda máquina, manifestando esa admirable racionalidad que la mente humana reserva para semejantes situaciones. Sus pensamientos se habían organizado y concentrado en tres preguntas.

Primera: ¿Qué iba a hacer ese individuo con él?

Segunda: ¿Cómo podía convencerlo para que lo dejara libre?

Y la tercera y más importante: ¿Quién demonios era ese tío?

El hombre que se hacía llamar Chill se había vestido y ahora estaba serenamente sentado frente al ordenador de Ingo, mirando con calma las fotografías. Cuando se percató de que Ingo se había despertado, se dio la vuelta.

Un fino hilo de sangre descendía por su sien y su pómulo sin que él pareciera percatarse de ello. Sin duda, se había hecho la herida cuando, tras erguirse súbitamente, había golpeado con toda su fuerza la cara y los dientes de Ingo.

—¿Quién eres? —preguntó Ingo articulando con dificultad las palabras. Burbujas de saliva y sangre se hinchaban entre sus desgarrados labios.

El hombre se levantó, irguió su imponente cuerpo, se limpió con un dedo la sangre de la sien, se lamió la sangre del dedo, esbozó brevemente una sonrisa fría y se puso las gafas.

Unas gafas con montura de acero inoxidable mate.

—¿Que quién soy yo? —preguntó. Su rostro era tan inexpresivo como el de una estatua—. Tu peor pesadilla.

CLARA CONDUJO POR LA TURMSTRASSE en dirección a Tempelhof, al edificio de la LKA, mientras MacDeath repasaba el informe de la policía científica con la luz de su lámpara de lectura.

Clara activó el dispositivo manos libres y llamó a la comisaría. Oyó la voz de Hermann. Daba la impresión de que hablaba masticando sus gominolas favoritas.

—¿Alguna novedad en el frente informático? —preguntó Clara.

—Poca cosa —respondió Hermann—. El vídeo del asesino está haciendo furor. Intentamos retirarlo inmediatamente del servidor de Xenotube, claro está, pero por desgracia ya lo habían copiado y colgado en otros servidores cientos de usuarios. Esto es como un virus.

—¿Qué hace la prensa?

—Sacarnos de quicio. Bellmann y Winterfeld no dan abasto. Hemos confirmado el hallazgo del cadáver, pero no hemos dicho nada del *pendrive* ni, bueno, de todo lo demás.

Clara negó con la cabeza.

—Lo que nos faltaba. —Luego, tras una pausa—: ¿Se sabe algo del ADN encontrado en los escarabajos?

—Seguimos agarrando a los hospitales por las solapas para que se den prisa. Ya casi hemos cubierto Berlín.

—Pero ¿arroja la búsqueda algún resultado?

Clara oyó cómo Hermann masticaba con fruición antes de contestar.

—No, lo lamento. ¿Y vosotros?

—Vamos hacia allí con el *pendrive*. Los chicos de huellas siguen en el piso de Julia Schmidt revolviéndolo todo. —Clara torció en dirección a la Estación Central—. Por desgracia, tampoco esta vez han encontrado ADN o restos de piel. No hay huellas dactilares ni nada que nos sirva. Igual que con Jasmin Peters.

«No se lo va a creer, pero no hemos encontrado nada», le había dicho a Clara la policía científica.

«Tiene razón, no me lo creo —había respondido Clara—. Sigán buscando».

—Pero también un asesino aparentemente perfecto comete errores —continuó Clara—. La policía está interrogando a los vecinos, quizás alguien haya visto algo sospechoso entre las diecisiete y las veinte horas. El problema es que no tenemos ni idea de qué aspecto tiene nuestro hombre, y que aquí en Berlín la gente va completamente a lo suyo. —Reflexionó un instante—. En el Instituto Forense están buscando ADN en el camisón y en la piel del cadáver. Están examinando también si en su cerebro hay tóxicos, drogas u otras sustancias que nos permitan relacionarla con algún círculo o ambiente. —Clara dejó atrás la estación y giró a la izquierda por el

túnel que conducía a Tempelhof—. No disponen de más órganos, lamentablemente; no podemos esperar mucho del análisis forense.

—De acuerdo —dijo Hermann—. Se lo digo a Winterfeld. Te llamamos si hay algo nuevo.

—Bien —dijo Clara—. Ya estamos llegando.

Colgó el teléfono y durante un rato miró en silencio la carretera iluminada por el amarillento alumbrado del túnel.

—¿Qué opina usted, MacDeath? —preguntó al fin—. ¿Estoy en peligro? El asesino ha escrito: «Despierte antes de morir».

MacDeath meditó unos instantes antes de responder:

—Admito que suena a amenaza. Pero lo que parece esperar de usted es que comprenda y asuma sin más la situación. Es como si la conminara a no interponerse en su camino.

—Pero ese precisamente es mi trabajo. Nuestro trabajo —replicó Clara sin apartar la vista de la carretera. Las amarillentas luces del tendido eléctrico desaparecían de su campo de visión a la misma velocidad que los pensamientos de su mente. No era capaz de fijar ninguno—. En su opinión, ¿qué se propone hacer ahora? —preguntó después—. Ha dicho que esta tarde quería enseñarme algo.

MacDeath se encogió de hombros.

—¿Enviarle otro correo? ¿Otro vídeo? En cualquier caso, esta vez tenemos que reaccionar rápidamente. Puede que en su delirio autocrático nos revele sin querer más información de la que debería, que su *hibris* lo induzca a cometer algún error que nos permita atraparlo.

—Esperemos que así sea —murmuró Clara.

—Lo que quiere mostrarle —continuó MacDeath— es evidentemente muy importante para él. Y, por lo que parece, también para usted. —MacDeath escrutó el rostro de su colega a través de las gafas; el psiquiatra atacaba de nuevo—. Y ha dicho además que no será fácil para usted. —Se quitó las gafas y limpió los cristales con el pico de su bufanda mientras el coche salía del túnel. La luna que brillaba tras las negras nubes inundaba el mundo con su luz mortecina—. Lo mejor es que pensemos juntos de qué puede tratarse y que usted se prepare para que la noticia del asesino no la coja por sorpresa.

—¿Qué me propone, una especie de terapia *coaching*?

—¿Por qué no? —replicó MacDeath—. Cerca de la LKA hay un local agradable en el que sirven un *whisky* escocés excelente. En realidad, no es el barrio indicado para un local así, pero de alguna manera se mantienen a flote. Necesito cambiar de aires para pensar con claridad, y un poco de gasolina para reactivar la mente y seguir la línea de pensamiento correcta. Seguro que a usted también le hace falta, ¿me equivoco?

Clara meditó unos instantes, pero en realidad ya había tomado la decisión.

—De acuerdo. Los análisis están en marcha. Y por el momento no podemos hacer

nada. —Condujo en paralelo a las vías del metro por la Halleschen Ufer y giró después a la derecha por la Mehringdamm. «En realidad es absurdo —pensó—, beber ahora *whisky* y hacer como si hubiera comenzado el fin de semana». Sin embargo, era fin de semana. «Cuando te asalte una tentación, ríndete a ella —decía Oscar Wilde—, porque no va a regresar tan deprisa». Y resolver un problema era a veces más fácil cuando uno no se devana los sesos con él. Como el hombre al que el hada dice que puede encontrar un tesoro en su jardín si consigue no pensar en elefantes rosas.

Al cabo de un rato, Clara preguntó:

—¿Qué puede haber en común entre ese psicópata y yo?

—¿Tal vez algo de su pasado? —dijo MacDeath viendo pasar con aire distraído la luz de las farolas—. No, tal vez no —se corrigió—. Seguro.

LE HABÍA DICHO TODO lo que deseaba saber. No había querido responder a muchas preguntas, por lo que el hombre vestido de negro que se hacía llamar Chill había tenido que ayudarlo un poco. Había mirado las fotos que Ingo guardaba en su ordenador, lo había interrogado sobre ellas. Después había guardado el ordenador en su gran bolsa negra.

Ahora Ingo, convulsionado por temblores y bañado en sudor, estaba sentado enfrente de él. Las lágrimas resbalaban por sus mejillas.

—¿Por qué? —preguntó Ingo haciendo un esfuerzo.

El hombre se dio la vuelta.

—¿Por qué? ¿Es que todavía no has comprendido nada? ¿Acaso no sabes quién soy?

Ingo M. negó con la cabeza.

—¿No recuerdas el internado? ¿Al niño de doce años con el que veías películas de ninjas? «Para combatir la oscuridad, tenemos que convertirnos en parte de la noche». —El hombre abrió la bolsa negra y extrajo un objeto que Ingo no pudo identificar—. ¿Recuerdas los vídeos que utilizabas como cebo para procurarte esclavos sexuales? ¿Recuerdas lo que hacías con esos chicos? ¿Recuerdas la lavandería, en la que me pegaste hasta dejarme inconsciente? «Hazlo otra vez y sabrás de verdad lo que es bueno», eso me dijiste cuando te denuncié al director. «Lo de hoy te parecerá el paraíso en comparación con lo que voy a hacerte si te vas otra vez de la lengua». Pero el director no emprendió acciones contra ti. Porque te necesitaba.

Los ojos de Ingo reflejaban asombro, miedo y el esfuerzo de su memoria, que finalmente fue capaz de recuperar el recuerdo. *Vladimir*. El chaval que vivía con su hermana en el internado porque los padres habían muerto en un accidente. Había llamado su atención. Había visto una película con él. Había *jugado* con él.

—¿Eres tú? ¿Vladimir? ¡Es imposible! ¡Estás muerto! ¡Te ahogaste en el lago! ¡*Estás muerto!* —gritaba mientras el hombre que se hacía llamar Chill levantaba el objeto para que Ingo pudiera verlo.

Era un quemador Bunsen. Vladimir lo colocó debajo de la silla en la que estaba amordazado Ingo.

—¡Estás muertoooooooooooo! —gritaba Ingo en un tono de voz rayano en la histeria. Recordó entonces cómo había golpeado a Vladimir, cómo se había sentado a horcajadas sobre él, cómo le había escupido y amenazado: «Más te valdría no haberme conocido». Y el mocoso había replicado: «Para ti, sin embargo, habría sido aún mejor».

Poco después se había quitado la vida. Las palabras del director: «Parece que

Vladimir se ha suicidado. Hemos encontrado su chaqueta en la orilla del lago. Su bicicleta también estaba allí. Tenemos que contar con lo peor».

—¿Yo estoy muerto? —El hombre de negro acercó su cara a Ingo. Su nariz estaba a un dedo de distancia de la barbilla ensangrentada de su víctima—. No, yo no estoy muerto. Pero algo *en mí* está muerto. Y fuiste *tú* el que lo mataste. Y no solo en mí, en muchos otros. —Señaló el ordenador que asomaba por la cremallera de la bolsa negra. Luego se acuclilló y abrió el gas del quemador—. Soy tu juez y tu ejecutor. Porque aquello que tú mataste en mí va a matarte a ti. —Encendió con un mechero la llama del quemador—. Yo no estoy muerto —dijo el hombre que era Vladimir y se erguía como un ángel vengador sobre Ingo, el cual sentía un insoportable calor ascendiendo por sus piernas y nalgas—. Yo soy la muerte.

La voz resonó como una profecía apocalíptica en las paredes del sótano. Ingo M. chillaba y pataleaba, escupía sangre y espuma por la boca y las esposas le desgarraban la carne cuando intentaba arrancar del suelo el armazón de la silla para escapar del fuego. Pero la silla no se movió y las llamas ascendieron por su cuerpo. El olor a carne quemada inundó la sala, los gritos se superponían al crepitar del fuego. Durante unos instantes, Ingo M. pudo ver a la negra figura mirándolo impasible en el umbral de la puerta.

—¡Maldito cerdo! —gritó Ingo M. mientras el rugiente fuego le asestaba latigazos de dolor en el abdomen—. No eres mejor que yo. Eres peor. ¡*Mucho peor!*

—Creaste un mundo enfermo —dijo Vladimir, que contemplaba la escena apoyado en el marco de la puerta con los brazos cruzados y las gafas de acero mate sobre su nariz—. Y como todos los hombres que crean un mundo así, crees que ese mundo te perdona *a ti*.

En lugar de una respuesta, Ingo emitió un gutural gemido cuando las llamas devoraron sus muslos y su abdomen. Nubes oleosas ascendían en una densa columna hacia el techo húmedo del sótano, cubierto de líquen y moho.

—¡Mátame! —gritó—. ¡Por favor! ¡Haz que pare!

—¿Matarte? —Vladimir apartó el quemador de debajo de la silla empujándolo con el pie derecho. El martirio de los peores dolores cesó. Pero la carne de Ingo seguía ardiendo. Ingo alzó la vista. La inminencia del desmayo había desaparecido de su mirada.

Vladimir se erguía frente a él, amenazador como un vampiro que se levanta de su tumba. Se llevó una mano a la espalda, sacó algo de una funda sujeta al torso y lo sostuvo en la mano. La afilada hoja centelleó a la amarillenta luz del fuego y a la cruda y chillona luz blanquecina de la lámpara del techo. Era un sable corto japonés de samurái. Un *wakizashi*.

Alzó la espada y la colocó en el cuello de Ingo, el cual, aterrorizado, pero con un asomo de gratitud y alivio en la mirada, cerró los ojos confiando en recibir una muerte más rápida y menos espantosa.

Sin embargo, en lugar del feo sonido del acero clavándose en la carne, Ingo oyó

un clic. Las esposas de sus muñecas. Su mano derecha estaba libre. Podía mover el antebrazo. Era todo lo que podía hacer, pero le permitía agarrar objetos en un determinado radio. Se estaba preguntando aturdido por qué había hecho eso su verdugo cuando el primer y único objeto que iba a poder agarrar con la mano derecha cayó con un ruido sordo sobre la pequeña mesa de madera que estaba junto a la silla.

El *wakizashi* no lo había tocado. Su hoja, aún temblorosa por la violencia de la estocada, estaba clavada en la mesa de madera.

—Haraquiri —dijo Vladimir, el cual miró la espada y después a Ingo M.—. El haraquiri no es un privilegio exclusivo de los samuráis.

Diciendo esto, empujó de nuevo el quemador bajo la silla, se echó la bolsa negra al hombro y se encaminó hacia la puerta perseguido por los estridentes gritos de su víctima, de la que él mismo había sido víctima en el pasado.

Vladimir cerró la pesada puerta del sótano del búnker de un golpe.

Abandonó el búnker por el tétrico pasillo que desembocaba en la escalera y subió a la superficie. Los gritos de Ingo M. eran primero escandalosos, luego comenzaron a apagarse lentamente, hasta que, en algún momento, dejaron de oírse por completo.

«¿QUIZÁS ALGO DE SU PASADO? No, seguro que algo de su pasado».

Las palabras de MacDeath se repetían en la mente de Clara mientras recorría el pasillo en dirección a su despacho.

El Sin Nombre había matado ya a catorce mujeres, si no a más. ¿Y qué hacía ella? Examinar su pasado. Pero tal vez su pasado los condujera al asesino.

Y el pasado significaba para Clara, casi siempre, su hermana Claudia. Que estaba muerta. Posiblemente por su culpa.

Los padres de Clara siempre llamaban a Claudia «el mejor de los accidentes», porque no contaban con tener otro hijo. Clara tenía diez años cuando Claudia llegó al mundo. Y acompañar a su hermana pequeña en su crecimiento, compartir con ella su descubrimiento del mundo, significó para Clara volver a vivir su primera infancia.

Y entonces ya adivinaba lo que más adelante se convirtió en certeza: que esa primera infancia iba a ser para ella la mejor parte de su vida.

¡Qué idílica y contemplativa vida llevaban en el pueblecito a las afueras de Bremen al que las circunstancias llevaron a sus padres! La puerta de la terraza de su pequeña casa estaba todo el verano abierta; era viernes, se había acabado la escuela, limonada y helados en la nevera, las bicicletas en el garaje y el sol brillando en el cielo. El sábado hicieron una barbacoa y los vecinos y sus hijos pasaron a visitarlos. Los niños de la casa de enfrente se llevaron sus conejos, que brincaban por el jardín curioseándolo todo. Otros vecinos llevaron cobayas, y dos se escaparon. El gato del vecino mató a una y se armó un gran alboroto.

No había teléfonos móviles, ni foros de Internet, ni redes informáticas, ni segmentación de los niños por marcas de ropa o accesorios; sí, en cambio, inmensos prados verdes, bosques sombríos y misteriosos y puestas de sol en la brillante neblina de la tarde, en la que revoloteaban las mariposas y los mosquitos. El final de los días era tan emocionante como el comienzo del día siguiente. Pescar en el lago prohibido, donde presuntamente vivía el espíritu del viejo labrador que cien años antes se había ahogado allí. Jugar al escondite en la granja de los caballos, que pertenecía a los Lüders, los ricos del pueblo. Acariciar al perezoso gato gordo que dormitaba noche y día delante del granero. Montar al viejo y bonachón Klepper, que soportaba con paciencia los juegos de los niños y vivía pacíficamente en el establo de los Lüders, llamar al portón de la residencia de las monjas en el hospital cercano, y a las casas del vecindario, para huir después alborotadamente de vecinos enfadados pero bondadosos por las callejuelas bañadas por el sol.

Cerca de la granja había una pradera en la que pacían las vacas. Todas las tardes, el viejo Lüders metía a las reses en el establo con las palabras, casi ininteligibles para ellos, *vaca jei*. Claudia imitaba casi a la perfección al viejo granjero pese a la tesitura

de su voz. Clara nunca olvidaría a Claudia, a los cinco años, corriendo por la valla mientras pronunciaba las palabras *vaca jei* y al rebaño de vacas trotando trabajosamente y resoplando tras ella. El viejo Lüders no sabía si enfadarse o reírse, pero al final se decidió por lo último.

«No puedes pitorrearte así de las vacas», la había reprendido entonces Clara en su papel de hermana mayor. Y Claudia la había mirado asombrada, como si lo que hacía fuera lo más natural del mundo.

«¿Por qué?», había preguntado.

Los niños tenían una manera especial de preguntar por qué. Con curiosidad, pero también con una pizca de indignación y enfado porque el mundo imponga miles de limitaciones a su despreocupada vida.

Cuanto más reflexionaba Clara sobre todo aquello, tanto más percibía y valoraba la infinita franqueza y la auténtica curiosidad con las que los niños descubrían el mundo, la alegría con la que construían castillos en el parque de arena, o cómo lloraban cuando el mundo los entristecía; una tristeza que los cínicos adultos ya no podían sentir.

«A quien los dioses favorecen muere joven», solía decir el viejo Lüders.

Clara se secó las lágrimas y entró en su despacho.

VLADIMIR FUE PASANDO las fotografías guardadas en el ordenador de Ingo.

Imágenes de personas amordazadas, moribundas o muertas, en la mayoría de los casos menores de veinte años.

Y luego vio una fotografía en la que se leía un nombre. El nombre, concretamente, estaba grabado en el objeto que aparecía en la imagen.

Era el nombre de una de las víctimas de Ingo.

Vladimir comenzó a investigar: familia, trabajos, pasados.

Y al final dio con otro nombre.

Y con una profesión.

Tenía que ser ella.

Ella examinaría su obra.

Y le otorgaría la absolución.

La involucraría en su obra tan pronto como hubiera comenzado.

Y le escribiría.

Muy pronto.

Como Ingo M., era una parte de su plan. E Ingo M. era parte del plan de ella.

CLARA ABRIÓ LA PUERTA de su despacho.

«Una copa con MacDeath —reflexionó—. ¿Por qué no?».

De todas maneras, no podían hacer nada hasta tener los resultados de los análisis. Y ya casi era medianoche.

«¿No estarás pensando en tener algo con él?», preguntó una voz. MacDeath no le resultaba desagradable, y el modo en que a veces la confrontaba con la cruda verdad lo volvía aún más interesante a sus ojos. Además era sincero, y a Clara eso le gustaba. Demasiada gente embellecía las cosas, menguaba su importancia, reprimía los verdaderos problemas, eran pocos los que hablaban abiertamente de las cosas.

«Pero ¿a qué viene eso de iniciar una relación con él?», se replicó a sí misma, como si quisiera asegurarse de que no sucedería. «Es un compañero de trabajo. Nuestra relación es estrictamente profesional. Todavía nos hablamos de usted».

La otra voz replicó: «Es lo que se dice siempre».

Clara entró malhumorada en su despacho con la intención de cumplir con su obligación y revisar por última vez la bandeja de entrada de su correo.

Cuatro mensajes nuevos. Leyó los nombres de los remitentes.

Uno atrajo su mirada como un imán.

Julia Schmidt

Su corazón comenzó a latir más deprisa. Supo de inmediato que el mensaje solo podía provenir de él.

«Voy a mostrarle lo que tenemos en común», había escrito.

Clara olvidó a MacDeath, olvidó la cita. Hizo doble clic sobre el correo.

Ningún texto. Solo un archivo adjunto. Un archivo multimedia.

«¿Otro asesinato? ¿O de nuevo los agentes filmados, esta vez caminando a tientas por el dormitorio de Julia Schmidt?».

Clicó *play* en el reproductor.

La pantalla permaneció un rato negra. Luego apareció un texto en letras blancas: «Por favor, ajuste el sonido».

Clara reguló el sonido con el mando del monitor. Se oía una especie de zumbido de fondo con cuya ayuda debía encontrar el volumen adecuado.

«El tipo tiene talento para la escenificación. No se le escapa nada».

Clara oyó entonces por primera vez su voz, si es que era su voz, y no la de otra de sus víctimas, obligada a pronunciar la oración fúnebre de su propio entierro.

Era una voz profunda. Inquietante, oscura, y estaba distorsionada. Cuando sonó la

voz, la imagen cambió y aparecieron confusas formas negras y grises. Pero Clara no distinguía en ellas ninguna figura.

—Clara Vidalis —dijo la voz profunda, distorsionada—. Le había dicho que tendría noticias mías. Y ha llegado el momento. —Un par de segundos de silencio, luego la voz continuó—: Hace algún tiempo maté a un hombre que murió entre inimaginables sufrimientos.

¿De quién hablaba? ¿De Jakob Kürten? ¿Lo había torturado? El Instituto Forense, y hasta donde el estado del cuerpo había permitido investigar, no había encontrado indicios de maltrato, solo el corte en la carótida.

—Se preguntará por qué le cuento esto, pues no tiene nada que ver con las muertes accesorias de hombres vinculadas a mis actuales crímenes —prosiguió la voz, como si hubiera leído los pensamientos de Clara—. No se cuenta entre los que usted conoce, ni entre los que han tenido el honor de ofrecer su vida para proporcionarme una nueva identidad. —Hizo una pausa—. En todo caso, ese hombre no tiene nada que ver con mi misión. No directamente.

«Así que no es Jakob Kürten ni una víctima desconocida —pensó Clara—. ¿Adónde quiere ir a parar?».

—Le hablo de ese hombre —prosiguió la voz— porque está relacionado con nosotros dos. Porque tiene que ver con el hecho de que me dirija a usted, de que la eligiera para contemplar mi obra, de que sea *yo* el que lleve a cabo lo que *usted* no puede.

Clara escuchaba atentamente la voz distorsionada. ¿A qué se refería? ¿Qué no podía hacer ella que él sí podía?

Las imágenes de la película se tornaron algo más nítidas, pero Clara seguía sin poder ver nada con claridad. Lo que veía en la pantalla tenía el aspecto de la superficie de la luna en la penumbra: cráteres, grietas, oscuros abismos. Cualquiera sabía lo que el asesino quería enseñarle.

La voz continuó hablando.

—Se trata de dos cosas. De enseñarle, en primer lugar, lo que tenemos en común. En segundo lugar, de enseñarle lo que usted no ha podido hacer.

Clara escrutaba las imágenes de la pantalla, esforzándose por distinguir lo que sucedía en la película, mientras la voz resonaba en su cabeza.

—El hombre al que he matado sentía predilección por los niños.

Clara se sobresaltó, como si hubiera pisado un cable de alta tensión. De inmediato le vino un nombre a la mente. Un nombre, un rostro, una frase.

«¿Me recoges?».

—Ese hombre —continuó la voz— abusaba de niños. —Hizo una pausa, como si deseara saborear el momento tanto tiempo como fuera posible, prolongar la fruición—. De niños de ocho o diez años; también de adolescentes, como era yo.

Aunque Clara escuchaba como embrujada y bajo el efecto de la conmoción, todavía podía pensar con claridad. El asesino fue víctima de aquel hombre. Y lo que

él sufrió se lo devuelve ahora al mundo. De otra manera. Peor. Ella había perdido algo, él había perdido algo. ¿En eso radicaba la afinidad?

La imagen grisácea ganaba progresivamente claridad. Parecía mostrar a un hombre atado a una silla. Había algo en el suelo. Todo estaba negro, como carbonizado.

—Pero sobreviví —dijo con un toque de triunfalismo en la voz—. Y busqué después a ese hombre para vengarme. Y lo maté. Cómo, lo va a ver usted ahora mismo.

Ya podía distinguir la imagen. Se estremeció. Era un cuerpo humano atado a una silla. La carne, los músculos, la piel estaban completamente abrasados. «La carne humana está hecha de tejido graso —pensó Clara—, y arde tan bien como la parafina». Contempló con repugnancia el torso del hombre. El calor parecía haberle reventado el abdomen, del que salían como anguilas negras sus tripas calcinadas, y restos de tejido carbonizado colgaban como jirones de los huesos ennegrecidos.

Clara se acordaba del caso. Había leído el *dossier*. El hombre se llamaba Ingo M. Su cadáver había sido hallado unos meses atrás en un búnker. Había sido amordazado con esposas a una silla metálica. El asiento era de tela metálica basta y debajo de la silla había un quemador Bunsen. El hombre se había quemado vivo. Tras arder durante mucho tiempo. La imagen del monitor captó de nuevo toda la atención de Clara. Una de las muñecas de Ingo M. estaba libre, con los huesos llenos de hollín y entre ellos fragmentos de tejido carbonizado, como goma fundida por el calor del sol. Lo que había sido su trasero y sus genitales ya no era más que un humeante cráter negro.

Y, pese a todo, no había muerto incinerado. Una de sus manos estaba libre. Y junto a él había una espada de samurái con la que él mismo se había cortado la aorta.

«La elección es tuya —pensó Clara—, muere quemado entre terribles dolores o quítate la vida».

—Tiene razón —dijo la voz, como si adivinara sus pensamientos—, en realidad no lo maté yo. Él mismo se quitó la vida. Pues de lo contrario —otra pausa— las llamas lo habrían arrastrado al fuego del infierno.

«Claro —pensó Clara con sarcasmo—. Tú no eres un asesino. Fue la espada, fueron las llamas, fue el escalpelo, no tú».

Siguió estudiando atentamente la imagen de la pantalla, la cabeza de Ingo M., la bóveda craneal reventada por el calor por la que asomaba tejido cerebral rojo y negro y el lugar en el que antes se encontraba la cara y que ahora no era más que una negra y polvorienta nada.

La imagen desapareció progresivamente.

Apareció otra imagen, más clara, en tonos verdes y blancos. Todavía era confusa, pero ganaba claridad. Y algo le decía a Clara que lo que iba a ver no sería bueno para ella. Que le haría mucho daño. Que era peor que el cadáver calcinado de la silla.

Peor que el CD *snuff*.

Peor que la cabeza cortada en la estantería.

—Interrogué a aquel hombre —dijo la voz—. A mi manera. Lo obligué a que confesara a quiénes más había maltratado.

Clara tragó y tragó saliva para evitar que el ácido gástrico convirtiera su boca en una agria y repugnante cavidad. Todo en ella le decía, le gritaba de hecho, que debía apagar el reproductor, desenchufar la computadora, salir corriendo del despacho, beber un *whisky* con MacDeath, olvidarlo todo.

Pero no lo hizo. «¿Por qué hacemos cosas prohibidas e incorrectas? Quizás porque son prohibidas e incorrectas. El fantasma de la perversión».

El desconocido siguió hablando.

—Aquel hombre no solamente había violado y matado a niños. También adoptó la costumbre de asistir al entierro de sus víctimas. Y tomaba fotografías de los entierros. —Clara adivinaba la fotografía que el asesino quería enseñarle, quién la había tomado y lo que vería en ella. Y también adivinaba que le haría mucho daño verla. Y, sin embargo, continuó mirando la pantalla como hipnotizada.

La voz prosiguió:

—Tomaba fotografías de las lápidas y de los nombres. Luego las revelaba en su casa, las colgaba y se masturbaba mientras las contemplaba. —De nuevo una pausa, en cuyo silencio se anunciaba la próxima conmoción—. Pero a veces no le bastaba con eso.

La imagen se definió un poco más. Verde. Blanco. Una superficie que parecía mármol. «¿Podrían ser flores? —pensó Clara—. Y piedra».

—No quiere aceptarlo, Clara, pero ya lo sabe.

Clara apretó los labios para no gritar al escuchar las palabras siguientes.

—El hombre que se había prometido capturar y matar estaba a su lado en el entierro de su hermana.

Clara sintió que estaba a punto de desmayarse, pero la adrenalina corrió como queroseno por sus venas. Durante el entierro de su hermana ella había estado como en trance, no había prestado atención a los asistentes. Y ahora, sentada en tensión al borde de la silla, con las manos aferradas al borde de la mesa, miraba fijamente la fotografía que parecía querer desaparecer en el monitor.

Sonó el teléfono.

Chillón, imperativo, insistente.

Pero Clara solo podía escuchar la voz, que descargaba su perversa artillería sobre ella.

—Donde la policía fracasa con sus métodos para averiguar la verdad, yo he sacado la verdad a la luz —dijo el asesino que se hacía llamar el Sin Nombre—. El tipo gritó, gimoteó, suplicó. Pero al final habló. Al final todos hablan. —Se percibía un poso de orgullo en sus palabras—. Es verdad: el hombre violó a casi todas sus víctimas, las torturó y las asesinó. Tomó fotografías de los entierros y de las lápidas para masturbarse mientras las miraba. Pero en el caso de algunas víctimas... ¿cómo

podría expresarlo? —Clara percibió con claridad que no necesitaba buscar las palabras, sino que disfrutaba prolongando su discurso para torturarla aún más—. Algunas veces su amor... iba más allá de la muerte.

Clara agarró instintivamente una hoja de papel y vomitó una vez, violentamente, sobre ella. Luego la arrugó y arrojó con asco el húmedo ovillo a la papelera.

El teléfono volvió a sonar, pero para Clara Vidalis el mundo se reducía en aquel momento a la voz del asesino y a la imagen que cada vez era más nítida, más clara. El inconsciente de Clara ya le había anunciado lo que iba a ver en ella y luchaba contra la última rebelión de la razón, que intentaba ocultárselo compasivamente.

—Él me contó *cómo* lo había hecho. Que los muertos, en cierta manera... eran diferentes. Que uno podía penetrarlos de muchas maneras. Que eran más *blandos*.

Otra violenta arcada asaltó a Clara, pero no vomitó. Su mente estaba en blanco, su estómago era un convulso algo bañado en ácido, sus ojos enrojecidos y llenos de lágrimas seguían mirando fijamente la imagen de la pantalla y agarraba con tal fuerza el borde de la mesa que algunas uñas estaban a punto de romperse.

—Él mató a Claudia, Clara. Estaba a su lado en el entierro. Y desenterró el cuerpo de su hermana para violarla otra vez. Una y otra vez.

Clara ya no oía el teléfono. Seguía mirando absorta la pantalla con los ojos muy abiertos, como si se tratara de una divinidad arcaica, y escuchaba el demoníaco mensaje de la voz en *off*, que la castigaba como la maldición de un dios justiciero. La conmoción se extendía a ráfagas por su cuerpo, como si en el lapso de microsegundos se durmiera y volviera a despertar, muriera y renaciera.

—La fotografía que está viendo ahora mismo la tenía él. Y yo lo he matado, no usted. —De nuevo, una sádica pausa—. Usted, Clara —la voz prosiguió con una inesperada firmeza, como si estuviera llegando al final—, no ha hecho *nada*. Ha dedicado todos estos años a rezar, llorar, arrepentirse y esperar ante una tumba vacía.

Los dedos de Clara se aferraron aún con más fuerza a la mesa. Sus uñas estaban tan blancas como su rostro.

Y entonces vio la fotografía con toda claridad.

Las flores. La corona, que en su colorido esplendor se negaba a plegarse a la mórbida realidad y atrocidad de la muerte y la descomposición. Y las palabras de la banda: «Nunca te olvidaremos. Te echamos de menos. Estás en un mundo mejor. Tus padres. Tu Clara. El abuelo y la abuela».

La frase cincelada en la lápida, del Apocalipsis de San Juan.

«Estuve muerto, pero ahora vivo para siempre».

La mirada de Clara siguió deslizándose por la imagen, cuya nitidez ofrecía ahora todos los detalles. Siguió como una yonqui la animación de la toma, que se desplazó hacia arriba para revelar el nombre cincelado en la lápida.

La peor experiencia en la vida de Clara había sido el momento en el que había recibido la noticia de la muerte de su hermana.

Hasta entonces.

Veinte años había necesitado para superar progresivamente aquella experiencia. Y en el plazo de dos minutos, el asesino lo había destruido todo.

La voz guardó silencio, y por fin apareció el nombre.

Y Clara leyó las palabras cinceladas en la piedra, que tantas veces había leído y ahora, sin embargo, quemaban sus ojos como un rayo de plasma.

Claudia Vidalis

** 18 de junio de 1982 † 23 de octubre de 1990*

Las manos de Clara soltaron el borde de la mesa. La comisaria cayó desmayada al suelo.

Y el teléfono no paraba de sonar.

Tercera parte

MUERTE

*Tu trembles, carcasse? Tu tremblerais bien davantage,
si tu savais où je te mène.*

¿Tiemblas, cadáver? Más temblarías
si supieras adónde te llevo.

VIZCONDE DE TURENNE

LA HABITACIÓN EN LA QUE DESPERTÓ era blanca: paredes blancas, suelo blanco, persianas blancas, sábanas blancas. Estaba en un hospital, no había duda.

«¿Por qué estás aquí?».

Su mirada vagó por la habitación, por la cama blanca, el electrocardiograma que señalaba su frecuencia cardiaca, las paredes de la habitación, y finalmente la ventana, tras la que el viento otoñal mecía un roble. Algunas ramas golpeaban suavemente los cristales, como los dedos de un bondadoso gigante.

Sería poco antes del mediodía. ¿Qué había pasado? La tarde anterior había estado en el Instituto Forense, luego en su despacho de la LKA, y luego...

El recuerdo la golpeó con la contundencia de un martillazo.

El correo electrónico del Sin Nombre.

La imagen de Ingo M. carbonizado en una silla.

La fotografía de la lápida de su hermana.

Clara se sintió vacía, agotada, como si la conmoción hubiera acabado con todas sus energías, su confianza, su fe en lo posible. El Sin Nombre había matado al asesino de su hermana. Había ejecutado la venganza que ella, Clara, tanto había deseado llevar a cabo. El monstruo que había matado a su hermana y destruido su vida había emergido de repente de la oscuridad, solo un instante, para desaparecer inmediatamente después en el mundo de los muertos. Y su hermana no descansaba en la tumba ante la que tantas veces había llorado. Ni siquiera sabía qué había sido del cadáver de su hermana pequeña.

Había visto la tumba. La fotografía que el asesino había encontrado en el disco duro del ordenador de Ingo M.

¿Qué había ocurrido después? ¿Había perdido el conocimiento? ¿Había sufrido un colapso?

Estaba segura de que en el hospital le habían inyectado un calmante y, sin embargo, estaba completamente despejada. Apretó el botón rojo del cabecero y se enderezó en la cama.

Al poco, una enfermera asomó la cabeza por la puerta.

—Señora Vidalis, ya se ha despertado —dijo la enfermera.

—Sí. —Clara buscó algo con la mirada, por encima de la cama, en la mesilla de noche—. Tengo que hablar inmediatamente por teléfono. ¿Dónde está mi móvil?

—Ayer sufrió un *shock* circulatorio y estuvo treinta minutos inconsciente. La trajeron aquí, estuvo un rato despierta y luego se durmió —dijo la enfermera de rizos rubios aproximándose a la cama y mirando la hora—. Ha dormido once horas, para ser exactos. Este fin de semana tiene que quedarse en observación.

Era sábado, si su orientación temporal no le fallaba. Clara pensó en el Sin

Nombre, que sin duda no se tomaría el fin de semana libre solo porque ella tuviera que permanecer ingresada en el hospital.

Posó los pies descalzos en el suelo, se quitó el cable del EKG y se levantó de la cama. A punto estuvo de perder el equilibrio. La enfermera acudió en su ayuda y la sostuvo.

—¿Será posible? ¡Tiene que quedarse en la cama! —la reprendió con severidad—. Relájese, por favor.

—Tensa me siento mucho mejor —replicó Clara, y miró a su alrededor—. Llame al menos al señor Winterfeld, de la LKA. Él sabe que estoy aquí, ¿verdad?

—Ha venido hace un rato a visitarla, pero usted seguía dormida —dijo la enfermera—, con un tal doctor Friedrich, también de la LKA. —Hizo una pausa—. Puede recibir visitas, pero breves. Sobre todo, no debe alterarse. No queremos sufrir otro colapso, ¿verdad?

—Mire, si no hablo inmediatamente con el señor Winterfeld sí que me va a dar un colapso —replicó Clara—. Sé que lo hace con buena intención, pero, por favor, llámelo o tráigame mi teléfono móvil.

La enfermera suspiró, se acercó al armario y sacó el móvil del bolso de Clara.

—Tenga —dijo con aire de reproche—. Puede telefonar fuera, en el área de los visitantes. A ver, la ayudo.

WINTERFELD SE PASÓ UNA MANO por la cabeza y se reclinó en la silla que estaba junto al cabecero de la cama de Clara. Luego miró a su alrededor y soltó sonoramente el aire.

—Aquí no se puede fumar en ninguna parte —dijo quejumbroso—. En fin, veámoslo como una cura de desintoxicación a corto plazo. ¿Se encuentra mejor?

—¿Sinceramente? —respondió Clara—. No.

Winterfeld le había relatado los sucesos de la noche anterior. MacDeath había hallado a Clara en el suelo junto a la silla de su despacho, desfallecida sobre su propio vómito. Antes la había llamado insistentemente, pero nadie había respondido. El ordenador estaba encendido y el reproductor multimedia abierto. MacDeath le había tomado el pulso, la había colocado en una postura más estable y avisado a un médico. Después, él y Winterfeld habían visto el vídeo. Ya sabían, pues, lo que el asesino quería enseñarle a Clara. Sabían, además, que Clara era también, en sentido estricto, una víctima del asesino. No la había secuestrado ni lesionado físicamente, pero había asaltado su mente.

—¿Saben entonces lo que dice sobre mi hermana? —preguntó Clara—. ¿Que no está en su tumba?

Winterfeld guardó un instante de silencio y luego asintió consternado.

—Hemos reabierto el caso de Ingo M. Si de verdad ese hombre abusó sexualmente del Sin Nombre cuando era adolescente, quizás podamos atraparlo por esa vía. —Winterfeld se frotó despacio las manos—. No encontramos nada cuando se descubrió el cadáver de Ingo M. La sala del sótano estaba completamente quemada y el fuego había destruido todas las huellas. El fuego ardió hasta que consumió todo el oxígeno. —Siguió frotándose intranquilo las manos—. No hallamos restos de portátiles o discos en los que pudieran estar guardados ciertos materiales. Lo más probable es que el asesino se los llevara.

Clara miró por la ventana las ramas del árbol. Ingo M. Violaba a niños y niñas. Y al final también a muertos. «La clásica teoría de la cinta elástica, que tantas veces se utiliza en psicopatología —pensó—. Si se estira demasiado una cinta elástica, se da de sí, se deforma y ya no puede adoptar su forma original». Un alma humana débil podía convertirse en una cinta elástica similar. Comenzaba con actos más o menos intrascendentes. Líneas calientes, visitas a burdeles. Pero antes o después dejaba de ser suficiente. Luego venía el sadomasoquismo, niños, fetichismo fecal, quizás asesinatos, *torture porn*... y finalmente necrofilia, sexo con cadáveres.

Era evidente que Winterfeld no quería entrar en el tema para no alterar a Clara, pero ella insistió.

—¡Mi hermana! ¡Y su tumba! Exijo que se exhume su cadáver.

Winterfeld asintió.

—Lo más probable es que lo hagamos de todas formas. Pero ¿de verdad quiere conocer el resultado? ¿Va a hacerse eso a sí misma?

—No *quiero* hacerme eso, *tengo* que hacerme eso. —Se levantó de la cama e intentó caminar unos metros. Le resultaba más fácil que antes, aunque no podía dejar de apoyarse para caminar—. Y la incertidumbre sobre si mi hermana está o no en su tumba es mucho peor. —Consiguió andar un pequeño trayecto—. Tengo que salir de aquí —dijo después—. Tengo que encontrar a ese tipo. ¡Y sobre todo tengo que saber quién demonios es ese Ingo M.! Es la razón por la que me hice policía, es la razón por la que me siento culpable desde hace veinte años. Y ayer emergió de repente desde la nada. Asesinado. Y asesinado por el hombre al que perseguimos. —Se volvió hacia Winterfeld—. Tengo que averiguar más cosas sobre él, ¡de lo contrario me volveré loca!

Winterfeld asintió.

—Pero ha surgido un problema. —Alzó su nariz aguileña en dirección a la ventana y contempló el gran roble, cuyas ramas volvían a acariciar los cristales—. Bellmann se ha enterado del tema. Y ya sabe usted lo legalista que es. —Winterfeld alzó el dedo gordo de la mano izquierda y colocó sobre él el índice de la derecha—. Primero, usted está de baja. Segundo —el índice se sumó al pulgar—, tenemos que andarnos con muchísimo cuidado, por la prensa. Tercero —alzó el dedo corazón—, el vídeo puede haber perturbado la objetividad de sus juicios. El asesino la ha herido profundamente, tanto que sufrió un colapso. —Juntó sus grandes manos—. No es precisamente lo que se espera de una comisaria de la LKA que actúa racionalmente. Menos aún si la prensa no deja de atosigarnos con lo del destapador de Facebook y llamadas cada cinco minutos.

—Pero eso no es culpa mía —repuso Clara—. Yo no le he pedido a ese tipo que me envíe los vídeos. Y es obvio que no tengo por qué reaccionar a algo semejante con autodominio. —Las lágrimas rodaron por sus mejillas. Se daba cuenta de que tampoco era culpa de Winterfeld. Ni de Bellmann.

—Lo que dice es cierto —dijo Winterfeld, que le cogió la mano y la apretó un momento, mostrando de nuevo su lado de maestro bondadoso—. Y soy el último que calificaría una posible fijación subjetiva con el asesino como un obstáculo para la investigación. Porque usted quiere capturarlo, ¿verdad? —Se inclinó hacia ella—. Cueste lo que cueste, ¿no es cierto?

Clara, con la mirada perdida en el vacío y gesto inexpresivo, veía pasar de nuevo ante su mente las imágenes del vídeo.

—Cueste lo que cueste.

Durante un rato, ambos guardaron silencio.

—¿Ha sucedido algo más? —preguntó Clara—. Quiero decir, ¿ha dado el asesino más señales de vida?

Winterfeld se recolocó la corbata. Después negó con la cabeza.

—Por ahora todo está en calma. Pero me temo que es una falsa calma, la calma

antes de la tormenta.

—Y cuando se desate la tormenta —dijo Clara— yo estaré postrada en una cama de hospital mientras otras personas muelen.

Winterfeld suspiró.

—El hospital podría hacernos la vida imposible si se marcha ahora —dijo—. Está de baja hasta el lunes. Y como su superior, tengo que atenerme a eso, de lo contrario me expongo a que se eleven serias quejas sobre mí. Además, Bellmann quiere evitar cualquier escándalo. Sabe que es la indicada para el trabajo, pero le preocupa mucho que su estado llegue a oídos de la prensa y que hagan su agosto con la noticia.

El rostro de Clara se oscureció, reflejando una mezcla de ira y desesperación, y las lágrimas volvieron a asomar a sus ojos.

—¿Quiere eso decir —preguntó sofocando la voz— que querer atrapar al asesino cueste lo que cueste sí es al final un obstáculo para la investigación?

—Está bien. —Winterfeld suspiró—. Hablaré con Bellmann y le pediré que le expida un permiso para seguir trabajando en el caso. Le diré que por mi parte no tengo nada que objetar. Y confiemos en poder llegar a un acuerdo con el hospital. Los medios no saben que sigue trabajando en el caso, y así seguirá siendo si tenemos suerte. —Volvió a contemplar las ramas del gran roble de la ventana—. Pero usted también tiene que ayudarme a mí.

—¿Cómo?

—Tiene que hablar con Bellmann. Regresó ayer por la noche de Fráncfort y estaba presente cuando usted sufrió el colapso. Tienen que convencerlo de que está en condiciones físicas y psíquicas para seguir en el caso.

Clara negó con la cabeza.

—Le estoy muy agradecida por su ayuda, pero creo que requiere más energía y medios convencer a Bellmann que atrapar al asesino.

Winterfeld se levantó.

—Pues esas son las condiciones. Y él es el que manda. —Señaló hacia la puerta—. Voy a intentar convencer a la dirección del hospital. Y mientras tanto, usted hablará con Bellmann. Avíseme cuando esté lista y la recogeremos.

Clara asintió e intentó transmitir determinación, pero se dio cuenta de que no había funcionado.

ANDIRA ALTHAUS, PECADO, acababa de llegar del gimnasio al piso que compartía con dos amigas cuando sonó su móvil.

Aquella semana su agenda había estado tan completa como la de una alta ejecutiva. *Fitness*, yoga, pases de ropa interior. Andira estaba ahorrando para la próxima operación de estética, con la que aumentaría su talla de sujetador a una cien. Ya había ahorrado algo con el segmento de lujo del servicio de citas. Resultaba ciertamente denigrante abrirse de piernas en la suite de cualquier hotel de cinco estrellas para ejecutivos sebosos, pero no había muchos otros trabajos en los que uno pudiera ganar 4000 euros «al día» sin cualificación previa. Y los clientes eran discretos al cien por cien, tenían que serlo. Nada de fotos, ni de vídeos, ni de cotilleos.

«Mi único límite es el cielo», pensó Andira. Ella era *miss Shebay*; el mundo se rendía a sus pies. Acababa de hablar por teléfono con su agente. «Es una oportunidad única —le había dicho—, véndete bien, pero no dejes que te utilicen. Y antes de que el tal Torino te dé la patada, se la das tú a él. Nuestro objetivo es Hollywood. ¿Está claro?».

—Muy claro —había respondido ella.

Miró la pantalla de su móvil.

Un prefijo de Estados Unidos.

¿Hollywood?

El corazón de Andira se aceleró.

Aceptó la llamada.

—¿Sí? —dijo.

—Hola. —Una voz con acento estadounidense—. ¿Puedo hablar con Andira Althaus?

—Sí, soy yo. —Arrojó la bolsa de deporte sobre la cama y se fue al cuarto de estar.

—Nos vimos ayer un momento, en la emisión con Albert Torino. Soy Tom Myers, de Xenotech. —Una breve pausa—. ¿Te acuerdas de mí?

El corazón de Andira se aceleró aún más. ¡Vaya si se acordaba de él! Xenotech. Estados Unidos. California.

—Usted es el director ejecutivo de Xenotube, ¿verdad? ¿No es usted el responsable de los derechos de filmación de Xenotube?

—De eso y de mucho más —dijo la voz—. Escucha con atención, no tengo mucho tiempo. Tu actuación de ayer fue maravillosa. Pero eres demasiado buena para restringirte solo a Alemania. Alguien como tú puede llegar a triunfar en Estados Unidos. —De nuevo, una pausa—. ¿Quieres entrar por la puerta grande?

Andira tenía la impresión de estar soñando. Hollywood. Beverly Hills.

—Desde luego que sí.

—Escucha —dijo Myers—. Me hospedo en el Hilton del Gendarmenmarkt. Mi chófer viene de camino de Tegel, ha ido a recogerme un par de maletas provenientes de Estados Unidos, ahora está atravesando Wedding y se dirige a Mitte. Podrías venir con él y hablamos en el Hilton. ¿Te recoge de camino?

Andira pensó en su próxima cita y la canceló de inmediato en su agenda imaginaria.

—Claro que sí, Müllerstrasse 38, hace esquina con la Seestrasse. Si el chófer viene de Tegel, pasará justo por delante de mi puerta.

—Estupendo. Lo llamo ahora mismo. Espéralo abajo, en unos quince minutos pasará por allí. Hasta ahora.

El hombre colgó el teléfono.

Y Andira estaba loca de alegría.

Dedicaría el próximo cuarto de hora a ponerse elegante y luego bajaría a la calle y esperaría al chófer de Myers; con gafas de sol y sombrero, claro está, para que nadie la reconociera.

CUANDO CLARA NO SABÍA qué hacer, rezaba. Pedía claridad, vigor y fortaleza. Más fortaleza de la que tenía.

Se arrodilló en la pequeña capilla del hospital con la mirada dirigida al altar donde Jesucristo colgaba de la cruz. Observó sus manos y pies atravesados por clavos. Si Clara sostenía lo suficiente la mirada, le parecía ver sangre manando de las heridas. Quizás esa era una de las ventajas de su trabajo: que las escenificaciones de violencia y muerte tenían para ella algo real. Pero también podía ser una señal. Tal vez era ella misma la que sangraba. Quizás ella tenía que morir como Jesucristo, para resucitar después como una nueva Clara, una Clara más fuerte.

La conversación con la enfermera y con Winterfeld la había apartado durante un breve lapso de tiempo de sus pensamientos, pero las imágenes acudieron de nuevo a su mente. Las imágenes y los recuerdos.

Seguía temblando, a pesar del calmante, y mientras luchaba por contener las lágrimas, la imagen de la lápida emergía una y otra vez ante sus ojos. Y además aquella bestia, Ingo M., había estado a su lado en el entierro. No solo había violado y asesinado a su hermana, sino que había impedido que descansara en paz tras la muerte.

Apretó las manos entrelazadas con tal fuerza que los nudillos se le pusieron blancos. Sus manos parecían un puño, con el que deseaba golpear y destrozarse el cráneo del Sin Nombre.

«Odias al Sin Nombre, pero odias más a Ingo M. ¿No es así? —se preguntaba a sí misma—. Y como el asesino que querías capturar ya está muerto, ahora tienes que atrapar al que sigue vivo».

Clara tuvo que reconocer en su fuero interno que el motivo principal por el que quería atrapar al Sin Nombre no era que hubiese asesinado a aquellas mujeres, sino que había matado a Ingo M. Al hombre al que había perseguido durante toda su vida. Al hombre que la había llevado a la LKA y convertido su vida en una pesadilla de culpa y fracaso.

Clara odiaba al Sin Nombre porque había matado a la bestia que ella quería matar, que habría tenido que matar, para reencontrar la paz perdida.

Pero ahora estaba arrodillada en la capilla de un hospital, oficialmente incapacitada para trabajar, mientras sus colegas de la LKA deliberaban con Bellmann si podía seguir o no en el caso. Bellmann podía ser muy testarudo. Lo más probable era que la apartara de la investigación. Algún otro policía salvaría a la última víctima, atraparía al asesino...

«No —sentenció Clara—. Eso no va a ocurrir. Tienes que terminar esto tú. De lo contrario, no podrás volver a mirarte en un espejo en toda tu vida».

Tenía que convencerlos a todos de que era la adecuada para el trabajo. Tenía que hacerles comprender que su implicación personal en el caso lejos estaba de complicar las cosas. Al contrario, era una ventaja. La venganza era como el fuego. Algo limpio. Uno golpea, el otro devuelve el golpe. Con la misma fuerza, o más fuerte aún. Y para eso ella necesitaba fuerza. Clara tenía que sentir esa fuerza, y emplearla. La fuerza que necesitaba para convencer a Bellmann. Para superar su trauma en dos horas, en lugar de en dos años. Para creer de nuevo en sí misma.

Contempló al crucificado. «Dime que puedo ser fuerte», susurró. Y cerró los ojos.

Algunas imágenes comenzaron a tomar forma en su mente. Imágenes de lo ocurrido ocho días atrás. El día más terrible de la carrera de Clara como policía, a la par que su mayor triunfo.

«Morir y resucitar».

Las imágenes cobraron nitidez.

Clara yacía en el suelo. A seis metros de distancia del rostro del Hombre Lobo. Su mirada estaba oscurecida por el odio. Marc y Philipp se habían apostado en la entrada. Clara estaba sobre una alfombra, con el brazo que sostenía la Heckler & Koch PSG1 apoyado en una silla volcada. Había recogido el arma del suelo después de que el Hombre Lobo rompiera la nariz y a punto estuviera de partir el cuello de uno de los agentes del MEK. El dedo índice de la mano derecha en el gatillo. El puntero del láser de la mira telescópica apuntando directamente la frente del psicópata. En la oscuridad, los ojos del asesino relampagueaban una energía destructiva que parecía brillar con mayor intensidad que la luz del láser.

Clara lo tenía en el punto de mira. Pero el psicópata tenía un rehén. Una de las dos mujeres, que seguía con vida.

Clara supo después lo que había ocurrido en aquel piso. Las últimas víctimas del Hombre Lobo. Una pareja de lesbianas. Que dos mujeres se divirtieran juntas mientras él se quedaba con las manos vacías debió de desatar en Bernhard Trebcken una espantosa sed de sangre y furia destructiva. Había encadenado a una de las dos mujeres y violado repetidas veces a la otra ante los ojos de su pareja. Luego le había cortado la carótida con una sierra eléctrica de cocina. Y para terminar, de nuevo ante los ojos de su pareja, había descuartizado el cadáver de la mujer con un hacha.

Clara calibró la distancia que separaba a la presa del cazador. El olor a sangre y muerte, que tan bien conocía y tanto temía, impregnaban el aire; el olor a miedo, dolor y vísceras.

El olor del mal.

El cadáver estaba desmembrado. Los pies, las manos y la cabeza de la primera víctima yacían esparcidos por la alfombra. Había salpicaduras de sangre por doquier, y un dedo ensangrentado justo delante de Clara, que podía ver el esmalte de la uña. Violeta oscuro con dibujos blancos. «De un centro de belleza», pensó. Deslizó

rápidamente la mirada por la ensangrentada moqueta, por la pierna de la temblorosa rehén, por la mano derecha de Trebcken, que agarraba la sierra. Y finalmente alzó la vista hasta encontrar los oscuros ojos del psicópata, llenos de odio, que clavaban en ella la mirada, como los ojos de un muerto.

El Hombre Lobo estaba sentado en el suelo, con la mujer que había sobrevivido a su lado. Las manos atadas, la boca amordazada con cinta aislante plateada. La mano izquierda del asesino agarraba el pelo de la mujer y tiraba violentamente de su cabeza hacia atrás a la par que presionaba la sierra contra su garganta con el dedo sobre el encendedor. La mujer sangraba por las numerosas heridas en las piernas que Trebcken le había causado para demostrar que iba en serio.

—Baja el arma, zorra —gritó a Clara—, o le sierro la cabeza. —Apretó la sierra eléctrica contra el cuello de la temblorosa y pálida mujer.

Clara intentó atraer la mirada de la mujer hacia ella. «Mírame a mí, no a ese monstruo. Mírame a mí». Efectivamente, la mujer miró hacia ella. Sus ojos reflejaron toda su confianza, toda su esperanza, toda su fe en lo bueno.

—Trebcken, tire la sierra y no le pasará nada —dijo Clara.

El Hombre Lobo escupió al suelo con gesto de asco y apretó con más fuerza la sierra contra la carótida de su aterrorizada rehén.

—¡Que te jodan, puta! Desaparece o me cargo a esta fulana. —La saliva resbalaba por la comisura de sus labios. El temblor de la rehén se transmitía al captor y los hilos de saliva que colgaban de su barbilla describían extraños serpenteos—. Lárgate o le corto la cabeza.

Clara reflexionó.

Un movimiento de su dedo y la mujer estaba muerta, desangrada en menos de cinco segundos.

La situación parecía un callejón sin salida.

Pero era uno de esos momentos en los que Clara sabía por qué había elegido esa profesión, y ninguna otra. Una de esas situaciones extremas en las que hallaba la fuerza y la confianza —solo Dios sabía de dónde las sacaba— para pensar lo correcto, para hacer lo correcto. Solo lo correcto.

—Eso ni lo sueñes —dijo ella, y al oír su voz tuvo la sensación de que era otra persona la que hablaba—. Voy a explicarte lo que va a pasar aquí. Apretaré el gatillo y un cartucho que saldrá disparado a 700 metros por segundo atravesará tu frente y convertirá el sistema nervioso de tu cerebro en una masa viscosa de color rojo grisáceo. En cuestión de microsegundos estarás muerto de cuello para abajo. Ni siquiera te darás cuenta. Y entonces el dedo que sostienes en el encendedor de la sierra te será tan útil... como este de aquí.

Clara levantó la barbilla y señaló el dedo cortado con esmalte de uñas violeta y dibujos blancos que tenía delante de ella.

—¿Te crees que bromeo?

El tiempo pareció detenerse. Todo ocurría a cámara lenta, como si la caja de

cambios de la realidad se hubiera reducido dos marchas. A Clara todo le resultaba irreal, plomizo, lento.

El Hombre Lobo gritó y se irguió súbitamente arrastrando a la mujer hacia arriba. La saliva que se escurría por su boca reflejaba la luz del puntero del láser.

—Jódete, zorr...

No pudo decir más, pues en ese momento sonó la seca y amortiguada explosión de la Hecker & Koch. El proyectil metálico voló a través de la habitación doblando la velocidad del sonido como una niebla gris, y donde antes señalaba el puntero rojo del láser apareció de repente un agujero similar a un estigma. En la frente del Hombre Lobo. Sus ojos se transformaron en los de una estatua, Clara vio en ellos asombro y vacío antes de que su cerebro explotara. El asesino permaneció erguido un instante, con una mano aferrada al pelo de la víctima y la otra en la sierra, mientras sangre, fragmentos de hueso y restos de cerebro salpicaban la pared blanca y enmarcaban su rostro con una infernal aureola. Su mirada se apagó para siempre. El cuerpo del asesino cayó de espaldas. Cuando su nuca golpeó el suelo, produjo un sonido húmedo, como un chapoteo.

Clara soltó el aire.

—Diana —dijo.

Abrió los ojos. Seguía mirando la cruz. Las manos, los pies, la sangre.

Probablemente tenía que ser así.

Probablemente era necesario pasar un calvario de miedo, sangre y lágrimas para renacer victorioso.

Probablemente el dolor era el salvoconducto a la victoria.

Pero sus dudas no se habían disipado.

Solo existían dos posibilidades: o moría el Sin Nombre o moría ella.

Ninguna otra.

Clara se incorporó. Todavía le temblaban las rodillas, pero en sus ojos había una claridad glacial cuando miró la cruz por última vez.

«El Sin Nombre», pensó.

—Lo encontraré —dijo a media voz mientras abandonaba la capilla—. Y lo mataré.

UN MERCEDES NEGRO CLASE S giró a la derecha y se detuvo en el número 38 de la Müllerstrasse. La ahumada luna se deslizó hacia abajo. El chófer con traje negro y corbata se inclinó sobre el asiento del copiloto y miró por la ventanilla. Andira caminó hasta la limusina.

—¿Es usted Andira Althaus? —preguntó el chófer abriendo la puerta del copiloto.

—Sí, soy yo. Usted es el chófer de Tom Myers, ¿verdad?

—Así es —dijo él—. ¿Le importaría sentarse en el asiento del copiloto? La estancia del señor Myers en Alemania va a prolongarse más de lo previsto y acabo de recoger sus maletas del aeropuerto. —Señaló hacia atrás con el pulgar—. Han llegado esta tarde por Fedex. El maletero está lleno y, por desgracia, el asiento trasero también.

Andira miró con aire divertido las maletas Samsonite que ocupaban todo el asiento de atrás.

—No hay problema —dijo ella, y se montó en el coche—. De todos modos, desde delante se ve todo mucho mejor.

El chófer le tendió un folleto de varias páginas.

—Me han encargado que le entregue esto. *American Diamond*. Es un nuevo formato *superstar* que van a grabar en Los Ángeles. Supongo que el señor Myers quiere hablar con usted sobre él.

El Mercedes recorrió la Müllerstrasse en dirección Stadtkern mientras Andira leía intrigada el folleto. En la última página figuraban los socios que cooperaban en la emisión: CBS, Warner Brothers, Trump Inc. América se alzaba ante sus ojos: Los Ángeles, Beverly Hills, Las Vegas, Nueva York. Apenas podía creérselo. Ayer nadie la conocía, hoy toda la suerte del mundo llamaba a su puerta. Era el sueño americano. Andira tenía la sensación de estar ya en el Nuevo Mundo.

Por esa razón, no se dio cuenta de que el chófer sacaba un pequeño objeto de un compartimento junto al volante.

Notó el pinchazo de la jeringuilla en su pierna durante una décima de segundo, antes de perder el conocimiento y sumergirse en una tenebrosa noche.

El chófer dio media vuelta a la altura de la Chausseestrasse y condujo en dirección a la autopista urbana mientras se colocaba las gafas.

Unas gafas con montura de acero inoxidable mate.

EL DESPACHO DE ALEXANDER BELLMANN, jefe de la LKA de Berlín, parecía la cámara de mando de un submarino. Las vistas a la Tempelhofer Damm y a la inmensa superficie del antiguo aeropuerto de Tempelhof eran impresionantes. Había un macizo escritorio con una cómoda butaca de cuero, y detrás del escritorio, estanterías y unas cuantas fotografías. En ellas se veía a Bellmann, con su rostro enjuto y su cabello entrecano, posando junto a célebres personalidades. El presidente de Alemania, el jefe de Scotland Yard, el director del FBI. Incluso en una imagen aparecía en Asia junto a Condoleezza Rice.

El inmenso escritorio estaba prácticamente vacío. Dos fotografías de su mujer y sus dos hijas, que posiblemente conocerían a su padre por los periódicos, un gran monitor, un ordenador portátil con *docking station* y dos teléfonos. Junto a ellos su BlackBerry. También un archivador, una carpeta, un bloc y un lápiz. Nada más. Ningún adorno, apenas objetos personales, ninguna pila de papeles como en el escritorio de Winterfeld. El despacho de un hombre que solo prestaba atención a lo que en cada momento era importante.

Hechos y resultados.

Comprender y zanjar.

Apunten, listos, fuego.

Carpetazo. Al siguiente punto.

No era infrecuente que Bellmann estuviera en su despacho los sábados. Sobre todo cuando entre semana apenas se había dejado caer por allí. La semana anterior había estado en la BKA de Wiesbaden, en conferencias, ponencias, reuniones. Todo lo que no había podido hacer a lo largo de la semana lo zanjaba el sábado. El lunes por la mañana su secretaria encontraría sobre su mesa, como siempre en estos casos, una inmensa pila de papeles con órdenes firmadas y una bandeja de entrada con más de cincuenta correos. Los domingos, en cambio, Bellmann jamás estaba en su despacho. Reservaba el día más o menos para la familia.

Acababa de abrir un archivador cuando Clara entró en el despacho. Con un indolente movimiento de la mano, señaló la silla que había frente a su escritorio sin levantar la vista de los documentos. Luego cerró súbitamente el archivador, como si se tratara de una trampa para osos.

—Como sabe —comenzó en lugar de saludar, y miró un instante por la ventana antes de volverse hacia Clara—, como sabe, nuestra tarea es capturar a los delincuentes. Algunos de ellos son extremadamente peligrosos, otros menos. Unos están locos, otros no.

Clara se removió inquieta en la silla al tiempo que trataba de parecer tranquila y centrada. Que abordara el tema con una de esas introducciones tan propias de él que

no tenían nada que ver con el asunto era una señal poco halagüeña.

—Sabe muy bien, señora Vidalis, que la aprecio mucho y la considero uno de nuestros mejores agentes cuando se trata de capturar asesinos psicópatas. Asesinos como el Hombre Lobo. Chalados, en definitiva.

«Y el Sin Nombre», pensó Clara. Pero Bellmann ni siquiera lo mencionó.

—Ahora bien, para atrapar a semejantes locos, ¿tengo yo, el jefe de la LKA de Berlín, yo, que estar también loco? —Sonrió con frialdad, señaló con el pulgar hacia sí mismo y miró fijamente a Clara.

—La verdad, no comprendo qué... —dijo Clara perpleja.

Bellmann abrió el archivador, extrajo algo que parecía un periódico y lo señaló dando golpecitos con el dedo índice.

—Porque tendría que estar loco para permitir que siga usted trabajando en el caso después de lo que ocurrió la pasada noche.

Clara leyó el titular del periódico.

Sangrientos asesinatos online en Berlín.

¿Ha matado ya el destripador de Facebook a 14 mujeres? ¿Qué relación existe entre él y la comisaria Vidalis?

Bellmann negó lentamente con la cabeza.

—No tengo ni idea de cómo la prensa consigue siempre, una y otra vez, llegar a esta clase de información. Pero así son las cosas. Es muy posible que con esto hasta echen una mano al asesino, aunque cualquiera sabe.

Bellmann colocó el periódico en la mesa de modo que Clara pudiera leer el titular y continuó:

—Usted ha confeccionado junto con el doctor Friedrich el perfil criminal del tal «Sin Nombre». —Sacó una carpeta y la abrió—. Y usted misma dice que para él es muy importante la escenificación, y que cuanto más impactante y chillona sea la historia, y más lerdos parezcamos en ella, tanto mejor para él.

—Por eso tenemos que atraparlo tan pronto como sea posible —repuso Clara, que se sorprendió a sí misma espachurrando una grapa contra la mesa. Bellmann se percató de ello al instante.

—En efecto —dijo Bellmann, y volvió a cerrar la carpeta—. Pero no como él desea que lo hagamos. No de modo que su captura se convierta en la cruzada de venganza de una comisaria psicológicamente dañada y físicamente agotada a la que el odio no permite pensar con claridad.

—Con todos mis respetos, señor Bellmann: yo sigo pensando con claridad.

—No lo dudo —dijo Bellmann—, pero ¿también en este caso? —Miró de soslayo la grapa espachurrada y después a Clara—. No. —Se reclinó en el asiento—. Está personalmente implicada en el asunto. El asesino ha matado al hombre que presuntamente asesinó a su hermana. Y eso no va a perdonárselo. —Volvió a mirar

por la ventana—. Y con ello pierde usted la perspectiva objetiva que nuestra profesión exige.

Clara meditó sus palabras. «Está personalmente implicada en el asunto». Admitía que podía ser una desventaja, pero también todo lo contrario.

—Señor Bellmann —dijo. Se irguió en la silla, reunió todas sus fuerzas y olvidó la grapa espachurrada sobre la mesa—. Lo que usted presenta como una desventaja es también, visto desde otro ángulo, una gran ventaja.

Bellmann frunció el ceño.

—Dígame por qué. Pero, por favor, no intente darme gato por liebre y venderme desventajas como ventajas. La retórica de vendedor de seguros no funciona conmigo.

—Lo sé —dijo Clara—. Pero lo que yo digo es un hecho: la experiencia que compartimos el asesino y yo de haber sido heridos y humillados por Ingo M. convierte la relación asesino-comisario en un campo de juego que hasta ahora solo ha explotado *él*, pero que también *nosotros* podríamos explotar.

Bellmann escuchó sin replicar.

Clara continuó:

—La desventaja que usted ve en que yo siga trabajando en el caso, porque me supone cegada por deseos de venganza, podría ser también una desventaja para el asesino. Sobre todo si cree que tiene que propinarme el golpe mortal y al hacerlo se vuelve descuidado.

Bellmann frunció el ceño.

—¿Opina que se permitirá dar algún paso imprudente solo si usted trabaja en el caso y está lo suficientemente motivado con la idea de escenificar ante usted su particular *show*?

—Exacto. Si yo no hubiese estado en el juego, él habría seguido cometiendo sus asesinatos rituales en silencio, tal como ha hecho con las otras doce mujeres, de las que ni siquiera sabemos dónde están sus cadáveres, si es que los hay.

—Habla usted de «golpe mortal». ¿Se le ha pasado alguna vez por la mente que también podría matarla?

Clara apretó los labios y asintió.

—Sí. Y ya he hablado de ello con el doctor Friedrich. Existe esa posibilidad. Pero nos parece bastante improbable, puesto que yo solo puedo evaluar y contemplar su obra si estoy viva. A una muerta no podría mostrarle nada, contarle nada.

Bellmann se tomó algo de tiempo antes de responder:

—Si usted sigue en el caso, acordará cada paso que dé con el director de la Brigada Criminal, Winterfeld, y conmigo. Si recibe un correo electrónico, un CD o lo que sea de ese perturbado, nos lo comunicará ipso facto, sea la hora del día o de la noche que sea. ¿Ha quedado claro?

Clara asintió.

—Muy claro.

Transcurrieron diez segundos, durante los cuales Bellmann volvió a mirar

pensativo por la ventana.

—Bien —dijo al fin, y golpeó la mesa con los nudillos—. Voy a hablar ahora mismo con el doctor Friedrich en relación con el perfil del asesino. —Volvió a repasar los documentos de la carpeta—. Y aun así, estaría loco si le permitiera a usted trabajar en el caso. —La desesperación se abatió sobre Clara. ¿Qué clase de maliciosa finta era esa? ¿Le había dado esperanzas para destruirlas ahora? Bellmann continuó —: Pero también estaría loco si no aprovechara nuestra diminuta ventaja: que el asesino quiere ofrecerle un *show* y tal vez cometa por ello algún error.

—¿Significa eso...? —El rostro de Clara se iluminó. Le costó ocultar su euforia. En su trabajo casi siempre era perjudicial mostrar sentimientos. Los sentimientos exteriorizados eran como la sangre que atrae a los tiburones.

—Significa que voy a hablar con el doctor Friedrich y que después tendrá noticias mías. —Bellmann señaló la puerta con la cabeza, lo cual significaba que la conversación había terminado—. Pero supongamos que usted, comisaria Vidalis, continúa persiguiendo al Sin Nombre. —Bellmann sonrió hasta donde, en su caso, podía hablarse de sonrisa—. Yo mantendría a la prensa apartada del caso tanto tiempo como pudiera. Y usted, señora Vidalis, se comprometería a atrapar *rápidamente* a ese loco.

—Con muchísimo gusto, señor —dijo Clara, y se levantó.

Se sirvió un café de la escandalosa cafetera de la cocina del tercer piso, acompañado de un tranquilizante. Poco antes había hablado junto a la ventana abierta con Winterfeld, el cual había fumado rápidamente un cigarro y arrojado la colilla por la ventana.

MacDeath estaba en el despacho de Bellmann. Discutían el perfil del asesino. Hermann no tenía novedades del frente de la IT y en los hospitales no había podido identificarse el ADN que habían aislado en los escarabajos. Todo parecía apuntar a que aquella pista se les desvanecía en la nada. Ahora todas las esperanzas de Clara se concentraban en averiguar más datos sobre Ingo M. No era una cuestión meramente personal. Ingo M. conocía al Sin Nombre. Investigar a Ingo M. podía ponerlos en la pista del asesino.

Los agentes que en su momento habían hallado el cadáver le habían enviado a Clara el informe del caso y también le habían facilitado algunos contactos. Clara ya había intentado hablar por teléfono con algunos de ellos. Pero era sábado, y en la mayoría de los casos solo había podido hablar con el contestador automático. No quedaba más remedio que esperar y esperar.

Clara odiaba esperar que Bellmann tomara la decisión definitiva. Odiaba esperar que alguien la llamara para hablar sobre Ingo M. Odiaba esperar que la gente de la IT averiguara algo. Sin embargo, parecía que esperar era lo único que por el momento podía hacer. Esperar que se tomara la decisión. Esperar el «*go*» de Bellmann.

Y que el Sin Nombre volviera a dar señales de vida.

WINTERFELD ENTRÓ EN LA COCINA y dejó su taza de café vacía en el lavavajillas.

—Una noticia mala y una buena, Vidalis —dijo—. Venga conmigo.

Clara siguió a Winterfeld, que caminaba con pasos ágiles por el pasillo.

—¿Cuál es la buena noticia? —dijo ella.

—Continúa trabajando en el caso. —Doblaron la esquina—. Ha hecho un buen trabajo con Bellmann. MacDeath y yo hemos rematado la faena.

«Gracias a Dios». Clara pensó en la capilla del hospital mientras ella y Winterfeld subían por la escalera al cuarto piso.

—¿Y la mala?

Winterfeld abrió la puerta, señaló en dirección al departamento de IT y le cedió el paso a Clara.

—Que tenemos otra peliculita para usted.

Clara se sentía como si hubiera tomado cocaína en lugar de un ansiolítico.

—¿Otra película *suya*? —preguntó.

—Tiene toda la pinta. —Winterfeld abrió la puerta del departamento de la IT. Hermann estaba sentado junto a dos técnicos que aquel sábado estaban de servicio. Uno de los grandes monitores Apple brillaba en tonos rojizos. Tenía abierto un portal de vídeos. Era la *landing page* de Xenotube. Clara se aproximó. Se trataba de un archivo de vídeo de dos minutos escasos de duración. Título: «Shebay —versión para adultos— presentada por el Sin Nombre».

—Esta es la *landing page* de Xenotube —dijo Clara.

Hermann asintió resignado.

—Es un portal que visitan millones de personas, si no me equivoco.

Hermann asintió de nuevo.

—¿Y ha logrado colgar ahí un vídeo? ¿En la página de inicio?

Una pregunta retórica, puesto que el vídeo estaba palmariamente alojado ahí.

En un instante, Hermann pulsaría el *play* y algo macabro, oscuro y diabólico estrangularía el alma de Clara.

«¿Una *snuff movie* en la *landing page* de Xenotube?».

Clara inspiró profundamente. Quizás aquel asesino sí representaba su fin. Quizás era lo suficientemente poderoso para hacer de aquel su último caso. O quizás no existía en absoluto. Quizás fuera tan invisible como el metro que desciende al subsuelo, como el hombre del saco que acecha debajo de la cama y solo sale cuando todos duermen. Que vive en la oscuridad y aparece en nuestras pesadillas como parte de la noche. Quizás fuera el mismo diablo.

—Adelante —dijo Clara—. Veámoslo ya.

Hermann pulsó el *play*.

La pantalla permaneció en negro mientras sonaba una tenebrosa voz.

—Me he permitido mostrarle a usted de nuevo, Clara Vidalis, una prueba de mis habilidades. Y a usted, Torino, bola de sebo, le he quitado su programa y a su estrella. Aquí llega *Shebay*, versión para adultos.

Era la misma voz distorsionada que Clara había escuchado la noche pasada. Un miedo atroz, aún más intenso que el del día anterior, renació inmediatamente en ella.

La voz continuó hablando.

—Para usted, Torino, no es más que una mercancía barata; para mí es una víctima sagrada que le mostrará al mundo el término y la culminación de mi obra.

En ese momento apareció una imagen. Un oscuro sótano abovedado de húmedas piedras, iluminado por una tétrica lámpara de neón. Vieron a una persona sentada sobre una silla. Atada. Una mujer. De entre veinte y treinta años, con aspecto de modelo. Llevaba puesto un vestido blanco.

«Julia Schmidt también llevaba puesto un vestido como ese».

Una especie de capucha de tela ocultaba el rostro de la joven, que emitía gritos sofocados, como si intentara hablar con una mordaza.

—Ahora puedes decir algo —explicó la voz, y la cámara enfocó el rincón en el que estaba la mujer. Se veía la lámpara de neón. Y las mohosas y húmedas piedras.

—¡Estoy secuestrada! ¡No sé dónde estoy! —gritó la víctima—. Soy Andira Althaus, la estrella de *Shebay*. ¡Ayudadme! ¡Sacadme de aquí!

—Te van a sacar de aquí —dijo la voz en *off* mientras la cámara seguía enfocando el lúgubre rincón del sótano—, pero seguro que no como a ti te gustaría.

—Tom Myers me ha llamado —gritó Andira—. Myers, ¿puede oírme? —Continuó gritando con voz estridente—: ¿Dónde está? ¿DÓNDE ESTÁ?

—Tom Myers. ¿Tom Myers? —dijo la tétrica voz—. ¡Oh, pero si está aquí!

Se oyó rechinar el gozne de una puerta. Y a continuación un agudo chillido de la mujer, seguido de más gritos, que ahora parecían otra vez sofocados por la mordaza.

—Se lo dedico a todos los amigos de *Shebay* —dijo la voz distorsionada—. Continuará en una hora. Y no está autorizado para menores de dieciocho años.

La pantalla se quedó en negro.

Clara tuvo que sentarse.

Y recordó las palabras que el asesino le había dirigido en su primer mensaje de correo. Lo había recibido el jueves anterior, pero a Clara le parecía que habían transcurrido años desde entonces.

Donde los otros solo son sombras, yo soy la noche.

Donde los otros solo son asesinos, yo soy la muerte.

—¿Cuántas personas han visto ya el vídeo? —preguntó Clara.

—Cuatro millones de visitas —dijo Hermann consternado—. Es la *landing page* alemana de Xenotube, el portal de vídeos más grande del mundo. Y si tenemos en cuenta las copias que habrán hecho y la ulterior distribución del vídeo, lo más probable es que estemos hablando de muchas más.

Clara hundió la cabeza entre las manos y luego se frotó la frente.

—Esto es una completa catástrofe. Todo el mundo puede ver lo que hace este enfermo, y nosotros todavía no sabemos quién es.

En cambio, todo el mundo conocía el nombre de Clara. Exactamente lo que Bellmann quería evitar a toda costa.

Hermann y Winterfeld se miraron sin saber qué hacer.

—Bellmann todavía no ha visto esto, ¿verdad? —preguntó Clara.

—Me imagino que no —dijo Hermann—. No parece el tipo de persona que se dedica a navegar por estas páginas de entretenimiento.

—¿Tenemos la dirección IP desde donde lo han enviado?

—Estamos en ello, pero hasta el momento no tenemos nada. Podría estar cifrado.

—¿Cómo demonios ha podido acceder a la *landing page* de Xenotube?

De nuevo, resignado silencio.

—¿Y quién es el tal Torino? —preguntó Clara, que había anotado mentalmente el nombre.

—El presentador del programa *Shebay* —contestó Hermann—. Ayer estuve haciendo *zapping*. Es un *casting* de talentos de muy mal gusto. Una versión brutal de *Soy una estrella*.

—Necesito su número de teléfono —se apresuró a decir Clara—. El fijo y el móvil. Y su dirección. La particular y la del trabajo. Inmediatamente.

—Si todas las órdenes fueran tan fáciles de cumplir... —suspiró Hermann, e introdujo la consulta en una base de datos.

ALBERT TORINO SINTIÓ que su cabeza era del tamaño de un armario empotrado cuando el penetrante timbre de su teléfono móvil, que había dejado encendido, lo arrancó de su plomizo sueño de resaca.

Dormía junto a una mujer joven en su gran cama de agua. En el suelo había una botella de champán vacía y un cenicero atiborrado de colillas. A juzgar por la luz que entraba por la ventana, debía de ser ya por la tarde.

Tras su visita al Grill Royal, él y Jochen habían peregrinado por algunos clubes más, se habían divertido con algunas chicas y celebrado de verdad el éxito de *Shebay*. Torino se había sentido al principio molesto por el plantón de Myers, pero solo hasta que corrió tanto alcohol por sus venas que incluso eso le importó un comino. Había conseguido un millón de espectadores. La primera noche. El programa era un bombazo. Con o sin Xenotube.

El penetrante timbre del móvil insistía. Torinoapuró la copa de champán que había en la mesilla de noche para humedecerse la boca. La lengua se le pegaba al paladar como si fuera un pez muerto. El sabor que percibía en la garganta le hacía pensar que durante la noche anterior alguien había subalquilado su boca como retrete, y cuando movía la cabeza parecía como si acabara de salir de una cámara de baja presión.

Miró un poco aturdido el teléfono que no dejaba de sonar, y a la mujer que yacía a su lado, que ahora también estaba despierta. ¿Cómo se llamaba? Monique, o algo así. La invitaría a tomar un café y un *muffin* en Starbucks, se la quitaría de encima con halagos y promesas y llamaría a Myers a la mayor brevedad posible. ¿Quizás era Myers el que estaba llamándolo?

Pero el número que aparecía en la pantalla no estaba entre sus contactos.

—¿Sí? —dijo Torino.

—Buenos días. Me llamo Clara Vidalis. Lo llamo de la Jefatura de Investigación Criminal de Berlín, Policía Judicial. ¿Hablo con Albert Torino, de Integrated Entertainments?

Torino se despejó de inmediato.

Monique, o como se llamara, también estaba ahora completamente despierta.

—¿Qué pasa? —preguntó la muchacha—. ¿Quién es?

—Cierra el pico —siseó Torino.

—¿Perdón? —dijo la voz al otro lado de la línea.

—Nada, nada... —respondió Torino—. Estaba hablando con otra persona. —Y después, tras una pausa—: ¿Cómo ha dicho que se llama?

—Comisaria Clara Vidalis, LKA de Berlín, Policía Judicial —repitió la voz, ya algo irritada—. Trabajo para la Brigada de Homicidios, en el departamento de

psicopatología.

Torino sintió una punzada.

—¿He cometido algún delito?

—Usted no, otra persona. ¿Conoce usted *Shebay*?

—Pero ¿qué pregunta es esa? —Torino se enderezó en la cama—. ¡Yo la he creado!

—¿Sabía que hay una segunda parte? —preguntó Clara—. ¿Hoy mismo? ¿En la *landing page* de Xenotube?

A Torino se le encendió la mirada. No entendía por qué lo llamaba la policía por eso, pero quizás Myers había hecho lo que tenía que hacer. Tal vez había colgado parte del programa en la *landing page* de Xenotube y alguien se había quejado a la policía porque constituía un atentado contra la moral o cualquier gilipollez por el estilo. Con todo, era muy extraño que Myers lo hubiera organizado todo sin llegar antes a un acuerdo con él. Más aún que lo llamaran de la Brigada de Homicidios.

—¿En la *landing page* de Xenotube?

—Así es —dijo la voz—. Hasta ahora lo han visto cuatro millones de personas. Ha conseguido más audiencia que *Soy una estrella*.

—Ehhh... pues qué bien.

—Dudo mucho que vaya a parecerle bien —dijo la comisaria—. No, desde luego, cuando lo vea.

Torino se levantó de un brinco y caminó torpemente hasta su escritorio, en el que estaba su iPad. Abrió la página de Xenotube. En efecto, había un vídeo de *Shebay* en la *landing page*. Torino abrió el vídeo. Escuchó la voz en *off*... y a punto estuvo de vomitar.

Contempló el rostro que se reflejaba en la oscura pantalla del iPad. Palidez cadavérica.

—¡Mierda! —Sintió que el estómago se le encogía hasta alcanzar el tamaño de un guisante.

—¿Ya lo ha visto? —preguntó la comisaria.

—¿Esa era Andira? —preguntó Torino en lugar de responder—. La voz me resultaba familiar.

—Posiblemente.

—Mierda. Pero ¿quién está haciendo eso?

—En realidad, esperábamos que usted nos contestara a esa pregunta. —No hubo respuesta, por lo que la comisaria continuó—: Una persona extremadamente peligrosa. —Otra pausa al otro lado de la línea—. ¿Cuándo podría venir aquí? LKA, Tempelhofer Damm, 12. Llámeme a este número en cuanto llegue.

—Estaré ahí en veinte minutos —jadeó Torino, y salió corriendo al cuarto de baño. Monique lo seguía con la mirada sin entender nada.

—Pero ¿qué vídeo era ese? Parecía algo terrorífico.

—Que cierres el pico —dijo Torino, y recogió su ropa.

—Creí que iríamos juntos a desayunar. Ayer me lo prometiste. —Hizo un puchero—. Y no me digas todo el rato «cierra el pico».

—Cierra el pico.

Torino fue cojeando sobre una pierna hacia su escritorio, con los pantalones a medio poner, se metió el auricular *bluetooth* en la oreja y marcó el número de Andira.

Solo el buzón de voz.

Luego marcó el número de Myers.

Solo el buzón de voz.

Dejó un mensaje de voz en el buzón de ambos pidiéndoles que lo llamaran tan pronto como pudieran.

E intuyó que algo no había ido bien.

Nada bien.

Vladimir miró los dos teléfonos móviles. Uno había sonado inmediatamente después del otro.

Luego miró a la habitación contigua, en la que Andira seguía atada a la silla.

Y luego miró a su espalda, al rincón donde se hallaba Tom Myers con el cuello roto mirando con sus ojos sin vida fijamente al techo.

Vladimir sonrió. Frío e insensible como un lagarto.

Ya casi había completado su plan.

Comenzaba el final.

EL TELÉFONO DE CLARA SONÓ. Era Albert Torino.

—Espere ahí abajo —dijo—. Enviaré a alguien para que lo acompañe hasta el cuarto piso.

En el cuarto piso, el departamento de tecnologías de la información de la LKA había caído presa de la desesperación. Hermann y los expertos en informática habían averiguado que el asesino había conseguido de algún modo el código con el que podían colgarse directamente contenidos en la *landing page* de Xenotube. En el vídeo se había mencionado a un tal Tom Myers, que presuntamente «también estaba ahí». Tom Myers era el director ejecutivo de Xenotube, según sus pesquisas, y, en efecto, actualmente se encontraba en Berlín, como había revelado un rápido repaso de los hoteles locales de cinco estrellas. Quizás el asesino lo había secuestrado y lo había obligado a revelar el código. Luego había instalado un troyano en el servidor de Xenotube, que mantenía la conexión por medio de un túnel. El único modo de sacar el vídeo del portal era desconectar el principal servidor de Xenotube en Palo Alto, California, y retirar la página durante un tiempo de la red.

Bellmann se ocupaba ahora personalmente del caso y hablaba por teléfono con la Oficina Federal de Investigación Criminal en Wiesbaden para conseguir a través de la Interpol el bloqueo de la página en Estados Unidos. Con el túnel y el troyano, el asesino podía seguir emitiendo y colgando películas.

—Tenemos que retirar eso inmediatamente de la red —rugía Bellmann al teléfono mientras hablaba con los expertos de la IT de la BKA—. Si es necesario, aterrorice a la embajada o al ministro de Asuntos Exteriores. Cualquier cosa antes de que ese maníaco presente sus vídeos ante millones de personas ¡sin que nosotros podamos hacer nada!

—No estamos en China —le espetó el experto en informática—, donde el Gobierno puede apagarlo todo de vez en cuando y dejar a todo el mundo desconectado. El servidor está localizado en California. ¿Sabe qué hora es allí? Aún no son las ocho de la mañana, es sábado. Un momento estupendo para llevar a cabo semejante plan.

—Es muy astuto —dijo Clara—. Ha elegido el mejor momento para hacerlo. Explota la lejanía y opera en la cercanía.

—Yo también creo que se esconde por aquí, en algún lugar de Berlín —había declarado Winterfeld—. Conoce muy bien la realidad local, se mueve bien, sabe perfectamente cuánto tiempo necesita para ir de A a B. Lo más probable es que haya secuestrado a la tal Andira y esté preparando la gran final. Y prefiero no pensar en qué consiste.

La puerta se abrió y un hombrecillo rechoncho con el pelo engominado y peinado

hacia atrás entró en la habitación seguido de un policía. Su tez morena y sin afeitar estaba pálida, y tan pronto cerraba los ojos por el cansancio como los abría como platos, lo que le confería un aspecto grotesco.

—¿Es usted Albert Torino? —preguntó Clara.

—Así es —dijo el hombre, y se secó el sudor que perlaba su frente. Era evidente que había subido a toda prisa las escaleras, en lugar de esperar al ascensor. Clara se percató también de que olía a alcohol.

—¿Qué quiere ese chalado? —preguntó Torino—. ¿Qué saben de él? ¿Y por qué ha secuestrado a Andira? —Se frotó los ojos—. ¿Y cómo la ha encontrado?

—Este tipo es como Google —dijo Hermann, y dirigió una oscura mirada a Torino—. Encuentra a todo el mundo.

Torino examinó la colosal planta de Hermann, cuya altura sentado era solo algo menor que la de Torino de pie.

—Ah, pero ¿entonces usted lo conoce?

—Andira no es su primera víctima —intervino Clara—. Me imagino que ha leído los periódicos. ¿Conoce al destapador de Facebook?

—¿Es ese tío? —Torino negó con la cabeza—. Pero ¿cómo ha accedido a la *landing page* de Xenotube? ¿Y qué se propone?

—En realidad, pensábamos que usted podría ayudarnos —repuso Clara—. Usted descubrió a Andira. Y él ha mencionado a su amigo Tom Myers en el vídeo.

—Ha obligado a Myers a darle el código de acceso a la *landing page* —dijo Torino—. Está claro. No puede haber sido de otra manera. —Se secó de nuevo el sudor de la frente.

—¿Cuándo fue la última vez que vio a Myers?

—Ayer por la noche, en el Grill Royal. Dijo que tenía que hacer unas llamadas desde su hotel, para hablar con calma, y que después se reuniría con nosotros.

—Nunca regresó a su hotel —dijo Clara—. Ya hemos hablado con el Hilton.

—Mierda —maldijo Torino—. Pero ¿por qué Andira, por qué Myers, por qué *Shebay*? Qué sé yo, no tengo ni idea. —Metió una mano en el bolsillo de su americana, buscó una aspirina y se la tragó sin agua—. ¿Y no sois vosotros la gran LKA, que todo lo sabe y todo lo puede? Tenéis que averiguar desde qué dirección IP ha enviado el vídeo ese chalado. Hasta yo podría averiguarlo. Ya tendría que tener tres coches de asalto en la puerta de su casa.

—Ahora se lo explicaré —dijo Hermann mientras masticaba un puñado de ositos—. Por desgracia, no es tan fácil. Al menos hasta ahora. Pero ya lo tenemos a usted.

—Mire —terció Winterfeld—. Su programa, *Shebay*, no es precisamente la salvación de la cultura occidental. Es de muy mal gusto, atenta contra la dignidad humana, es estúpido, obtuso, peor incluso que *Soy una estrella*.

—Y tiene unos excelentes índices de audiencia —gruñó Torino.

—Bueno, una cosa no quita la otra —dijo Winterfeld—. Al contrario. —Winterfeld se pasó una mano por la cabeza—. Es muy posible que haya gente a la

que no le haya gustado nada su programa. ¿Tiene alguien una cuenta pendiente con usted? ¿Alguien que ahora desee vengarse? Debe tener clara una cosa: aunque el asesino no publique ningún vídeo más, su *Shebay* se ha terminado.

Torino se frotó las manos y miró a su alrededor.

—¿Tienen ustedes café por aquí? —preguntó—. Estoy a punto de desplomarme.

Un técnico de la IT se levantó.

—Yo le traigo un café. ¿Leche y azúcar?

—Solo. —Torino se sentó a la mesa.

—Bien —dijo Clara—. Su café está en marcha. Y mientras tanto, por favor, reflexione sobre si recientemente se ha cosechado las iras de alguien.

—¿Quién podría ser? —Torino negó con la cabeza—. Ser un empresario de éxito conlleva siempre tener enemigos, por supuesto, personas que te tienen envidia o que están enfadadas porque hace mil años las pusiste en la calle, o porque les birlaste un contrato. Muchos enemigos, muchos honores. Pero ¿quién sería capaz de hacer una cosa así? Joder, no se me ocurre nadie.

—¿Extrema derecha? ¿Radicales de izquierda? ¿Fanáticos religiosos? —preguntó Winterfeld.

Clara dudaba de que aquella conversación fuera a arrojar ningún resultado. No podía imaginarse al Sin Nombre formando parte de ninguno de esos círculos. Era demasiado circunspecto y calculador hasta para un fanático religioso.

Llegó el café de Torino, y él lo bebió a pequeños sorbos.

—Mientras se toma su café, puedo explicarle por qué no podemos conseguir la dirección IP —dijo Hermann, y fue hacia una pizarra blanca en la pared—. Y quizás mientras tanto —dijo a Torino— le venga alguien a la mente. —Borró unas líneas garabateadas en la pizarra—. ¿Ha oído alguien hablar alguna vez de la red TOR?

Nadie respondió.

—Volvamos a tomar como ejemplo un viaje a Roma —continuó Hermann—. Clara ya conoce la historia. —Dibujó un pueblo y una gran ciudad en la pizarra—. Alguien quiere ir de este pueblo, el pueblo A, a Roma. El pueblo A es el ordenador personal, Roma es el servidor en el que ese alguien quiere postear algo. Cuando las cosas suceden como suelen suceder, desde el servidor se reconoce la dirección IP. En Roma se sabe de qué pueblo viene ese tío.

—¿Y qué es eso de TOR? —Torino desmigajó una aspirina y la echó en su café. Clara lo observó con gesto de asco.

—TOR son las siglas de «The Onion Ring» —respondió Hermann—. Como los anillos de una cebolla. TOR instala un cliente, el llamado Onion Proxy. El cliente descarga una lista de todos los servidores TOR disponibles. Están provistos de una firma digital. En cuanto tiene la lista, el Onion Proxy elige una ruta aleatoria a través de los servidores TOR. El cliente establece una conexión cifrada con el primer servidor TOR. Una vez establecida, avanza hasta otro servidor. Y así en adelante. —Dibujó en la pizarra varias cajas que representaban servidores—. Cada servidor solo

conoce al que lo precede y al que lo sigue, de modo que el que envía el mensaje permanece en el anonimato.

—Ahora en cristiano, por favor —dijo Clara—. El cliente no envía el mensaje desde su dirección IP, sino que lo lanza a la red utilizando servidores que no conocen el servidor final, ¿no?

—Así es. —Hermann asintió, como si se tratara de la cosa más sencilla y cristalina del mundo. Lo sería para los técnicos de la IT, pero no para los humildes mortales.

—¿Y si seguimos con el ejemplo de Roma? —preguntó Clara.

—Buena idea. —Hermann dibujó algunos pueblos en la pizarra—. En lugar de ir directamente a Roma desde el pueblo A, nuestro hombre va por el pueblo B, el pueblo C y el pueblo D. Y llega desde el pueblo D hasta Roma.

—¿Y qué saben en Roma de él? —preguntó Clara.

Torino, que había seguido la conversación algo desconcertado, miró atentamente la pizarra.

—En Roma lo único que saben es que viene del pueblo D. —Hermann dibujó un círculo alrededor del pueblo D—. Todo lo demás está codificado. En el pueblo B se sabe que viene del pueblo A, en el pueblo C que viene del B y en el pueblo D que viene del C. —Miró a todos los presentes—. Pero nadie lo sabe todo.

—¿Y quién puede hacer uso de estos servidores? —preguntó Clara.

—Cualquiera que tenga un ordenador con suficiente capacidad de almacenamiento puede registrarse. Esa es la idea de TOR —explicó Hermann—. Nuestro asesino envió el mensaje desde el pueblo A. El pueblo B puede que sea un servidor en algún lugar de Rusia, el pueblo C un centro móvil de procesamiento de datos de Google en la Antártida...

—¿Google en la Antártida? —preguntó Torino perplejo.

—Sí, tienen centros de cálculo en los océanos glaciales, no es broma. —Hermann asintió—. Disponen así de refrigeración gratis.

—Qué locura de mundo —dijo Clara, y negó despacio con la cabeza—. Pero podrán hacerse pesquisas desde el pueblo D, ¿no? ¿Es eso posible?

Hermann asintió.

—Sí, es posible. Pero hay que darse mucha prisa. —Hermann bajó la voz—. Las conexiones cambian cada diez minutos, como mucho. En lugar del pueblo D, de repente es el pueblo M, en lugar del pueblo C, el pueblo X. Y así en adelante.

—Maldita sea. —Clara negó con la cabeza—. Esto es increíble.

—Tiene que ser posible rastrearlo recurriendo a la fuerza policial —intervino Winterfeld—. No se trata de un secretista enviando anónimamente fotografías de desnudos de las que su mujer no puede saber nada. Esto es una investigación abierta contra un asesino en serie.

Hermann asintió de nuevo.

—Los expertos de la IT en la BKA están controlando el primer y el último nudo

de la red, es decir, el pueblo A y el pueblo D. Se puede llevar a cabo una evaluación estadística, y si hay suerte, conseguir la dirección IP del servidor de origen. El problema es que...

—... lleva tiempo. —Clara sonrió con amargura—. ¿Estoy en lo cierto?

—Media hora, como mínimo —dijo Hermann—. Y si durante ese tiempo el asesino se desconecta o se conecta mediante una nueva red TOR, no hay nada que hacer. Y si no es idiota, eso es exactamente lo que hará.

Un silencio de resignación reinó en la sala.

Al fin, Clara rompió el silencio:

—Esperar los análisis de ADN, la Interpol, la BKA, dar con el servidor, esperar que Torino recuerde con quién se ha enemistado, esperar tener más datos sobre Ingo M... ¿Podemos hacer algo, además de esperar?

Hermann acababa de abrir la página de Xenotube. Puso los ojos como platos.

—Sí que podemos —dijo—. Me temo que hay algo nuevo.

ALBERT TORINO SE HABÍA PROPUESTO enseñar al panorama mediático alemán lo que era el miedo.

Hacer algo más duro y extremo que *Fear Factory*, más cínico que *Soy una estrella*.

Pensaba que el panorama mediático alemán era Nueva Orleans y él, Albert Torino, el huracán Katrina.

Pero todos los extremos encontraban un extremo aún mayor. Cada huracán encuentra su tornado. Cada fuego encuentra la erupción de su volcán.

Y al final cada demonio se encuentra con el diablo.

Hermann puso la película.

La pantalla permaneció un par de segundos en negro, después se vio de nuevo a la mujer atada a la silla. Efectivamente, era Andira, amordazada con cinta adhesiva plateada. Llevaba un vestido blanco que parecía una mortaja.

Temblaba, y sus ojos reflejaban el particular brillo en la mirada de las personas resignadas al pánico que se esperan lo inevitable.

Junto a Andira estaba el hombre de negro.

Con gafas oscuras.

Una máscara negra.

Y guantes negros.

Igual que en el CD que Clara había recibido tres días atrás.

Pero esta vez parecía más alto. Y maligno. Mucho más maligno.

La distorsionada voz dijo:

—Mantengo mi promesa.

La figura negra se colocó junto a la chica sentada en la silla con su vestido blanco. A Clara le parecía el oscuro retrato del señor de la muerte.

—Diez millones de espectadores —dijo Hermann resignado, y miró el título que acompañaba al vídeo. «Más que *Soy una estrella*»—. Clara solo asintió con la cabeza. No sabía qué era más horrible: si esa información o lo que sucedía ante sus ojos.

—Mantengo mi promesa —dijo la voz—. La continuación de *Shebay* comienza ahora. Y al igual que en *Shebay*, vosotros decidiréis desde ahí fuera lo que va a suceder aquí dentro.

En la parte inferior de la pantalla apareció una dirección web. Clara anotó rápidamente la URL. Hermann introdujo la dirección en otro monitor y Clara vio un cuestionario con el rabillo del ojo. Se podía clicar sobre una pestaña y enviar la respuesta.

El hombre de negro miró a la cámara. Clara tuvo la sensación de que la miraba directamente al alma.

—Mi obra toca a su fin —dijo el hombre—. Soy el Sin Nombre y voy a matarla.

Desapareció de la pantalla. La cámara recorrió una mesa sobre la que había herramientas y otros objetos. Algunos eran armas; otros, instrumentos que en principio no servían para matar. Pero la poca claridad de la grabación en la prisión subterránea hacía de cada uno de los objetos de la polvorienta mesa una pieza de terror de una película de miedo. Un hacha, un cuchillo, una taladradora, una sierra, una pistola, un martillo. Y otras muchas cosas. Los nombres de algunas de las herramientas aparecían en el cuestionario de la página de Internet. Podían marcarse con una cruz.

Clara habría preferido apartar la mirada, pero el vídeo la atraía como un imán. Un vídeo que era la continuación no solo de *Shebay*, sino también la de aquel diabólico primer CD con el que había comenzado aquel espantoso caso.

—Voy a matarla —dijo de nuevo la voz, y la cámara volvió a recorrer la mesa con las herramientas mortíferas—. Y vosotros, los de ahí fuera —la figura negra reapareció y señaló con los índices a la cámara y a los espectadores, como un maestro de ceremonias del horror—, podéis elegir cómo va a morir.

El *zoom* se acercó al asesino hasta que solo captó la máscara negra y las gafas de soldador de aquel rostro irreconocible, que miraba fijamente a la cámara como una calavera.

—Bienvenidos —dijo la calavera—. Bienvenidos a la comunidad de participantes de la muerte. Bienvenidos al User-Generated Content del horror. *Ladies and gentlemen: Muerte 2.0.*

LA LKA FUE PRESA DEL PÁNICO. El vídeo se había visto en todas partes, y daba la maldita impresión de que era real, tan real como las armas y la víctima. Y el asesino parecía hablar muy en serio.

Muerte 2.0. La comunidad de participantes, el medio que animaba a los espectadores a abandonar la contemplación pasiva y adoptar un papel activo, se había llevado aquí a tal extremo que a su lado las luchas de gladiadores de la antigua Roma parecían un juego de niños. «Voy a matarla. Y vosotros podéis elegir cómo va a morir». Una *snuff movie* interactiva, donde la participación de los espectadores decidía la forma en que el asesino mataría a su víctima. Nadie hasta entonces había concebido una idea tan delirante. La televisión, ciertamente, se había llevado por delante los últimos tabúes, porque romper tabúes elevaba los índices de audiencia. Pero no solo se debía a la lucha por la audiencia. La teoría de la goma elástica daba cuenta del fenómeno: cada vez tenía que estirarse más, ir más lejos, remover los extremos. En *Soy una estrella* la gente, a cambio de unos cuantos euros, estaba dispuesta a comer insectos, a revolcarse en estiércol y a ser observada durante días como una rata de laboratorio. *Shebay* buscaba a mujeres dispuestas a convertirse en prostitutas para alcanzar la gloria. Si los seres humanos se conducían públicamente como unos completos idiotas a cambio de diez mil euros y se prostituían abiertamente por veinte mil, ¿hasta dónde podían llegar por mucho más dinero? ¿Representaba Muerte 2.0 el comienzo? ¿Habría personas dispuestas a que le serraran un brazo en vivo por un cuarto de millón de euros? ¿Habría gente dispuesta a dejarse asesinar a cambio de dos años de vida a todo tren?

Clara seguía sumida en el espanto cuando sonó su teléfono.

—Vidalis —respondió concisa.

—Buenos días, señora Vidalis, me llamo Kosinsky, de la clínica de Marienburg. Un colega suyo de la LKA me ha dado su número de teléfono.

—¿Qué desea? —preguntó Clara. No tenía ni idea de lo que el tal Kosinsky quería de ella.

La respuesta llegó de inmediato.

—Tengo información sobre Ingo M.

«¡Por fin!».

—Es usted mi salvador —dijo Clara—. ¿Quién es Ingo M.?

—Ingo M. fue celador en el hogar infantil de la Fundación Thomas Crusius desde 1982. No me extraña nada que se viera envuelto en líos.

—¿Qué quiere decir?

—Fue sospechoso en varias ocasiones de abusar de niños y jóvenes, pero nunca pudo probarse nada. Probablemente debido a que la dirección del internado jamás se

tomó en serio las denuncias. —Luego añadió—: Pero aún hay más.

—¿Qué más?

Clara miró por la ventana el cielo encapotado por la lluvia y garabateó unas notas.

—Durante el tiempo que estuvo trabajando en el internado desaparecieron varios niños sin dejar rastro, entre ellos dos hermanos. Elisabeth y Vladimir Schwarz. Desde 1982 se da por desaparecidos a ambos. Por aquel entonces tenían quince y trece años.

Clara apuntó rápidamente la información en un papel.

—Elisabeth Schwarz, quince años, y Vladimir Schwarz, trece —murmuró—. ¿Cómo ha tenido acceso a esa información?

—Hace cinco años asumimos la dirección de la clínica del internado de la Fundación Thomas Crusius. Antes, el internado tenía su propia clínica, pero la cerraron por aluminosis. Sea como fuere: los documentos de los anteriores encargados de la clínica llegaron a nuestras manos. —Hizo una pausa—. Ha tenido suerte. En seis meses habría vencido el plazo de almacenamiento y lo habríamos destruido todo.

—Suerte por segunda vez, diría yo —contestó Clara—. Entonces, ¿Elisabeth Schwarz y su hermano se dan por desaparecidos? ¿Desde 1982? ¿Tiene usted información sobre su entorno personal o detalles sobre dónde fueron vistos por última vez?

—Nosotros no, lamentablemente —respondió el médico—. Pero es posible que en el internado aún guarden los expedientes. De ser así, yo no perdería ni un minuto. Muy pronto destruirán toda la documentación. El internado ya ha sido reducido en tres ocasiones, y dentro de poco se fusionará con una institución más grande. Es muy posible que su actual emplazamiento sea derruido definitivamente.

—Voy a echarle un vistazo —dijo Clara—. ¿Puede darme la dirección y el nombre de una persona de contacto?

—Por supuesto, se lo digo ahora mismo.

Winterfeld caminaba nervioso de un lado al otro de la habitación mientras escuchaba el informe de Clara. También MacDeath estaba presente. Acababa de regresar del despacho de Bellmann, con el que había elaborado para la prensa una breve explicación del modo de proceder del asesino que, por un lado, sonara plausible y, por el otro, no desvelara demasiado.

—¿Elisabeth tenía quince años cuando se la dio por desaparecida? —preguntó Winterfeld—. ¿Y su hermano trece?

—Así es —repuso Clara—. Hace una eternidad de eso, pero puede que esté relacionado con el asesinato de Ingo M. Y quizás los hermanos se contaban entre sus víctimas.

—Es una conjetura muy arriesgada. Después de tanto tiempo... —dijo Winterfeld.

Clara se encogió de hombros.

—¿Tenemos alguna otra pista?

—No —terció MacDeath—. No tenemos nada de nada. Y cuando se corre el riesgo de morir y solo se tiene un antídoto, carece de sentido discutir sobre el color de la píldora.

—Está bien, no digo nada más —cedió Winterfeld—. Vaya usted, Clara. Yo me quedo aquí con MacDeath guardando la posición. —Miró a Clara. De nuevo el bondadoso maestro—. Tenga cuidado, ¿está claro? Por muy seguros que estemos de que el asesino no va a salir de una taquilla del internado. Bellmann confiaba en que no se moviera de aquí en su estado.

Clara sonrió y se levantó.

—Si tenemos suerte, solo se moverá el coche. —Se puso el abrigo y se guardó la pistola en la cartuchera—. Los llamo inmediatamente si averiguo algo. En cuarenta minutos debería estar de vuelta.

—De acuerdo —dijo Winterfeld—. Si no hay más remedio... Pero llame antes.

Clara le guiñó un ojo, fue al aparcamiento subterráneo de la LKA por una salida trasera y condujo por la Tempelhofer Damm en dirección sur, mientras contemplaba a una jauría de periodistas y corresponsales agolpándose en la entrada principal.

CON LOS PERIODISTAS Y REPORTEROS a la entrada de la LKA todavía ante su mirada, Clara condujo por la Tempelhofer Damm hacia el sur. Por mucho que la prensa llamara la atención sobre las múltiples irregularidades e injusticias que la política desatendía u ocultaba —lo cual facilitaba no pocas veces el trabajo de la policía—, había algo que no dejaba de sorprenderla: cuando se trataba de un delito con impacto mediático, todos estaban allí y exigían soluciones, soluciones rápidas; sin embargo, las miles de víctimas de otros criminales que habían perdido la vida de un modo menos espectacular que las del Sin Nombre, o las que convivían con el miedo y la paranoia, contando con que antes o después llegaría el próximo golpe, quizás esta vez el golpe mortal, no parecían importarles un bledo a la jauría que se arracimaba a la puerta de la LKA.

«Un muerto es una tragedia —había dicho Stalin—. Un millón de muertos, mera estadística».

Hacía tiempo que Clara había constatado que casi nadie consideraba a la policía «un amigo y una ayuda»^[8], y también que sus enemigos no eran solo los delincuentes, sino ciertos representantes de la justicia y la política. Un policía que golpeaba a un manifestante hasta dejarlo inconsciente provocaba en algunos sectores mucha más indignación que tres delincuentes reincidentes enganchados al *crack* que violaban a una chica y luego la tiraban del coche en marcha en un solitario descampado.

¿Por qué la justicia y la política nunca estaban de su parte? ¿Acaso por la fascinación que ejercía sobre los poderosos rebasar los límites, como les ocurre a los nobles y ricos en los relatos del Marqués de Sade? Cuanto más grave y brutal era el delito, tanto más improbable era que recibiera su castigo, como si la sociedad fuera la *snuff movie* o *torture porn* sobredimensionada que los poderosos ven babeantes de lascivia y obscena codicia y en la que el deseo de combatir el crimen solo se dirige contra delitos sin importancia. Para el coche de los ciudadanos normales había placas ambientales, pegatinas medioambientales para circular, acreditaciones para el uso del aparcamiento, liquidación automática de tasas de aparcamiento y otros mecanismos de control con los que se pescaba de inmediato a los infractores, mientras que a los violadores reincidentes de niños se los ponía en libertad porque se negaban a someterse a un tratamiento psicológico en una clínica, obligando a la policía a seguirlos las veinticuatro horas del día, lo cual costaba más dinero que proteger la vida, la libertad y los derechos de una docena de niños. Shakespeare comparaba el mundo con un escenario teatral. A Clara la realidad le parecía a menudo un *casting show* de la muerte en tiempo real.

«¿Por qué los de ahí arriba adoran el crimen?», había preguntado Winterfeld en

una ocasión, tras beber unas cuantas copas de vino más de la cuenta, con relación a los políticos y a los jueces. «Muy sencillo, porque ellos mismos son criminales».

Pero también su mundo estaba en peligro, como podía constatarse en el caso de Berlín. El fuego no discrimina. Quema todo lo inflamable. Y los incendios eran cada vez mayores. Era un mundo en el que los distritos marginales, ya de por sí altamente explosivos, rebasaban sus fronteras y se adentraban en Berlin-Mitte y otros barrios burgueses. Pues la violencia y la delincuencia ascendían desde el sur de la ciudad y Neukölln como un cadáver hundido en el agua e hinchado por gases podridos, pero también desde Wedding avanzaba la misma amenaza, se filtraba hacia abajo, al igual que la sangre de un cadáver apuñalado abriéndose camino hacia el piso de abajo hasta formar una fea mancha roja en el techo y las primeras gotas.

«Son como niños —pensó Clara—. Creen que basta con cerrar los ojos para que los peligros desaparezcan. Si yo no los miro, ellos tampoco me mirarán a mí». Solo cuando resultaban afectados los que día tras día embellecían la realidad y minimizaban el peligro se ponía el grito en el cielo. Lo horroroso no existía hasta que una periodista de los autodenominados medios «liberales» era apaleada casi hasta la muerte y después averiguaba —bienvenida a la realidad— que los matones eran adolescentes reincidentes que también esta vez evitarían el castigo. Hasta que no bastaba con cerrar los ojos para eludir el peligro.

«No hay nada más convincente que cinco centímetros de incisivo acero en el cuerpo», había dicho una vez el jefe de una unidad de operaciones especiales, el cual, durante un interrogatorio, había hundido y retorcido un cuchillo en el muslo de un secuestrador. Cuando el giro llegó a los cuarenta y cinco grados, los agentes ya sabían dónde estaban escondidas la mujer y la hija del hombre al que quería chantajear. Encontraron a la mujer y a la niña deshidratadas, casi muertas de hambre, al límite de sus fuerzas psíquicas, pero con vida. Y Karl, el jefe de la unidad, fue inmediatamente suspendido y se ganó una denuncia ante los tribunales.

Estaban solos. Bellmann y Winterfeld, Hermann y MacDeath, Clara y los demás. Nadie iba a ayudarlos si no se ayudaban a sí mismos.

El hogar infantil Thomas-Crusius-Stiftung parecía a punto de ser clausurado. Pasillos vacíos, marcos oxidados en las ventanas, desconchados en las paredes. Solo de vez en cuando se veía pasar a un niño, a una monja o a un celador.

Al cabo de diez minutos, Clara estaba sentada en el despacho del director Mertens, que iba a ocupar su puesto solo cuatro semanas más y trabajaría después en otro internado. ¿Cuál? No lo sabía. Debía de tener unos cuarenta y cinco años, y sin duda le sobraban bastantes kilos, pero ponía mucho celo en ayudar a Clara. Había ido al centro aquel sábado exclusivamente para hablar con ella. Era evidente que no había leído los periódicos, pues se había abstenido de hacerle preguntas sobre el Sin Nombre: un alivio para Clara. Frente a ella, en el escritorio, un carpesano con

documentos fotocopiados cuyo aspecto y olor recordaron a Clara sus estudios de primaria.

—No hay mucho más, como puede ver —dijo el director, y posó dos tazas de café humeante sobre la mesa. Luego tomó asiento—. Yo solo llevo aquí cinco años. El hombre que por aquel entonces ocupaba el puesto murió hace doce años de un ataque al corazón.

«Excelente. Testigos a mansalva», pensó Clara. Bebió de su taza de café caliente y deslizó la mirada por los documentos.

—¿No hay información sobre con quién se relacionaba Elisabeth?

Mertens negó con la cabeza.

—Dudo mucho que alguna vez se haya recogido por escrito semejante información. Y es prácticamente imposible averiguarlo al cabo de treinta años. —Mertens pasó un par de páginas de su *dossier*—. Llegó aquí con su hermano tras la muerte de sus padres.

—¿Qué ocurrió? —preguntó Clara.

—Un accidente de coche, murieron los dos. —Mertens se encogió de hombros—. Por lo visto, eran rusos, aquí no tenían parientes. Por eso trajeron a los niños al centro. A las autoridades debió de parecerles demasiado complicado repatriarlos. Y los dos hablaban perfectamente alemán. —Pasó un par de páginas más—. Elisabeth desapareció repentinamente, poco después de que desapareciera su novio.

—¿Su novio?

—Sí, Tobias Schäfer, aquí lo dice. —Mertens señaló un pasaje con el dedo—. Parece que los veían a menudo juntos. Schäfer desapareció de un día para otro, y Elisabeth también, poco después. Es de suponer que se escaparon juntos.

—¿Ha sabido alguien de ellos desde entonces?

Mertens apretó los labios y negó con la cabeza.

—No, que yo sepa. Es un caso muy intrigante, por eso he leído el *dossier* antes de que usted llegara. No sabía nada de ella hasta que usted me llamó. —Bebió un trago de café y frunció los labios—. Todos los hogares infantiles tienen un relato de misterio, y la historia de Elisabeth y Tobias es la historia de misterio de *este* centro.

—¿Y Vladimir?

—Era el hermano de Elisabeth. También él desapareció repentinamente, como si se lo hubiera tragado la tierra. —Mertens frunció el ceño—. En su caso, sin embargo, hay indicios de que se suicidó.

—¿Cómo que se suicidó?

—Sí. Parece que se ahogó en el lago que está aquí al lado. —Señaló hacia fuera. Clara arrugó la frente.

—¿Encontraron el cadáver?

Mertens volvió a negar con la cabeza.

—Al menos aquí no dice que lo encontraran. Es probable que no.

La cabeza de Clara se puso a funcionar. Vladimir. Las personas que se ahogan en

un lago suelen ser arrojadas a la costa y encontradas. ¿Y si el chico no se había quitado la vida? ¿Estaba relacionado con la desaparición de Elisabeth y Tobias? Pero todas esas preguntas se remontaban a un lejano pasado, a treinta años atrás.

—¿Buscaron el cuerpo de Vladimir?

Mertens asintió bostezando.

—Sí. Enviaron buceadores. Pero en algún momento se dieron por vencidos. Y apenas existía presión externa: no tenía familiares ni conocidos. Se expidió un certificado de defunción. Eso fue todo.

Clara miró a Mertens.

—¿Y si no se suicidó? ¿Y si en lugar de ello se escondió en alguna parte?

Mertens se encogió de hombros.

—Qué puedo responderle yo a eso. No he conocido a ninguno de los implicados en esta historia y no sé adónde podría haber ido el chico. Todo lo que tenía era el internado. No, estoy casi seguro de que de verdad se quitó la vida. ¿Quiere saber por qué?

—Desde luego —respondió Clara.

—Primero mueren sus padres. Su hermana es todo lo que le queda en este mundo. Luego la hermana se escapa con el tal Tobias. Todos se han ido. Madre, padre, familia, hermana. —Asintió—. Demasiado para un niño.

Clara reflexionó un momento. Tobias o Vladimir. ¿Era uno de ellos el asesino? ¿Asesinó uno de los dos a Elisabeth? ¿Se habría fugado Tobias con Elisabeth para después asesinarla? ¿O ninguno de los dos se fugó porque estaban muertos? ¿Porque habían sido asesinados por alguien que no quería perder a su hermana? ¿Por Vladimir?

—Gracias, señor Mertens —dijo Clara—. ¿Se le ocurre alguien que haya estado en contacto directo con Elisabeth, Tobias y Vladimir? ¿Alguien que aún esté vivo? —Clara pensó en el antiguo director, que había muerto de un ataque al corazón.

Mertens miró al techo unos segundos.

—La señora Borchert —dijo—. Doctora Silvia Borchert. Pero creo que murió hace años.

Clara tomó nota del nombre. Llamaría a Hermann para que hiciera averiguaciones.

—¿Qué cargo desempeñaba?

—Fue durante un tiempo la directora del centro —dijo Mertens—, algo así como el hada buena del hogar infantil. Un tipo como Ingo M. jamás habría trabajado aquí con ella. Invitaba a veces a los niños a su casa. Y los chicos iban en autobús allí. Tenía una casa cerca, a un par de kilómetros de aquí. Hoy la utilizamos de almacén y trastero. El portero va allí de vez en cuando a por sal de deshielo y otras cosas. En todo caso, la señora Borchert se jubiló al poco de que Elisabeth y Vladimir ingresaran en el centro y vivía la mayor parte del año en el extranjero, en Mallorca, creo recordar.

—¿No volvió a su casa después de jubilarse?

Mertens negó con la cabeza.

—Ni idea. Pero, si volvió, fue solo por una temporada. La casa, como le decía, solo sirve ahora de almacén y trastero. Todavía tiene luz y agua, seguimos pagando los recibos. Pero no me extrañaría que cualquier día de estos se desplomara. Y se quedará abandonada en cuanto clausuren este centro.

—¿Puede darme la dirección?

Mertens abrió un cajón y rebuscó en su interior.

—Por supuesto. Veamos. El portero podría indicarle el camino, pero hoy no está aquí. —Mertens revolvió en el cajón hasta que al fin sacó una cuartilla—. Aquí está. —Le entregó a Clara la hoja. Ella escribió la dirección en su cuaderno de notas y la fotografió con el móvil.

—Muchísimas gracias —dijo Clara. Se puso el abrigo y estrechó la mano de Mertens—. Lo llamaré si se me ocurren más preguntas, pero por el momento hemos terminado. Gracias de nuevo por atenderme tan rápidamente.

Bajó la escalera deprisa, antes de que a Mertens se le ocurriera hacerle alguna pregunta sobre el destripador de Facebook. Luego se sentó al volante de su coche, volvió a mirar la dirección de Silvia Borchert y puso rumbo hacia allí.

En el centro de una zona boscosa se abría un gran claro con una colina, y sobre ella estaba la casa que ahora servía al internado de almacén. Paredes grises tan desoladoras como el plomizo color del cielo y ventanas cerradas, similares a ojos ciegos mirando fijamente la nada. Ramas astilladas salían del fangoso suelo del bosque como dientes partidos. Los árboles que aún seguían en pie estiraban hacia el cielo sus ramas sin hojas como pulpos gigantes.

La casa tenía un aspecto achaparrado, como un animal al acecho. Daba la impresión de ocultarse bajo el suelo para resguardarse de la tormenta y las nubes bajas que se cernían sobre la colina, y de asomar las ventanas grises y la puerta para espiar lo que ocurría a su alrededor, como un soldado en la trinchera.

«La verdad está bajo la superficie», pensó Clara. Y de nuevo cruzó su mente el símil de las piedras levantadas que a menudo usaba al meditar sobre su profesión: piedras lisas y limpias por fuera, bajo las que los gusanos y los insectos se revolcaban en la carroña y los excrementos.

¿Y esa casa? ¿Esa casa grande y achaparrada? Sabía que ya no estaba habitada. Y, sin embargo, irradiaba algo siniestro y amenazador. «Como una casa embrujada», pensó.

Agarró la pistola con la mano derecha y la ocultó en el bolsillo derecho del abrigo. Después se dirigió hacia la puerta de la casa sobre la veranda, una puerta maciza con el timbre junto a una amarillenta placa.

El nombre escrito en la placa ya no era legible.

Apretó con cuidado el picaporte. La puerta se abrió, no emitiendo el inquietante chirrido con el que Clara había contado, sino fácilmente y sin hacer ruido. Tras la puerta se veía un oscuro pasillo. Clara inspiró profundamente, abrió la puerta de par en par y cruzó el umbral.

EN LA CASA IMPERABA un silencio sepulcral.

Un extraño pensamiento cruzó la mente de Clara.

«¿Estará la casa de verdad embrujada?».

El miedo se apoderaba de ella. Aunque sentía los latidos de su corazón, procuraba no hacer ruido al respirar. No solo por el hermético silencio y la asfixiante atmósfera. Había otra razón: Clara tenía la vaga impresión de que alguien podía oírla.

La mortecina luz del anochecer entraba en el pasillo y proyectaba una sombra gris en el suelo de madera que crujía bajo sus pies. Una corriente de aire cruzó el pasillo. Un aire frío y viciado, como si procediera de una cueva subterránea.

Clara abrió despacio la puerta que apareció a su derecha agarrando con firmeza la pistola que llevaba en el bolsillo del abrigo y a la que ya antes había quitado el seguro. La puerta daba a un salón. El almacén debía de estar en la parte trasera, pues en aquella habitación parecía que el tiempo se hubiera detenido. Se colaba muy poca luz por entre las persianas medio cerradas. Un sofá, una mesa con un mantel anticuado y amarillento. Cerca de la puerta había un teléfono. Los muebles estaban cubiertos de polvo y suciedad. Y cuando Clara había abierto la puerta, algo había salido corriendo por la alfombra.

Ratas.

A la izquierda del pasillo había otra habitación. Un dormitorio para invitados. Clara vio una de las camas, y sobre ella uno de esos antiguos colchones de muelles que se hundían un palmo cuando uno se sentaba encima. En aquella habitación las persianas estaban completamente bajadas. Clara encendió su linterna. El haz de luz se deslizó por las paredes y por encima de un anticuado carrito de servir con vasos repletos de polvo.

Al fondo del pasillo había otra puerta. Clara la abrió muy despacio y avanzó tanteando el suelo, con el cono de luz dirigido hacia sus pies.

«Aquí no hay nadie —se dijo—. Estás perdiendo el tiempo».

Y sin embargo avanzó lentamente, con el haz de la linterna hacia el suelo y la mano hundida en el bolsillo derecho del abrigo. Al cabo de un metro llegó a una abertura de la que salía el aire frío y viciado que había sentido antes. En el suelo se abría un agujero con una escalerilla que evidentemente conducía al sótano de la casa. Una corriente de aire mohoso soplaba por el vano de la escalera, que se abría ante Clara como una apestosa garganta. Bajó con pasos tentativos los escalones, con la linterna en una mano y la pistola en la otra. Una puerta. La puerta se abrió fácilmente. ¿Demasiado fácilmente?

Clara salió a una gran sala abovedada que solo percibió vagamente por el miedo y la tensión.

De repente se detuvo.

¿Qué era eso que había en el centro de la sala? ¿Una gran tabla? ¿Una mesa?

«Será mejor sacar la pistola —pensó—, puede que...».

Entonces se sobresaltó tan bruscamente que tuvo que taparse la boca para no gritar.

Había visto una cara, un rostro sin labios con el pelo dorado que enseñaba unos dientes amarillos en una grotesca mueca. Su piel era como el pergamino y sus ojos cerrados miraban al techo.

Un instante después se cerró a sus espaldas la puerta del sótano de un estruendoso portazo. A Clara se le cayó la linterna del susto. Había algo a sus pies. ¿Otro pie? La linterna se deslizó por el suelo hasta que se detuvo al fondo de la sala iluminando inútilmente un fragmento de la mugrienta pared de piedra.

Luego percibió una respiración contenida, muy cerca de ella, en algún lugar de la penumbra.

Miró a su alrededor y sacó la pistola, cuando de repente una poderosa mano apretó un pañuelo contra su nariz y su boca.

Clara reconoció el olor.

Cloroformo.

«Maldición, he fracasado», pensó antes de sumergirse en la negrura.

WINTERFELD MIRÓ SU TELÉFONO y leyó el mensaje de texto que acababa de recibir.

—¡Mierda! —maldijo.

Bajó corriendo las escaleras y telefoneó simultáneamente a la Unidad Móvil de Operaciones Especiales.

—¡Cinco hombres! ¡Ya! —ordenó—. En tres minutos nos reunimos a la salida. ¡Inmediatamente! —Miró otra vez la pantalla de su teléfono móvil y abrió de un golpe la puerta del despacho de Hermann—. Tenemos problemas —dijo—. Busca esta dirección —ordenó poniendo el móvil delante de su ordenador.

—¿Clara? —preguntó.

Winterfeld asintió.

—La hemos enviado a las fauces del león. —Llamó a MacDeath por teléfono mientras Hermann descifraba las abreviaturas del mensaje.

—HRMSDRF DM 18 BER N —leyó Hermann en voz alta—. Esto solo puede ser Hermsdorfer Damm. BER N tiene que significar Berlín Norte. Y allí solo hay un Hermsdorfer Damm. —Hermann se levantó, se puso su chaqueta de cuero y miró a Winterfeld—. Quince minutos si corremos como posesos.

—¿Si corremos? —repuso Winterfeld, y cogió del hombro a su colega—. Tú te quedas aquí. Necesitamos a alguien *online* en el centro de operaciones. —Hermann asintió de mala gana.

Cuando Winterfeld llegó al garaje subterráneo, ya estaban esperándolo MacDeath y cinco hombres del MEK con fusiles Heckler & Koch. Montaron en la unidad móvil, que salió disparada del garaje haciendo chirriar los neumáticos y dejando atrás a la jauría de periodistas que seguía esperando en la entrada del edificio. El vehículo voló a ciento veinte kilómetros por hora con la sirena aullando por la Tempelhofer Damm en dirección norte, hacia la autopista urbana.

—¿Un mensaje de Clara? ¿Eso ha dicho? —preguntó MacDeath, que iba sentado detrás con los agentes del MEK y se abrochaba apresuradamente el cinturón de seguridad.

Winterfeld asintió y le enseñó el mensaje a la par que negaba con la cabeza.

—No ha podido salir peor —dijo—. Menos mal que todavía puede escribir.

MacDeath y los agentes del MEK se inclinaron hacia el teléfono móvil.

ESTOY ATRAPADA

HRMSDRF DM 18 BER N

CLARA

CUANDO LLEGARON A LA CASA de Hermsdorfer Damm, siguieron el mismo ritual de siempre, el que practicaban cuando se trataba de asaltar o registrar un edificio. Dos hombres del MEK avanzaron por el jardín, otros dos esperaron detrás de un coche aparcado delante de la puerta. El furgón negro de la policía estaba algo apartado, no se distinguía de un vehículo normal.

Los agentes ocultaban las armas en la mano derecha, contra el muslo, mientras Winterfeld apretaba el timbre de la puerta. MacDeath y otros dos agentes del MEK esperaban en el camino entre la puerta del jardín y la de la entrada.

Winterfeld volvió a llamar. Un hombre de unos cuarenta y cinco años con el pelo ralo abrió la puerta.

—¿Sí? ¿Qué desean?

—Winterfeld, Brigada de Homicidios —dijo Winterfeld poniendo al hombre un documento firmado y sellado delante de las narices—. Esto es una disposición judicial que nos autoriza a registrar ahora mismo la casa. Déjenos entrar y coopere con nosotros, por favor.

El hombre se pegó a la pared y negó perplejo con la cabeza cuando Winterfeld y los agentes del MEK pasaron por delante de él y se desplegaron por la casa como una avalancha.

—Se lo habría explicado yo mismo —despotricó el hombre, y negó con la cabeza. Su hijo y su mujer, atónitos, estaban de pie a su lado—. ¿Tenemos aspecto de secuestradores? —Una arruga de ira recorrió su frente mientras miraba fijamente a Winterfeld con hostilidad. Este se sentía abatido y no dejaba de mesarse el cabello.

—¿Qué busca la policía, papá? —preguntó excitado el niño, de unos doce años, que quizás había encontrado la escena emocionante.

—No lo sé —dijo el hombre, que negó con la cabeza y miró a Winterfeld—. No tengo ni idea. —Luego miró el furgón negro, a los agentes del MEK y, de nuevo, a Winterfeld—. Ocúpense de todos los asesinos y violadores que andan por ahí sueltos, en lugar de poner multas de tráfico y amargar el fin de semana a la gente honrada. —Se cruzó de brazos—. Le aseguro que esto tendrá consecuencias, por muchos documentos oficiales que me planten en las narices. Soy un hombre de bien, y no pienso permitirlo. Ya no estamos en la RDA. Y ya no existe la policía secreta.

Winterfeld suspiró, miró la hora y su móvil. No tenía tiempo para discutir con aquel hombre. Debía averiguar cuanto antes dónde estaba Clara.

—Lo lamento —dijo Winterfeld—. Nuestra información era falsa. Y créame: eso es justamente lo que estamos haciendo, perseguir a asesinos y violadores.

—Pues han ido a buscarlos al lugar equivocado —replicó el hombre, que contraía enfurecido los labios—. Y ahora haga el favor de largarse de aquí.

—¡Mierda! —exclamó Winterfeld cuando estaba de nuevo sentado en el furgón, y marcó un número de teléfono. Acababa de llamar al teléfono de Clara, pero no lo cogía. Ahora llamaba a la IT—. Hermann —dijo—, ¿estás seguro de que solo hay un Hermsdorfer Damm? ¿Cómo? ¿Otro en Dresden? No, eso desde luego no está en el norte de Berlín. —Contempló las casas unifamiliares que flanqueaban la calle por la que conducía el furgón—. ¿Podríamos averiguar dónde está el teléfono móvil desde el que nos han enviado el mensaje? El móvil de Clara. —Escuchó la respuesta de Hermann—. Ya, podemos, pero necesitas tiempo para eso. Me lo imaginaba. Te llamo ahora.

Dejó caer la mano que sostenía el móvil y volvió la cabeza hacia MacDeath y los agentes del MEK.

—Aquí hay algo que no encaja. Algo que no encaja absolutamente nada. —Marcó de nuevo el teléfono de Clara.

Sonó la señal.

Una vez.

Dos veces.

Tres veces.

EL SONIDO DEL TELÉFONO despertó a Clara de su plomizo sueño. El trapo de su boca tenía un sabor arenoso que la asfixiaba. Estaba sentada en el frío suelo, encadenada y apoyada contra una pared igualmente fría. Intentó moverse, pero constató que le era imposible. Abrió los ojos parpadeando y vio un cuarto de cuyo techo colgaba una bombilla. En un rincón del cuarto había un cubo. A su lado, un enchufe. Todo aquello traía a Clara el desagradable recuerdo del sótano en el que había sido grabada Andira.

El teléfono seguía sonando. Con un sonido tan penetrante como el del día anterior, cuando había visionado el terrorífico vídeo del Sin Nombre y perdido el conocimiento. Consiguió abrir completamente los ojos. Su mirada buscó el origen del sonido y se posó en la puerta, donde se topó con dos botas negras, dos piernas y el musculoso torso de un hombre alto vestido de negro. En la mano izquierda sostenía el insistente teléfono móvil, como si se tratara de un trofeo. Primero miró el móvil, después se volvió hacia Clara y escudriñó su rostro con sus penetrantes ojos azules a través de unas gafas.

Unas gafas de acero mate.

—¿Sabe quién la está llamando? —preguntó el hombre.

Clara seguía demasiado aturdida por el cloroformo para sentir miedo o el deseo de gritar. Y sin embargo tuvo la impresión de haber oído antes aquella voz tal como sonaba ahora, sin distorsión.

La voz continuó:

—Su paternal amigo, Winterfeld. —El hombre abrió el teléfono y sacó la batería y la tarjeta SIM—. Si sus amigos se proponen localizar el móvil con el rastreador del GPS necesitarán al menos cinco minutos más... —Aplastó la tarjeta entre el pulgar y el índice y cogió el móvil con la mano izquierda, en la que Clara percibió un ligero temblor—. Pero se han acabado los cinco minutos. —Miró de soslayo la tarjeta SIM destrozada y alzó de nuevo la vista hacia el fondo del cuarto, donde estaba sentada Clara, mientras se recolocaba las gafas—. Clara Vidalis —dijo el hombre—, su colega Winterfeld tiene que estar muy preocupado. Acabo de enviarlo de viaje al norte de Berlín, donde confiaba en encontrarla a usted. Por desgracia, nos hallamos a cuarenta kilómetros de Berlín Norte, y usted está aquí atrapada.

Clara conseguía controlar su miedo sorprendentemente bien. No tenía la menor idea de qué se proponía hacer con ella aquel hombre. En cambio, estaba completamente segura de quién era, si bien no podía explicarse por qué había caído *en sus manos* precisamente en aquella casa. Con todo, algo le decía que lo mejor que podía hacer era escucharlo. Cuanto más tiempo pasara, tanto mayor era la probabilidad de que Winterfeld la encontrara o de que se le ofreciera una ocasión de escapar. Si en efecto era el hombre que ella creía, Andira debía de estar también allí.

Tenía que terminar su *show*, y eso exigía concentración.

«A no ser —pensó Clara, y la idea la llenó de espanto—, que no quiera complicarse la vida y decida matarme sin más».

Pero ¿encajaba ese procedimiento con su perfil? Ella tenía que presenciar su actuación hasta el final. Eso había dicho MacDeath. Y para eso tenía que vivir. ¿Eran así las cosas? ¿O solo intentaba convencerse a sí misma de que así era para no pasar los últimos minutos de su vida devorada por un indescriptible terror? Pues el asesino no llevaba máscara, la miraba directamente a los ojos. Y ella era una comisaria de la LKA. Nadie permitiría que lo identificaran tan claramente si no tenía el propósito de matar después al rehén. ¿Había alguna otra posibilidad?

Clara se había preguntado a menudo cómo sería ser capturada. «No morir de muerte natural», como decían los forenses. Un navajazo, un golpe mortal, una bala, una caída desde la ventana. Había tantas maneras de morir como personas.

—Si alguna vez te atrapan —le había dicho Karl, el agente del MEK que había sido suspendido por clavar un cuchillo en el muslo de un secuestrador—, ruega por que haya alguien que sepa disparar. —Luego había sonreído con amargura—. Conozco la historia de personas que han muerto tras desangrarse durante horas, locos de dolor. Y un policía de la Brigada de Homicidios que se toma en serio su trabajo no tiene por qué contar con una muerte natural.

«No morir de muerte natural».

Clara sabía de qué hablaba Karl: de la disposición a enfrentarse a la muerte sabiendo que es inevitable y que cualquier día puede llegarnos. Pues todos los días se reparten las cartas que significan el fin de los que las reciben. Y antes o después nos llega el turno.

—No sé cómo ha llegado hasta aquí, señora Vidalis —dijo el hombre que era el Sin Nombre—. Pero lo ha conseguido. Estoy impresionado.

Abandonó brevemente el cuarto y regresó con un objeto en la mano. Cuando Clara lo vio más de cerca, constató que se trataba de un calentador eléctrico de inmersión. El pánico la asaltó, como si hubiera pisado un cable de alta tensión. ¿Qué se proponía ese loco?

El Sin Nombre se colocó en un rincón de la estancia sin acercarse a ella.

—Está mejorando —dijo—. Ha pasado décadas limitándose a llorar la muerte de su hermana frente a su tumba... su tumba *vacía*, mejor dicho.

Clara sintió el incontrolable deseo de aplastar el cráneo de aquel hijo de puta contra las piedras de la pared.

—Durante años y años, no ha sido capaz de encontrar a Ingo M. —dijo—. Pero me ha encontrado a mí. La felicito.

Sí, lo había encontrado. Pero no como ella lo había imaginado. El vídeo de Ingo M. que el asesino le había enviado la había conducido hasta el asesino de su hermana, pero también la había puesto en la pista del asesino. Pero todo aquello ya no importaba, porque había caído en sus garras.

Y nadie sabía que estaba allí.

—Ingo M. —dijo él, y parecía disfrutar del dolor que causaba a Clara la mención de ese nombre—. Tenía aspecto de hombre honrado, de persona normal y corriente. Pero así son todos. —A Clara no pudo por menos que sorprenderle la displicencia con la que hablaba de otros asesinos y criminales. Como si él fuera mucho mejor que ellos. Más importante.

Recordó el texto del correo electrónico que le había enviado:

Soy mayor que cualquiera de esos estúpidos y despreciables criminales que estáis acostumbrados a perseguir y a los que tarde o temprano atrapáis. Esos infantiles asesinos compulsivos piensan con la polla. Y acaban cayendo en vuestras burdas trampas, porque no son más que convulsas y descerebradas masas de protoplasma. Pero yo soy mucho más, mucho mayor, y estoy en todas partes. Soy yo el que tiende trampas, os tiendo trampas a vosotros.

Y, en efecto, ella había caído en su trampa, una trampa posiblemente mortal.

—El bueno de Ingo parecía un hombre completamente normal —repitió el asesino—. Pero le aseguro que lo que me contó era insólito, incluso para *mis* oídos.

Caminó hacia Clara y permaneció en el centro de la habitación.

—Nadie es bueno a la hora de reconocer sus pecados. No es que nos importe confesar nuestras culpas, pero rara vez lo decimos *todo*. Usted tampoco, ¿no es así, señora Vidalis? ¿O lo confesó usted todo el miércoles pasado en la catedral de Santa Eduvigis?

El hombre la miró expectante, y Clara se quedó de piedra. «¡La confesión! ¿Cómo se había enterado?».

—¿Recuerda lo que le dije entonces? —preguntó—. ¿El miércoles, frente a la imagen de María? Le dije que la verdadera belleza es intocable. —Asintió despacio—. Y así es, en efecto.

El recuerdo asaltó la mente de Clara con la misma claridad que una explosión atómica. El hombre alto que contemplaba junto a ella la estatua de María en la catedral de Santa Eduvigis. El sonido metálico de las monedas que habían caído en el cepillo de las limosnas. Sus movimientos, su agilidad, igual que los de aquel hombre. El pelo rubio y muy corto. Las gafas de acero inoxidable mate.

«No puede ser verdad», pensó Clara.

Ingo M. estaba a su lado en el entierro de su hermana.

Y aquel hombre había estado junto a ella el día del aniversario de la muerte de su hermana, el día que se había confesado.

El mismo día que había recibido la *snuff movie*.

De él.

Del Sin Nombre.

—Usted confesó sus pecados —dijo—, pero estoy seguro de que tampoco lo dijo

todo. —Ahora se retiró unos pasos—. Como tampoco lo hizo Ingo M. —Alzó reprensor el dedo índice. Y Clara se sorprendió recordando a MacDeath—. Ingo M. —prosiguió— era un sádico que había hecho de su monstruosidad una forma de vida, pero que se ocultaba del mundo, con lo que sus perversos impulsos se corrompían en su interior, hasta que en algún momento les daba rienda suelta y apestaba con su repugnante podredumbre todo lo que lo rodeaba. —Miró a Clara—. Cuanto más terribles eran los pecados que debía confesarme, más duras eran las medidas que tenía yo que tomar para que reconociera sus actos. Porque yo sabía que estaban ahí. —Juntó sus grandes manos e hizo crujir los nudillos—. Que tomaba fotografías de los entierros de sus víctimas para masturbarse mirándolas solo me lo confesó cuando estimulé su locuacidad con unos alicates y un soldador. —Avanzó de nuevo un par de pasos hacia ella—. Pero yo sabía que en lo más profundo de su ser había algo que necesitaba salir. Hasta que conecté sus empastes de amalgama a la corriente no me contó que había desenterrado a su hermana pequeña. Y que había practicado el sexo con el cadáver. Numerosas veces.

Una leve sonrisa apareció en los labios del Sin Nombre. Una sonrisa tan fría como el confín del universo.

—Pero tenemos que poner fin a esto, señora Vidalis —dijo, y dejó a Clara sin tiempo para reflexionar sobre lo que había oído. Un caos de pensamientos se arremolinó en su cabeza—. Usted es mi espectadora y mi jueza, como probablemente ya ha comprendido, pero no permitiré que interrumpa mi último sacrificio sagrado. Mataré a Andira dentro de quince minutos. Con ello habré terminado mi obra.

Miró fijamente a Clara a los ojos y se inclinó hacia ella.

—No voy a matarla —añadió—. Pero tampoco voy a permitir que se interponga en mi camino, en mi sacrificio sagrado. No debería haber venido, se lo advertí por escrito. «Si intentáis cazarme, os daré caza a vosotros. Si queréis matarme, vosotros moriréis». —Se retiró unos pasos—. Usted correrá la misma suerte que Ingo. Yo no voy a matarla. El fuego lo hará. Esto de aquí —dijo golpeando el cubo con el pie— es gasolina, me imagino que ya lo habrá percibido su olfato. —Diciendo esto, conectó el calentador eléctrico al enchufe y lo arrojó al cubo.

—Que le vaya bien —dijo, y volvió a inclinarse hacia ella—. Espero que tenga buenos pulmones. Huele a rayos antes de hacer bum.

Miró a Clara una vez más y cerró la puerta tras él.

CLARA ESTABA SENTADA A OSCURAS en la mazmorra. El apestoso olor de la gasolina hacía que se le saltaran las lágrimas, y el burbujeo del líquido del cubo era cada vez más arrebatado.

Solo tenía unos minutos, después se habría acabado todo. Las paredes eran lo bastante robustas como para resistir la explosión, y la onda expansiva la convertiría en una muñeca negra, carbonizada, desmembrada.

No era difícil imaginarse cómo sería su fin. O bien todo iba muy deprisa —un intenso relámpago que acabaría con todo—, o se quemaría y moriría entre sufrimientos. La muerte por asfixia acortaría clemente su tormento.

Pero ¿por qué hacía eso? ¿No quería que ella presenciara su actuación, que examinara su obra? ¿Por qué la asesinaba entonces?

El rostro de MacDeath apareció súbitamente ante su mente, y escuchó su voz. «Pasan por alto la respuesta más sencilla a la pregunta de por qué hace este hombre cosas contradictorias».

Y ella había preguntado: «¿Por qué las hace?».

«Porque está loco».

La imagen de MacDeath empalideció mientras los vapores de la gasolina inducían en Clara un plomizo aturdimiento cercano a la inconsciencia.

Con sus últimas fuerzas se forzó a abrir los ojos.

«Concéntrate».

Por un momento creyó que se observaba a sí misma desde fuera y reunió la fuerza suficiente para hacer lo necesario y correcto. Lo que había aprendido en los cursos de lucha y yoga en un plano teórico pero nunca había conseguido aplicar. Algo terrible, pero posible. Lo que tenía que hacer para no morir.

Tenía que dislocarse el hombro.

«Me imagino que servirá para algo eso de dislocarse un brazo», le había dicho Winterfeld el miércoles pasado. Y ahora era más que útil: era necesario si quería sobrevivir.

El dolor que se produjo en la articulación quemaba como el fuego del infierno, como si el cubo de gasolina hubiera explotado directamente en su hombro. Cuando al fin consiguió que el brazo izquierdo colgara sin vida del hombro, estaba bañada en sudor. Tiró de la articulación del hombro hacia abajo y sintió como si acero líquido corriera por sus huesos. A punto estuvo de romper a gritar y atraer la atención del Sin Nombre hacia ella, pero logró arrastrar la articulación hasta colocarla por debajo de la cadena que la inmovilizaba. La presión que atenazaba su cuerpo cedió, la cadena se descolgó y liberó su intacto brazo derecho de la metálica mordaza. Apoyándose en el brazo derecho se deshizo de las cadenas como una mariposa de la crisálida. Luego se

quitó el abrigo, lo tiró al suelo, se irguió y caminó dando traspiés hasta la puerta.

El Sin Nombre confiaba en su trabajo, sin duda, pues no había cerrado la puerta. Clara la empujó con sus últimas fuerzas, mientras el pestilente olor de la gasolina a punto estuvo de hacerle perder el conocimiento. Miró el oscuro pasillo, cerró la puerta tras de sí y salió tambaleándose.

Acababa de arrojarse al suelo del cuarto contiguo cuando una violenta explosión hizo temblar la pesada puerta de hierro de la mazmorra de la que acababa de escapar.

Clara respiró jadeando el mohoso aire del sótano, cerró los ojos y reflexionó, mientras un intenso dolor bullía en la articulación dislocada.

«¿Qué haría ahora si fuera el asesino? —se preguntó. Y se respondió a sí misma —: Asegurarme de que mi rehén está muerto».

El Sin Nombre había dejado con vida a sus víctimas digitalmente para que nadie las echara de menos. Clara tenía que hacer lo contrario: fingir que estaba muerta para que el Sin Nombre se olvidara de ella.

Regresó tambaleándose a la mazmorra, que apestaba a humo y a gasolina. Se cubrió con el abrigo ennegrecido y desgarrado y se tendió en el suelo sin moverse.

A los pocos segundos oyó pasos por el pasillo.

EL SIN NOMBRE ABRIÓ la pesada puerta de la mazmorra en la que había encerrado a Clara, deslizó la mirada por el recinto y vio un carbonizado fardo en el rincón. En su rostro apareció un gesto que expresaba lástima y satisfacción al mismo tiempo. Regresó a su ordenador. Tenía que examinar los cuestionarios, ver lo que habían marcado los usuarios y de qué modo tenía que morir Andira. Su mirada se deslizó velozmente por las herramientas: hacha, taladradora, sierra, cuchillo, martillo... Pero también había añadido un campo para comentarios. Solo por curiosidad. Y las propuestas de algunos internautas sobre *cómo* debía matar a Andira eran casi más terribles que las armas que él había preparado. Hasta Vladimir Schwarz quedó horrorizado por las creaciones de la sanguinaria imaginación de personas aparentemente normales.

«¿Normales? ¿Quién es aquí la persona normal?», reflexionó, y se preparó para la emisión.

CLARA INSPIRÓ PROFUNDAMENTE cuando estuvo de nuevo en el pasillo. Había aguantado la respiración mientras el Sin Nombre había asomado la cabeza por la puerta de la mazmorra. Había sentido su mirada y luchado por no respirar el aire contaminado de gasolina ni perder el conocimiento. Lo contrario habría significado una muerte segura.

Había soportado el tiempo suficiente. Y ahora respiraba histéricamente el aire del sótano, esforzándose a la par por hacer el menor ruido posible. El mohoso aire del sótano le pareció el más limpio y puro que jamás había respirado.

Se deslizó por el pasillo y subió lentamente las escaleras. «El teléfono del salón», pensó. Ya no podía usar su teléfono móvil, pero tenía que contactar con Winterfeld como fuera.

Llegó a la habitación en la que había estado antes y se colocó delante del teléfono *beige* cubierto de una mugrienta capa de polvo. Hasta entonces había pensado que semejantes modelos solo aparecían en las películas de terror, y los teléfonos de esas películas nunca funcionaban cuando el protagonista tenía que escapar del loco que lo perseguía o de quien fuera que le pisaba los talones.

Pero ahí vivía el terror en persona. Y ahí estaba también el teléfono. Al igual que el deshilachado sofá, la mesa con el anticuado mantel, el polvo y las ratas.

Clara oyó la señal de la línea y respiró aliviada. El aparato funcionaba, a diferencia de lo que ocurría en las películas de terror. Probablemente lo utilizaba el portero del internado cuando almacenaba o recogía materiales para el centro. Y el loco que habitaba en el sótano abovedado quizás lo había conservado con el fin de llamar a sus víctimas anónimamente, sin identificación de llamada.

Clara hizo girar con dedos temblorosos el disco y marcó el número de Winterfeld. El dial se movía insufriblemente despacio.

—Winterfeld —se oyó al otro lado de la línea. Nunca antes se había alegrado tanto Clara de escuchar su voz.

—Soy Clara —dijo con un tono de voz que no permitía réplica—. Lo tenemos. Vengan tan rápido como puedan. —Le indicó la dirección.

—Eso está al sur de Mariendorf —dijo Winterfeld excitado—. ¡Vamos a necesitar todavía unos minutos!

—Pues venga a toda pastilla. Y llame a los agentes de la Unidad Especial de Operaciones.

—Ya están con nosotros —dijo Winterfeld. Clara percibió la alegría, pero también el miedo que vibraba en la voz de Winterfeld—. No se mueva de ahí.

Y, de hecho, condujeron a toda pastilla.

Los agentes del MEK descendieron con fusiles de asalto las escaleras que desembocaban en el sótano y cubrieron las estancias de la izquierda y la derecha, mientras Winterfeld, MacDeath y Clara, que apenas podía poner un pie detrás del otro, los seguían.

Avanzaron por el oscuro pasillo.

Pasaron por delante de la mazmorra en la que Clara había estado a punto de ser carbonizada.

En dirección a la estancia en la que iba a tener lugar el ritual.

Reinaba un extraño silencio.

Marc forzó la puerta con el Rammbock y saltó hacia atrás por si el asesino disparaba desde dentro con una pistola.

Sin embargo, todo permanecía en silencio en la estancia de detrás de la puerta, salvo por los histéricos chillidos de Andira, sentada y amordazada en una silla junto a una mesa repleta de una terrible selección de armas y herramientas. Aún llevaba el traje blanco, manchado ahora por la bilis parduzca que había vomitado.

La joven, pese a todo, parecía sana y salva.

Dos agentes la liberaron, mientras que los otros recorrieron el largo pasillo, al final del cual había una alta y ancha puerta que recordaba a la del dormitorio de Jasmin Peters, tras la cual había comenzado aquella pesadilla. La puerta que solo reveló sus secretos cuando se la forzó a hacerlo.

Todo sucedía como en trance.

Los últimos pasos por el pasillo.

Andira, traumatizada, lanzaba golpes a diestro y siniestro en la sala que habían dejado a sus espaldas, y los policías le cerraban la boca para que no alertara al asesino con sus gritos.

La pesada puerta que los agentes del MEK abrieron lentamente se abría hacia dentro, como las puertas del infierno, como si Caronte, el barquero que guiaba a las almas por el río Aqueronte, fuera a gritarles, como en el Infierno de Dante: «Ay de vosotros, almas pravas. No esperéis nunca contemplar el cielo».

Y algo grande e intangible los esperaba tras ella.

EL SIN NOMBRE OYÓ las voces y los pasos. Sabía que se acercaban.

Pero él había alcanzado su meta, su obra había terminado. No como él se lo había imaginado, pero había terminado, al fin y al cabo.

Su vista, que se nublaban progresivamente, se deslizó por el sótano, por los parpadeantes monitores, por el flameante fuego de la chimenea, y se posó en el sarcófago sobre el que *ella* descansaba.

Desde hacía años.

Desde hacía décadas.

Desaparecida, pero presente. Oculta, pero no olvidada. Muerta, pero en sueños.

Y cuanto más se le nublaban la vista, cuanto más se aproximaba al otro mundo, tanto más agudo se tornaba su ojo interior. Vio a todas las personas a las que había sacrificado caminando en respetuoso silencio hacia su maestro y desapareciendo a su izquierda y a su derecha.

Vio a Tobias, al que había matado en el internado con un martillo y cuyo cráneo había quedado tan aplastado como una caja de cartón en el contenedor de reciclaje. El caído parecía una estatua de piedra. Él había serrado su cadáver congelado y arrojado sus pedazos por el retrete, y al hacerlo había recordado el mercado de pescado que de niño había visto en el mar Báltico.

Vio a Ingo M., que lo había maltratado y violado. Él se había convertido en su peor pesadilla, lo había atado a una silla en la tercera planta del sótano del búnker, lo había torturado, lo había calcinado. Su esquelética mano derecha, formada por ennegrecidos huesos y jirones de carne carbonizada, estiraba los dedos hacia el suelo para coger la *wakizashi*, la espada de samurái, con la que, desesperado, se había cortado la carótida. Vio la sangre que salía a borbotones de sus venas y salpicaba el fuego, gotas que desaparecían entre las llamas convertidas en un fantasmal vapor rojo.

Y vio a Jakob Kürten, el *giftgiver*, el sadomasoquista que contagiaba el SIDA a sus amantes y al que —con sus propias palabras— «excitaba ser un agente patógeno». Él mismo había comprado los escalpelos con los que después sería asesinado y con los que el Sin Nombre había matado a las otras víctimas. Le había proporcionado un orgasmo de muerte, le había cortado la garganta para que su sangre manara como una segunda eyaculación mortal. Se había llevado sus células seminales y las había colocado en la vagina de Jasmin Peters para fingir una violación y que los investigadores siguieran una pista falsa.

Jakob Kürten había sido el primer hombre al que había asesinado, destripado y momificado. Otros hombres pasaron ahora junto a él, hombres a los que había utilizado como marionetas y que permanecían resacos en sus casas, con grumos de

albúmina por ojos, mirando fijamente el techo de su dormitorio y esperando a ser descubiertos.

Vio pasar a su lado a Jasmin Peters, que había pronunciado el discurso fúnebre de su propia muerte y cuyo sacrificio había filmado. Vio a Julia Schmidt, a la que había cortado la cabeza y por cuya nariz había empujado hasta el cerebro un *pendrive* con un mensaje para Clara Vidalis.

Y también vio a las otras mujeres, más de doce, de las que nadie sabía dónde yacían sus cadáveres, ni siquiera que estuvieran muertas.

Todavía no.

Vio por fin a Tom Myers, al que de nada habían servido todas sus acciones y todo su dinero, y que ahora yacía con los ojos hundidos y el cuello roto en una mazmorra del sótano, reclinado en la pared con las manos contraídas en una eterna lucha contra la muerte y los ojos desorbitados por el pánico, como si no dejara de intentar defenderse de la muerte que hacía tiempo que se lo había llevado.

Todos estaban muertos. Los había matado él.

Pues donde los otros solo eran sombras, él era la noche. Donde los otros solo eran asesinos, él era la muerte.

Era la nada y el todo.

El esqueleto que porta la guadaña.

El ocaso.

El Sin Nombre.

Seguiría habiendo víctimas.

El ritual aún no había terminado.

LO PRIMERO QUE CLARA OYÓ fue un monótono pitido mezclado con el agresivo crepitar de las llamas.

Avanzó otra vez por el sótano abovedado que se abría amenazadoramente ante ella y los demás agentes. La escena era una versión postinformática de la visión del infierno de El Bosco, un mundo electrónico cuyos señores no se llamaban Larry Page y Mark Zuckerberg, sino Gilles de Rais y H. P. Lovecraft.

Ante ellos se extendían más de veinte metros de largo y cuatro de alto, como el estómago de un gigante Leviatán. A la derecha, una chimenea de la altura de un hombre, en la que serpenteaba un arrebatado fuego mezclado con hollín cuyas llamas proyectaban titilantes sombras en las mohosas paredes. Frente a ella, a la izquierda de la estancia, el frío brillo de los servidores y monitores que se alineaban en la pared, y cuya estética de alta tecnología marcaba un extraño contraste con aquel sótano cavernoso, húmedo y recubierto de moho. Era un dantesco purgatorio, un grotesco mundo habitado por espíritus, tan irreal y amenazador como el propio Internet, al que los servidores y una docena de ordenadores habían erigido al señor de aquel mundo subterráneo.

En una larga mesa había más de diez ordenadores portátiles, sobre ellos llaves, pasaportes, tarjetas de crédito y fotografías, y junto a ellos herramientas destinadas al asalto de viviendas, como tenazas, palanquetas y alambres.

«Las identidades digitales de quienes están vivos en el mundo virtual y muertos en el real».

Detrás de ellos, algunos instrumentos más, al servicio de otros fines. Guantes de goma, inyecciones y escalpelos de un solo uso. Escudillas de metal, tubos y bidones.

En dos terrarios grandes como bañeras correteaban los negros escarabajos. El cítrico olor que despedían se sumaba al aroma a hollín del fuego, al estéril olor de los ordenadores, a electrónica chamuscada y al mohoso aire del sótano para formar una impresión de conjunto que solo cabía calificar de irreal.

Y, sin embargo, fue el centro de aquel mundo subterráneo lo que más honda impresión causó en Clara, pese a que horas antes lo había visto fugazmente, antes de que el psicópata la asaltara. En el centro del sótano abovedado había una tarima de piedra que recordaba a un sarcófago egipcio. Sobre él descansaba el cuerpo de una muchacha, como Clara pudo al fin constatar, una joven momificada y con los ojos cerrados mirando ciega al techo. La piel era como cuero reseco y sus esqueléticas manos se cruzaban en el pecho. El cadáver enseñaba los dientes amarillos en su boca sin labios, lo que deformaba el rostro de la joven en una aterradora mueca. Su rubio cabello seguía brillando gracias a algún tratamiento especial como oro líquido. Llevaba un vestido blanco, una mezcla de paño mortuario y vestido de novia, como

una reina muerta sobre un eterno mausoleo de piedra.

«Elisabeth.

»Ella era la destinataria de las ofrendas».

Delante del sarcófago se alzaba un bloque de mármol semejante a un altar sobre el que había recipientes de latón de distintos tamaños. A su lado, cuchillas y cuchillos de carnicero. La superficie del altar, antes blanca, había quedado oscurecida por la sangre coagulada.

«La sangre y las vísceras.

»La ofrenda».

Y ahí estaba *él*.

Junto a uno de los extremos del sarcófago, a los pies de la momia, que descansaba allí desde hacía años.

Frente a cuatro monitores grandes y tres pequeños, entre una maraña de computadores y teclados, *webcams* y micrófonos, estaba sentado el amo de ese submundo virtual, el rey de aquel infierno digital. El que era la noche, donde los otros eran sombras. La muerte, donde otros solo eran asesinos. Estaba allí sentado con la cabeza agachada y las gafas de acero inoxidable mate delante de él, sobre la mesa.

El Sin Nombre.

Aquí había planeado sus crímenes, contactado con sus desprevenidas víctimas bajo identidades falsas. Las había visitado, filmado, matado, destripado y desangrado para ofrecer su sangre y sus vísceras en el altar, y después al fuego, antes de buscar a la siguiente víctima. La número once, la número doce, la número trece, la número catorce...

Ahí estaba él. Inmóvil y en silencio, con la cabeza escondida en el pecho; él, que tanto terror y muerte había causado, estaba ahora quieto como una estatua.

En uno de los monitores estaba abierto un administrador de correo. La mirada de Clara se concentró en la pantalla.

Durante sus años de servicio en la LKA había aprendido a localizar con una ojeada los elementos de la escena que tenían trascendencia, a separar lo importante de lo irrelevante; de ello dependía que al instante siguiente estuviera viva o muerta. Por eso tomó nota del sótano abovedado, del sarcófago y de los ordenadores en menos de dos segundos.

Al segundo siguiente reparó en el medidor de frecuencia cardiaca que el asesino se había sujetado al cuello con una sonda, el cual dirigió su atención hacia el EKG que antes había pitado monótonamente y ahora apenas podía oírse, porque la frecuencia cardiaca del hombre que estaba allí sentado había descendido dramáticamente. El EKG, por su parte, llamó la atención de Clara sobre el detonador conectado con cuatro cables a los cuatro rincones del sótano.

Ya antes Clara había reparado en los cuatro grandes toneles, pero los había percibido fantasmalmente, como algo que se contempla por el rabillo del ojo. Su atención se concentró como el *zoom* de un teleobjetivo en los toneles. Leyó el

símbolo químico que estaba escrito en la azulada superficie de los depósitos. $C_7H_5N_3O_6$. No era química, pero conocía la fórmula. C_7H_5 , un tolueno de siete átomos de carbono y cinco de hidrógeno, combinado con tres grupos de dióxido de carbono, NO_2 , también conocida por su triple estructura de nitrógeno como Trinitrotolueno.

O abreviado: TNT.

Clara gritó tan fuerte como pudo:

—¡RÁPIDO! ¡TODO EL MUNDO FUERA!

Y echó a correr.

LA VIOLENCIA DE LA EXPLOSIÓN resultó devastadora. Clara y los demás agentes se precipitaron hacia la puerta y se arrojaron tras el furgón del comando de operaciones, que esperaba frente a la entrada con las luces azules encendidas.

La onda expansiva se llevó por delante lo que encontraba a su paso como el aliento de un dios furibundo. Tablas, ladrillos, muebles, marcos de ventanas, cristales, todo salió volando por los aires como en la erupción de un volcán. El vidrio hilado del tejado se enredó en las desnudas ramas de los árboles. Vigas y pedazos de muebles cayeron desde lo alto sobre la tierra empapada por la lluvia a más de cincuenta metros de distancia de la casa produciendo un ruido infernal. Las cornejas y otros pájaros se elevaron hacia el cielo graznando aterrados desde el bosque que circundaba la casa, y una lluvia de astillas y polvo cayó del cielo mientras un claro de nubes dejó que la vacilante luz de los últimos rayos rojizos del sol poniente coloreara la niebla.

El Sin Nombre se había quitado la vida. Y había querido llevarse consigo a todos los demás. Por eso había dejado a Andira en la estancia contigua. ¿Y por qué asesinar solo a un ser humano cuando se puede matar a diez? Robert Ressler había subrayado la diferencia entre el asesinato en serie y la matanza. Pero el Sin Nombre era un asesino en serie y un autor de matanzas.

Un silbido en los oídos aturdió a Clara, como si acabara de salir de un concierto de *heavy-metal*. Los últimos rayos del sol iluminaron débilmente la casa destrozada, cuyos restos salían de la tierra ardiendo como un humeante cráter en erupción, como la calavera reventada de un suicida que se había disparado un tiro en la boca y cuya vida interior colgaba ahora de los árboles como pedazos de cerebro en las hojas de una planta de interior. Clara vio a Winterfeld avanzar con pasos inseguros hacia el furgón. A MacDeath, cuyas gafas estaban destrozadas. A Marc y a Philipp, que habían perdido sus cascos pero seguían aferrando sus fusiles Heckler & Koch.

Y vio también a dos agentes dejando a Andira en manos de los médicos de urgencia y de los psicólogos de la policía tras arrastrar a la joven, que seguía gritando y golpeando histéricamente a su alrededor. «¡Se acabó!», le gritaba uno de los policías, hasta que finalmente se quedó mirando fijamente la nada con ojos vidriosos. «Se acabó. Ya no puede hacerte nada. Está muerto. *Muerto*».

Clara venció el dolor de su brazo izquierdo, que colgaba muerto del hombro, y se levantó del suelo. Avanzó tambaleándose hacia la casa, volvió la cabeza hacia Andira y los médicos, luego hacia el sol poniente, y después miró hacia el suelo. Y allí encontró algo que acababa de ver con el raballo del ojo, algo que había escapado casi intacto del infierno de llamas y en medio del caos se había posado lentamente, como una hoja otoñal, en la tierra.

Clara lo recogió del suelo.

Era una fotografía en blanco y negro.

En la fotografía se veía a una muchacha de unos diez años con el cabello dorado recogido en dos trenzas y ojos despiertos, llenos de vida y curiosidad. En el dorso de la fotografía se leía una palabra y una fecha. La tinta estaba un poco emborronada, y había sido escrita con pluma: «Elisabeth, 1978».

Clara alzó la vista del blanco y negro de la fotografía, que se mezclaba con la rojiza luz del sol poniente, hacia las humeantes ruinas grises de la casa. Las lágrimas acudieron a sus ojos.

Elisabeth.

«Se parece un poco a Claudia».

Clara caminó despacio con la fotografía en su temblorosa mano hacia el sol poniente, que entregaba el claro del bosque a la noche entre las oscuras nubes. No quería hablar con nadie.

Volvió a mirar la fotografía, los radiantes ojos de la niña, rebosantes de curiosidad y alegría infantil.

Y por fin rompió a llorar.

Elisabeth y Claudia.

Ambas habían perdido la vida demasiado temprano, ambas a consecuencia de un terrible acto de violencia. Lo único que ambas habían conocido del mundo de los adultos era lo que las había impedido acceder a él. Pero había permanecido su franqueza, su sincera alegría, la curiosidad con la que exploraban el mundo y su recuerdo en los que habían dejado atrás. En el mundo real. Un mundo hecho de miedo, de dolor, de sangre y de muerte.

Y al igual que una fotografía muestra para siempre lo hermoso e indestructible, sin importar lo que desde entonces haya sucedido en la realidad, Elisabeth y Claudia serían eternamente niñas y llevarían en su alma el mundo de la infancia, estuvieran donde estuviesen, allí donde las había arrastrado la muerte. Y así permanecerían en el recuerdo de los que seguían habitando el mundo de los vivos.

Maravillosas, inocentes e indestructibles.

En el corazón de los que las querían.

Para siempre.

EPÍLOGO

CUANTO MÁS TIEMPO lleva una persona muerta, tanto mejor se la comprende.

Clara tenía la sensación de haber visto otra vez a su hermana, corriendo despreocupada por verdes prados y tomándoles el pelo a las vacas. Y todo gracias a la fotografía que había escapado al infierno de llamas.

Clara llevaba el brazo en cabestrillo. Tenía que permanecer inmovilizado durante al menos dos semanas. «Sí que voy a tener unas vacaciones tranquilas», pensó. Posiblemente no se marcharía lejos, quizás al mar Báltico o a Dinamarca. Llamaría a viejas amigas que no veía desde hacía siglos. Y pensaría en qué iba a regalarles a sus amigos y familiares por Navidad. Pronto sería noviembre, y demasiado pronto era mejor que demasiado tarde.

Bellmann seguía en su despacho. Había felicitado a Clara y le había estrechado un buen rato la mano, al igual que Winterfeld, Hermann y los chicos de la Unidad Móvil de Operaciones Especiales.

MacDeath fue el último en llegar. Como sus antiguas gafas habían quedado destrozadas, llevaba unas del seguro con una montura llamativamente fea.

—Ahora que todo se ha acabado —dijo guiñándole un ojo— podríamos retomar la idea de tomar ese *whisky*. ¿Qué le parece?

Clara se rio. Su sonrisa era cordial y liberadora.

—¿Con esas gafas? —Se rio aún más alto, sin saber muy bien por qué—. La verdad, no sé...

MacDeath había contado con varias respuestas, pero no con esa.

—El lunes ya me dan las nuevas.

—Lo llamaré enseguida —dijo Clara, que seguía sonriendo.

Clara se metió en su despacho y se sentó ante el escritorio, la última vez antes de iniciar las vacaciones. Abrió su portátil por última vez. Repasó los correos electrónicos por última vez. Y se quedó petrificada.

Uno de los remitentes apresó su atención.

Vladimir Schwarz

¿Era ese el correo electrónico que le había enviado poco antes de que los agentes se internaran en el mausoleo subterráneo? ¿El correo de un hombre que ya no existía, pero que estiraba la mano desde la tumba, una vez más?

Abrió el correo. De nuevo un archivo de imagen. «Léemeprimero». Junto a él, un archivo en PDF. «Léemedespués.»

Con dedos temblorosos hizo doble clic sobre el archivo de imagen.

La pantalla permaneció negra.

Entonces vio la bóveda.

La misma bóveda que había visto esa tarde en la casa embrujada, antes de que todo explotara.

Y después vio a Vladimir.

El Sin Nombre.

Llevaba una camiseta negra, exactamente igual a la que había visto hacía poco, y miraba inmóvil a la cámara.

—Clara Vidalis —dijo él, hipnotizándola con su mirada de serpiente—. Muchos deseamos llegar a ser actores, o estrellas de *rock*, o hacernos célebres de algún otro modo. —Negó con la cabeza con una sádica sonrisa burlona—. Pero, lamentablemente, no llegamos a serlo. En lugar de ello nos quedamos solos, caemos enfermos y envejecemos sin darnos cuenta. Si tenemos suerte, morimos de viejos en algún momento. —Enseñó los dientes—. Y si tenemos aún más suerte, *todo* se acaba. Si tenemos suerte, no nos aguarda el infierno, que será igual de monótono, desolado y lleno de falsas esperanzas como la vida que conocemos, solo que no durará ochenta años, sino toda la eternidad.

Miró fijamente a Clara durante unos segundos.

—Pero vayamos al grano. Si puede abrir este correo electrónico es que ha sobrevivido. La felicito. Pero antes de brindar y congratularse por su éxito me gustaría devolverle la sobriedad y sensatez que tan imperiosamente necesita para el desempeño de su trabajo.

»Usted, Clara, quizás crea que me ha vencido, que ha logrado algo que aminora su culpa. Pero, a fin de cuentas, solo ha conseguido salvar a un ser humano, solo a uno. Y, sin embargo, ¿cuántas personas habrán muerto? ¿A cuántos les habrá ocurrido lo que voy a mostrarle ahora?

El Sin Nombre se detuvo. Y Clara se preguntó llena de espanto qué iba a pasar ahora. Qué quería enseñarle.

El asesino cogió de repente un escalpelo en cada mano. Colocó cada uno de ellos en el codo del brazo contrario y se abrió los antebrazos con dos rápidos y precisos movimientos. Entonces alzó las manos. La sangre salpicó su rostro, su camiseta, el teclado. Una gota alcanzó la *webcam*, que comenzó entonces a revelar lo que ocurría a través de un macabro filtro rojo, como antes lo había hecho la puesta de sol en el claro del bosque. Los ojos del asesino se volvieron vidriosos, pero él continuó hablando, como si no ocurriera nada o no le importara lo que ocurría, como si fuera otro el que hablara.

Pero era él. Vladimir Schwarz.

El Sin Nombre.

—Encontrará un archivo adjunto en PDF —dijo. Clara podía oír cómo su voz se debilitaba paulatinamente—. Contiene los nombres y las direcciones de todas mis víctimas. Vaya a esas direcciones, contemple a las víctimas. A las doce mujeres y a

los seis hombres restantes, que todavía no ha visto.

Tosió y continuó hablando.

—Siete hombres, para ser más precisos. Porque yo no solo me he matado a mí mismo para completar la víctima sagrada número quince. También le he quitado la posibilidad de exponerme como un trofeo en alguna institución, o de ponerme en las manos de uno de esos a los que llaman psicoanalistas.

Apoyó la frente en las manos, como si fuera un pensador, mientras la sangre de sus heridas abiertas corría por su cara. Clara no sabía qué era más espantoso: la sangre, la grotesca imagen que retrataba el rostro de Vladimir o el hecho de que esa sangre, su sangre, pareciera serle indiferente.

—Ha salvado a una víctima, Clara. En su lista hay una víctima salvada; en la mía, catorce mujeres y siete hombres muertos. —Una irónica sonrisa diabólica asomó a su rostro, un rostro ya tan enjuto y grisáceo que más parecía el de un muerto en el que se había desvanecido el color de la vida, al igual que antes la luz del sol había escapado del mundo a la vista de la casa destrozada—. Eso hace veintiuno a uno a mi favor.

De nuevo una macabra sonrisa, con los dientes rodeados por labios exangües que le conferían el aspecto de una calavera.

—Otros me seguirán, otros aumentarán el número, superarán la cifra veintiuno. ¿Y usted? ¿Podrá superar su uno? ¿O se limitará a meditar ociosa sobre sí misma, como ha hecho durante años ante la tumba vacía de su hermana?

Clara apenas podía respirar. No podía hablar. No podía hacer nada. Solo escuchar como embrujada.

—Pues yo no soy el primero —dijo el Sin Nombre—. Y tampoco seré el último.

Las mismas palabras que habían pronunciado Jasmin y Julia.

Alzó por última vez sus mortecinas manos. Clara miró los ojos que la miraban a ella fijamente con una mezcla de indiferencia y frialdad, y en los que la vida estaba a punto de extinguirse, mientras los manantiales de sangre se secaban poco a poco.

—Clara —dijo él por última vez—. Me llamo Vladimir. Ya estoy muerto. Pero el caos continúa.

Y la pantalla se quedó en negro.

Notas

[1] Jefatura de Investigación Criminal de Berlín. (*N. de las T.*) <<

[2] Oficina Federal de Investigación Criminal. (*N. de las T.*) <<

[3] Abteilung für Informationstechnologie. Departamento de Tecnología de la Información. <<

[4] *Talkshow* del canal Sat.1 de la televisión privada. (N. de las T.) <<

[5] Exmarido de la modelo y *miss* Alemania Verona Feldbusch (Verona Pooth), antes mencionada. (*N. de las T.*) <<

[6] Unidad Móvil del Cuerpo de Operaciones Especiales. (*N. de las T.*) <<

[7] La etimología de la palabra castellana «siniestro» no coincide, evidentemente, con la del término alemán al que sirve de traducción canónica, «*unheimlich*», por lo que este párrafo y los siguientes entrañan una confusión insuperable por una traducción que no se auxilie con los términos originales, lo que aquí, considerando la naturaleza del texto, resultaría inoportuno. (N. de las T.) <<

[8] «Die Polizei - Dein Freund und Helfer», lema de la policía alemana. <<